Catalina de Erauso: la guerra en el cuerpo, su furia en la piel
FLORENCIA CANALE
La cruzada
NOVELA
Planeta

La cruzada

FLORENCIA CANALE

La cruzada

Catalina de Erauso: la guerra en el cuerpo, su furia en la piel

NOVELA

Página de legales

Canale, Florencia
La cruzada / Florencia Canale. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2025.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-9085-7
1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A860

© 2025, Florencia Canale

Todos los derechos reservados

© 2025, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Ing. Enrique Butty 275, Piso 8, C1001AFA, C.A.B.A.
info@ar.planetadelibros.com
www.planetadelibros.com.ar

1ª edición: marzo de 2025

Primera edición en formato digital
Versión: 1.0
Digitalización: Proyecto451

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.
Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Índice de contenido

Portada

Portadilla

Legales

PRIMERA PARTE
Hija del mar

SEGUNDA PARTE
Prófuga de Dios

TERCERA PARTE
La conquista de América

CUARTA PARTE
La hora del desvelo

AGRADECIMIENTOS

Lista de páginas

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

77

78

79

80

81

82

83

84

85

86

87

88

89

90

91

92

93

94

95

96

97

98

99

100

101

102

103

104

105

106

107

108

109

110

111

112

113

114

115

116

117

118

120

121

122

123

124

125

126

127

128

129

130

131

132

133

134

135

136

137

138

139

140

141

Puntos de referencia

Portada

Portadilla

Tabla de contenidos

Comienzo de lectura

“Aunque, errante, llegues hasta allí, no me importará verte enojada, porque no hay nada más imprudente que tú.”

HOMERO, LA ILÍADA

“¿Andáis errantes por algún asunto o sin rumbo como los piratas por la mar, los que andan a la aventura exponiendo sus vidas y llevando la destrucción a los de otras tierras?”

HOMERO, LA ODISEA

ROMA, JUNIO DE 1626
JUBILEO

Llegó, tras la espera, el día de la audiencia papal. Catalina y su mentor en Roma, el padre Rodrigo, llegaron al alba a la *Palazzina Gregoriana* y esperaron el llamado con templanza. El agustino llevaba su hábito negro, Catalina también vestía ese color, pero era laica. En los corredores del palacio, deambulaba la riqueza de las túnicas blancas, verdes y doradas.

—*Avanti, signora* —anunció el joven diácono que cuidaba el inmenso portón que protegía al Vicario de Cristo.

Catalina hizo una sutil reverencia y pasó. Sentado en su cátedra, aguardaba, plácido, Urbano VIII. Avanzó la *signorina* y se hincó a besarle el pie. El Papa extendió sus brazos y le pidió que se sentara.

—Háblame de ti, hija mía —le ordenó el Santo Padre.

—Nacida en la villa de San Sebastián como Catalina de Erauso, me enviaron al monasterio, pero no quise profesar y así escapé novicia y me sentí en la obligación de cubrirme con hábito de hombre, Su Santidad.

El Papa mascullaba y mantenía sus manos en rezo.

—No puedo mentiros, Santísimo, pero he pecado. Hube de matar a algunos, serví a mi rey Felipe III, que Dios lo tenga en la gloria y unja al IV de los Felipes…

—No perdamos el hilo, hija mía —interrumpió Urbano VIII, con la ceja levantada y una impaciencia creciente ante el nombramiento del último Felipe, monarca poco estimado en territorio papal.

—Soy doncella, Santo Padre. Esto fue confirmado por el Arzobispo de Huamanga. En esos menesteres no he pecado.

—¿Y qué has venido a pedir?

—Vuestra redención, Su Santidad.

—La tienes, hija mía. ¿Qué más?

—Quiero vivir mi vida.

—No soy yo quien la concede.

—Sé bien que Dios me la ha dado.

—¿Entonces?

—Así la quiero vivir —y se tomó de los calzones, exhibiendo sus

ropas. —No quiero que me castiguen.

—Te concedo licencia para proseguir en hábito de hombre —le dijo con tono afable.

—Gracias, Santo Padre.

—Y te encargo que continúes tu vida con honestidad.

—Así será, Padre.

—Abstente de ofender al prójimo.

—Y buscaré que no me ofendan —Catalina no pudo evitar la réplica.

—Repasa los mandamientos de Dios, hija mía. Espero que recuerdes, de ahora en más, el *Non occides*.

Catalina asintió con gravedad y permaneció con la cabeza gacha. Le rendía pleitesía al Papa y escondía la alegría que la embargaba.

—Puedes ir en paz.

La despidió Urbano VIII y salió de allí conteniendo la emoción. Ya lo creía que no se iba en guerra.

INTRODUCCIÓN

—Venid, Erauso, a seguirme bosque adentro, que la silbatina perfora mis oídos y temo por mi salud. Que la juventud ya me ha abandonado…

Enunció el Secretario Real de Felipe II, quien se había tomado unas semanas lejos de palacio para resolver algunos asuntillos en la villa de San Sebastián. El rey de España facilitaba cualquier pedido que Idiáquez reclamara. Era uno de los favoritos, sino el más.

El viento aullaba como solía hacerlo a fines de febrero. Y con la ventolina viajaba la humedad de la Bahía de la Concha, en el Golfo de Vizcaya. Las gotas salpicaban de lleno las caras de don Miguel de Erauso y don Juan de Idiáquez. Los hidalgos caballeros se habían reunido en el portal trasero del Monasterio de Santo Domingo.

—Con lo bonito que es el mar… —murmuró don Miguel y perdió la mirada en el oleaje y más allá.

—Mi estimado, la tierra lo es aún más. Nuestra tierra, la vizcaína. No os perdáis en ensoñaciones, que lo único que logran es sondear el peligro, la mentira. Sin tardanza llegará la realidad. No hay tiempo que perder, Erauso.

Corrían los últimos días de febrero de 1592. Hacía más de treinta años que Felipe II, hijo del sacro emperador romano y soberano de Castilla, Aragón, Nueva España, Perú, Estados Bajos (1) y gran parte de Italia,
Carlos V, reinaba con mano firme. Desconocía la vacilación, no formaba parte de su carácter. En 1580 había muerto el rey Enrique de Portugal. Al instante, Felipe había reclamado la sucesión y comandado la conquista de aquel país. A los meses había jurado como rey de Portugal en las Cortes de Tomar. Era el dueño del imperio donde nunca se ponía el sol.

Felipe se tragaba el poder. Era suyo. Y para eso contaba con la ayuda irrevocable de un séquito de colaboradores que formaban el mejor grupo de espías y conspiradores del continente. Don Juan de Idiáquez había tomado la delantera en aquellas labores.

Don Miguel apuró el paso detrás del tranco precipitado de su amigo. Hacía poco más de dos años que se había convertido en el

Alcalde ordinario de San Sebastián, pero Erauso, como todos en su familia, era un hombre de mar. Extrañaba poco y nada aquellos días en la corte, en los que había servido como paje de palacio, (2) gracias a la influencia del obispo guipuzcoano.

El rey de España era devoto, Felipe II era un dechado de virtudes, el líder de los destinos de todos los habitantes de su ejido repetía sin cesar:

—Antes que permitir ningún desvarío en materia de religión o tocante al servicio de Dios, prefiero perder todos mis dominios y cien vidas, si las tuviese, porque no quiero ser nunca rey de herejes.

El principal aliado de Felipe era la Inquisición. La reafirmación de la única religión permitida se había convertido en guerra santa. Católicos, sí. El resto a la hoguera. Rodearse de hombres probos, aquello le era fundamental. Letras, discreción y virtud en los prelados.

—Los vizcaínos leemos, escribimos, mi querido Erauso —decía Idiáquez, mientras observaba cada arbusto que se interponía en su camino. —Por eso y tanto más nos encontramos en la vanguardia de nuestro bendito país.

Por eso es el secretario del regio Felipe, retumbó la cabeza de don Miguel. Pero fue arrancado de sus pensamientos en el acto. La locuacidad de don Juan estaba a la orden del día.

—No existe vizcaíno que no pruebe muy bien en cada cosa, pero, sobre todo, en gran lealtad, buena ley y fidelidad —Idiáquez giró en redondo y lo atravesó con sus ojos negros. Atusó su bigote y continuó: —Por algo somos los elegidos de Su Excelentísima Majestad. La confianza depositada está relacionada con nuestra entereza, Erauso. La lealtad ante todo.

Miguel sintió un escalofrío. No entendió a qué se debía, pero un leve malestar apretó su pecho. La relación con Idiáquez era excelsa y de años. Incluso sus padres habían compartido ideas y estamentos. Algo le sucedía a don Juan, pero el hombre era insondable.

—Amigo mío, ya que vos quedáis en casa y yo debo partir en breve, os solicito un encargo. Sabéis que el soberano me reclama, a él me debo, y qué mejor que tener aquí a un hombre en quien apoyarnos —y puso la mano enguantada sobre su corazón.

Erauso asintió frenético. No había forma de denegar el pedido. Estaba en deuda con Idiáquez. Tres años atrás, él, don Joanes de Galarraga —un pariente de su amada esposa— y don Antonio de Arriurdin habían preparado un barco para la pesca de ballenas y bacalao en Terranova, con cuarenta marinos. Pero un recio temporal había dejado la nave helada en el puerto, mientras que los propietarios y armadores intentaron socorrer a la marinería para que no feneciera de hambre. Esto no fue posible. La vigencia del embargo de navíos por parte del Rey había sido una verdad revelada. No se

podía mover una astilla sin el cabeceo de Felipe. Miguel reclamó a la persona indicada. Rogó al secretario regio que hiciera lo suyo, *"que mi intención principal es la de procurar la conservación de la gente de la nao, que redundará en servicio de Dios nuestro Señor y de Vuestra Majestad, os suplico…"* y una sarta de imploraciones digna de un cordero del Todopoderoso. Y recibió, en ese momento, lo que necesitaba. Ahora llegaba la devolución de favores.

—Como es de público conocimiento, moros y judíos han sido arrasados por nuestros reyes Isabel y Fernando, que Dios los tenga en la gloria. No serían aquellos infieles nuestro problema, de momento. Los Católicos nos han salvado de esa escoria. El enemigo de nuestro rey católico, por ahora, es toda persona sospechada de luteranismo. Y ese deshecho humano entra por el norte, estimado Miguel. Necesito control marítimo, y qué mejor que mi hombre de mar.

—Cumpliré la tarea, don Juan —respondió Erauso, erguido cual mástil en la tormenta.

—No me cabe la menor duda. Descanso en vos, amigo mío. Que no entren libros, tampoco carne herética. La limpieza de sangre debe ser total. Cualquier conducta que merezca vuestra vacilación, a por ella, a perseguirla, incluso ultimarla.

El viento intervino en la conversación de los hidalgos. Se cubrieron las orejas, templaron la carne.

—¿Cómo se encuentra vuestro padre? —Idiáquez cambió de tema.

—Con algunos achaques, don Juan. La edad nunca traiciona, es tenaz.

—Decídmelo a mí, Erauso. Pero la vida siempre trae recompensas, ¿no es cierto? Escuché en la parroquia que vuestra bendita esposa ha dado a luz nuevamente.

—Así es, señor. Mi querida María ha traído una niña a este mundo. Catalina ha sido registrada en su bautizo el día 10 por el vicario Albisua, de San Vicente.

—Muy bien, que la felicito y enhorabuena.

—Y como bien sabréis, también formará parte de vuestro monasterio, como mis otras hijas.

En vida, el padre de Idiáquez, don Alonso, había demostrado que no había hombre más piadoso en la tierra que él. Para confirmarlo, había fundado dos conventos: uno de frailes, el monasterio de San Telmo, y el otro de monjas, de la orden dominica. Y a padre muerto, el hijo se había ocupado, aunque fuera a la distancia, a cooperar en su esplendor, favoreciendo en todas las ocasiones que se ofrecieran, siendo tan gran aficionado de las órdenes y dando muestra del crédito que de ellas tenía.

Erauso, por su parte, había servido como militar en Flandes años atrás, donde había sido ascendido de alférez a capitán. El enhiesto

Miguel había demostrado su bravura cada vez que fue necesario. Hasta que la herida de muerte llegó en la batalla de Charleroi y, presto, fue enviado a Madrid donde salvó su vida gracias a la promesa que le hizo a la Virgen de Atocha: "*Santa Madre de Dios, os juro y cumplimento que si no me lleváis al cielo daré mis hijos varones al ejército y sacrificarlos en defensa de mi Patria, mi religión y mi Excelentísimo Felipe; y mis niñas irán al convento para adorar a nuestro Señor*".

El 15 de julio de 1587, Erauso se había alistado en la nao *María San Juan*, de la Escuadra de Miguel de Oquendo, en la Invencible, como marinero bajo las órdenes del capitán Sebastián de Echazarreta. Se había casado con la rica doncella María Pérez de Galarraga, cinco años antes.

Las campanas de la parroquia empezaron a sonar, ayudadas por el fuerte vendaval. Repicaban lúgubres, a largos intervalos, como si quisieran anunciar una tempestad.

—Volvamos a casa, mi estimado amigo, que el frío aprieta. Y no perdáis de vista el horizonte. A cuidar las fronteras, a prevenir la entrada herética. Confío en vos, Miguel, protegednos del mal. Ya sé que tenemos al comisario de puerto, pero no es suficiente. Descanso en la estirpe de los Erauso, me otorga tranquilidad. La entrega y la decencia de vuestro linaje me dan seguridad.

Don Miguel tomó aire, levantó la barbilla, desafió el viento y siguió la huella de la virtud.

1. Países Bajos.

2. Servidores especiales del Rey, hijos de los principales nobles de la corte, de corta edad. Concurrían a una escuela donde, desde niños, aprendían los saberes y las técnicas adecuadas para servir al monarca.

PRIMERA PARTE

Hija del mar

CAPÍTULO I

El matrimonio es una unión indispensable para toda persona de buenas costumbres y mejores morales. Resulta innegable la confirmación de que la justicia divina designa la oferta de un noble consorte, que propiciará, con ahínco y bonhomía, la construcción de la familia. Sin embargo, la vida deja de ser aquel sueño cuando algún que otro familiar del consorte hace su entrada triunfal para imponer un desastre.

En este rezongo ausente andaba doña María Pérez de Galarraga y Erauso, mientras perdía la vista por la ventana de casa de sus padres y ahora de ella, en la vizcaína villa de San Sebastián. Asaltó su memoria aquella jornada gloriosa del 3 de marzo de 1582, en la que, rebosante de ilusión y acompañada por sus padres don Martín de Galarraga y doña María de Yarza, había comparecido ante el notario Martín Pérez de Huacue —qué caballero agradable, desvarió— para darle el sí a Miguel de Erauso. Cada parte, como correspondía, había dispuesto con qué se avenía al santo matrimonio, la donación del *propter nuptias* (3) y las dotes de cada quien.

Recordó, la grácil María, con la mirada fija en la nada mismísima, las palabras allí vertidas con la solemnidad que exigía aquel compromiso, *"porque las honras y cargos del dicho matrimonio son graves y dificultosas de poder sustentar y mantener, y que para que mejor las puedan sobrellevar los dichos esposos…"*. Aún más, contó mentalmente la considerable junta de bienes que habían conformado su dote: que la viña de Berrio con cuarenta pies, lagares y casa linderas con la del destacado don Francisco de Aramburu, y los dos sobrados de casas de la calle Maestre Lope, cuyos bajos eran, ni más ni menos, de la iglesia de San Vicente, y a no olvidar la mitad de la nao *San Joseph*, amarrada en el muelle de San Sebastián, con sus aparejos, jarcias y cuatro piezas de artillería y su munición, que había costado 2040 ducados, y bien que la mantenían siempre lista para la pesca en Terranova, y atención con los doce marcos de plata labrada en un jarro grande, dos tazas, un salero y seis cucharas, y la cinta con cabos de plata sobredorados, la cama castellana con sus cortinas de red labrados, y otra cama nueva; y

la promesa cumplida de la habitación de los altos en casa de los Pérez de Galarraga, sita en la calle del Puyuelo y desde donde oteaba, cual marinero de luces, en aquel instante.

Y el mismo calor en las mejillas que la habían delatado aquella tarde, volvió a incomodarla. Pues que no había firmado el acta de matrimonio, no sabía escribir y sintió que los presentes la habían mirado de soslayo. Por no decir con prejuicio. Su querido Miguel le había reprobado la suspicacia, que no, que no, que mi familia os tiene bien por lo alto, a la misma altura que la cruz de la iglesia, que las mujeres de nuestro clan no firman y así está muy bien. María había llorado en silencio. Hasta el día de la fecha. Pues claro que la tenían en las crestas del oleaje, bien que había facilitado dinerillo y bienes con la unión matrimonial.

La estridencia de un llanto la sustrajo de sus cavilaciones. Era la pequeña Catalina en otra de las habitaciones, los gritos lastimaron sus oídos. No estaba en condiciones de arroparla. No tenía un buen día. O tal vez no entendía a esta hija de año y medio, demasiado díscola y rebelde, y tan diferente al resto de sus críos que habían sido tan buenecitos. No se movió del vano de la ventana. Desde allí solicitó a una de las criadas que fuera a ver qué sucedía y volvió a lo que la tenía tan reconcentrada: su vida, su boda, la familia de su esposo y la noticia estremecedora que habían recibido hacía unos días. El primo de Miguel les había iniciado un proceso judicial. Juan, el hijo de Juanot, hermano mayor de su marido, los quería desvalijar.

Pues claro que su suegro —que Dios lo mantuviera en la Gloria Santísima junto a su devota esposa y suegra doña María López de Barrena, a quien no había tenido la fortuna de conocer— había colaborado con algunos bienes: unas casas principales en la calle de Enbeltrán, que gozaban de sepultura y asiento en Santa María en San Telmo, y algunas tierras, manzanales, viñas, robles, frutales y arboledas de Juanmartindegui, en el término municipal donostiarra de Primaut, huertas en la atalaya de San Sebastián junto al mirador, lindante por arriba y por abajo con el camino de subida al Castillo. Pero los aullidos de Catalina persistían.

—¡Monse, callar a la niña! ¡Que parece poseída por los mil demonios! —María gritó desde su guarida.

La joven criada asomó la cabeza por la puerta y se persignó una y otra vez.

—Sí, sí, señora. Pero no maldigáis, señora, os lo ruego, señora, y no invoque a ese, señora, que los otros días, me he enterado por ahí, que apresaron a unas conocidas al grito de no sé qué…

—Monse, no quiero escucharos, ni a vos ni a la niña. ¡Iros a calmar a mi hija que yo no estoy propicia!

Condicionada por las circunstancias, María volvió a sus

cavilaciones. No iba a permitir que la déspota de Simona de Hernando asaltara su patrimonio, que bien lo era. Ella no tenía la culpa de que su suegro, antes de morir, hubiera testado a favor de su amado Miguel. El pobre viejo había fenecido el 8 de abril, dos meses después del nacimiento de Catalina. Como si la hubiera esperado para abandonar este mundo. El patriarca, ya tullido, en aquellas semanas había estado más allá que acá, pero cuando le traían a la diminuta, torcía la boca en una sonrisa truculenta y pedía que se la acercaran al ras de su cara. Le susurraba gorjeos incomprensibles en la orejita y, por los gestos y suspiros, Catalina, a pesar de asemejarse a un cachorro de párpados pegados, parecía entender su lengua. La recién escupida a la vida entablaba relaciones con un deshecho de carne y huesos, que daba el paso exitoso hacia la muerte.

Era ostensible que la cuñada bramaba de odio porque el anciano había beneficiado a Miguel. Meses antes de morir lo había declarado su heredero universal. Y por escrito, con firma y lacre en el sello. También habían debido cumplir, y por causas justas y por los buenos y leales servicios y compañía, según el viejo Erauso, la dádiva de los ochocientos ducados a su tercera esposa, Bárbara de Landriguer, que no contaba con respaldo alguno. Los Erauso y Pérez de Galarraga habían sido benignos.

¿Cómo se atrevían a poner en duda el designio del patriarca? María se olvidaba de respirar. La indignación colmaba su emoción y no encontró alternativa, abrió la ventana de par y par, sacó medio cuerpo afuera y tomó aire. Tal vez allí encontrara la calma. Su Miguel se había convertido en el dueño de todos los bienes del Erauso muerto porque había sido humilde y obediente a su voluntad y mandamiento. Y al nieto forajido, asaltante de caminos, le había dejado la herencia en relación a su padre. Pues entonces a discutirle al viento. Las cuentas estaban claras.

La niña seguía llorando. La estridencia de esos gritos la obligaron a perder la calma. Se tapó los oídos con las manos, no podía escucharla más. ¿Qué le pasaba a su hija? Le recordó el complejo mar sin límites y pensó que, tal vez, las personas habían dejado de gustarle.

* * *

Un don Miguel alicaído entró a su morada. No quería ver a nadie, no estaba de humores. Sin embargo, fue imposible pasar desapercibido en la casa. La prole correteaba sin límite: los varones, Miguel, Domingo, Francisco y Martín, eran incansables; cuando no estaban en las calles, la casa parecía quedarles pequeña. Las niñas perseguían a sus hermanos buscando aprobación. Las mayores, Mari Juan, Jacinta e Isabel ya habían sido internadas en el convento. Mariana y Catalina

aún no estaban en edad. Las promesas estaban para cumplirlas y don Miguel era obediente.

Sus hijos lo rodearon, las risas infantiles invadieron el lugar. La casa estaba viva, los criados ocupaban el fondo mientras preparaban comidas, o acicalaban las ropas y fregaban lo que hiciera falta, y María iba y venía, a la orden o la daba.

—¡Dejad a vuestro padre en paz, niños! —exclamó su esposa, mientras braceaba para quitárselos de encima aunque la tarea no era fácil. —Dominguín, a ver si colaboras y echas a tus hermanos de aquí.

María estiró la mano y tomó de la oreja al primero que encontró. El más alto de sus hijos tuvo todas las de perder y lideró un corro de gritones expulsados del recinto. Eran traviesos pero no tontos. Cuando la madre se ofuscaba, era mejor bajar la guardia. La señora tenía la mano pesada, empezaba con la oreja y no se sabía hasta dónde podía llegar. Prometieron acciones angelicales, juraron contriciones y recién ahí pudieron retirarse en fila.

—Mikel, ¿te encuentras bien? —preguntó María y cambió la actitud. Su mano se avino suave y la posó sobre el hombro fornido de su marido.

—A ti no puedo mentirte, mujer. Además ya estoy en boca de toda la villa. Será mejor que te enteres por mí. La verdad te vendrá amarga, María.

Y le pidió que lo siguiera a la cámara. (4) Cruzaron el dormitorio y Miguel introdujo la llave en el cerrojo de la puerta de madera tablar con molduras, y se acomodaron frente a la ventana con asiento. María cruzó las manos sobre su regazo y lo miró fijo.

—Estáis al tanto del reclamo del hijo de mi tío.

—Vuestro primo, Mikel, y no creas que por no decir las cosas por su nombre, lograréis que no existan. Ese monstruo de Juan es vuestro primo, que también es un Erauso, hombre.

Miguel asintió, perdido. No solo sus relaciones estaban al tanto del pleito en el que andaba metido, San Sebastián íntegro lo perseguía. Pero ahora la humillación era aún peor.

—Han logrado una Paulina (5) y se ha publicado en la parroquia —largó Miguel y peinó su cabellera con los dedos, una y otra vez.

María ahogó un quejido y temió novedades aún más deficientes. El hombre negó con la cabeza y procedió a confirmarle la fatalidad. Sí, la habían publicado en San Vicente, la misma casa de Dios donde habían bautizado a sus hijos, y en este caso había sido bajo orden del presbítero de Ayartúa. Había sido dispuesta por el Nuncio y encomendada al Obispo de Pamplona, señalando a término para que los usurpadores…

María cubrió su boca con un pañuelo.

…Detentores y encubridores…

El grito prolongado de la señora fue imposible de callar.

…Declararan y manifestaran la verdad.

—¡La verdad es vuestra, mi señor! —María exclamó con solemnidad. —¡Esa rama de los Erauso es diabólica!

Se tomó de la cabeza en un aullido enloquecido. Ahora sí, temía las peores consecuencias. No era leguleya, no entendía demasiado de aquellas cuestiones, pero si habían llegado hasta la Santa Iglesia estaban dispuestos a todo. Se hincó frente a su marido y le pidió más detalles.

—Se me permitió su lectura —Miguel apeló a su memoria y repitió cual perico de las Indias el documento reclamado por el curador del niño Juan, Sánchez de Arriola. —Me acusan de ser hombre con poco temor de Dios nuestro Señor y gran cargo de mi ánima y conciencia, y que he hurtado, tomado y llevado, oculto, retenido y encubierto mucha suma y cantidad de bienes de mi padre Erauso, que es mucha cantidad de dineros.

Miguel elevó la vista, como si buscara el halo divino de su benefactor en el cielo. ¿Podría dormir tranquilo? ¿Erauso lo protegía desde el más allá? Pero la pavura no lo abandonaba, debía cumplir con las órdenes del Todopoderoso.

—Temo, querida mía, que veremos desfilar a decenas y decenas de donostiarras a la comparecencia para denostarme. Ya lo veréis.

—Me ocuparé, Mikel mío, de encomendar a los buenos hombres de esta villa, que los hay, a ir con la justa verdad a esos antros.

—Ojalá ganen los informantes del bien.

—La que encargó todo esto es una mujer, no podemos esperar nada bueno de esa bruja. Y de seguro arriará cómplices de su misma calaña. Habéis tenido suerte conmigo, que soy decente y bondadosa —María se había puesto de pie y en pose de oradora. Para la lista de calificativos pensó “y acaudalada”, pero optó por el olvido. —Esa Landriguer busca asaltar la fortuna de vuestro padre, acopiada en vida de vuestra madre y de su segunda esposa. ¡Nos están robando!

Miguel rogó en silencio que una súbita sordera lo tomara por asalto. Estaba cansado de la palabrería de su esposa. Si tan solo hablara un poco menos…

Haciéndose el distraído, metió mano entre las faldas (6) de la señora, intentando otro tipo de juegos.

—¿Qué haces, Mikel? —preguntó la cómplice.

—Encontré una bribona, suerte la mía —provocó Erauso y persistió en la faena.

—Pues a ver si descubres la secreta —y lanzó una carcajada.

Una respiración agitada de congestión los sacó del vaivén de telas y manos, y en un segundo buscaron al animalejo ejecutor. En el umbral de la cámara, con los piecitos al viento y una cara manchada

de mocos y sonrisa estaba Catalina.

—¿Qué hace la niña aquí? —exclamó Miguel con las manos aún en la masa.

—Quita, hombre —María sumó las suyas a las de su esposo pero la multiplicación de dedos permaneció donde no debía.

Catalina, entre saltos y risas, se acercó a sus padres. Extendió los bracitos buscando que la arroparan. Pero unas corridas al grito de "dónde está la revoltosa", "pilla" y demás improperios vertidos por el aya, transformaron la reunión con ansias corporales de la pareja, en un aquelarre.

A la orden de sacad a la fierecilla y unas reverencias de la criada, además del llanto y la pataleta de la criatura, dejaron a los esposos maniatados en una desilusión difícil de modificar. La casa estaba llena de personas. El encuentro era casi imposible.

* * *

La Junta de Noche se había ampliado a Grande y asistían al Rey en sus habitaciones de El Escorial. Hacía rato que Felipe II se había instalado en el inmenso palacio construido bajo sus órdenes, a algunas leguas de Madrid, convertida en capital de su imperio, en 1561. El Prudente favorecía la vida espiritual y qué mejor que alejarse de la mundanal corte. Las fiestas y las recepciones se llevaban adelante en el Alcázar de Madrid o el de Aranjuez.

Sus ayudantes de cámara lo habían instalado en la estancia lindera con su despacho. Había descansado durante el día, la salud no lo acompañaba, la gota le causaba dolor. Tan aclimatado tenía todo que había ordenado construir sus habitaciones privadas con acceso directo al altar de la iglesia. Tendido en la cama podía escuchar misa. No había que perder oportunidad para reafirmar su papel de enviado divino en la Tierra.

—Aquí estoy bien, acomodad el cojín para la pierna.

Felipe II gruñó de dolor y buscó la posición para calmarlo, aunque fuera un poco, en la silla especial para la gota, que se adaptaba a varias posiciones. Cuando le pareció que la puntada amainaba, ordenó que entraran sus hombres de confianza. Quería dictar su testamento y ponerlo en custodia.

—Venid, Idiáquez, a mi lado, que os dictaré a vos.

La gota, a veces, no lo dejaba andar, sino con ayuda y esto no siempre. Ahora lo había tenido cinco o seis días en la cama por haberle vuelto a una rodilla. Y lo que más le había durado era en su mano diestra, que no lo dejaba escribir ni hacer nada con ella. Tampoco los ojos los tenía muy buenos.

Detrás del Conde de Chinchón don Diego Fernández de Cabrera y

Bobadilla, y de Juan de Idiáquez llegó el resto: el Conde de Fuensalida don Cristóbal de Moura, oriundo de Lisboa
—gentilhombre fundamental a la hora de la negociación con las élites lusas al momento de la incorporación de Portugal al imperio de Felipe II— el vicecanciller de Aragón y presidente de Flandes, el valenciano don Simón Frígola, y el presidente de Castilla, don Rodrigo Vázquez de Arce. Las botas ornamentadas contra el suelo, el tintineo de los metales al caminar, dio paso a la fila de lechuguillas (7) de gestos adustos.

El Rey dictó sin prisa pero con el aplomo que le daban sus convicciones. Idiáquez cumplió, puso el punto final y le extendió el testamento.

—Llamad al Príncipe, él firmará —ordenó el soberano y su hijo Felipe se aprestó a los aposentos regios.

Los favoritos hicieron una leve reverencia al joven de 15 años, el elegido de su padre, el puesto cuando fuera rey muerto. Felipe se sentó en el sitio que le propició el secretario y siguió los lineamientos. Idiáquez lo observó estampar su firma en nombre del padre y se preguntó si le daba la talla para portar la corona. Felipillo era el único heredero. La fatalidad había oscurecido el aseguro de la descendencia real. Las cuatro esposas de Felipe II se encontraban bajo tierra y, sobre sus vástagos, mal gracias. Ana de Austria, la última, había tenido cuatro hijos, pero solo Felipe había sobrevivido. La corte oró a los cielos en agradecimiento de que el asunto de la descendencia se hubiera resuelto antes de que expirara la idónea señora. La segunda esposa, María de Inglaterra —hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón—, no había servido como proveedora.

—El embarazo de la Reina resulta que no ha sido tan certero como pensábamos —había asumido Felipe II cuando la ausencia de sangres, y un aumento de peso de María habían traído algarabía y tañido de campanas a palacio.

Todo aquello había sido una falsa alarma. El Rey y su séquito agradecieron en silencio al Todopoderoso que una epidemia de fiebres azotara Madrid y eligiera a la Reina para enfermarla. Fue mudada al Palacio de Saint James, en Westminster, y murió. Lo que había traído hedores a la corte españolísima había sido la unión con María de Portugal, el nacimiento del primogénito del Rey y la muerte de la madre en el parto. Pura algarabía en palacio, ¡viva el Delfín! ¡Viva el príncipe Carlos! Sin embargo, las promesas rara vez se cumplen. El infante no trajo tranquilidad a la corte. Y mucho menos a su padre. Los años pasaron y todo fue de mal en peor.

—Mi estimado amigo, tanto me pesa la falta de fortaleza moral y física, que en la persona de Su Alteza hay —se lamentaba el Rey al Duque de Alba— así en juicio y ser, como en el entendimiento, que

queda muy atrás de lo que en edad se requiere.

El príncipe Carlos tenía 19 años. Unos meses después, el Rey empezó a confirmar lo que pensaba: su hijo no servía. Como si esta percepción hubiera abierto puertas y ventanas, las críticas a los modos y el comportamiento de Su Alteza comenzaron a multiplicarse.

El Príncipe ni escucha ni respeta a nadie.

De natura es muy cruel.

Tiene costumbres extraordinarias.

Goza cuando asa liebres vivas.

Pero aún más cuando ciega a los caballos en el establo real.

¿Recordáis cuando, a los 11 años, hizo azotar a una cortesana por diversión?

¿Y cuando sufrió esa grave caída persiguiendo a otra joven por los pasillos?

¿Y aquella vez, cuando arrojó a un paje por la ventana porque le molestaba?

En todo lo que hace muestra orgullo y arrogancia.

Posee un temperamento impulsivo y violento.

A menudo pierde los estribos y dice lo primero que se le pasa por la cabeza.

—El Príncipe va cada día de mal en peor, y no de salud, sino de mal que tiene menos remedio —opinó el prior don Antonio de Toledo, caballerizo mayor de Felipe II.

Don Carlos había percibido que las cortes empezaban a darle la espalda y que su padre alentaba aquel desprecio.

—¡Bellacos, ladrones! —gritaba Carlos.

La ira fue en aumento. Todo elegido por su padre pasaba a ser su principal enemigo. En una oportunidad, había intentado acuchillar al Duque de Alba, acusándolo de inmiscuirse donde no lo necesitaban. Hasta que empezó a coquetear con algunos líderes de Estados Bajos, que estaban en franca enemistad con su padre.

—Seré el soberano de Flandes, el rey de Bélgica —le comunicó a don Juan de Austria, hermano ilegítimo de Felipe II. —Pero os solicito ayuda para fugarme a Italia. Estoy listo para salir la noche siguiente.

Los hermanos, aunque a medias, eran unidos. Juan apuró el paso y le informó el plan al Rey. Carlos, enterado de la delación, intentó asesinar a su tío. Suficiente con los desvaríos, Felipe II encerró a su hijo en sus aposentos, licenció a sus servidores y lo envió a la torre de Alcázar. Fueron seis meses de encarcelamiento, pero en una noche helada, el Príncipe de 23 años apareció muerto…

Don Juan de Idiáquez alternó la mirada entre Felipe II y su vástago homónimo, el que había permanecido vivo —bendito seáis, Felipillo, pensó el ministro—, y recordó otros tiempos de añorada juventud, cuando formaba parte del séquito adulador del finiquitado Carlos.

Integraba el grupo de cortesanos conocido como La Academia, congregado alrededor del Duque de Alba, que se reunía en la alcobilla del aposento del que aún vivía, en el Alcázar de Madrid. Ah, esos tiempos cuando departían acerca de poesía, mujeres, caballería y guerra. Pero eso había acabado más temprano que tarde y un millón de cerrojos hubo de encarcelarlo hasta que muriera, por orden del Rey. Y murió. Se dijo que por inanición. Pero también se esparció que alguna pócima lo había envenenado.

—Su muerte ha resuelto varios problemas a los que se enfrenta el Rey Católico —comentó el embajador francés Fourqueveaux.

Lo mandó a matar el padre.

Era un riesgo para estos reinos.

De piadoso, nada.

Felipe pecador.

Circulaban los rumores de que el soberano había quitado a su hijo de este mundo.

Idiáquez protegió a su rey. Supo que no debía engañar a Su Majestad y le confesó, en secreto, lo que se decía de él. Felipe II, a cambio, le donó su confianza.

—Idos todos de mis aposentos. Solo queda aquí, Idiáquez. El resto puede retirarse —ordenó el Rey.

Reverencias por aquí y por allá, y don Juan y Felipe guardaron unos minutos de silencio. El Rey cavilaba, su favorito sabía esperar.

—Quiero haceros una concesión, Juan.

—No hace falta, Excelencia.

—La encomienda mayor de León.

Don Juan de Idiáquez hizo un leve gesto con la cabeza y frunció el ceño.

—Alteza Real, que no.

—Necesito dejar las cosas en orden. El testamento y bastante más.

—Su Alteza se adelanta, hay demasiado tiempo por delante —mintió su consejero. La salud del Rey pendía de un hilo.

—A tantas gentes he ayudado y no lo han merecido…

Idiáquez bajó la vista. El monarca tenía razón.

3. Constituye una donación que el marido da a su mujer por razón del matrimonio. Está estrechamente relacionada con la dote y es una garantía, y fue vista como un premio a la virginidad de la mujer.

4. Habitación dedicada al estar o descanso, también podía usarse para dormir, siempre y cuando tuviera una cama, pero esta se llamaba cámara de dormir.

5. Carta o despacho de excomunión que se expide en los tribunales pontificios para el descubrimiento de algunas cosas que se sospecha haber sido robadas u ocultadas maliciosamente.

6. El vestido femenino de fines del siglo XVI estaba compuesto de faldas superpuestas. Estas tres enaguas denominadas modesta, bribona y secreta, así como las partes delanteras del corpiño, estaban cargadas de pasamanos y bordados. Las faldas superiores solían estar recogidas o arremangadas con moños o cintas dejando ver la de abajo.

7. Los cuellos típicos de la época, que usaban los hombres. Estaban confeccionados en lino fino o encaje y la forma rizada se conseguía con unas tenacillas especiales que encañonaban la prenda, y cada ondulación recibía el nombre de abanino. La firmeza se conseguía con el almidón y la sujeción con ayuda de alfileres.

CAPÍTULO II

La casa de los Erauso parecía un aquelarre. Aunque no de los que agolpaban brujas en ceremonias heréticas; los motivos eran otros y más cercanos a la batahola constante. La familia parecía un cuenco destrozado en cientos de pedazos, cada uno retumbando contra el piso, en un eco solitario.

Miguel casi no aparecía en casa. Las ocupaciones lo habían raptado. El litigio de doña Bárbara, las comparecencias que había debido de cumplir —aunque se había llamado a silencio, todo lo que el contador le permitiera— los conteos de cada bien, mobiliario, plata y naves, una vez pero otra y otra, porque uno nunca sabe, que tal vez se traspapelaba algo, que siempre es mejor una mentira piadosa que una verdad desfavorable. Pero que nadie le leyera esos pensamientos pecaminosos que lo alborotaban por completo. Sobre todo el Rey y su consejero, pero también amigo y ahora encomendero de asuntos inquisitoriales. A uno —y que no se enterara que le daba tratamientos pedestres, que mejor tratarlo de su Alteza Real— pues, que todavía le adeudaba algunos sueldos de su paso por la Invencible y ya no sabía a quién encomendarse para ver las monedas; y al otro, Idiáquez, que lo había conminado a que persiguiera infieles. Que para eso estaban los comisarios, que él no estaba ni con tiempo y menos disposición. Pero todo había conspirado en su contra. Los deshilaches de la familia lo querían esquilmar, la suba de impuestos lo estaba matando, había perdido varios negocios y el Rey no le pagaba. Y estaba en boca de los vizcaínos, y no con la gracia y honores que esperaba.

La costa de la villa de San Sebastián estaba bien vigilada. La revisión de mercadería en el puerto era una práctica habitual, así se organizaba el distrito. No solo se requisaban libros para un concienzudo examen, también se perseguía la presencia de algún polizón intentando encubrir una sangre sucia de herejía. Para esos menesteres la Inquisición nombraba a sus leales comisarios, que no eran otros que los clérigos de las parroquias. Mataban dos pájaros de un tiro: entregaban la palabra de Dios a sus feligreses, pero también les echaban el ojo. Investigaban las genealogías de los aspirantes a

cargos del Santo Oficio y enviaban informes al tribunal de Logroño, distrito inquisitorial al que pertenecían. Sin embargo, no eran los únicos que ejercían la tarea, también estaban los familiares. La red se ampliaba. Estos eran funcionarios sin sueldo pero con atractivos privilegios, como la exención fiscal o de la jurisdicción ordinaria, y la proporción de un alto prestigio social. La vigilancia se afilaba.

Erauso no era párroco pero Idiáquez lo había nombrado sin el aval de la Inquisición. No la necesitaba. Miguel ocupaba un lugar en las sombras. Tampoco necesitaba, como otros familiares nombrados por los comisarios, los beneficios de un título que pudiera tranquilizar a quienes se beneficiaran por el certificado de sangre limpia. Su torrente brillaba como joya falsa y portaba hidalguía de tiempo ha. Aquel trueque no le hacía falta. De cualquier modo, evidenciaba que reunía todos los requisitos que la Inquisición pretendía de sus aspirantes: ser cristiano pacífico y de vida honrada, y esto era demostrable con creces aunque algún mozo rufianesco pretendiera arrojarle los últimos litigios por la faz, tener más de 25 años, que no desempeñara oficio mecánico y que tuviera buena posición económica. La viuda de su padre había intentado hundir su posición pero él había resistido.

Miguel contaba al dedillo con la lista de requisitos pero había recibido la propuesta de control por un atajo, no había sido vía comisariato. Cualquier vecino vasco hubiera dado cabriolas. Él se sentía maniatado. Como si estuviera en deuda, aunque en realidad no debiera nada. El pedido de Idiáquez había tenido voz de orden más que de pregunta. *"Informadme en particular qué mesones y casas donde acogen extranjeros que vienen a estos reinos… avisadme de inmediato quiénes se juntan en casas de extranjeros los domingos por la mañana, a puerta cerrada y en secreto, y se presume que es a tratar cosas de la secta luterana",* retumbaba en su cabeza el sermón del hombre del Rey.

Había hecho una larga recorrida por la villa con cara de buenos amigos. No le costaba, el gesto bonachón estaba prensado sobre su cara. La pluma del sombrero tomaba vuelo en cada saludo, que buenas tardes por aquí, qué alegría cruzarnos por la calle y demás cordialidades, agazapando la verdad. Lo que lo conminaba a aquel vareo era la pesquisa de herejes de otros reinos, que intentaban sembrar su mala secta y falsa doctrina. No era de su gusto conminar a la delación a los vecinos de San Sebastián. ¿Por qué lo habían elegido para esas prácticas? A Miguel no le gustaba que lo molestaran con obligaciones. Prefería ocuparse de sus cosillas y volver a casa. Porque guay de que modificara sus actividades, que la guardiana de la residencia encontrara novedades no expuestas en su jornada. Su vida estaba organizada por su esposa y a ningún vizcaíno se le ocurría levantar la voz. Las señoras mandaban, ellos acataban.
Y así estaba bien.

—¡Era hora de que regresaras a casa, hombre! —exclamó María apenas cruzó el umbral.

—Mi señora, perdón os pido pero debía cumplir las consignas del secretario —respondió Miguel mientras se quitaba los bártulos de encima y probaba con una sonrisa.

—Es que precisaba contaros algo —lo instó a que se acercara y susurró. —Más cerca, Mikel, que tengo miedo. Monse me ha dicho que a pocas leguas de aquí hay una casa perdida en el bosque…

Pegó la boca a la oreja de su esposo y continuó. Sus dichos debían penetrar el oído, no podían bailar, sueltas, por ahí. En ese albergue se reunían unas *sorginak,* (8) Monse había traído el chisme con pavor pero inquietud. En territorio vizcaíno, las creencias paganas eran difíciles de erradicar. Gritaban religiosidad pero batían paganismo.

—Ay, mujer, ¿cómo me cuentas esto? Debo informar en el acto estas prácticas.

—Por los clavos de Cristo, cuidemos a nuestra criada —María se llevó las manos a la cabeza.

Pero los gritos de los niños acallaron las plegarias. Los cuatro varones y la pequeña Catalina irrumpieron en el recinto. En un santiamén, Miguel, Domingo, Francisco y Martín desenvainaron sus dagas y la emprendieron en una lucha contra el aire.

—¡Padre, pelea conmigo! —balbuceó Catalina con un puñalete en su pequeña mano.

Todos reían, todos gritaban. Y se ocuparon de darle a la niña indicaciones significativas, para convertirse en la mejor esgrimista del condado. Catalina tenía 4 años y los varones de la casa jugaban con ella sin hacer diferencias. La chiquitina reía y extendía el bracete en un salto animalesco. Miguel la tomó en brazos y giró con ella entre risas y besos. Catalina forcejeó para bajarse. Quería continuar con su clase de esgrima.

—Por favor, Mikel, quita de aquí. Esta niña es una salvaje. A educarla como le corresponde a una mujer —ordenó María y se retiró de las habitaciones.

Catalina quedó de pie, con los brazos a los costados y el pequeño puñal adherido a su mano. Enfurruñó el gesto, dominada por la indignación. Pero se tragó las lágrimas. Revoleó su arma e invitó a sus hermanos con una sonrisa. Miguel y los niños volvieron a la clase.

* * *

—¡Vamos, lerdos! Que parecéis tortugas y con esa modorra no llegaréis a ninguna parte —bramó el hermano mayor. —Si os perdéis, allá vosotros.

Miguelillo apretó los ijares de su caballo y emprendió el galope sin

mirar lo que dejaba a su camino.

—¡Aguanta, miserable! ¡Tienes el mejor animal, no es justo! ¡Nuestra monta es vieja y gruesa! —gritaron Francisco, Domingo y Martín, desde atrás. Pero la más desesperada era la diminuta Catalina, quien iba tomada de las crines de la yegua de Martín, que la llevaba de polizona. Tanto había insistido, demasiado había tironeado de las mangas de sus hermanos, que no les había quedado otra que unirla a la cabalgata de mozalbetes.

Las piernas regordetas apretaron la panza del caballo, acompañadas de un grito de aliento, pero de poco sirvió. Parecía el zumbido de una mosca, más que la exigencia humana sobre el animal. Catalina replicaba la intención de los jinetes pero no alcanzaba en tamaño. Era una pequeñina de 4 años, aunque bastante avispada.

Al final, los rezagados alcanzaron a Miguel y, en fila india, emprendieron el paseo.

—¡Al castillo! —exclamó Catalina y, con el dedo, señaló hacia adelante.

Miguel la miró y regresó la vista al sendero. Estaban a poco de cruzar la puerta del muelle viejo y ahí continuar camino. Los mozos conocían al dedillo las sendas del peñón. Sabían evitar las zonas del entorno que confundían, y los laberintos sin salida que aseguraban un probable extravío. El bosque traicionaba hasta al más pintado.

Los varones conversaban de sus cosas, que pronto me iré a la mar, zarparé rumbo al destino de las Indias, que cuando sea mi turno guerrearé en Flandes, mueran los franceses, que padre lo ha jurado, que los Erauso defenderemos a Nuestra Alteza Real, ¡viva el Rey! ¡Larga vida a Felipe II! Pero claro, lo que Miguel, Francisco, Domingo y Martín desconocían era que la salud de su venerado monarca se mantenía y sucumbía. La distancia parecía acortarse y el cuerpo regio iba en vías de deterioro absoluto.

Su Majestad se encuentra más caído y débil de lo acostumbrado, más de lo que lo he visto jamás. Muestra gran debilidad en el hablar y el mover de las manos…

Los murmullos circulaban por palacio pero no eran bienvenidos en la villa de San Sebastián. Faltaban pocos meses para que el Rey cumpliera 70 años, y se pasaba la mayor parte del tiempo enfermo o durmiendo.

—¡No os despeguéis de las ancas de mi animal! —gritó Miguel a sus adláteres. —En especial, tú, Martín, que, cuándo no, andas distraído y sois capaz de perderos.

Catalina, en ancas y por delante, giró la cabeza y, desde abajo, le clavó los ojos a su hermano. El ceño fruncido conminó a la ausencia de palabras. No hacía falta ni un reclamo, la niña pidió con la furia de su mirada. Si perdían a su guía, era capaz de rasguñar a Martín con su

puñal. Por si acaso, reafirmó la presencia de su pequeño filo debajo de la media. Iba con su arma, nunca se sabía. Su padre se la había entregado, su madre no estaba al tanto y no le caía en gracia.

Los caballos en fila continuaron con el ascenso. Pasaban los minutos, los cascos sobre la hojarasca marcaban el ritmo y la niña revoleaba los ojos de un lado al otro. Catalina buscaba descifrar el lenguaje de la naturaleza.

—¡Aquí nos detenemos! —Miguel desmontó en un movimiento y con la rienda guió a su caballo hasta una sombra para que pastara.

El resto lo imitó y los cuatro Erauso pisaron tierra. No habían llegado a la cima del peñón pero vislumbraban los restos de la fortificación. Catalina le pidió a su hermano que tomaran el sendero hasta el castillo. Quería ver la inmensidad del fuerte con sus propios ojos.

—Es que no está completo, niña —Miguel la tomó de la mano y fueron hacia un claro del paisaje. —Quién sabe, si nos acercáramos demasiado, alguna piedra suelta nos podría romper la cabeza. Hace ocho años, no habías nacido aún, un rayo cayó en un polvorín del monte, desatándose una terrible explosión que afectó, no solo al castillo, pero a la villa toda.

En diciembre de 1588, la ciudadela había sido víctima de un enorme temporal marítimo, con olas superando la muralla del muelle, fuertes vientos y una lluvia torrencial. En un instante y como si hubiera sido una venganza de los cielos, un rayo había dejado en ruinas el castillo y conmocionado a la población.

Catalina abrió los ojos, despavorida. ¿Se habría lastimado alguien? Tal vez habrían muerto los padres de algunos de sus amigos, o su alcoba derruida y vuelta a construir. Un sinfín de catástrofes pobló la cabeza de la niña.

Sus hermanos empezaron a caminar bosque adentro, si no apuraba el tranco podía perderse. Pero le era fácil desconcentrarse, una hojita por aquí, un guijarro por allá, todo ejercía una fascinación extraordinaria. Esta es bonita, la guardo en el bolso, ese me llama, lo llevo en la mano. Así perseguía a los guías de la aventura.

Miguel se detuvo en un claro que permitía la vista de la bahía. Un apilamiento de piedras detenía una posible caída al abismo. Los Erauso se acercaron con cuidado y se dejaron llevar por el panorama.

—Nuestro mar.

—Cuando venga el calor podremos zambullirnos en las aguas.

—Ninguno como este.

Comentaban los varones con ojos perdidos. El azul de la Bahía de la Concha, el rugido de las olas, el viento con olor a mar. Catalina no alcanzaba a ver lo que provocaba a sus hermanos. Tironeó de los primeros calzones que encontró e imploró con la mirada que la

alzaran. Dicho y hecho, la acomodaron sobre el pequeño muro de piedras, con las piernecitas colgando hacia afuera y el pecho de alguno de sus hermanos de apoyo.

—En breves embarcaré para derrotar al enemigo —anunció Miguel, armándose para pelear.

Había llegado la noticia a la villa de que una flota inglesa, con el apoyo de las Provincias Unidas de los Estados Bajos, había tomado Cádiz. Las pérdidas económicas habían sido enormes, la ciudad incendiada, al igual que las naves. España se enfrentaba a un revés desorbitante. El Rey, asumiendo que la realidad española era desesperante, se había declarado en quiebra. Pero don Miguel de Erauso había jurado que sus varones levantarían el estandarte familiar a los cielos regios. Sus hijos serían soldados del Rey.

Martín, Francisco y Domingo se dirigieron a su hermano con ansiedad. Sabían que era el primero, luego les tocaría a ellos. Lo miraban con admiración, era el mayor. Y le dieron rienda suelta al intercambio, a las preguntas, pues que padre qué te ha dicho, cuándo emigras, qué honor, y un sinfín de consideraciones de chiquillos con aspiraciones a los acontecimientos de una vida bastante más compleja.

Catalina giró su cabecita y miró a uno y otro con ojos de plato. Sus hermanos la abandonaban, se quedaba sola, no tendría con quién jugar, nadie le enseñaría a pelear daga en mano; no olvidaba a su amado padre, que bien dispuesto estaba para el adiestramiento en esgrima, pero con sus queridos Miguel, Francisco, Martín y Domingo la cosa era bien distinta, todo era magistral, la vida cobraba otro sentido. El orgullo fraterno la mantuvo erguida, pero en cuanto aflojó un pelín, el cuerpo se independizó de su cabeza y se deslizó unos palmos del resguardo del muro.

Los gritos de la niña irrumpieron, sus hermanos volvieron a la realidad, todo en un mismo instante en que podría haber sido fatal. Pero la velocidad de los reflejos de Miguel lograron retenerla.

—¡Catalina, es que te has vuelto loca! —le gritó el hermano mayor, mientras la zarandeaba.

—¡Me voy al mar contigo! ¡Ninguna loca! ¡Que tú no te vas sin mí!

La niña, retobada, se soltó del amarre y lo enfrentó, con los brazos en jarra y los ojos inyectados en sangre y lágrimas.

—Volvamos a casa, Catita, que no queremos que madre nos castigue —le dijo Miguel en medio de un abrazo.

La niña le tendió sus bracitos y se conformó con los arrumacos de su hermano. Se sintió aliviada, volvía a ser feliz. Sin embargo, ignoraba lo que se avecinaba.

* * *

—¡Hala, niña, arriba! ¡A despertarse que nos vamos! —María, secundada por Monse, su fiel criada, entró a la recámara de sus hijas.

Catalina había quedado sola en tamaña alcoba, sus hermanas hacía rato que estaban en el convento. Pero ahora le había llegado su turno. De un plumazo le quitaron las cobijas de encima y el cuerpecito quedó a la intemperie. Empezaba a clarear, un hilo de luz entraba por la ventana.

—No quiero.

La pequeña giró y le ofreció la espalda al techo. Escondió las piernas debajo de la camisa de noche y se convirtió en un copo de nieve con cabeza y pelos. María la tomó de las axilas para levantarla de la cama, pero su hija parecía una piedra.

—Dije que no.

Catalina apretó los puños. Hundió la cara contra el lienzo, ganaría la partida, de eso estaba segura. Siguió el forcejeo pero las dos mujeres pudieron más y la depositaron, a los tumbos, sobre el piso. En un movimiento le quitaron la ropa de noche y se dispusieron a vestirla.

—Pero quédate quieta, hija, que tenemos que vestirte. Mira qué bonitas ropas, vente para aquí.

La niña de piedra imposibilitaba cualquier movimiento. Pegó los bracitos al cuerpo y los pies al suelo. Ni por arriba ni por abajo, María y Monse peleaban contra una roca. Hasta que don Miguel entró a la habitación, se cruzó de brazos y sin mediar palabra, ordenó con los ojos.

—Esta hija vuestra es un demonio —sentenció María, mientras vestía a la pequeña.

Monse miró a su ama, balbuceó unas odas incomprensibles temiendo que una explosión negra venida del cielo los aplastara, y colaboró en el acicale de Catalina. Sus manos eran suaves, las de la señora, en cambio, apretaban fuerte.

—Traedle algo de comer, Monse. Quiero que mi niña llegue alimentada —sentenció Erauso.

La criada salió como saeta y así regresó con un plato de panecillos y miel, acompañado de un cuenco con leche. Apoyó los víveres sobre la mesa y llamó a Catalina.

—No quiero —dijo y se cruzó de brazos como su padre.

—¿Es lo único que sabes decir, demonio?

María la tomó de la mano y la arrastró hasta la mesa. De un golpe la sentó en la silla. Las chispas entre madre e hija calentaron el ambiente.

—¿Entonces? Pues que vamos a entregar a una niña desnutrida, todo esto frente a los ojos de Dios.

Catalina miró a sus padres con cara de oveja degollada. ¿De qué

hablaban? ¿Entregarla, adónde? Por si acaso, tomó un panecillo y le dio un bocado.

—No hay tiempo que perder, mujer. Nos vamos. Abrigadla y nos llevamos de aquí un atado con la túnica y la pañoleta de su hermana.

Mari Juan, Jacinta e Isabel hacía rato que estaban en el convento. Mariana, que había sido la última en entrar, ya había crecido bastante y le habían entregado ropas nuevas. Ahora era el turno de Catalina.

Miguel buscó la manita de su hija pero se topó con los brazos enhiestos y la cabeza gacha. La paciencia se le había acabado. La alzó y salió a la calle, seguido por su esposa. Afuera lo aguardaba el mozo de cuadra con dos caballos. Ayudó a la señora a montar y él montó el suyo, con su hija a horcajadas. No estaban demasiado lejos, podrían haber ido a pie pero Catalina complicaba las cosas.

Bien erguidos en su monta, los Erauso se dirigieron rumbo al convento de San Sebastián el Antiguo. El silencio azotaba la marcha. Los adultos miraban hacia adelante, la niña hacia adentro. Rumiaba Catalina, sabía que, como todas las mujeres de la casa, debía pasar por el convento, pero tanta jarana, tanto juego entre hermanos, la habían distraído por completo. Se había olvidado de la parte que le tocaba. Estaba triste, la niña pendía de un hilo.

Al fin llegaron, se apearon de los animales y se dirigieron al monasterio. La parroquia, al lado, estaba cerrada. Las puertas del convento estaban abiertas de par en par, las dominicas esperaban a la menor de las Erauso. Sor Eugenia, la priora y superiora, había enfermado de gravedad y le habían encontrado sustituta: la viuda doña Úrsula de Unzá y Sarasti. Oficiaba de presidenta del convento pero, para tantísimo mejor, era prima de María. La villa era un pañuelo y las relaciones se aprovechaban.

La presidenta se adelantó y les dio la bienvenida. María y Miguel se acercaron, las sonrisas cómplices se dieron y se recibieron. En el patio central, las monjas vestidas de blanco en señal de luz, simplicidad, pobreza y, aún más, como recordatorio de que eran las novias de Cristo, opacadas por el velo negro —el símbolo de la humildad— pero para diferenciarse del blanco de las novicias, revoloteaban de aquí para allá.

Miguel entregó el portamonedas de terciopelo con varios doblones a la presidenta. Así empezaba la relación de las niñas con Dios: primero el noviciado con paga y alimentos, luego la consagración, contra la entrega de la dote. Lo que nunca faltaba era la donación del diezmo que iba directo al patrono, que no era otro que el jefe de espías del Rey, don Juan de Idiáquez.

El hidalgo caballero le indicó a su hija que fuera detrás de las monjas. Catalina echó raíces en el suelo. María revoleó los ojos y estuvo a punto de levantarla por los aires. Sor Úrsula miraba a un

lado, al otro, guardaba los dineritos en el bolsillo del hábito y sonreía aunque entendía poco. Erauso se hincó para estar a la altura de su hija, la tomó por los hombros y la miró.

—¿Qué son esas lágrimas? —le preguntó.

—No lloro, padre. Yo resisto.

Sostuvo la niña y amenazó con la barbilla temblorosa. Le clavó la mirada brillante, luego a su madre, giró en redondo y se fue para adentro.

8. Brujas vascas, conocían el secreto de la procreación y el nacimiento. Debido a su conexión con el mundo espiritual hacían las veces de consejeras, oráculos y sacerdotisas.

CAPÍTULO III

Catalina no cumplía con las normas del convento. A pesar de su corta edad —había cumplido 5 años— discutía las órdenes con sus superioras, como si llevara las credenciales de una serora (9) a cargo de un beaterío.

Arriba, que es la hora de la plegaria.

Adentro, que debéis entregaros a la labor.

Abajo, que hacia allí van los ojos.

Exigían las monjas con un mismo gesto pétreo. Repetían los preceptos en un eco lánguido, parecían autómatas que reproducían palabras con sentido, aunque el mismo se perdiera ante la repetición.

Ninguna de las niñas era como Catalina; nadie, allí dentro, portaba la rebelión en sangre como la menor de las Erauso. El arribo y permanencia de sus hermanas había sido un sendero de flores. Las mayores eran modosas y prestas a cumplir. Las dominicas habían dado por hecho que la menorcita llevaría el mismo estilo. Cuán errada había sido tal percepción. Catalina parecía la integrante de otro clan.

Como aquella mañana de calores de agosto, que tras la plegaria cotidiana y el desayuno frugal, la novicia más pequeña de Santo Domingo hizo de las suyas. Le aburrían poderosamente los quehaceres habituales del convento: que la oración, que el tendido de las cobijas, y ni qué decir del aseo personal, y de nuevo los rezos y las labores de hilo, y el rezo y algún alimento, y el rezo y a la cama, buenas noches. Catalina parecía un cabrito despavorido. Sus piernas se encontraban vivas de toda libertad y le costaba, cada vez más, detener el aluvión de energía.

Y así fue que tras el trozo de pan con quesillo, la niña manoteó una cuchara de la mesa, y en un abrir y cerrar de ojos, el utensilio de madera pasó de la mano al cinto y se convirtió, para su mente encendida, en un arma letal. De un salto, Catalina se bajó del banco y corrió por los pasillos del monasterio.

—¡A conquistar los mares! ¡A vencer al enemigo! —gritó la pequeña enajenada, enarbolando su arma de mentirillas.

Llegó al patio central y allí se detuvo. Extendió la cuchara y

perforó una vez y otra más, a la maldad invisible que avanzaba sobre ella. Catalina reía y resoplaba. Peleaba con toda la sabiduría que había recibido de su padre. Pero de repente, se acordó de él. Detuvo la danza macabra y sus ojos se velaron. Frunció el ceño, y del enojo reptó hacia la tristeza.

Una fila de niñas permaneció estoica observando la odisea de Catalina. Otras, más mayorcitas, alternaron entre el cuchicheo de pavor y el acecho. Las novicias y monjas recién ordenadas empezaron a rodear el patio; Catalina, en un ritual íntimo, enfundaba y desenfundaba su arma mortal.

La hermana Beatriz, encargada de las internas de menor edad, se hizo paso entre el tumulto y llegó hasta donde estaba, erguida y con la barbilla prepotente, la pequeña Erauso.

—Venid aquí, Catalina, ahora mismo. ¿Pero qué estáis haciendo? —la monja se hincó para ponerse a la altura de la niña. —¿No veis que estáis provocando un disturbio? Aquí no se permiten estas cosas.

La niña le clavó los ojos por unos segundos y movió, apenas, la cara hacia la derecha. Un grupo de novicias la escrutaba con displicencia, y murmuraba. Denegaban con la cabeza, rechazaban la actitud, que cómo era posible que se admitiera a semejante revoltosa, debían tomarse represalias, ¿pero esta insufrible no tiene familia? Catalina escuchaba y un fuego profundo la conminó a permanecer donde estaba. Más atendía, peor las miraba.

Sor Beatriz se incorporó, la rodeó por el hombro y la sacó de allí. Ante la mirada crítica de las jóvenes con hábito, la monja y su acompañante caminaron, a paso veloz, a través de los corredores. Abrió la puerta de su celda y entró.

—Vamos a ver, señorita. A rendirme cuentas —y la sentó en la única silla de la habitación. —¿Qué son esos juegos de manos? Aquí estamos para obedecer, Catalina, para entregarle la vida a Dios.

—No me gusta.

—Hermana Beatriz, niña. Debéis finalizar la respuesta como corresponde, con mi consagración y gracia. ¿No sois, acaso, una vizcaína de ley? Pues a aprender modales.

—Me gustaría regresar a mi casa, hermana Beatriz.

—¿Pero qué decís? Eso es imposible. Sois la cuarta Erauso en el monasterio, debéis honrar a vuestra familia.

Catalina miró hacia adelante. ¿Por qué la reprendían todos? La niña se hacía preguntas, poco le interesaban las respuestas que le daban los adultos. No la comprendían, ella abrazaba la razón.

—En unas semanas tenéis la visita. Lamentablemente tendremos que poner sobre aviso a vuestros padres —le anunció la religiosa.

Los padres de Catalina la visitaban una vez por mes. Durante el encuentro familiar era casi imposible escucharle la voz. La niña

apenas respondía, la boca la usaba para mantenerla hecha un nudo. Quería exhibir su disgusto. Estaba en el convento contra su voluntad. Sin embargo, así como llegaban, Miguel y María se retiraban con la misma sensación cada vez. Catalina estaba enojada.

—¿Por qué no puedo jugar a la guerra, hermana Beatriz? Mi padre me lo ha enseñado y lo jugaba con mis hermanos.

—Porque son juegos de niños, Catalina.

Sor Beatriz la tomó de la mano y salieron de la celda. La guio hasta la capilla, se sentaron en el último banco y le ordenó que rezaran juntas. La niña hizo caso, las voces de ambas retumbaron en la bóveda de la iglesia. La monja necesitaba adiestrar a la oveja descarriada. Temía que la reprimenda cayera sobre ella. Al fin y al cabo, era la encargada de las más pequeñas del monasterio y ninguna se rebelaba como Catalina.

La presidenta del convento de Santo Domingo estaba en estado de alerta constante. Sus superiores, cuando no algún que otro comisario o familiar del Santo Oficio, controlaban las casas religiosas integradas por mujeres. Ya habían tenido demasiado con las beaterías en España. La Iglesia exponía una actitud reticente hacia aquel tipo de religiosidad más laxa que otra cosa. Aquellas comunidades femeninas, tan en boga desde el medioevo hasta el siglo anterior, habían ido unidas al escándalo y la denuncia. Las beatas no profesaban en ninguna orden, tampoco juramentaban ningún tipo de votos. Eran religiosas pero con varios permisos. En los conventos se vivía en reclusión, la presencia de hombres no estaba permitida. Sin embargo, las beatas vivían en total libertad, tenían un contacto constante con la sociedad.

En el siglo XVI, la Iglesia había tomado cartas en el asunto. Veía con recelo aquellas comunidades de mujeres que se habían desperdigado por Europa. Sus comenderos, entonces, pusieron manos a la obra. A cerrar esas casas de pecado y promoción de inmoralidad, la Iglesia debía vigilar. Y ni qué hablar de aquellas cofradías, que más pronto que tarde, terminaban en aquelarres y brujería.

El Santo Padre y Felipe II debían perseguir a las heréticas. Pero en el Reino de Navarra la realidad se complicaba. Las vizcaínas eran dueñas y señoras.

* * *

Allá lejos habían quedado los tiempos en los que Su Majestad recibía, escribía y reinaba con exaltación de bríos. Felipe II estaba enfermo y, las más de las veces, atendía desde el lecho. La Junta de Noche debía estar atenta y disponible, el Rey no había perdido las mañas. Le gustaba tener todo cuidadosamente planificado, él disponía y, sobre

todo, ordenaba. El arribo o reclamo sin aviso, hasta del Inquisidor General, lo sacaba de quicio. *"Huelgo mucho de veros, pero tengo ya repartida toda la semana, a lo menos hasta el sábado",* ejecutaba, esquela mediante. La llegada de pliegos a último momento lo irritaba hasta decir basta.

—¡Estos extraordinarios me destruyen! ¡Me estorban las cosas que yo no pensaba atender hoy!

Vociferó el soberano y reclamó la presencia de sus hombres de confianza. Ya casi no recibía a nadie. La información le llegaba en letra, pocas veces se hacía en presencia. Cuando los asuntos le urgían, aparecían los privados. Y supo bien a quiénes otorgarles ese título, pues que no derraman, que saben guardar los secretos. Don Cristóbal de Moura y don Juan de Idiáquez hicieron su entrada.

—Caballeros, al fin habéis llegado, les esperaba con ganas —recibió Felipe y les indicó que se sentaran.

Idiáquez y Moura hicieron su reverencia y ocuparon sus sitios. Entendieron que el Rey no andaba de humores.

Felipe movió la mano, su ayuda de cámara Jehan Lhermite lo ayudó con los cojines —de la espalda y de la pierna— y se hizo invisible. Manejaba al dedillo aquellos menesteres.

—Me he enterado de que el nuncio se habría sentido irritado por no conseguir audiencia conmigo —el Rey levantó la ceja.

Los favoritos exhibieron su mueca dilecta. Las noticias, pero aún más los chismes, eran lo primero que llegaba a El Escorial. El representante del Papa en territorio español se había quejado al cielo al grito de *"a pesar de no estar ocupado con nada importante, llevo cuatro meses sin poder conseguir audiencia y menos he recibido respuesta a ninguno de los memoriales que le he mandado".*

—Pues que seguirá esperando. Nada les temo, porque nadie más devoto que yo, nadie más protegido por Dios que yo. Esos italianos sabrán de mí.

La exasperación de Felipe había ido en aumento. No tenía el más mínimo interés en hablar de algunos asuntos urgentes, el envío de la Tercera Armada Invencible para la nueva invasión a Inglaterra había dejado de inquietarlo. Iba a exponer lo que él quería: la ira que le provocaba el Papa Clemente VIII.

—¿Qué me traéis, señores? Nada que no me interese, os pido, que bien lo sabéis.

Hacía cinco años que el distinguido florentino Ippolito Aldobrandini había sido electo Papa de Roma. Sin embargo, la elección no se había llevado adelante en las mejores condiciones. Durante el cónclave había sido el candidato de la minoría de cardenales, determinados a liberar a la Santa Sede de la prepotencia del Rey de España. Es que Felipe gustaba de reformar la Iglesia, no

quería soltar el poder, el reino y Dios le pertenecían. Para él, no había Papa en España. Durante años, el patronato real le había otorgado el derecho de seleccionar personalmente a los obispos y abades, no solo de España, sino también en las Indias, Sicilia, Nápoles, Portugal y Estados Bajos. Y era ostensible de observar que los favorecidos eran sus servidores, o miembros de sus familias. Felipe era generoso a selección.

Pero el griterío se hizo escuchar en Roma. Asumió el florentino Clemente VIII y las alianzas cambiaron: de España a la reconciliación con Francia, en un santiamén. La Santa Sede había, roto relaciones con los galos, en 1572, tras la matanza de hugonotes de San Bartolomé. Debido a esto, se había excomulgado a su rey Enrique IV, luego de su abjuración del catolicismo. Roma y España se habían unido contra el enemigo común, la herética Francia. Pero Felipe había querido más, buscado más, lo que tenía no le era suficiente.

Con el arribo del nuevo Papa, todo se modificó. En 1595, Clemente VIII decidió absolver al rey converso, reconociéndolo como soberano legítimo de los franceses y admitiéndolo en el seno de la Iglesia.

—¡Cómo se atreve!

—Majestad, permitidme la inferencia —intervino Idiáquez con su voz suave pero firme, conociendo al dedillo las necesidades de su rey.

—Es que no estoy en el error, señores. Sabéis bien que esto es una impostura, los papas, y este aún más, han permanecido indiferentes a nuestra lucha católica. Hostiles para conmigo han sido. Creo que si los Estados Bajos fueran de otro, hubieran hecho maravillas por que no se perdiera la religión en ellos.

—Me ocuparé en persona y como he hecho siempre, Majestad, de llevar pliegos a la Santa Sede o hasta donde sea necesario —señaló Moura buscando calma.

—Gracias a Dios os tengo, mis fieles caballeros. Confío en vosotros y conocéis el estado enfermo de mi cuerpo. Os pido secretismo y complicidad, como siempre. Abrid las arcas, sobre todo, para barrer a nuestros enemigos de fe.

—Habéis expulsado a los judíos de Lombardía, Majestad.

—No es suficiente.

"Annus horribilis (10) *para el norte de España",* pensó Idiáquez, pero no dijo. Y así era. Los contratiempos se multiplicaban en el Reino de Navarra.

* * *

—¡María, mi vida! ¿Dónde estáis? ¿Alguien en esta casa? ¡Os lo ruego! —Miguel se anunció a los gritos pero el silencio del lugar helaba la sangre.

Recorrió las cámaras, los corredores, fue hacia los fondos de su residencia. Nada. Nadie. Y el pecho empezó a apretarle, no encontraba el aire, se olvidó de respirar. Desesperado, amagó a desanudarse el cuello. Venía de afuera con una noticia pavorosa. En su casa solo quedaban rastros de su familia. La peste había desembarcado en Gipuzkoa, y las localidades más comprometidas eran la villa de San Sebastián y la comarca de Pasajes de San Juan. El Capitán General, don Juan Velázquez, al percibir que la situación de seguro empeoraría, había tomado la decisión de incomunicar y sumir a la villa en el más completo aislamiento.

Como tromba, Erauso volvió a salir. La desesperación crecía, la calle parecía un páramo. Le urgía averiguar dónde estaban sus seres queridos, sin embargo no encontraba a quién preguntar.

Unas horas antes, María había salido disparada de la casa. Monse había llegado con el chisme de que una de las niñas había sido expulsada de Santo Domingo. La priora y sus secuaces habían arrojado a varias novicias y monjas fuera del convento, porque la pestilencia las había pintado. A no contagiar al resto, a sacar al monstruo pestoso de la casa de Dios, que se mete por cualquier resquicio, que antes prevenir que curar, que nadie se salva de la muerte pestilente.

—¿Quién, Monse? ¿Cuál de mis hijas? Os lo suplico y venir conmigo a buscarla —bramó la señora y salió arrastrándola y sin abrigo, a pesar de lo desapacible del tiempo.

Corrió doña María, la criada detrás, mientras una multitud fugitiva deambulaba por el villorrio. Llegaron a los portones del monasterio, la señora empujó, pero nada. Golpeó María, una y otra vez. Silencio de tumba. De los puños pasó a las piernas y la dio de patada limpia contra los gigantes de madera.

¡Abrir!

¿Dónde está mi hija?

¡Debo hallarla!

La voz bronca de María inundó el territorio sepulcral de Dios. Y entonces, unos pasos atolondrados anunciaron que alguien se acercaba. En un movimiento, la hendija que comunicaba el claustro con la vida pagana, se abrió.

—María, por favor, no podéis quedaros aquí.

—Ni os atrevas a cerrarme la puerta, Úrsula. Que no respondo por mí.

La señora se adhirió a la hendija y, entre congoja e ira, pidió por su hija, reclamó la información que no tenía. ¿Cómo se atrevía, su prima, a abandonarla de ese modo?

—Hemos quitado de aquí a varias internas. Enfermas, María querida. Vuestra hija Mariana está entre ellas.

María tuvo que tomarse de los hierros de la reja para no

desmoronarse. Monse la contuvo desde atrás.

—¡Y dónde están! ¿Adónde las habéis llevado, tránsfugas? ¿Dónde está mi hija, dónde está Mariana? —gritó María con los ojos inyectados en sangre.

La criada era su sostén. Úrsula no sabía qué decir, respondía incoherencias. Puertas adentro, la situación empezó a descontrolarse. Las internas se acercaron, las jóvenes Erauso reconocieron la voz de su madre.

—¡Estamos bien, mamá! ¡Cuidaros, os lo ruego! —Mari Juan, la mayor, tomó a Catalina en brazos e intentó exhibírsela a su madre.

María ahogó un sollozo, la presidenta cerró de un golpe la ventana. La señora giró y salió de allí.

—Vamos a buscar a Mariana.

Los vecinos empezaron a sellar puertas y ventanas. Algo olía mal en el reino de Navarra. Un halo negro de muerte asolaba las calles de San Sebastián. Doña María giraba en falso, quería preguntar por su hija pero no encontraba a quién. Rogaba que estuviera viva, corría, oraba, pensó en los varones, también en su esposo. Algunas voces repetían que tal por cual había sido expulsado a una ermita, que los tenían encerrados en caseríos bajo vigilancia armada, que las monjas habían logrado guarecerse en el hospital.

María arrastró de la mano a Monse y hacia allí se dirigieron. Ni supo cómo llegaron, había perdido el dominio de sí. Abrió la puerta sin pensar, la criada la detuvo.

—Señora, es que aquí no se puede entrar si no lleváis la enfermedad en el cuerpo —le advirtió, más aterrada que nunca. Temía que la peste acechara para no abandonarlas nunca más.

—Tú te quedas aquí fuera, yo entro a buscar a mi hija.

—Pero no os dejarán salir, señora.

Sin mirar atrás, María entró y cerró la puerta. Miró en derredor, una arcada le ganó. Cuerpos gimientes y hediondos, vómitos y excrementos colmaban el suelo del patio, algunos desnudos, con tumores en las ingles, en las axilas, en las gargantas, con pústulas y gangrenas, otros temblaban de calentura. María sacó un pañuelito del bolsillo y lo colocó sobre su nariz. Su estómago estaba revuelto, se le quería salir por la boca y ella lo evitaba como podía.

Escrutó uno a uno, la pesquisa fue frenética. Allí debía estar su hija, rogaba que Mariana estuviera viva. Tropezó con algún cadáver, continuó la búsqueda. Miró hacia todos lados y, en el fondo de una de las habitaciones, reconoció el hábito de las dominicas.

—¿Sois una de las ayudantes? Venid por aquí, os daremos la medicina y las hierbas para los enfermos —la detuvo un galeno y le señaló el camino.

María quiso revelar quién era pero, rápida, calló su ímpetu y solo

asintió. Buscaría los paliativos de la peste. Miró hacia donde estaban las dominicas y encontró a su hija. Cruzaron miradas, Mariana tembló como una hojita en tempestad, su madre hizo un gesto leve para calmarla. Desapareció y fue hasta el despacho de medicinas. Pidió la ración, se la dieron y regresó a la sala. Hubiera querido correr hasta su hija, abrazarla, calmar su angustia, contagiarse para robarle la posibilidad de muerte, pero dominó su ansia. Con paso firme se le acercó, la rodeó con su brazo y susurró:

—Nos vamos de aquí.

Todo quien entrara al hospital tenía terminantemente prohibido salir. Algunos guardias controlaban las puertas.

—Niña, respira, llena la panza con ese aire, tú estás sana, nada de pestilencia —María le rogó que cumpliera la directriz.

Erguidas como si fueran un dechado de salud, madre e hija caminaron hacia la puerta.

—¡Alto, adónde os dirigís! —las interceptó un guardia.

—Nos han mandado a buscar insumos. Hay escasez —mintió María con gesto hidalgo.

Y salieron acelerando el tranco. Monse las recibió afuera. Lloraba la criada, lloraban las Erauso.

—Hijita, yo te salvaré, tú no te me mueres.

La tomó en sus brazos y corrieron rumbo a la casa.

La enfermedad había penetrado por el mar. Las riberas del Cantábrico habían recibido a la peste con los brazos abiertos. Por aquellos días, en los astilleros de la zona se construían varios galeones destinados a la Armada Real. Sin embargo, la pestilencia obligó a quemar todo ese lugar y sus casas, y cuanto había en ellas, con la promesa de que su Majestad ayudaría a la reedificación del lugar.

El encierro y el silencio duraron un año. El hambre y la muerte pintaron al Reino de Navarra.

9. Así se llamaba a las mujeres que cuidaban las iglesias, parroquias y ermitas durante la Edad Media y hasta la Edad Moderna. Se encargaban de diversos aspectos sociales y religiosos, una figura similar a las sacristanas. Eran mujeres laicas que no habían profesado los votos de ninguna orden, pero que tenían una sensibilidad religiosa muy acentuada y una devoción cristiana incuestionable. También se les decía beatas.

10. “Año horrible” en latín.

CAPÍTULO IV

—Arriba, niñas, es la hora.

Habían dado las cinco campanadas. Comenzaba la jornada en el monasterio, todas las monjas y novicias de Santo Domingo se hincaban al costado de su cama para orar en silencio durante treinta minutos, para luego continuar con la sucesión de los rituales. El tratamiento que recibían las internas más pequeñas era diferente. La hermana Clara las despertaba y controlaba, desde el centro de la helada habitación, que cumplieran la orden. A medida que el tiempo pasaba, las chiquillas incorporaban el rigor del rito. Avanzaban por el camino de Dios.

Las cobijas volaron, las niñas se hincaron, juntaron las manitas y se entregaron a la plegaria. Catalina fue la rezagada. Copió los ademanes pero de oraciones, nada. Como la práctica era silenciosa, la pequeña entendió que con solo replicar los movimientos, podía vagar por otros territorios mentales. Nada de ruegos religiosos, todo desborde de cabalgatas y jarana, en vez. Sin embargo, los minutos se hicieron eternos y el murmullo de la plegaria de las niñas fue tan suave, que Catalina se dejó llevar y se entregó a la duermevela.

La cabecita sobre la cama la delató; la hora del ángelus despabilaba, como soldado en campo de batalla, a la hermana Clara, que tenía ojos hasta para lo oculto.

—Catalina, ¿qué hacéis dormida? Levantaos y venid conmigo. Castigada —la tomó del hombro y la sacó del recinto ante la mirada atónita del resto.

—Hermana, no estoy vestida —dijo la niña, que llevaba tan solo la camisa de noche.

La religiosa la miró pero continuó la marcha. *“Hay que disciplinarlas desde pequeñas…”,* pensó sor Clara. *“La menor de las Erauso es un caso serio, aunque tenemos tiempo, tiene 6 años…”.*

Catalina observaba, desde los bajos, y se dejaba arrastrar. Y bueno, si la trasladaban casi desnuda por los corredores del convento, allá ellas. Se sintió libre para correr, las ataduras de las ropas no la ceñían. Pero un viento helado que subía entre sus piernas la incomodó. En el

monasterio era invierno todo el año.

—¿Adónde vais con la niña en ese estado? —como un espectro, las interceptó una monja de velo negro.

Sor Clara dio las explicaciones del caso: que la impertinente se había quedado dormida en el ángelus y que no era la primera vez que se rebelaba, que había pensado en encerrarla, que merecía un castigo y ejemplar, si fuera posible, y que Dios las encomendara. Catalina veía, pestañeaba, buscaba entender lo que expresaba el cuchicheo entre la hermana y velo negro. Esa mujer, alta hasta el cielo, robusta y cubierta por una oscuridad desconocida, le dio miedo. Las religiosas murmuraban y la miraban.

—Es la hora de la oración coral, hermana.

Anunció velo negro y escondió sus manos entre las mangas de su túnica. Las internas menores compartían la plegaria en coro con la priora y luego, si la superiora no tenía otro asunto que atender, examinaba a quien le viniera en gana. A Catalina no le gustaba que le tomaran examen. Ni siquiera la madre Eugenia, que no le había caído tan en desgracia al poner pie por primera vez en el monasterio. La priora la había recibido con un mueca sonriente y Catalina había sabido pasarle desapercibida.

—Vamos a vestiros, niña —sor Clara volvió a tomarla del brazo y de vuelta a la habitación helada, que ya estaba vacía.

Las niñas para religiosas habían salido. La monja apuró a Catalina, que demoraba en vestirse.

—No me gustan estas ropas, sor Clara. Me hacéis daño, hermana —y prefirió hacerse a silencio y no implorar que quería a su papá. De seguro, él la rescataría de esas mujeres con disfraces maléficos.

La pequeña notó que sus bracitos estaban amoratados. Con solo ver, el dolor se le rebeló de inmediato. Apretó los dientes, sus ojos brillaron de lágrimas esquivas. La monja continuó con la faena, no quería que la hicieran responsable de la demora de la irreverente.

Entraron justo en el instante en que las niñas para religiosas empezaban a ocupar sus sitios. Sor Clara miró fijo a Catalina y le señaló que siguiera a sus compañeras.

—Apurarse, lerda.

La niña se acomodó, una vez y otra, y estiró el faldón buscando que le cubriera los zapatitos de pala. (11) Tragó la indisposición que la embargaba y comenzaron con los salmos corales.

Auxilium meum à Dominos, que fecit Coelum, et terram. (12)

Oraron las niñas para religiosas con un dominio absoluto del latín. Catalina selló sus labios.

Dominus custodit te, Dominus protectio tua, super manum dexteram tuam. (13)

Continuaron las pequeñas ante la escucha atenta de las adultas. La

presidenta sonreía con encanto. Sus niñas iban por buen camino. El fulgor de su mirada, la de una creyente, tenía su propia belleza, el mismo que buscaba en todas las presentes.

Dominus custodit te ab omni malo; custodiat animam tuam Dominus. (14)

La madre Úrsula reparó en la niña de la boca cerrada. ¿Había visto bien? ¿Su sobrina no participaba del coro? La miró fijo buscando equivocarse. La intuición no la acompañó.

—Niña, ¿qué sucede? ¿Es que no habéis estudiado? Venid aquí de inmediato —habló la presidenta y la sala crujió de frío y pavura.

De un salto, Catalina se bajó de la silla. Con las manitas tomadas por delante y la mirada puesta en los ojos de la presidenta, avanzó. Cuando la tuvo a un paso, la madre Úrsula aguardó. Dios pone a prueba nuestro temple, pensó. Inspiró profundo en busca de calma.

—Bajad la vista. Modales, Catalina, y normas, que las jerarquías se respetan. Y nosotras, las mujeres del Señor, no las desafiamos. Dios es nuestro pastor, miramos al cielo o en caso, hacia adentro.

Las toses y carrasperas denunciaron la incomodidad de las presentes. Catalina acató.

—Vos sabéis bien que esta es la hora del recitado de salmos. ¿Habéis perdido el habla?

—No, tía Úrsula —respondió la niña y levantó la cabeza. El gesto de la presidenta la conminó a regresar a la punta de sus zapatos.

La sala de cuerpo presente ahogó un gemido.

—¿Entonces sois perezosa de entendederas? —la paciencia de la presidenta se escapó por la ventana. ¿Cómo se atrevía a enunciar el parentesco, atrevida?

En un abrir y cerrar de ojos, Catalina hizo el recitado de memoria, con pelos, señales, puntos y comas, en un latín delicioso. Al terminar, se tomó las manos por detrás, levantó la barbilla y sonrió ante la labor cumplida.

—Hermana Clara, ya sabéis —sentenció la presidenta en un decir lento pero firme, sibilante hasta perforar de miedo.

La monja se acercó, tomó a Catalina del brazo y la sacó de allí. Mientras apuraba el pasito, la niña, de reojo, pudo ver a velo negro, que observaba todo desde un costado. Creyó que la muerte la perseguía.

—Al encierro, niña. Es que no os entiendo.

Catalina miró a la nada. *"¿De qué encierro habla este pajarraco sin alas? Más encerradas de lo que ya estamos, no existe",* masculló su mente.

* * *

Doña María y don Miguel aguardaban en la sacristía. Tenían cita con la presidenta de Santo Domingo. El silencio y la soledad de la sala los arrastró a olvidar que estaban en territorio ajeno y dieron rienda suelta a la discusión que habían comenzado en su casa: Mariana no vuelve a la casa de Dios.

—Ni se os ocurra contradecirme en esta, Mikel —con los dientes apretados y el cuerpo hacia adelante, María enfrentó a su esposo.

Erauso insistió con el juramento que había hecho años ha, que las niñas al convento y los niños a la espada, pero sobre todo, que le daba temor contradecir al Señor. Miguel estaba incómodo, no quería llevar las cuitas domésticas al convento. Le parecía un despropósito. Miró hacia el costado para ver si María calmaba su espíritu y callaba la boca de una buena vez. No había caso, ella insistía y el tono de su voz se elevaba.

—Buenos días, Erauso, María… —la madre Úrsula, como una aparición, se deslizó dentro de la sala.

La pareja se levantó de las sillas y saludó con respeto a la presidenta, quien, con un leve pestañeo, les encomendó que volvieran a sentarse. Con una sonrisa celestial, esperó a que hablaran.

—Buenos días para vos, madre Úrsula —saludó el caballero y apuró la palabra. —Venimos a visitar a nuestras hijas.

—Cuántos meses han pasado desde vuestra última cita, señores —la presidenta tenía un tratamiento especial con los Erauso. Además de los lazos de sangre, el desembolso de cinco dotes no era para despreciar.

—La peste, madre. La pestilencia mantuvo en el encierro a toda la villa —María sacó partido y dijo lo suyo, que era lo único que había ido a decir. El reino de San Sebastián había empezado a abrir sus puertas en mayo de 1598, sin embargo, los Erauso habían esperado a septiembre para acercarse al monasterio.

—Decírmelo a mí, que algunas de nuestras más queridas hermanas han sucumbido, víctimas del mal.

La presidenta se tomó de las manos e hizo unos segundos de silencio *in memoriam* por las religiosas muertas, incluida la priora. Y preguntó por Mariana, la Erauso enferma, la exiliada de la casa de Dios, que de seguro estaba viva y pronta al regreso. Que la estaban esperando, con fanfarrias celestiales, en Santo Domingo.

—De eso queríamos hablaros, Úrsula. Esa hija mía se queda en mi casa. Yo la he salvado de la muerte y queremos otra cosa para su vida —aprovechó María, y le devolvió una mirada carbonífera a su marido.

La presidenta se removió en la silla. No esperaba semejante desplante. No podía perder una novicia, las más altas jerarquías le tironearían de las orejas.

—Madre Úrsula, ¿podemos ver a las niñas? —interrumpió don

Miguel buscando gestos de aprobación en la cara de la monja. —Se nos hace tarde.

La presidenta les pidió que la acompañaran. En una de las salas aguardaban Mari Juan, Isabel, Jacinta y Catalina. Las tres mayores saludaron a sus padres con una sonrisa moderada. Intercambiaron algunas palabras, asintieron a todo y respondieron, con placidez, al cuestionario paterno. La menor, en cambio, les regaló su mejor cara de enemigos irreconciliables. Catalina se cruzó de brazos y plantó bandera bélica. María no pudo con su genio y se hincó frente a su niña.

—¿Estáis bien, hijita mía?

Catalina apretó la boca y frunció el ceño. Su madre le acarició el bracito.

—¿Os dan de comer? —y mirando a la presidenta: —Úrsula, mi hija es piel y huesos.

María escrutó a su prima. La religiosa le respondió que el monasterio alimentaba a sus hijas como Dios manda, y mandaba a la perfección.

—¿Tenéis miedo por las noches?

La boca de la niña tembló. Miguel se interpuso y tomó a su hija en brazos. La presidenta avanzó unos pasos.

—Qué grande está mi Catita. Ya no podré alzaros más.

—Tengo seis años, papá —dijo la niña, en un hilito de voz.

—Siento tanto orgullo por vos, hija mía.

Catalina abrazó a su padre, apoyó su cabeza en el hombro grande y, con una congoja queda, se puso a llorar. Papá no me dejéis, llevadme contigo, quiero irme con vosotros, decían sus lágrimas.

—Ya está por hoy. La visita el mes que viene. Se os hace tarde.

La madre Úrsula ordenó que se llevaran a las niñas de allí. Los brazos de Catalina formaron un cerrojo alrededor del cuello de su padre. Fue imposible quitarla de ahí. Miguel forcejeó, la mayor de sus hijas colaboró, en cada aproximación de alguna monja los alaridos de la niña perforaban los tímpanos de todos. Mari Juan logró quitarla de ahí, las Erauso se retiraron del recinto en fila, y la pequeña no pudo esconder la desesperación en sus ojos.

—Señor, en cuanto a Mariana, doy por sentado que estará de regreso. Nuestro patrono cuenta con eso.

La imagen de Idiáquez confiscó los pensamientos de Miguel. Hacía rato que no lo veía aunque intercambiaban misivas de tanto en tanto. El favorito del Rey no se movía de El Escorial.

—No quiero perturbarlo con estos menesteres, nuestro amado Felipe está abandonando este mundo y don Juan no ceja en su acompañamiento. Aunque si no me dais alternativa…

La madre Úrsula giró en seco y sin decir adiós, se retiró de la sala.

* * *

—El Rey os espera, reverendísimo —declaró el ayudante de cámara y le señaló la puerta.

El nuncio Camillo Caetani tomó los bordes de su capa granate y avanzó, como reguero de sangre, a las habitaciones del Rey. Felipe II yacía postrado desde mediados de julio. A pesar del dolor y la incontinencia, le había concedido una audiencia al enviado del Papa en España.

—Buenas tardes, Majestad —el nuncio hizo una reverencia y se acercó al lecho. —Gracias por recibirme.

Felipe estaba tendido, inmóvil y con una delgadez extrema. Sin embargo, sus sentidos estaban más vivaces que nunca. Lo miró a la cara y, con gesto sereno y compostura de ánimo, le solicitó que se sentara a su lado.

—Os invito, Majestad, a pedir perdón de todas vuestras faltas, culpas e imperfecciones en las que, como hombre, hubieseis incurrido, por malas y falsas informaciones y consejos.

El nuncio levantó las cejas y cerró los párpados jugando al distraído. Se refería, sin decir, a las muertes dudosas que el soberano cargaba en su haber. ¿Su primogénito? ¿El Secretario de Hacienda, Juan de Escobedo? ¿La princesa de Éboli? Devenidos en cadáver por envenenamiento o filos en las entrañas, las murmuraciones habían revelado que Felipe había sido el autor intelectual.

El Rey lo escrutó con ojos impávidos.

—Tengo la potestad de ofreceros importantes beneficios espirituales, Majestad, a cambio de algunos asuntos —chantajeó el nuncio.

—¿Ah, sí? Pues qué interesante.

—Os suplico, solamente, una cosa para quitar todos los impedimentos y escrúpulos que pudieseis albergar —Caetani se irguió como pico de iglesia y las palabras brotaron, espesas: —Y es que hagáis propósito firme de querer asentar y dejar resuelto este negocio de la jurisdicción en todos vuestros reinos y estados, y que deis a la Iglesia lo que verdaderamente es suyo, y comuniquéis esto a vuestro hijo, el Príncipe.

Acabáramos, pensó Felipe, y hasta aquí se viene esta gente a pedirme aquello que le pertenece a España. Pero las fuerzas abandonaban al Rey.

—Me alegro grandísimamente de vuestra venida, reverendo —habló Su Majestad con rostro riente y ánimo intrépido. —Mi mal es grave y estoy dispuestísimo a morir y a entregarme a la voluntad de Dios sobre vida o muerte, y no pretendo otra cosa sino morir en su gracia e impetrar perdón de mis pecados.

Felipe debió interrumpir sus dichos ante un acceso de tos. Los galenos entraron al instante, detrás el ayudante de cámara. Nadie reparó en el nuncio, que debió moverse del medio y dejar de ser una molestia. El Rey fue asistido y volvió a respirar con tranquilidad. Pidió que lo dejaran terminar con la audiencia.

—Reverendo, estoy resuelto a asentar estos asuntos de jurisdicción, mi intención ha sido siempre que se tuviese respeto y reverencia a la Iglesia y a la Sede Apostólica, y lo mismo hará el príncipe.

A Felipe se le fueron acabando las fuerzas. Añadió algunas palabras más pero no se le entendieron. Le faltaba vigor, todo se transformó en una murmuración opaca.

El ayudante de cámara instó al nuncio a que se retirara. Suficiente por hoy.

Dos días después, el Rey firmó un acta por la que expresaba su deseo de ver bien compuestas las jurisdicciones eclesiásticas y seglares. Proponía que el Papa y él pusieran cada cosa en su lugar, por medio de personas graves de ciencia y conciencia, que desapasionadamente aclararan lo que a cada una de las partes pertenecía. Muy lejos quedó la promesa que le había hecho al nuncio. Y si no estaba demasiado claro, agregó que si Nuestro Señor dispusiera de él antes de que pudiera ejecutarlo, encarecidamente encargaba y mandaba al príncipe su hijo que lo llevara adelante, advirtiéndole a no consentir que fuera perjudicada la jurisdicción real en lo que de verdad le tocara. El hijo del Rey estaba sobre aviso: que no se haga ni intente cosa perjudicial a las preeminencias y común bien y quietud de los dichos reinos.

Felipe II continuó postrado en su lecho en el pequeño estudio de El Escorial, incapaz de moverse. Tampoco soportaba que lo tocaran por unas terribles llagas que tomaban su cuerpo.

—Tratadme con mayor delicadeza —le pedía a los médicos. —Voy a morir en vuestras manos, y esto os lo digo para que estéis advertidos.

Los malos olores que despedían las llagas eran una especie de tormento para el Rey. Tenía toda la espalda y los costados abiertos y ulcerosos. Rezó hasta el último momento.

En la noche del 12 de septiembre de 1598, Felipe II sufrió un paroxismo brutal. Su asistente Idiáquez, Lhermite, el ayudante de cámara, y el fray José de Sigüenza, no se despegaron de su lado. Lo vieron muerto pero, repentinamente, abrió los ojos con una vivacidad desacostumbrada.

—Dadme el crucifijo de mis padres —pidió el Rey riendo bajito, descubriendo la muerte pronta.

Lo tomó con tal fervor y devoción, que todos quedaron sorprendidos. Lo besó varias veces, después reclamó un cirio bendito

de Nuestra Señora de Montserrat, en cuyo extremo estaba la imagen de la virgen, y también lo besó.

A las cinco de la mañana, cuando el alba rompía el Oriente y el coro de niños del seminario cantaba la misa, con un pequeño movimiento, dando dos o tres boqueadas, aquella alma regia salió de su cuerpo y se fue para siempre.

11. Los zapatos de pala o paletón aparecen en la segunda mitad del siglo XVI y cubren todo el empeine. Además, llevaban orejas para cubrir los costados.

12. Mi socorro ha de venir del Señor, que hizo el Cielo y la tierra.

13. El Señor te guarda, el Señor está a tu diestra, como protector tuyo.

14. El Señor te defiende de todo mal; el Señor guarde tu vida.

CAPÍTULO V

Catalina era indisciplinada. No acataba órdenes, le costaba cumplir las normas del monasterio, salvo cuando la asignatura le interesaba. Era el caso de las lecciones de escritura y lectura, a las que la niña acudía sin demora: era la primera en llegar al aula y la última en retirarse.

A las nueve de la mañana, las discípulas empezaron a ocupar su sitio en la larga mesa del noviciado. Catalina siempre elegía la punta, le gustaba estar cerca de la hermana Concepción, la encargada de impartir la clase. De ese modo, tenía a mano las cartillas de abecedario, y era la elegida a la hora de leer en voz alta y la primera en entregar los ejercicios de caligrafía. Se sentía la favorita de la religiosa y eso le gustaba. Sin embargo, esa vez, las cosas no sucedieron como de costumbre.

La menor de las Erauso cruzó el umbral del aula con su caminar aplicado. Debía atravesar la sala para llegar a la cabecera de la mesa. Pero algo no estaba bien. Los primeros sitios estaban ocupados, en su lugar había una intrusa. Se le nubló la vista, sus ojos quedaron cubiertos por una niebla insidiosa. Catalina corrió y, en un jadeo, llegó a la escena del crimen.

—¡Fuera de mi asiento!

Gritó con los brazos en jarra, pero la advenediza se mantuvo férrea, con las manos apretadas contra la mesa. Un ataque de ira soliviantó a Catalina, tomó a su enemiga de los pelos y la sacudió como alfombra de moro. Al instante, la situación se convirtió en un revoltijo de manos, alaridos y lamentos, y el resto de las discípulas las rodeó a la espera de lo peor.

—¿Qué es esto? ¡Niñas, a detener esta violencia!

La hermana Concepción se avino a calmar a las fieras pero la orden no sirvió para nada. Las separó, a salvo de algún que otro empellón, y las tomó del cuello del hábito. Miró a una, a la otra, las niñas jadeantes y con ojos echando rayos y centellas, prontas a la ofrenda del castigo; el corro de mironas, en cambio, tenía la vista clavada y el dedo delator en una de ellas. El hostigamiento tenía una sola responsable: Catalina de Erauso.

Las luchadoras quedaron a una distancia prudencial. Una largó en llanto, la otra se cruzó de brazos.

—A sentarse, todas. Vos venís conmigo —la religiosa tomó a Catalina de la nuca y la arrastró fuera del recinto. —¡Acatad, vosotras, y a hacer los ejercicios!

La indisciplinada hacía fuerza con su cuerpo. Le cargaba peso a sus piernas, como si aquello fuera posible con solo pensarlo. Catalina no quería que la sacaran de ahí. El aula era su refugio, el único lugar donde se sentía a salvo. Se escapaba de la dura realidad del claustro por medio de las palabras, las que leía y escribía. Había entrado al convento sabiendo leer. Sus hermanos le habían enseñado, su padre reía a carcajadas cuando la miniatura declamaba con algún libro en mano. Eran otros tiempos, recordó con melancolía la era de la felicidad. Ya no estaba con su querido papá, tampoco con sus hermanos. La visita era mensual, cuando sucedía, y duraba menos que un estornudo.

El verdugo y su víctima encontraron un pasillo solitario y ahí quedaron. La religiosa se tomó de las manos y procedió.

—A ver, niña Catalina, ¿cómo es posible que os comportéis de este modo? Sois una salvaje, no debéis iros a los golpes como un mocillo —la hermana Concepción bajó el tono de la recriminación. Estaban solas, no había testigos a la redonda que luego fueran con el chisme a la priora. Tenía una cierta predilección por la menor de las Erauso. La pequeña era brava pero, de algún modo, la había cautivado.

—Es que me han provocado, hermana.

Las cejas de Catalina se volvieron tristes. Quería encontrar explicaciones pero estaba sumida en una enorme pena.

—Templanza, niña. Debéis dominar esa furia.

La pequeña agachó la cabeza. No le gustaba que la reprendieran. Sobre todo, cuando entendía que la errada era ella. Sabía que se había equivocado.

—Ese es mi sitio, hermana Concepción. Y yo había preparado la lección para que vos la escucharais.

—Podríais haberlo solicitado, Catalina.

—No quiero que os enojéis, hermana. Os juro que cambiaré, pediré perdón por escrito, cien veces.

—¡No juréis en vano, niña! —la religiosa miró al cielo, a la busca de algún tipo de complicidad divina.

Catalina asintió una y otra vez. Quería volver al aula, que el castigo no se lo impidiera. Prometió guardar las manos en los bolsillos, ajusticiar sus impulsos y optar por el silencio y la plegaria. La hermana Concepción aceptó y enfilaron nuevamente hacia la sala. La niña se sentó donde pudo, impostando una benevolencia que no tenía. Le ardían las entrañas. Quería su lugar, necesitaba sentirse la

mejor de todas, la dueña de sus actos, la receptora de las aprobaciones y de los aplausos.

—Niñas, aquí estamos para revelar la palabra de Dios. El Señor nos da ánimo y la confirmación de que el regocijo religioso y la Gloria son para siempre. La eternidad, niñas. La casa del Todopoderoso es nuestro refugio y él nos albergará. Siempre y para siempre.

Los ojos brillantes de la hermana Concepción buscaron contagiar esa pasión por la inmolación y el sacrificio en su auditorio. Las educandas asentían, como en trance. Catalina había aprendido a mantenerse en la impostura. No movía un músculo de la cara, sosteniendo la máscara de la languidez. ¿Qué era aquello eterno? Se removió en el banquillo ante la incomodidad de ese para siempre.

"Nunca, nunca de los jamases", se dijo a sí misma.

* * *

El imperio se vino negro. En todas partes, los vasallos propios del difunto soberano se vistieron de luto. Despedían a Felipe II muerto. Pasados unos días de la quincena de octubre, se alzó el pendón por el rey, en la villa de Madrid. Su hijo, el príncipe jurado Felipe III, asumía encapuchado tras la sucesión automática, vestido de riguroso negro. El flamante rey presidió, durante dos días, las honras fúnebres celebradas en San Jerónimo, iluminadas por un millar de cirios.

Pero no solo en España se llevaron adelante los fastos regios. En Bruselas se realizaron hacia fines de año, en Nueva España y Filipinas el Santo Oficio se encargó de ejecutar las exequias. Nadie puso en cuestión el avance de la Inquisición, Felipe había apoyado la institución religiosa, que, presta hubo de tomar las riendas de la pompa. En Florencia, el Gran Duque ordenó a su séquito de artistas que pintaran 24 lienzos que narraran diferentes episodios de la vida del Rey. Roma no quiso quedar rezagado y Clemente VIII ofrendó su discurso papal.

—Porque quiso reducir a la fe católica y a la obediencia de esta santa silla, los vasallos también de otros, empeñó todo su patrimonio real, y gastó en esta obra los grandes tesoros que de las Indias le traían, y tantas dádivas que sacó de los reinos de Castilla en tantos años que reinó. De donde se puede decir, que toda la vida del rey fue una continua pelea contra los enemigos de la Santa Fe.

Algunos reverenciaban la entrega del II y daban por sentado que el III perseguiría sus pasos. El nuevo Felipe, en tanto, cubría su faz con telas negras y pergeñaba otros ideales.

Sin embargo, no todos vivaban al rey muerto. Estaban quienes despotricaban contra el gastadero inepto de caudales, que ya había derrochado por demás en vida, aún peor la dilapidación áurea del

soberano que los había llevado a la mismísima quiebra.

—No somos entusiastas por la continua pelea encomendada con tantas dádivas —se murmuraba en los reinos de Castilla.

—Pues que el coste de la muerte de Su Majestad, que se dice por muy cierta, haremos lutos que nos costarán los ojos —y algunos madrileños se fruncían de ceños.

Pero las quejas no impidieron la orden real:

"Que todas las personas, de cualquier estado y calidad que sean, se pongan lutos por la muerte del Rey nuestro señor, que está en gloria, dentro de tercero día, y las mujeres se pongan tocas negras, y no traigan vestido de seda; y el que no pudiese traer luto ni caperuza se ponga sombrero sin toquela, en señal de tristeza."

Ser y parecer, que aquella siempre fue la primera ley. Además de austeridad y voto de pobreza, se debía exhibir una fascinación casta por el camino certero hacia el reino de los cielos. También se ordenó la impresión de cuarenta sermones funerarios.

Sin embargo, no solo de plegarias vivía España. También gustaron de reunirse por amor al arte, para despedir a su soberano. Salamanca organizó justas poéticas en conmemoración de Su Majestad Muerto. Se entregaron premios para el soneto que mejor ensalzara los logros del difunto.

El Ayuntamiento de Sevilla ordenó realizar la mayor demostración que jamás se hubiera hecho en los lutos y en las honras. No queriendo quedar por debajo de la magnificencia madrileña, levantaron un túmulo inspirado en aquel de El Escorial, iluminado por 2320 velas, instalado en la nave central de la catedral. Pero la vanidad del hombre supera las bondades del paraíso y al percibir, algunos, que las asignaciones de lugares hacían demasiada diferencia, el ascenso del tono de sus voces crispó hasta al más mentado.

Este esperpento no merece ese asiento.

Aquí me apoltrono y nadie me mueve.

Dios y María Santísima, cómo os atrevéis.

Los regidores, jueces, miembros del clero y varias personalidades más reclamaron lo que hacían de suyo, en medio de la misa de réquiem.

—¡Regidores, quedáis excomulgados! —anunciaron los inquisidores, impávidos de toda impavidez.

La ceremonia terminó en un caos. A fines de diciembre repitieron la conmemoración. Los presentes se dirigieron a la bóveda de la casa de Dios, implorando que todo transcurriera, aunque fuera por esta vez, sin accidente alguno. Mirad cómo cumple, el Señor nos premia, somos merecedores de la caricia divina, murmuraron entre muecas beatas. Hasta que el poeta Miguel de Cervantes Saavedra se dispuso,

en el centro de la nave, y anunció que leería su soneto *Al túmulo del rey Felipe II en Sevilla*, para rendirle los honores que merecía:

"¡Voto a Dios! que me espanta esta grandeza
y que diera un doblón por describilla;
porque ¿a quién no sorprende y maravilla
esta máquina insigne, esta riqueza?
¡Por Jesucristo vivo! cada pieza
vale más de un millón, y que es mancilla
que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla!,
Roma triunfante en ánimo y nobleza.
Apostaré que el ánima del muerto
por gozar este sitio hoy ha dejado
la gloria donde vive eternamente.
Esto oyó un valentón, y dijo: 'Es cierto
cuanto dice voacé, señor soldado.
Y el que dijere lo contrario, miente'.
Y luego, incontinente,
caló el chapero, requirió la espada,
miró al soslayo, fuese, y no hubo nada."

Un escándalo de proporciones no demoró en aparecer. Algunos presentes no escondieron su parecer, que cómo se atrevía, el fanfarrón, a blasfemar en la casa del Señor, no se habla de dinero, y que bien gastado está en Nuestra Majestad muerta, o ¿hemos escuchado bien? ¡Se digna a hablar de las heces de Felipe! ¡Que sí, que sabemos que nuestro amado Rey evacuaba sin freno! ¡Qué larga vida y muerte esplendorosa a Su Excelencia!

Algunos despotricaron en contra del cadáver, otros lo defendieron con capa, espada y lágrimas. El heredero con corona, en tanto, sonreía. La voz de la venganza hablaba en su conciencia. Su turno había llegado.

* * *

La reverendísima presidenta Úrsula había convocado a una reunión de variada jerarquía, y a puertas cerradas. El conciliábulo tenía una razón de ser: la educanda Catalina de Erauso. Y qué mejor que solicitar la presencia de algunas monjas de coro, religiosas de medio velo, alguna que otra lega y novicia, y las mozas de comunidad y criadas, para dar cuenta del comportamiento general de la niña.

—Muy bien, hermanas, iremos por orden y necesito vuestra elocuencia. Precisión en vuestros testimonios, que no hay tiempo que perder.

La presidenta suspiró y entrecerró los ojos. Hacía días que no dormía bien, la cabeza se le partía y, para peor, se avecinaba la visita mensual del obispo y no quería que la reprendiera. El reverendo

husmeaba demasiado, le gustaba hacer entradas grandilocuentes a la busca de cualquier imprudencia, para transformarla, luego, en incidentes dignos de los fuegos del infierno. Los susurros y gritos que había coleccionado la madre Eugenia lastimaban su tolerancia. Su convento era un huerto cerrado por donde podía colarse la cizaña.

—Es una discípula aplicada, madre reverendísima.

La hermana Concepción era una de las mujeres privilegiadas del claustro. Hija de nobles, su destino había estado marcado desde el momento del berreo del parto. Sus padres la habían ofrendado a la Iglesia como correspondía a toda descendencia con arcas desbordantes. El estamento de las mujeres de España era variado: doncella, casada, viuda o monja. La soltería no estaba bien vista, mucha doncella hispana era entregada al matrimonio divino. Algunas profesaban la religiosidad entregadas, por sí mismas, al cuerpo de Cristo; otras eran donadas por decisión parental. Con la hermana Concepción habían coincidido las ofrendas, mantenía el fulgor religioso. Era una monja con todas las letras.

—No me interesa vuestra aplicación, hermana. No han cesado las recriminaciones acerca de esta niña —la interrumpió la priora. —¿Qué edad tiene, ya?

—Cumplió los ocho años, reverendísima.

¿Cómo era posible que no pudieran contener las diabluras de su sobrina? Tan pequeña y tan revoltosa, pensó la superiora y reclamó más información. La hermana Concepción, la semanera (15) del monasterio, era la más instruida. Leía castellano y latín a la perfección, y había notado la misma facilidad en la niña. Pero claro, su costado beligerante, a veces, la dominaba por completo y se hacía difícil de soportar.

La presidenta miró en derredor, escrutó a una por una. Le resultaba incomprensible que no cantaran alabanzas al Señor por el sitio privilegiado en el que se encontraban. Verse redimidas de cuanto peligro asolara por allí y por allá, la independencia de celda y plato que, para varias, no era poca cosa, la de compartir ese santo asilo con señoras de escudo y estandarte, además de la alcurnia de su santísimo fundador, era casi como vivir en el paraíso. Algunas no descifraban la vida de gloria y loor que les había sido regalada. Convivir con esa pléyade de respetables y honrosas mujeres de Dios era un premio.

Y como quien no quisiera la cosa, inspeccionó cómo estaban vestidas. Aunque lo hiciera por fuera. Porque debajo de los faldones, cada quien y cada cual observaba por sí misma. Le habían llegado rumores de la visita imprevista y la mano apurada del obispo. Que de tanto en tanto y cuando los pasillos no estaban demasiado poblados, hurgaba entre las telas de las mozas y las novicias para ver de encontrar ligas con puntas y otros adornos interiores de poca

honestidad. Sabía que no encontraría esos aderezos pero gustaba de buscar y provocar con fruición. Los dedos localizaban, con una calidad majestuosa, la carne prohibida. Quienes oficiaban de recipiente sabían que no podían delatar al ejecutor del manoseo, ya que todo caería en saco roto. El obispo prometía y escrutaba, aunque esos ojos de párpado en capota habían perdido ferocidad.

Estaban vetados, por completo, los hábitos muy levantados y pomposos. El voto de pobreza debía de cumplirse. Nada de género de caderillas (16) para ensanchar la ropa, que les diesen calentamiento, en presencia de toda la comunidad.

Una de las criadas de cocina tomó la palabra. Era la encargada de alimentar al convento y de impartir algunas lecciones de elaboración culinaria. Las monjas de Santo Domingo habían encontrado la forma de hacer un dinerito para el convento, a costa de la venta de dulces, bizcochos y rosquetes.

—La niña acude a la lección pero desprecia la faena, reverendísima.

La criada no levantó la vista. Miraba el nudo de sus manos, que se ataba y desataba. No le gustaba acusar a nadie, pero las maneras de Catalina la obligaban a hacerlo. Vaciaba las tinajas, daba vuelta los cuencos, era imposible de aguantar. El resto se animó y las denuncias brotaron en cascada: no aprende a tejer, sus bordados son horrendos, la limpieza la desconoce.

La hermana Concepción prefirió el silencio. Ella solo tenía adjetivos bonitos para decir y entendió que no había llegado la hora del dechado de virtudes de Catalina.

—Debo reflexionar al respecto. Hermanas, bien sabéis cómo proceder ante estas situaciones.

Las despidió con una mano. Con la otra se cubrió los ojos. La cabeza le estallaba.

15. Religiosa destinada, cada semana, para oficiar en el coro.

16. Especie de ahuecador para abultar la falda por la parte de las caderas.

CAPÍTULO VI

Y entonces llegó el día en que las cosas se fueron de madre. Ya nadie pudo encauzar a la agitadora. Probaron de todo, mas no hubo caso. La habían puesto en penitencia, intentado darle vía libre, o dejarla sin comer, permitirle libre acceso a la biblioteca, reprenderla con dedo en alto, pero nada. Catalina era demasiado para la templanza de las dominicas. Si así era a tan corta edad, lo que sería en unos años.

No sabemos qué hacer con ella.

Nos sobra el tiempo que le falta a ella para con sus obligaciones.

Y eso que tiene demasiada licencia en el convento.

La hemos privado de su ración.

Y reducido a graves penas.

Las integrantes de Santo Domingo gritaban a viva voz la exasperación que les producía la pequeña Erauso. Era una fierecilla indómita. Hacía falta mano dura y eso fue lo que la principal les comunicó a los padres.

—No podemos más. Han de enviarla a otro monasterio más rígido. A Catalina le hace falta más retiro y recogimiento de espíritu. No se rinde, posee fuego en el espíritu y la quema. No quiero inquietaros, pero la situación es preocupante.

Miguel y María escucharon sin devolver suspiro. No había cómo refutar los dichos de la presidenta del convento. Y eso que era parienta. A Erauso, las ideas le daban vueltas en la cabeza. Otra hija fuera de Santo Domingo, otra dote en falta, otra traición a Idiáquez. Porque eso era lo que sentía, la deslealtad al amigo. Ya vería cómo solucionaba el entuerto, aunque el caballero andaba de oficio en oficio. Felipe II, a poco de morir, lo había nombrado Comendador Mayor de León, y su hijo, el flamante rey de España, lo había tomado en consideración. Felipe III sabía que Idiáquez era templado y desconocedor de la cólera a la hora de despachar, y un fidelísimo cristiano, que aquello era de importancia suprema. Conocedor de las emulaciones y envidias de Palacio, Idiáquez era fundamental a la hora de asesorar.

—Que el Consejero de Estado, que mereciere tal nombre, en los

negocios ha de cargar el entendimiento a la parte más peligrosa, para obrar en ellos. No como confiado, sino como temeroso del mal suceso, porque la confianza engendra descuido, y vigilancia el temor.

Esto bastó para que Felipe III le ofreciera la Presidencia de Órdenes, además del cuidado de otros negocios. Y tras su boda real con Margarita de Austria, fue nombrado Caballerizo Mayor de la Reina. Con el título en mano, Idiáquez tuvo que viajar al pueblo castellonense de Vinaroz a recibir a Margarita, acompañándola durante todo el trayecto, en el estribo de la carroza que la llevaba.

Pasado un año, don Juan de Idiáquez había escalado con ahínco. Se había transformado en una de las personas de máxima confianza de Su Majestad el Rey para resolver las rispideces entre la Corona y la Curia romana. Los problemas de las competencias jurisdiccionales entre ambas iba de mal en peor, el único que dominaba el tema era el vizcaíno. Y como si esto hubiera sido ínfimo, fue el elegido del Rey para los preparativos del traslado de la Corte real a Valladolid. Idiáquez devino en el ladero de Felipe en cuanto viaje iniciara.

Erauso sabía que su amigo estaba desbordado de trabajo, no quería sumarle una preocupación más. Pero prefería que no se enterara por el corre ve y dile de las religiosas. Debía detallárselo él, tal vez así lo entendiera. Oraba a los cielos que se cumpliera su pedido.

—Muy bien, así será, Úrsula —sin vueltas, confirmó María y se irguió aún más para continuar. —Os advierto, de todos modos, que Mariana no vuelve. Se encuentra en casa, estamos en la busca de un marido. Ya lo tengo en vistas.

Su prima apretó la boca. Contra ese argumento no había nada. Ella era viuda, conocía al dedillo el estatus que les otorgaba a las mujeres el matrimonio. Si tenían un candidato para la jovencita era menester hacerse a silencio.

—¿Cuándo venimos a retirarla, entonces?

María estaba indignada. Trataban a su pequeña como un trasto viejo. La furia tiñó sus ojos. Su marido apoyó su mano sobre la de ella. Quiso calmarla, ella se aquietó.

—Puedo recomendaros otro claustro, hablaré con la priora. El monasterio de San Bartolomé, pero claro, no tendrá a su tía y a sus hermanas con ella.

Las normas del convento al que hacía alusión eran rígidas, muy estrictas. Eso no lo advirtió sor Úrsula pero no quedaba otra opción. Catalina necesitaba disciplina, y cuanto antes.

* * *

A los 10 años ingresó al monasterio de San Bartolomé, el más antiguo de la villa, situado en la cima del pequeño pico de Loreto. Lo habían

fundado, en el siglo XI, las canonesas regulares de San Agustín, con la decisión de vivir según el modelo de la Regla de San Agustín. (17) Las canónigas agustinas, a lo largo del tiempo, se entregaron a la severidad. No era tarea fácil, para las beatas, terciarias y novicias, hacerse las distraídas ante la rigurosidad del establecimiento.

Miguel y María saludaron a Catalina sin demasiados aspavientos. Prometieron visitarla en pocas semanas pero ella supo que aquello era el más ruin embuste. Entendió, al instante, que el sistema en San Bartolomé era completamente opuesto al de Santo Domingo. No había podido despedirse de sus hermanas, mucho menos de los varones —así le informaron y como rumor al viento—, que habían partido a ofrecer sus servicios al Rey.

—Novicia Catalina, esta, nuestra casa de Dios, sostiene normas irrenunciables —la priora de San Bartolomé recalcó. —La clausura es obligatoria y es imposible echarse atrás. Las puertas quedan cerradas para siempre.

La niña hizo fuerza para no responderle lo que le urgía. Hubiera aullado que nunca, nunca y nunca, que ella las necesitaba abiertas de par en par. Bajó la vista para no mirarla, aunque renunciar al contacto visual con la jerarquía eclesiástica era ley de leyes. Le hizo creer a la priora que era obediente, pero lo único que buscaba era protegerse de aquel monstruo. Nada lograba el hábito de paño blanco, habitual en las agustinas, para erradicar el terror que le producía esa señora. Catalina también vestía esos colores pero el halo que cubría a la priora, además del manto y el velo, eran más negros que noche cerrada. Catalina había llegado sin velo, exhibía su melena peinada y recogida. El aseo y la prolijidad ante todo. Las consagradas de todo rango, en cambio, guardaban sus cabezas rapadas a la manera de los varones, debajo del velo negro.

La superiora acomodó el cíngulo que ajustaba su cintura y caminó con paso lento hacia la novata.

—Bien sabéis, Erauso, que el único motivo para abandonar el convento, temporal o permanentemente, es por enfermedad o muerte —la religiosa rodeaba a la niña y, a cada paso, volaba el olor a alcanfor que venía de debajo de la falda, donde llevaba aquello que era necesario para darle calor al cuerpo.

Daba por sentado, por el rumor que le había llegado, que la hermana de la niña, que había desatendido el monasterio, habría muerto de lepra. Era inconcebible que se hubiera fugado sin otro motivo. Le advirtió que el obispo de Calahorra, don Pedro de Manso, hacía controles periódicos. Se hizo a silencio con las discusiones que habían envalentonado a los vecinos guipuzcoanos para erigir un obispado propio y así evitar el saqueo, gritaban los habitantes del señorío, de los ingresos que llevaba adelante el de Pamplona. Pero

continuó con que el obispo y sus adláteres eran los únicos que tenían el permiso de cruzar muros, rejas y todo tipo de cerrazones. Así que a cumplir, que de ese modo se arriba a la ganancia del cielo. Obediencia, modestia, discreción, devoción y silencio, no hace falta nada más. Catalina introdujo sus manitas heladas dentro de las mangas de la túnica. El frío de sus dedos aplacó el encono que la dominaba.

—Aquí se ha vivido siempre bajo la obediencia de los superiores y sus reglas, novicia Catalina. Está terminantemente prohibido contradecir todo cuanto se os dictamine.

Adoctrinarían a esa pequeña revoltosa, mal acostumbrada a una vida de derroches. La canóniga había recibido toda la información acerca de la familia hidalga. Pues ahora la Erauso se enteraría de lo que era bueno. Nada de comodidades, que las agustinas eran una comunidad entregada al voto de la pobreza y se mantenían con la labor de las manos y de las limosnas, por lo que el claustro acentuaría la distancia con el jolgorio pecaminoso de extramuros.

—Id de inmediato a la ropería, (18) que allí os harán entrega del velo que, por lo visto, no os lo hacían usar en el otro recinto.

Para la prelada, cualquier convento que no fuera San Bartolomé era un beaterío. Demasiados permisos, pero que muy laxo todo. En cambio, en sus instalaciones todo se regía como correspondía. A cubrir esa cabeza como Dios manda, por algo habían heredado la toca, y la discreción ante todo, dentro y fuera de la casa del Señor. Nada de andar despertando la animalada de los señores, a cubrirse del cuello al pecho con el honestino unido a la toca, o el velo, que las mujeres habían elegido usar para salir a la calle en otros tiempos. Ah, esos años donde la recolección era moneda corriente. Pues que ahora solo era prenda imprescindible para las religiosas: negro para las profesas, que significaba que eran siervas de Cristo; y blanco para las novicias, que indicaba que estaban separadas del mundo.

Catalina se pasó la mano por el recogido de su cabeza, asintió y salió de allí. Recorrió los pasillos deslizando sus pequeños pies para no hacer ruido. El silencio del monasterio era inquietante. Quiso acallar su mente, temía que sus pensamientos la delataran.

* * *

La niña fue adaptándose a la nueva vida conventual, no tuvo alternativa. Los horarios y las tareas eran más rigurosos y, el control que se ejercía, era constante. Lo único que se escuchaba era el siseo del hábito contra el piso y las pisadas leves del caminar de las religiosas, además del murmullo de las plegarias en el correr de las cuentas del rosario.

Catalina respondía con la cabeza a cada pedido que se le hacía. Asentía, bajaba la vista, cerraba los ojos y mutis con las canónigas, a pesar de que el borbotón de palabras retumbara en el tumulto de su mente. Aprendió a controlarse luego de un incidente en el comedor.

Aquel mediodía, durante el almuerzo, las cosas se desbandaron. Los largos tablones de madera estaban dispuestos en la amplia cámara, el que ocupaban las novicias era el último y el más poblado. Catalina se había sentado donde había encontrado un lugar, todavía era la nueva. Y así fue que la encargada de la comida la convocó para unirla al grupo de niñas que servirían las mesas. Se dirigieron a la cocina, la criada revolvía el caldero humeante donde asaba un potaje de bacalao, verduras y legumbres.

—A formarse aquí con el plato, ¡niñas, que se enfría! —ordenó la moza, con el cucharón lleno.

Procedió a servirle a cada una, mientras la servidera salía disparada, para regresar por un nuevo plato de potaje. Le llegó el turno a Catalina y lo ofreció con mano firme. La criada batió dos veces la cuchara, la segunda para verter el caldo. La niña marchó hacia la sala con la vista oscilante entre lo que llevaba y el sitio donde debía depositarlo. Fue hasta la mesa principal, se detuvo detrás de la espalda expectante de alimento, pero todo concluyó de la peor manera posible. El plato se movió en línea recta pero el caldo cobró vida propia y se derramó sobre el frente de la monja con hambre. Y para peor, la sopa hervía, y la tela del hábito estaba tan gastada que se coló hacia la pierna católica, en un tris.

El voto de silencio devino en aullidos de religiosa y batahola en nombre del diablo.

—¡Me muero!

El chirrido de los bancos provocó una sordera generalizada, las monjas de la tabla principal revolearon los brazos.

—¡Me quema, fuego!

Los ojos en éxtasis miraban al techo, la criada llegó desde adentro, convocada por el griterío, con una olla rebosante de agua fresca y se la arrojó a la incendiada. Peor, agregó calores a la fogata.

—¡Basta! Llevad a la lacerada a la enfermería y a colocarle un emplaste o un pescado fresco sobre la herida. ¡Y vos…! —la priora señaló a Catalina con el índice huesudo.

Las monjas se tragaron el murmullo y un silencio aterrador heló la recámara. La niña enfrentó a la superiora apretando los dientes. Llegó el castigo y la humillación frente a las presentes: debía lavar la ropa sucia acumulada. La de todo el monasterio. La llevaron a la lavandería, le advirtieron a las dos criadas que frenaran la tarea, que la novicia se haría cargo de todo.

—Os quedáis controlando a Erauso, vosotras. Hasta que no acabe

con todo, no se retira.

La religiosa pegó la vuelta y se fue. Catalina miró la pila infinita de ropa y creyó que acabaría sepultada. Las criadas, Juana y Antonia, empezaron a lanzar los trapos sucios a un enorme canasto. Había que llenarlo y empujarlo hasta el patio, donde se encontraba la tinaja con el agua. Miraron a la niña con ojos de vaca, pues que vamos, a colaborar, y en ese mismísimo instante.

—Por aquí, a quitar la mugre.

Las criadas dieron la orden y se sentaron en una banqueta. Catalina se acercó al canasto, miró a las mozas en busca de ayuda, era casi más alto que ella. Pero las muchachas se liaron en una conversación y la niña, bien gracias. Catalina se colocó en puntillas y tomó lo primero que encontró, para tirarlo a la tinaja. Las cobijas, los hábitos, los trapos hedían de sangre y heces. Pudo dominar unas arcadas que avanzaron desde su estómago, no pudo más que lavarlos. Las manitas de Catalina cobraron vida y fregaron la inmundicia del monasterio. Mientras tanto, las criadas conversaban en voz baja, no fuera a ser que las reprendieran. En San Bartolomé se hablaba poco y nada, y cuando sucedía se decía la palabra de Dios.

—Que aquí no ha sucedido pero quién sabe, en cualquier momento esté presto a pasar…

—Pero qué dices, cuenta, cuenta.

—Aquella joven, a la que su padre obligó a profesar en el convento de Santa Susana, tras los rumores que la relacionaban con el marido de la prima.

—¡Oh! ¿Quién? ¿Quién?

—Catalina de Olano, creo, es su gracia.

La niña levantó la vista del agua hedionda. Le pareció que la nombraban.

—¡A ver, vos, continuar con el trabajo!

—Parece que la De Olano acabó escapando del claustro, ayudada por el amante. En fin, luego fue apresado y encarcelado en la cárcel del Señorío.

Las mozas ahogaron unos gritos. Catalina fregaba pero mantenía el oído atento.

—No ha sido la única, Antonia. Parece que en Guipúzcoa sucedió algo escalofriante. La niña Isabel de Lobiano, en el claustro del convento de Santa Catalina de Motrico desde los 8 años, se hizo a la fuga a los 13, ayudada por algunas monjas y gentes del exterior, para contraer matrimonio con don Pedro de Idiáquez. Que a veces la cosa se pone fea.

—¿El amigo de mi padre? ¿De quién habláis? —interrumpió Catalina, como si formara parte de la charla.

—¡Atrevida! Niña metida adonde no le corresponde. Pues que

ahora mismo os encomiendo a la priora.

La tomó de la manga y la levantó en peso. En un santiamén la enfrentó con la Ley. Catalina intentó reproducir los chismes de las criadas. No fue posible. En segundos, la encerraron en una celda.

17. Es el conjunto de normas que Agustín de Hipona, conocido como San Agustín, redactó para organizar la vida en comunidad. En ella regula las horas canónicas, las obligaciones de los monjes, el tema de la moral y los distintos aspectos de la vida en monacato. Enfatizó consideraciones tales como la caridad, la pobreza, la obediencia, el desapego del mundo, la distribución del trabajo, la caridad fraterna, la oración en común, el ayuno, el cuidado de los enfermos, el silencio y la lectura durante las comidas.

18. Era la oficina regentada por las roperas, y frecuentemente situada cerca de la sala de costura, encargada de confeccionar la indumentaria monjil, de repartirla en las celdas con supervisión de las preladas, y de recogerla por semana, generalmente los lunes, para lavarla y plancharla.

CAPÍTULO VII

Hacía rato que había marcado la hora del reposo, el monasterio guardaba silencio. Las sombras acompañaban la respiración de las novicias, incluso llegaban, desde otras celdas, algunos ronquidos de las monjas más ancianas.

Ya era noche cerrada y Catalina no podía dormir. Tampoco se esforzaba por lograrlo, en cambio, su mente la obligaba a mantenerse en estado de alerta. Sabía que era menester descansar aunque fuera tan solo un poco, sin embargo, los últimos días la inquietud le había ganado. Tan solo escuchar la palabra "alma" —que tanto gustaban de repetirla intramuros— le producía retortijones en la panza. Buscaba en derredor y no la encontraba, lo único que veía eran dedos, manos, brazos y piernas. Y todo suyo. El alma, en cambio, sonaba a viento. Era invisible, pues entonces no existe. Ni ruido hacía. Y ni qué hablar de la "presencia divina". ¿Qué es eso?, que no, que aquello no es otra cosa que ausencia.

Tañeron las campanas de la iglesia, Catalina contó una, luego dos. Faltaban algunas horas para levantarse. El silencio regresó y calló lo que se daba. Siguió observando el techo, contó cabritos, cerró los ojos y aparecieron centellas nadando en la oscuridad, los volvió a abrir y acostumbró la vista a la danza de sombras, entonces la congoja de un llanto ahogado la quitó de allí. Aguzó el oído y otra vez. El quejido venía del camastro de al lado, donde dormía una niña nueva, Inés su nombre, de 6 años.

—¿Qué pasa?

Susurró Catalina y giró para verla. La llorona acalló el llanto pero no dijo palabra.

—¿Duele la panza?

Insistió y abrió los ojos bien grandes, buscando los de la pequeña.

—No —respondió y los gemidos regresaron.

Catalina se deslizó hasta el borde de su cama. La niña le dio pena.

—Tengo miedo —dijo la acongojada.

Inés había ingresado hacía pocos días. Había quedado huérfana de padres sin dote, y sin familiares a cargo, la habían entregado a San

Bartolomé.

—No hay por qué —Catalina quitó su mano de debajo de las cobijas y se la extendió. —Que yo os protegeré de los malos.

La pequeña se durmió, asida de Catalina, quien no pegó un ojo durante el resto de la noche. Y llegó el alba, hubo que levantarse, era un día de gloria. Se profesaban dos novicias de edad adecuada.

A las cinco de la mañana, el monasterio en pleno rezó su plegaria, para comenzar el día. Tras unas horas, todas fueron obligadas a dirigirse a la iglesia, comenzaba la toma de velo. Fueron ocupando los bancos, Catalina sostuvo a Inés, que observaba todo con ojos desorbitados, y le dijo que la siguiera. Se sentaron en la última fila, en los primeros lugares que daban a la nave central.

—Nadie nos verá, en cambio, veremos todo.

Un hombre de sotana hizo su aparición desde una de las puertas, asintió con la cabeza y se dirigió al confesionario. Las religiosas lo persiguieron con la mirada, que era lo único que se movía. Primero se confesó la priora, detrás las novicias. Quedaron libres de pecado.
Inés tomó la mano de Catalina, pestañeaba sin cesar; Catalina se la apretó con suavidad, allí estaba para lo que precisara. La doblaba en edad, se sentía grande. Tenía 12 años.

El prelado del monasterio salió del confesionario, fue hasta el altar mayor y ofreció misa a las concurrentes. Y llegó el momento que tanto esperaban los primeros asientos: bendijo los velos negros de las profesas.

—Hijas de Dios, hoy cambiáis de estatuto, observad al pie de la letra, como la guardó nuestro glorioso santo Agustín. ¡Oh, qué arduo camino! ¡Oh, qué angélico empeño! Pero qué fácil con la gracia del Espíritu Santo, ¡qué suave! Con la ayuda del divino amor, ásperos son los estatutos de Agustín, segundo Cristo, pero el amor a vuestro Esposo, la mortificación continúa; señal es del fuego, pues fuego, en quien la mortificación y la oración se abrasan, que puede engendrar sino una vara de humo parda y pequeña, pero tan delgada, que todo su ser es subir al Cielo.

El sacerdote oraba, mientras inciensaba las prendas y las rociaba de agua bendita. Las novicias, con lágrimas en los ojos, entraron por la nave central, vestidas de blanco, con un cirio en la mano.

—¿Sois libres para ingresar a la vida religiosa?

Las novicias asintieron una y mil veces. Catalina observaba, desde el fondo, el ritual de las cabezas. La pequeña le apretaba la mano. El coro comenzó a entonar una letanía, alejaron a las profesas a un costado, a la espera.

—*Veni sponsa Cristi.* (19)

El prelado las convocó tres veces, con voz cada vez más fuerte, y las profesas respondieron a cada llamada. Las cantoras siguieron con

el himno *Veni Creator* al Espíritu Santo, mientras el cura las despojó de las ropas seculares para vestirlas con el hábito bendecido. Veneración e inquietud rondaron en la iglesia. La priora tomó las tijeras y rapó a una, luego a la otra y les impuso el velo negro.

—Os desposo con Cristo, hijo del Sumo Padre, quien os conserve incólume.

Decretó el prelado mirándolas a los ojos. En ese momento, varias novicias que aún no estaban listas para su consagración, se tiraron boca abajo con los brazos en cruz, contra el suelo duro y helado, orándole al Señor. La iglesia íntegra en trance, Catalina no podía respirar, la niña Inés le clavaba las uñas.

—Con él me he desposado, a quien sirven los ángeles y de suya hermosura se asombran la luna y el sol.

Respondieron las profesas. El sacerdote les puso el anillo, una corona sobre sus cabezas y un ramo de palma en las manos. Estaban rebosantes de júbilo, y el hombre de sotana llamó a la priora.

—Os entrego a estas esposas para que las conservéis sin mancha hasta el día del Juicio.

La principal hinchó su pecho de orgullo y dio el visto bueno para el comienzo del *Te Deum*, el himno de acción de gracia. Envueltas por la música divina, las profesas dejaron el crucifijo, la corona y la palma, y abrazaron a todas las hermanas para recibir su bendición.

Era un día de fiesta en San Bartolomé. En el fondo de la iglesia se vivía un tormento. Inés estaba aterrada, Catalina repetía, posesa: nunca, nunca, nunca.

* * *

—No dan los números, mi hermosa señora.

Don Miguel se rascó la cabeza con preocupación, y volvió a hacer las cuentas. Sumaba, restaba, ponía y sacaba pero no había caso. Tenía demasiadas obligaciones que pagar y no encontraba con qué hacerlo.

—Pero eso no es posible, Mikel. ¿Qué habéis hecho con todo lo recaudado? —María dejó de hacer lo que hacía y le clavó sus ojos brillantes de ira.

Erauso, como casi todos los españoles de buen vivir, aunque de modestias también, se había visto obligado a desembolsar ante el reclamo regio. Con fanfarrias y bandos, los hombres de Felipe III habían salido a extender las manos para que fueran cubiertas del sonante del pueblo. Había que buscar remedio para encontrar con qué oponerse a tantos enemigos como tenía la Corona. Empezaron con los Obispos y Cabildos de las Iglesias Metropolitanas, y las Catedrales, en pos de ver si aparecían algunas voluntades generosas. Sin embargo, no

alcanzó. Muchos de los grandes señores, condolidos con el estado de las cosas, ofrecieron sus vajillas de oro y plata. Hasta que aparecieron dos ministros, el del Consejo de Castilla y otro del Consejo de Hacienda, con una propuesta que avizoraba, según ellos, el vencimiento del gigante de la necesidad. El Rey debía mandar a doblar la moneda de vellón; que dos maravedíes valiesen cuatro y el cuatro, ocho. Pero qué gran idea, algarabía en Palacio, parecía cosa del Cielo y el Soberano aceptó.

El pregón había resonado en reinos, puertos, villas y lugares, al son de que solamente corriera la moneda del vellón y no corriera ni valiera ninguna otra. El problema arribó a la morada de los Erauso y todo mercader del puerto del reino de San Sebastián, con trato y comercio con otras costas. Los precios subieron, las ventas bajaron y las arcas de Miguel se hicieron diminutas. Los pobres se multiplicaron en España.

—Han sido meses flacos, mujer.

—Pues que nuestros varones han salido a altamar, tenemos menos bocas que alimentar en esta casa —retrucó María.

—Pero he tenido que desembolsar 120 ducados de alimentos de mis tres hijas, y en unos meses tendré que volver a abrir la bolsa para abonar 500 ducados por la dote de Mari Juan. Nuestra amada hija devendrá en sor.

Miguel sonrió con beneplácito. La mayor de sus niñas se consagraría a Dios. Pagaba con mano abierta por la salvación de sus hijas.

—Tenéis razón, ¿dónde tenía la cabeza? La suerte no ha querido quitármela, mi querido. Mari Juan será la primera desposada de Dios, luego vendrán las otras. Y para que sepáis, tengo en vistas a uno de los Arellano para nuestra Mariana.

—Para todo eso habrá dinerillo, señora mía. La buena ventura de nuestras hijas está asegurada. Podemos dormir en paz.

—Lo que le pido a Dios pero sobre todo a vos, Erauso, es que no haya nacido ni que tengáis la más remota esperanza, o que toméis otra resolución que yo desconozca. Nada de entregar nuestros bienes a la corona, que ya lo hemos hecho con nuestros hijos.

—Si así lo necesitarais, os lo juro por la fe de caballero y de cristiano, que no os desampararé, ni a vos ni a la sangre de mi sangre.

Miguel se hincó frente a su esposa, que reposaba plácidamente en una jamuga, (20) y le tomó los pies. Le quitó las sandalias en un movimiento y le besó uno y otro, y la señora lo dejó hacer. Entrecerró los ojos y se obsequió al juego de los sentidos.

—La buena suerte se muestra a favor nuestro, ya veréis, María.

Y ella continuó con la ofrenda al marido. Con una calidad única, aflojó el corpiño rígido y se transformó en una exhibicionista.

—Venid con facilidad a mi imperio, al fin de mis deseos, esposo mío.

El caballero reptó hacia el escote de la dama y posó sus manos, vivas y móviles, a la busca de la desnudez del cuerpo.

—De aquí no me levantaré, señora, hasta que así me lo pidáis. Me habéis otorgado el don de ser vuestro y reclamaré, hasta el fin de mis días, esa potestad.

—Hablad pero no abandonéis el tacto, decid pero no aguardéis que os aliente, que todo os está permitido; necesito que vuestro fuerte brazo se corresponda con la voz cantante. Cantad hasta morir dentro de mí.

—No os responderé palabra, ni buscaré más cosa, hasta que os levantéis pidiendo basta.

—Jamás os pediré eso. Nada es suficiente para mí —y María dejó de hablar.

—Os lo otorgo y os concedo. De mi corazón y mi cuerpo, vos tenéis la llave.

Y se prendaron en una apasionada danza de miembros, donde no hubo espacio para las deudas, la descendencia y los problemas del reino. Ni las hijas de Dios, mucho menos los varones de Felipe, el mundo se detuvo para Miguel y María. El torrente de deseo apuró su marcha.

* * *

Catalina había conciliado el sueño, pero la tranquilidad del descanso duró lo que un suspiro. Tardó en darse cuenta de que aquello no era un sueño, de que el llanto que la interrumpía no venía del más allá, sino de aquí nomás. Abrió un ojo y, parada a un paso de su camastro, estaba la pequeña Inés en un revoltijo de pelos y ropa de noche.

—¿Qué pasa, niñita?

La mayor se incorporó para verla mejor. Inés lloraba y se refregaba los párpados. Era la viva imagen de un espectro ínfimo, de un alma en pena.

—Me persigue —dijo, entre jadeos y congoja.

—¿Pero quién? Es que aquí no hay nadie —susurró Catalina.

La niña señaló con el dedo, en la oscuridad de la noche. Catalina persiguió la señal pero nada. Inés parecía sonámbula.

—Ven a mi cama, que hace frío.

Abrió las cobijas y la invitó a que se acostara a su lado.

—Te contaré un cuento, ¿te parece? —la abrazó y miró hacia arriba sin ver, Catalina adivinó las sombras del techo.

Y comenzó la historia de dos amigas andantes, perdidas en los caminos, pero felices de haberse encontrado y ávidas de aventura. Una

de ellas era buena y pacífica, la otra, colérica en el pecho, pero siempre se acompañaban una a la otra. La bondadosa le pedía que no se enfadara, la iracunda prometía, aunque le costara cumplir. Inés rio a carcajadas y le dijo que había descubierto que eran ellas dos. Catalina se tentó, hacía demasiado tiempo que no reía. Se había olvidado lo que era estar contenta.

—¡Qué hacéis en la cama! ¡Está prohibido acostarse juntas!

Una de las educandas gritó desde su lecho. La jarana fuera de hora y de sitio la había despertado, las niñas se habían olvidado de que no estaban solas y que las reglas conventuales estaban para cumplirse. Catalina se incorporó e Inés tembló de pavor. Todo era castigo en el monasterio y sabía a lo que se había expuesto. La mayor oteó por la cámara hasta que encontró a la delatora. De un salto bajó de su camastro y en pocos pasos se detuvo frente a la chismosa.

—Que ni os atrevas a decir una palabra, os lo recomiendo por vuestro bien —Catalina se sentó y acercó su cara a la de la soplona. —¿Entendido?

—No me turba vuestro maltrato, demonio.

Catalina le pellizcó el brazo. Y no lo soltó. Apretó con fuerza, desconoció cualquier límite.

—Que puedo quitaros la memoria en un tris. Yo que vos, no arriesgaría tanto.

La jovencita ahogó unas lágrimas, disimuló el dolor como pudo. El resto de los camastros empezaron a cobrar vida, los cuerpos de las niñas se pusieron en estado de alerta. Catalina las conminó a que se mantuvieran quietas y calladas, ya que si no cumplían, la muerte podía ir a por ellas. Y que no fueran necias, que aprovecharan el cuento, que podía compartirlo con todas. Claro, si así lo merecieran.

—¿Cómo podéis ser tan malas? Inés es la más pequeña y le ofrezco mi consuelo. ¿Ninguna de vosotras haría lo mismo?

La respiración de las presentes se detuvo. Catalina observó con ojo lento a cada una de las educandas y novicias. La penumbra le impedía distinguir con fidelidad lo que sucedía, pero eso no le entorpecía imaginar el terror que les había provocado.

Con paso firme regresó a su cama, Inés la esperaba con los ojos más grandes que un plato. Se tendió a su lado, se tapó con las cobijas y continuó con su relato. Su imaginación era frondosa, hacía tiempo ya que su mundo se reducía al convento. Ocho años encerrada, primero en Santo Domingo, ahora en San Bartolomé. Desconocía lo que había afuera pero sabía imaginar, y como había aprendido a leer y lo hacía con una destreza única, tragaba cuanto libro encontraba en su corto camino y así subsistía. Lo que nunca había olvidado era el mar. Lo olía a través de las paredes, le infundía la fuerza que venían quitándole día a día.

Continuó con el cuento, con Inés entre sus brazos. Cuando entendió que la niña se había dormido, la soltó despacio y dejó que permaneciera en su cama. Ella se pasó a la otra. Sabía que nadie se atrevería a abrir la boca, pero si la religiosa de turno las encontraba juntas, podían molerlas a golpes. Ella estaba dispuesta a soportar lo que hiciera falta, no quería llevarla a la pequeñita a ese infierno.

19. “Ven, esposa de Cristo”, en latín.

20. También se le decía silla de caderas. De origen nazarí y solía fabricarse con el asiento de cuero repujado, plegable y fácil de transportar. Con el tiempo se tapizó en terciopelo.

CAPÍTULO VIII

Las cosas cambiaron en San Bartolomé y esto hizo que Catalina se pusiera en pie de guerra. Hasta aquel día, la jovencita había logrado que nadie se le soliviantara. No se metían con ella, tampoco buscaba grescas. Pero a poco de fin del año 1606, nada fue igual.

Aquella mañana fría, la viuda reciente, doña Catalina de Aliri, hizo su entrada solemne al monasterio. Su esposo había muerto, no le quedaba alternativa y, campante, cruzó los portones. La viuda Catalina se vistió de novicia y al minuto profesó con el hábito negro, como Dios bien lo quería y las religiosas así cumplían.

Las dificultades comenzaron cuando las Catalinas cruzaron miradas. La Erauso no quería problemas pero se había ganado una reputación entre los muros del convento. Desde la más alta jerarquía hasta el último eslabón, todas estaban al tanto de su carácter pero, apenas puesto el pie de la Aliri, la novicia Catalina pecó de ingenua. O nadie le advirtió, o ella sola metió su cabeza en las fauces del lobo.

Aliri era una mujer robusta y de convicciones inamovibles. Sabía bien a qué había llegado a San Bartolomé. Hasta el priorato no pararía. Daba por sentado que tenía las condiciones necesarias. Es más, le sobraba para aquella faena. En lo único que creía —además de Su Señor Todopoderosísimo— era en el rigor. Y hasta las últimas consecuencias. A matar o morir si hiciera falta. Tal vez exagerara un poco pero tenía una imagen que defender; disfrutaba cuando provocaba miedo a su paso.

A mal puerto fue a buscar, en su tocaya, aquel sentimiento. Catalina la joven no había hecho otra cosa, desde su ingreso, que rebelarse y ser castigada. Cuando se portaba mal, la priora la reprendía y lograba mantenerla a raya durante un tiempo. Hasta que el círculo vicioso volvía a empezar. La menor de las Catalinas no se dejaba amedrentar tan fácil. Y el día que se cruzaron en aquel corredor, fue imposible caldear el hielo que se edificó entre ambas. La del velo negro miró con ojos de águila a la que vestía de blanco, a la espera de su reverencia, pero se topó con la provocación en alto grado de la novicia. La monja le declaró la guerra.

Una tarde, mientras el noviciado realizaba tareas de introspección y costura, Catalina aprovechó la concentración de sus compañeras y, en puntillas, se deslizó hasta la biblioteca. Los libros le despertaban más interés que la aguja y el hilo, además, conocía a rajatabla los horarios menos peligrosos. Abrió la puerta, entró con sigilo y caminó hacia los estantes que guardaban el tesoro. Sus ojos la llevaron hasta la marca que le había dejado al libro que estaba leyendo. Extendió la mano y el pestillo de la puerta al cerrarse la obligó a girar. La monja nueva estaba allí con las manos escondidas en las mangas del hábito. Con pasos pesados se le acercó.

—¿Qué hacéis aquí?

Escuchó la voz de Aliri por primera vez. Ronca y gutural, parecía un quejido escapado de las catacumbas.

—Busco un libro.

¿Cómo se le ocurrió responder? ¿Por qué no se dio cuenta de que la religiosa no precisaba una respuesta? Había ido hasta allí con una sola consigna.

—¿Y para qué? Este no es vuestro lugar, sois una intrusa.

La enfrentó y le dio vuelta la cara de un cachetazo. Catalina no pudo ahogar el grito. La mano pesada de la profesa quedó marcada en su mejilla. En un segundo, las lágrimas cobraron vida propia y la empaparon.

—¡Débil! —y le volvió a pegar.

Y el animal despertó. Un rugido avanzó desde las entrañas de Catalina y lo vomitó en los surcos de Aliri. Sus manos fueron directo a la cara de la viuda devenida en velo negro y le clavó las uñas. Al instante se liaron en una golpiza. Había sangre en los dedos de Catalina, sangre en la cara de la monja, sangre por doquier.

Los gritos convocaron a las religiosas de San Bartolomé. Entraron al coliseo bestial y se abalanzaron para separarlas.

—¡Erauso, castigada y a la celda! ¡Tres días a pan y agua!

La priora la tomó del cuello y la arrastró fuera de allí. Catalina resistió a puño y patada pero la encerraron igual. Si creyeron que el castigo dominaría a la joven criminal, estaban bien equivocadas.

Apoyó su cara en los barrotes de la ventanilla de la puerta y se hizo escuchar mañana, tarde y noche. Sus gritos se oyeron en la Villa de San Sebastián y alrededores.

* * *

Catalina cumplió 15 años en el claustro. Nadie la felicitó, ni una palmada, salvo la pequeña Inés, que la abrazó apenas despuntó el día. La única palabra que recibió de la priora, anunciándole que estaba al tanto de su aniversario, fue que estaba en edad para la consagración.

En breve, ella y algunas más profesarían los votos.

Su corazón le dio un vuelco. Tomó dimensión de lo que sucedería de ahí en más: encerrada para siempre. Le faltó el aire. Removió el cuello de sus ropas para poder respirar. Pero no, lo que apretaba no era el lienzo, era el destino que la perseguía con un cerrojo.

Transcurrió sus días con la mente hecha un torbellino. Hizo todo lo posible por pasar desapercibida. El cuerpo quieto y los pensamientos en movimiento, Catalina tenía mucho para resolver. Estaba convencida de que no pasaría el resto de sus días en San Bartolomé, necesitaba liberarse de esa opresión.

Durante un mes y medio pergeñó el plan, hasta que llegó la hora señalada y aprovechó la noche del 18 de marzo, víspera de San José. El convento en pleno se levantaba a la medianoche para los maitines (21) y se reunía en el coro. Catalina fue parte de la procesión hacia el sitio sagrado, entró y ya había varias religiosas hincadas, a la espera del inicio de la oración coral.

—Venid, Erauso, acercaos. A traerme el Breviario (22) que me lo he olvidado en la celda —la priora le extendió la llave y volvió a sus oraciones.

Catalina la tomó y se dirigió a la celda de la religiosa. Abrió y al entrar vio, colgadas de un clavo, las llaves del convento. Su corazón se detuvo. No las llevaba consigo, la priora las había dejado. Tomó el Breviario, salió de allí y apoyó la puerta de la celda, no la cerró. Apuró el paso, entregó la llave y el libro a la priora. Y empezaron los maitines con solemnidad. El corazón de Catalina se dio al galope. Cuando comenzaron la primera lección, la joven se paró y llegó hasta el sitio de la priora.

—No me siento bien, madre. Os pido licencia, estoy mala —fingió Catalina.

La priora apoyó su mano sobre la cabeza de la malhadada.

—Anda, acuéstate.

Catalina salió del coro, tomó un cirio para iluminar su paso y llegó a la celda de la superiora. Temió que el corazón se le escapara por la boca. Tomó una aguja e hilo, y unas tijeras. Sobre la mesilla había unos reales, se los metió en el bolsillo, arrancó las llaves del convento del clavo y escapó. Apuró el paso, abrió una puerta y otra, y otra más. Perdió la cuenta hasta que llegó a la que daba a la calle. Tenía taquicardia. ¿Era cierto lo que pasaba? ¿Había llegado hasta ahí sin problemas? En un movimiento se quitó el escapulario del cuello, lo abandonó en el piso, introdujo la llave y abrió. No tenía idea dónde estaba. Salió a la calle que nunca había visto. No sabía hacia dónde ir. Era libre.

21. Primera de las horas canónicas, cantada en la oscuridad de la madrugada.

22. Libro que contiene el rezo eclesiástico de todo el año.

SEGUNDA PARTE

Prófuga de Dios

CAPÍTULO I

Y corrió en la noche más oscura, una estampida de piernas, brazos, jadeo y palpitaciones la llevaron por un camino desconocido. Era de madrugada, nada se veía pero aunque hubiera visto, de poco le hubiera servido porque todo aquello era nuevo para Catalina.

Cuando la costumbre llegó a sus ojos, divisó, hacia los fondos, un castañar. Un alivio se apoderó de ella, allí encontraría el resguardo que tanto anhelaba. Se perdió entre los castaños gigantes pero la oscuridad atentó contra la búsqueda de amparo y tropezó con unas raíces.

Gritó y pegó la boca contra la tierra húmeda. Le urgía rodearse de silencio, el eco de su voz la aterró. ¿Y si se encontraba demasiado cerca del monasterio? ¿Y si la escuchaban y salían como jauría detrás de su presa? Acarició sus pantorrillas en busca de sangre. Por suerte no la halló. Deshizo los nudos que la ataban de cuerpo y espíritu, y una flojera encomiable la dominó. A diferencia de lo que le hubiera pasado a cualquiera, la tenebrosidad del bosque la cobijó y se quedó dormida. Soñó que se arrojaba al mar, su mar, y nadaba, se perdía entre las olas, el agua la abrazaba, se sumergía y nadaba entre los peces, se reía, braceaba y volvía a tomar aire para volverse a zambullir. Cuán feliz era en el sueño.

Hasta que clareó de a poco, y algún que otro rayo de sol se escabulló entre las ramas y le dio de lleno en la cara. Se desperezó, perdió la vista en el cielo. No tenía idea dónde estaba, ni qué día era, y ese extravío, en vez de asustarla, la llenó de felicidad. Pero la alegría, sin duda alguna, no es duradera. La parsimonia de su blanco alabastro se retorció en el mismísimo gesto del espanto. No era una florecilla del bosque, era una fugitiva y su vida corría peligro.

Se puso en pie con cuidado, la luz del día alivianaba la huida impertinente que había emprendido, aunque también se convertía en un blanco fácil. Empezó a caminar en estado de alerta y avanzó rumbo a lo desconocido. Solo se detuvo para recoger alguna castaña cuando las tripas se le retorcieron de hambre. Chistó con enojo por haberse olvidado de traer alimentos para la fuga, sin embargo, ahora ya era

tarde. Caminó hasta que todo se vino a negro. Buscó un refugio y se agazapó.

La falda del hábito comenzó a molestarle, además de percibir que la delataba. ¿Qué hacía una novicia perdida en el bosque? ¿Y si aparecía algún elemento de la Inquisición? ¿Ya habrían notado su ausencia en San Bartolomé?

En un movimiento se quitó los vestidos de novicia y los tiró por ahí. Tomó las tijeras, la aguja y el hilo que había traído consigo, y se sacó la basquiña (23) de paño azul. Los años en el convento no habían sido en vano. Con una gran destreza, cortó y cosió, y se armó unos regios calzones, y con un faldellín (24) verde de perpetuán, (25) confeccionó una ropilla (26) y polainas.

Con las manos buscó peinarse la melena pero la intemperie la había vuelto un nido indómito. Ni para recogerla servía. Bueno basta, se dijo Catalina, a cortar por lo sano y se amputó el pelo a tijeretazo limpio, transformando la mata larga en un corte por debajo de las orejas. Con el pelo azabache, como si se lo hubieran cortajeado con una escudilla y un cuchillo sin afilar, continuó.

Fueron tres días con sus tres noches deambulando por el bosque, a la busca de algún sendero que la alejara del convento, hasta que, a lo lejos, vislumbró varias columnas de humo, que confirmaron la existencia de un poblado. Y llegó a Vitoria arrastrando los pies, con un cansancio jamás sentido. Había caminado veinte leguas.

* * *

La priora dio vuelta cajones y las austeras pertenencias que componían la totalidad —que bastante flaca— de su celda.

—¡Dónde están mis reales!

Se hincó, apoyó las manos sobre el piso y husmeó, en cuatro patas cual perro hambriento, una vez y varias más. Y nada.

—¿Es que me han robado? ¡Asaltantes!

De inmediato asumió que era mejor callar que hacerse a la evidencia de su angurria de bienes materiales. No debía exhibirse ante la congregación agustina, tan devota a la pobreza, y mucho menos en aquellos momentos, que todo sumaba a la desconfianza. Fue entonces, que las palabras de su bienhadado San Agustín, líder de la orden que las convocaba, retumbaron en su testa: *“Es un hecho que existe cierto atractivo en los objetos hermosos, como el oro, la plata y todo lo demás. Si se trata del tacto cuenta más que nada la conformidad del objeto a la carne, y todos los otros sentidos encuentran cada uno una acomodación adecuada en los objetos corporales. La honra temporal y el poder de mandar y de dominar tienen también su brillo, de donde nace igualmente el ardiente deseo de la venganza…”*.

Se incorporó, irguió el cuerpo esmirriado y extendió los brazos al cielo, con gesto despavorido.

—¡Fuera, demonio! ¡Iros Satanás!

La madre superiora juntó sus manos a modo de plegaria y musitó la confesión de su santo: *"Por todas estas cosas y por otras semejantes se comete el pecado, cuando por efecto de una inclinación inmoderada hacia esos bienes, que son los más bajos, se abandonan los bienes mejores y superiores; tú, Señor, Dios nuestro, y tu verdad y tu ley"*.

Pero los reales que había depositado sobre la mesilla no aparecían y, aunque intentara que el metal dejara de envilecerla, un ardor voraz la quemaba a fuego vivo. ¿Cómo era posible que no se encontraran donde los había dejado? No había perdido la memoria, de eso estaba segura. Pues alguien los había tomado sin su permiso. ¿Y a ella se le tenía permitido el acopio de dinerillo? Porque en San Bartolomé se vivía de la limosna. Lo recibido era repartido. ¿Y si a alguien se le diera por acusarla de apropiación espuria de dineros prestos al reparto? El oro y la plata eran para ser divididos en partes iguales dentro de la comunidad conventual, no para ser avariciados en los bolsillos de una túnica.

Arrojó sus posaderas sobre la silla y se tomó de la cabeza. Eran momentos negros para la Iglesia. El nuevo rey había blandido algunas leyes contra la autoridad eclesiástica. El tercero de los Felipes —en la estampa del Duque de Lerma, voz, voto y garrote del soberano— había lanzado la orden de que ahora, sí y solo sí, estaba permitido y más que bien visto, que se castigara a todo clérigo que delinquiera; otras disposiciones regias que circulaban por España y sus territorios eran que la Iglesia y sus Monasterios no podían agregar bienes raíces, ni eclesiásticos ni religiosos podían tener posesiones que hubieran sido de seglares, que el oficio de la ley humana era poner a los hombres en buenas costumbres, hacerlos obedientes y amadores de la patria, que la necesidad era la paz pública *per secula seculorum*. (27) El nuevo Papa, Paulo V, desde Roma, no había dado consentimiento a las veleidades de Felipe y las disputas de poder se multiplicaron. En la República, el aire se vino espeso, Paulo V excomulgó al Senado romano y se le fueron en armas. Reclamó alianzas con el monarca español y le solicitó que amparase con sus armas la inmunidad del Pontífice.

Un ojo español estaba en Italia pero el otro perseguía posibles actos delictivos de hombres con sotana. La priora usaba hábito pero no era hombre. Aunque, de seguro, no harían de miramientos a la hora de investigar ilícitos. Ella era santa, que no la persiguieran. Pero el tintineo de las monedas era sordo.

Como un vendaval, salió de su celda y pegó el portazo de su vida. Le dio cien vueltas a la llave en el cerrojo y fue en busca de alguien.

Urgían las respuestas.

—¿Quién me robó? —le preguntó a la primera religiosa que encontró por los pasillos del convento.

Solo encontró negativas y alzamiento de hombros. Continuó la pesquisa y las monjas le respondieron que la celda estaba cerrada y nadie tenía la llave. La priora sudaba la gota gorda. No solo temía que el brazo armado del Rey la acusara de usurera, sino que los hombres del Santo Oficio, que estaban al arribo en el monasterio para hacer su requisa habitual, hicieran lo propio.

Estos pormenores se desarrollaron en horario diurno. Al caer la noche, se armó una batahola de órdago en San Bartolomé.

¿Dónde está Catalina?

A buscarla en el coro.

De seguro se esconde en la biblioteca.

¿Dónde está la novicia?

La joven no aparecía y le llegó la novedad a la priora. Retomó los acontecimientos de la medianoche, recordó que le había entregado las llaves del cielo a la Erauso malhadada. La superiora batió palmas al aire. Le vino de perlas la noticia. Tenía el chivo para entregarle a los hombres del rey: Catalina la maleante.

Y encontraron las llaves en el piso, cerca de la puerta de entrada. A su lado, el escapulario delator.

Catalina se fue.

Novicia fugitiva.

* * *

Catalina deambuló durante unos días por las calles de Vitoria. Los primeros tiempos pudo pasar desapercibida dentro del movimiento de la villa. A pesar de ella, había sido una buena discípula en los años de convento, y la mirada hacia abajo se le hizo un reflejo. Guardar la cara le vino bien.

Ay, mi Dios, ¿será posible mantenerme escondida, tan en contra de mi voluntad? Me siento desdichada, aunque más lo estaba en el encierro. Salí en busca de una libertad pero ahora me miro y solo veo una pesada carga en este cuerpecito. Ansío una vida afuera, busco el remedio a todos los males que me dio esa vida adentro, pensaba la jovencita mientras recorría el poblado.

Una tarde, cuando la esperanza había perdido vigor, Catalina ya no pudo disimular el desasosiego que la embargaba y los ojos se le llenaron de lágrimas. Ahora que respiraba aires de libertad no sabía cómo tomarlos. Se ahogaba. Toda la fuerza que había ganado en el claustro se le escapó entre los dedos y se sintió pequeña otra vez. Tenía 15 años pero se creyó una criatura.

—¿Qué os sucede? ¿Habéis sufrido algún daño? —se le acercó un caballero, preocupado por la congoja de la jovencita.

Catalina levantó la vista y se pasó la mano por la mejilla. Hacía días que comía mal y no se aseaba. No quería dar miedo pero desenmascararse, menos.

—No, señor.

El caballero sonrió apenas y se quitó el sombrero con gesto ampuloso. Se acercó unos pasos y quiso darle tranquilidad.

—¿Entonces os habéis perdido? Pues no sois de aquí.

Claro que era una intrusa, pero en unos segundos debió de asirse de una explicación que no despertara suspicacias. La delación estaba a la orden del día en esos lares.

—Viajaba con mis padres y fuimos víctimas de un atraco, señor. —Catalina intentó un gesto de vulnerabilidad y eso la alentó a seguir. —Fueron muertos, señor, yo logré escapar.

El caballero recibió la explicación y se dio una palmada en la frente. La mentira logró su cometido y Catalina se sintió más tranquila.

—Por Dios, no puedo dejaros en estas condiciones: con hambre y sin ropas. Mi casa está a unos pasos de aquí. Mi esposa y yo podemos vestiros y alimentaros. Me presento, soy don Francisco de Cerralta, catedrático de Vitoria, muy bien conocido por aquí.

Catalina dio su nombre pero obvió el apellido y, sin más, siguió de cerca al hombre que le ofreció salvataje. Llegaron a la morada y el doctor le anunció a su esposa las novedades que traía consigo.

—Le daremos albergue a la moza, mujer. Tal vez podáis ofrecerle algún vestido para que no ande así de andrajosa, ¿qué os parece? Y podrá ayudaros con los quehaceres de la casa.

Don Francisco, más que preguntar dio la orden, y su esposa asintió. Le dio la bienvenida con una sonrisa prudente y le pidió que la acompañara a sus aposentos. Buscó algo para vestirla y le preguntó si tenía hambre. Catalina la miró de lleno, no hizo falta decir más.

—Venid conmigo, vamos a la cocina.

Le dijo la señora de Cerralta y fueron a la parte posterior de la casa. Llenó una tinaja con agua caliente y le pidió que se quitara las ropas y aseara. Catalina, entonces, se enteró de que no lucía del todo bien. Los días en el bosque y el extravío en la villa se le hicieron carne. Se desnudó bajo la atenta mirada de la dueña de casa y se introdujo, con cuidado, en la tinaja. El calor la adormeció, hacía tiempo que no sentía semejante placer, se había olvidado lo que era eso.

—Tranquila, a tomarse el tiempo que os venga necesario, que yo, mientras, preparo algo de comer.

Puso manos a la obra y empezó con las preguntas:

¿De dónde venís?

¿Qué os ha pasado?

¿Padecéis algún mal?

Mientras se fregaba, Catalina ensayaba respuestas huidizas. La señora giraba la cabeza de tanto en tanto, a la busca de una conexión con la recién llegada. Siquiera intuía el engaño, estaba más que contenta de recibir en su casa y que no fuera algún colega de su esposo. Estaba cansada del vareo de eruditos, al fin una muchacha para conversar. Y para eso estaba, empezó a contarle vida y obra: que su esposo, que ella de niña y ahora de señora, que venía de tal pueblo y la familia y los Yarza…

Y a Catalina casi le da un soponcio. Su madre era Galarraga y Yarza, no fuera que las uniera algún lazo de sangre. Hundió la mirada en el agua enjabonada, intentando escapar de allí, pero no hubo caso. La señora agregó datos a la genealogía y demostró que la sangre las ceñía y era prima hermana de su madre. Catalina masculló a Dios que por favor no la reconociera, que no desengañara su engaño, que no descubriera el eslabón que las unía.

—¿No habéis terminado aún? Que la piel se os ajará y la comida ya está lista.

La señora le extendió una cobija y la animó a que saliera. Catalina se levantó con la vista escondida y se dejó ayudar. Ya vestida con las ropas que le ofrecieron, se sentó a la mesa y comió lo que le dieron. El doctor se sumó, todo transcurrió en total normalidad. Parecían una familia feliz. Nada anunciaba lo que se escondía detrás de la máscara.

* * *

Erauso salió despedido de San Bartolomé. Le habían informado poco y a cuenta gotas. Su hija se había escapado. Su querida Catalina se había convertido en una fugitiva. La priora había deslizado que además de prófuga era una criminal, que se había robado bienes de la Iglesia, que estaba en problemas, que además de ser una perseguida de la legislación de la corona real, la perseguía la Ley divina. La joven Erauso era ladrona y hereje.

Miguel entró a la casa y su esposa no lo reconoció. Temprano por la mañana, su marido había salido liviano de espíritu, ahora traía la densidad de un espectro. Caminaba por la antecámara con peso en los pies y, cuando tomaba aire, se cubría un ojo con la mano. Era un lamento en silencio.

—Esposo mío, ¿qué sucede? —preguntó María mientras lo perseguía como perro al celo.

Era la primera vez que lo veía con lágrimas en los ojos y eso la inquietó. Miguel era un hombre apacible, sereno. En todo caso, si

había alguien en la pareja que exudaba temperamento era ella. Su marido era quien calmaba esas aguas. Ella era la tempestad; Miguel, el murmullo de una fuente.

—No sé ni cómo empezar, querida —Erauso buscó una silla adonde sentarse, la vida le pesó como nunca. —Nuestra niña se ha largado.

Y bajó la vista. No sabía cómo enfrentar la situación, se sentía agraviado, no entendía cómo, su pequeña, había llegado a tanto, cómo se había atrevido a llevar adelante semejante calamidad.

—¿De qué hablas? ¡Quién! —gritó María y le levantó la cara de un manotazo.

Como pudo, Miguel la puso al tanto de lo poco que se había enterado. La cara de María empezó a deformarse.

—¿Cómo es posible? ¡Mi hija no es ninguna bandida! ¡Catalina no es blasfema! ¡No es una renegada!

—¿Y ahora qué hacemos, mujer? Será perseguida, vituperada, mi casta niña que tan alegre fuera, ahora sumida en la más pasmosa de las tristezas.

—Debemos salvarla de tal desgracia, no podemos permitir que sea vencida.

El matrimonio daba vueltas por la cámara. Pensaban en voz alta, cada tanto intercambiaban opiniones, epítetos, deferencias. Mantenían las distancias, solo su hija los unía, temían por su vida. ¿Eran ellos los promotores de la fuga? ¿No quisieron ver que Catalina era diferente, que no era como el resto de sus hijas, que nunca quiso el claustro? Ni Miguel ni María se cuestionaban aquellas cosas, solo querían a la niña de vuelta en casa.

—No quiero que mi hija arda en el infierno, tampoco que la quemen viva, acusada de bruja, Miguel. Sabes lo que puede pasar, ¿no es cierto?

María no pudo evitar el desconsuelo y se echó a llorar. La realidad le perforó el alma, el dolor domó su rabia y se transformó en una mujer apaleada. Su esposo la abrazó, le juró que la encontraría, que pediría ayuda a quien hiciera falta, que andaría miles de leguas, que no hallaría reposo hasta traer a Catita a casa, que la defendería de toda vileza, que para eso era el padre.

Lloraron juntos, dejaron de pensar en las palabras ultrajantes vertidas por la priora de San Bartolomé; su niña —que ya había dejado de serlo, pero mejor no pensar en esas cosas— amada y criada en base a la prudencia y la buena moral —aquello preferían creer—, tal vez envuelta, de tanto en tanto, en la necedad, habíase echado a la fuga instada por motivos ulteriores. Pero Catalina volvería sana y salva.

Los esposos dejaron de quejarse en su dolencia. La niña sería

rescatada.

23. Término vasco que designa la prenda femenina que se utilizaba sobre la ropa interior, una suerte de enagua.

24. Falda corta y con vuelo, que usaban las campesinas sobre las enaguas.

25. Tela de lana basta, muy tupida y duradera.

26. Vestidura corta que usaban los hombres, a fines del siglo XVI y XVII, sobre el jubón o encima de las armas.

27. Por los siglos de los siglos.

CAPÍTULO II

Acostumbrada a las horas del convento, Catalina madrugaba más que el alba misma. Sabía hacerse a silencio y, liviana como una pluma, se llegaba hasta la cocina y se preparaba algo para comer, y calentaba una jarra con leche.

Impulsada por la quietud que todavía reinaba en el hogar de los Cerralta, la joven se dirigió al despacho del doctor. Era el refugio de los libros, el sitio adonde se llevaban adelante las reuniones de eruditos, el que la señora de la casa visitaba poco, salvo cuando se la solicitaba. Tomó uno de los libros, lo acomodó sobre la mesa y se dispuso a leer. Y se perdió en el laberinto de las palabras, se olvidó del tiempo.

Las pisadas de don Francisco lo anunciaron antes de entrar pero, cuando Catalina levantó la vista, ya estaba allí. De complexión gruesa y rostro redondo, el catedrático se acercó con la seguridad que le daba, además del rango, su peso bien pesado.

—¿Qué es esa cara de pavor? Como si hubierais visto a la muerte —Cerralta lanzó una carcajada que retumbó en el sigilo de la casa. —Tranquila, jovencita.

Catalina recordó las triquiñuelas que había debido de hacer en el monasterio, cuando quería leer fuera del horario permitido o hacerse de alguna lectura prohibida. Respiró con ganas tras los dichos tolerantes del hombre.

—A ver qué habéis elegido esta vez.

Don Francisco se sentó a su lado y tomó el libro. Le llamó la atención, estaba escrito en latín, nunca pensó que la muchachita optara por ese ejemplar. Se lo devolvió y la instó a que leyera en voz alta. El catedrático se quedó embelesado con la modulación de la joven.

—Pero qué bien lo hacéis, ¡es realmente increíble la facilidad que poseéis!

Le preguntó cómo lo había aprendido, Catalina ensayó una respuesta rápida, que había recibido instrucción conventual, como toda niña que se preciara. Pero a Cerralta no lo conformó, le pareció

que era un prodigio, que jamás había visto algo igual.

—¿Cómo no me habíais informado de que dominábais el latín?

—No quería perturbaros con estas cosas, don Francisco. Además, no es para tanto, solo siento gusto y afición por los libros. Nada más.

—Y nada menos, muchacha. ¿Sois curiosa? ¿Os desvelas por las noches para entender y desentrañar el sentido de la vida? Cuidado, debéis ser cuidadosa, porque dicen las lenguas malas que el exceso de lectura puede llevaros a la pérdida de la razón.

Catalina no supo qué responder y movió la cabeza. Empezaba a sentirse incómoda. El señor se le aproximó un poco más, percibió que le respiraba demasiado cerca. La joven bajó la mirada y buscó cobijo en el libro. Pero el doctor le porfió, la tomó de la barbilla y la obligó a que lo mirara.

—Yo os daré clases, y os devolveré todo aquello que perdáis.

Insistió Cerralta pero Catalina se rehusó. Sin embargo, el señor no estaba dispuesto a recibir un no como respuesta. Se le acercó más y perdió el control de su mano. Pesada, tosca, sin el más mínimo cuidado, tampoco sabía hacerlo de otro modo. La joven Erauso quiso gritar, en vez tuvo una arcada.

Desde alguna de las habitaciones de la casa avanzó un ruido. Era la señora que comenzaba con sus faenas. El movimiento distrajo al doctor y Catalina aprovechó para levantarse y escapar detrás del repique de su corazón, que latía más fuerte que nunca. Se perdió en los corredores, sin mirar atrás. Cuando al fin se atrevió a hacerlo, notó que estaba sola, no la perseguía nadie. Salió a la calle, el pueblo empezaba a desperezarse. Se mezcló entre los habitantes de Vitoria y buscó hacer tiempo, conocía los horarios del doctor. A media mañana, el señor salía y no volvía hasta entrada la tarde.

El corazón de Catalina se fue calmando pero su cabeza devino en un torbellino loco. Temió haber perdido el juicio, y todo por culpa de ese monstruo. Cerralta se había convertido en un dechado de inmundicia. El tiempo se le había escurrido entre los dedos. La mano lasciva del catedrático la empujó a una nueva fuga. No quería estar un minuto más cerca de ese hombre. Debía irse de ahí, era necesario proteger su honra. No solo sentía asco, tuvo miedo. Estaba en peligro.

Regresó a la casa, entró en puntillas y se aseguró de que no estuviera el malhadado. Se metió en la recámara del hombre, revolvió entre su ropa y tomó lo más raído que encontró. Sabía que Cerralta no echaría de menos los trapos viejos y se hizo de unos calzones, un jubón y un tahalí, (28) esencial para ajustarse la cintura y guardar las armas que se conminó a conseguir, costara lo que costase. El hombre era enorme. Se quitó sus ropas, vistió las del catedrático, tomó unos cuartos que encontró por ahí, se calzó un sombrero de fieltro y salió.

Corrió hasta la plaza abarrotada de vendedores, rufianes,

campesinas y demás buscadores de vida. Se vendía y se compraba al mejor postor. Catalina iba en busca de un salvoconducto que la sacara de allí. En un rincón, descansaban algunos arrieros. Discutían a grito pelado, que sus caballos eran briosos, que los caminos se desafiaban, que voy para aquí y también para allá, y la joven descubrió que uno de ellos partía rumbo a Valladolid.

—¿A cuánto el viaje? —le preguntó Catalina.

El arriero la miró de arriba abajo y le respondió que no había lugar y que tampoco tenía tiempo.

—Que os pago lo que pidáis.

Menos averigua Dios y perdona, pensó el arriero, dijo doce reales y extendió la mano. Catalina los pagó, montaron sus respectivos caballos y partieron.

—Cuarenta y cinco leguas a traviesa, a ver si aguantáis —sentenció el arriero con una mueca pendenciera.

—Veremos quién soporta más.

Respondió Catalina, apretó los ijares del caballo y tomó la delantera.

* * *

Demasiados problemas había en Valladolid. Se había abandonado la probabilidad de la duda, ya nadie se hacía una pregunta, en vez afirmaban, convencidos, que en la renovada sede de la corte del Rey pasaba de todo y para nada bueno. Todos señalaban al responsable de la hecatombe: don Francisco de Sandoval y Rojas, renombrado como el Duque de Lerma, el valido de Felipe III.

La corte y su monarca se habían mudado, desde Madrid, hacía poco más de seis años con un gran entusiasmo. La algarabía había sido fácil de observar en todos, que un cambio de aires nos vendrá de maravillas, que Valladolid nos augura tiempos de dicha, ¡sabia decisión de nuestro Excelentísimo!, aplaudieron y vivaron. Salvo su Majestad, que era un hombre de poca efusividad. Es que el Rey nació cansado, se escuchaba el murmullo detrás de las puertas de Palacio. Para eso estaba el favorito, para traerle la vitalidad que había perdido desde el primer berreo, al nacer.

El entusiasta perpetuo era el Duque de Lerma. Le había prometido a Felipe que la estancia en Valladolid sería excelsa. Los negocios florecerían, las decisiones serían afiladas y todo prosperaría. El Rey confió —como con cada apunte de su elegido— pero no quiso ver lo que sucedía entre las sombras.

Lerma, más veloz que un rayo, daba puntada con hilo. No había puesto el ojo en Valladolid en vano. Había preparado el terreno junto a unos asociados —don Pedro Fernández de Castro y Andrade, Conde

de Lemos, y don Rodrigo Calderón y Aranda, Marqués de Siete Iglesias, a quien había conocido de sus años mozos, cuando le había servido como paje— y, poco antes de la mudanza, se habían hecho de terrenos y palacios en territorio vallisoletano. El Duque era voraz, Lerma no se conformaba así como así. Quería convertirse en el caballero más rico del imperio. A ese paso, la meta estaba asegurada.

El Rey prefería fingir sordera cuando los brulotes iban dirigidos a su valido. Felipillo circulaba, contento, con las promesas de Lerma: asir la paz, pacificar el imperio, acabar con sus enemigos en el mundo. La Tierra para su Majestad.

—Me ocuparé, Majestad, de asir la paz. Lograremos pacificar el imperio, ya no tendréis enemigos en el mundo. La Tierra será vuestra.

Prometía el Duque y el Rey calmaba sus pensamientos. Felipe, entonces, se entregaba a sus verdaderas pasiones: de la caza al teatro y del teatro a la pintura. Poco le interesaban las cuestiones de Estado, estaba para otros asuntos. Pero quien miraba con tirria al favorito, no era otra que la mismísima Reina. Margarita de Austria había detectado los negocios *non sanctos* de Lerma, y si había alguien devoto en Palacio era la señora. La consorte era miembro de la familia imperial de los Habsburgo y una ferviente católica. Felipe II la había elegido para desposar a su hijo —además, era ideal para mantener la unidad y el poderío monárquico— porque era una encendida defensora del catolicismo.

Lerma, en tanto, probaba con cercar a Margarita. Pero ella no se dejaba amedrentar.

—Quitaremos a este hombre de en medio.

Sentenciaba la consorte. Se encerraba en la alcoba con sus damas de compañía y su confesor e intrigaban a lo loco.

A poner en marcha una investigación.

Debemos regresar a Madrid.

Este sitio está corrupto.

Lerma es un delincuente.

Felipe parece un idiota.

Cuidado, Majestad, que nadie os delate.

Margarita quería volver. Valladolid ya no daba para más, Lerma acrecentaba sus arcas y España se sumía en la quiebra. *"¿Por qué insiste, ese duque maléfico, en tratar de suavizar el trato con la inefable Francia? No toleraré que pretenda detener la guerra con los protestantes, mácula de herejías obstinadas y pertinaces. Fuera del mundo, secta calvinista",* mascullaba la dueña de la corona.

Los comerciantes madrileños, al enterarse de que las cosas no andaban bien en Valladolid, optaron por tomar cartas en el asunto. Ya los escucharían, ellos modificarían las decisiones de Lerma. Y qué mejor que darles rienda suelta a los sobornos a la Corte —siempre

listos y con la mano abierta— para que volvieran los años de gloria madrileña.

Las tensiones se estiraban. Las intrigas estaban a la hora del día. Juan de Idiáquez, otro de los favoritos, asistía al Rey. No se metía en las discusiones y chanchullos rampantes, pero conocía todo al detalle. Mejor callar y no intervenir. Caerán por su propio peso. Mientras tanto, a seguir liviano.

* * *

Las calles de Valladolid estaban atestadas. Se había convertido en la capital del imperio y había pasado de albergar 30.000 vecinos, a 70.000, además de las visitas ilustres que recibía constantemente. Catalina aprovechó esta circunstancia para pasar desapercibida.

Los primeros días fueron a puro asombro. La joven Erauso gustó de perderse y atender las conversaciones callejeras, siempre tan elocuentes a la hora de desperdigar los dimes y diretes, posibilidades o problemas del pueblo. Así se enteró de las trifulcas del duque favorito del Rey, del revés que había recibido Lerma y la consecuente decisión de regresarse a Madrid; pero qué vida desgraciada, insistía algún que otro cortesano con ínfulas ante la nueva mudanza, sumirse de nuevo en esa calle larga atestada de fango y porquerías, que las cuestas que había que subir no eran para cualquiera, que las casas eran malas y feas, hechas casi todas de tierra, que no había aceras y letrinas, por lo que todos hacen sus necesidades en los orinales que luego arrojan a la calle, cosa que expande, Santa Madre de Dios, un hedor insoportable, que es imposible andarse de a pie, a diferencia de esta comarca deslumbrante. Y recordaban aquella oportunidad en que casi se envenenan tras el arrojo nocturno de los deshechos, desde las casas, costumbre arraigada por los doctores, que afirmaban que el aire era tan penetrante y sutil, que esa manera de corromperlo con los vapores perniciosos, lo mantenía en su composición debida. Para algunos, volver era una catástrofe.

Entre murmuración y despliegue de testimonios, Catalina se enteró de que aquel amigo de su padre que nunca había conocido pero del que había escuchado hablar infinidad de veces, don Juan de Idiáquez, estaba instalado en Valladolid. Las vueltas de la vida la llevaron a cruzarse con algunos internos del secretario del rey y, palabra va, pregunta viene, averiguó dónde vivía y quién podía recibirla para solicitarle trabajo.

Si hubo algo que le llamó la atención pero se hizo la distraída, fue que nadie se hubiera dado cuenta de que era una grácil señorita. Vestía ropa de varón pero nunca imaginó que era capaz de enmascarar su debilidad con semejante destreza. Le brillaron los ojos, confió en su

talento.

Catalina caminó hasta la residencia, desbordante de seguridad. Desconoció por completo el temor que la había embargado poco antes, se sintió más libre. Abrió la inmensa puerta de madera, caminó unos pasos y una criada rubicunda y de ceño fruncido se le paró enfrente.

—Mi nombre es Francisco Loyola —se las ingenió la joven con velocidad. —Quisiera ver al maestresala, me han dicho que con él debo hablar para ofrecerle mis servicios.

La criada la miró de arriba abajo y le pidió que la siguiera. Entraron y allí estaba el superior haciendo lo que sabía, dar órdenes.

—¿Cuántos años tenéis? —le preguntó.

—Quince, señor.

—¿Y qué sabéis hacer?

—Lo que pidáis.

Con su nueva identidad, Catalina devenida en Francisco se acomodó como paje del señor Idiáquez.

—Venid para adentro que esas ropas son las de un mendigo. Os vestiréis como corresponde. Aquí tenemos lo que os haga falta.

Pero el corazón se le detuvo. No podía desvestirse delante de nadie. Vaciló en el camino y temió que su plan se desbaratara. Como si el Todopoderoso se hubiera apiadado del riesgo que corría, el maestresala ojeó por arriba sus medidas y le hizo entrega de una camisa limpia, el jubón y los calzones.

—Cambiaros de inmediato que el señor tiene invitados a comer y atenderéis el servicio de mesa. Al fondo están las cámaras del servicio. ¡Seguirme!

El ahora Francisco no le perdió pisada y entró al diminuto dormitorio con dos camas. El maestre le dijo que lo compartiría con otro mozo, se cruzó de brazos y le regaló un escrutinio de águila. Debía desvestirse para vestir las ropas nuevas.

—Vamos, que si sois así de lerdo más vale os quedéis del otro lado del muro.

Y un grito de afuera la salvó. Algún entuerto debía resolverse en la casa y el único que podía salvar las cosas era el maestresala. Antes de salir le dijo que cuando terminara fuera a la cocina, que allí coordinarían las labores.

Catalina tembló como una hoja. Se tragó unas lágrimas atrevidas y se desnudó. Acarició sus curvas, que no eran tantas pero la delataban, de todos modos. Se puso la ropa y volvió a pasar sus manos, esta vez, sobre la tela. Se sintió potente, advirtió que se veía más fuerte que nunca. Palmeó sus manos y salió de allí con una sonrisa que hacía tiempo no iluminaba su cara.

* * *

La joven enmascarada hizo buenas migas con todos los pajes que residían en casa de Idiáquez. Todos rondaban los mismos años, la poca experiencia propia de su edad los ayudaba a descansar en la confianza. Nadie veía otra cosa, ninguno dudaba de la identidad que había ofrecido la pequeña embustera. Catalina se presentó como Francisco, los mozos abrazaron a Francisco.

Pero la inocencia no le valía a todos por igual, sobre todo a los que habían cruzado la frontera de los 15 años y ostentaban ascenso de funciones. El paso del tiempo empezaba a despabilarlos, a muchos con bonhomía, a otros con cierta maldad. Y en casa de don Juan brillaba la cuota de malicia.

No faltó oportunidad, como aquella tarde que no era fiesta de guardar aunque la casa andaba quieta, y la servidumbre fue beneficiada con algunas horas de ocio. No se celebraba nada, no se esperaban invitados, el señor hacía silencio en sus aposentos o vaya uno a saber dónde, y los criados se vieron liberados de las obligaciones. Algunos, con más años y cansancio acumulado, optaron por el resguardo de sus recámaras, los ostentadores de juventud, en tanto, metieron los bríos en bolsa y salieron a la calle.

—¡Vamos a la taberna! —anunció uno de los pajes al círculo de los propios.

No hizo falta más, se calzaron los sombreros y acicalaron sus estampas para partir. El líder del grupo miró con cara de pocos amigos a la junta de los menorcitos, que no llegaban a los doce y ni siquiera, y con buena voluntad, podían hacerse los mayores.

La ciudad estaba de festejo, y hacía más de un año que vivían rodeados de ese ambiente. El nacimiento del heredero real había encendido las ansias por celebrar. El Rey, pletórico de alegría porque al fin había nacido el Príncipe —su amada Margarita había dado a luz a dos infantas, aunque la última, María, había vivido tan solo un mes —, encontró que no había límite a la hora de la celebración. Valladolid devino en una ciudad en permanente fiesta.

Encontraban cualquier excusa para encender antorchas en las ventanas para así iluminar las calles, detentando muestras de una alegría irrefrenable. Las fachadas de las casas se habían pintado, el lujo había que mostrarlo. Ni siquiera las fiestas de guardar limitaban el exceso, tampoco atendían la desesperación que sí exhibían los clérigos por tan inapropiados accionares. Los cortesanos y los vecinos de Valladolid se entregaban en cuerpo y alma al desenfreno.

Y aquel atardecer de verano, en el que el calor apretaba más de la cuenta y la gota gorda no daba tregua, se encontró argumento para celebrar. Las campanas repicaban, nadie sabía por qué, aunque poco importaba. Tal vez había algo en palacio, algún encuentro a puertas abiertas, alguna puesta en escena de los dramaturgos en boga o algún

recitado del poeta de turno. La corte, en tanto, se arrastraba entre la música, los cohetes y la danza de máscaras.

Con el ala del sombrero sobre el ojo, Francisco, en su flamante identidad, se mezcló entre los pajes y se dejó llevar. Salía poco y nada de la residencia de Idiáquez, esta vez, en cambio, se atrevió. Sus ojos brillaron de contento, se sintió víctima de una fascinación explícita. Nunca había presenciado semejante esplendor.

—¿Qué es ese estrépito? —preguntó con susto, ante la seguidilla de gritos que inundaba la calle.

Los más jóvenes y timoratos se sumaron a la inquietud, desconocían por completo lo que sucedía. El líder del grupo, con más años y experiencia, los obligó a que continuaran camino y se les rio en la cara.

—¿Tenéis el cerebelo derrumbado? —se mofó de ellos. —Qué poco conocéis de la vida, ¡trastornados! Deben quedar aún los últimos estertores de la fiesta del agua. Hubo justa en el río entre dos bandos, y de seguro allí quedaron los de boca torcida y garguero ardiente.

Alonso, "el Castizo", le hincó la mirada a Catalina escondida debajo de Francisco, en busca de tirria. El corazón del mocito nuevo apuró su ritmo, temió que lo escuchara. Bajó la vista y siguió al último de la fila. Se perdió entre sus pares, las carcajadas le sirvieron como escudo y, a los tumbos, llegaron a la taberna. Estaba completa, de punta a punta, pero igual se hicieron un lugar.

Sonaban unas coplas por aquí y por allá, los caballeros se divertían mientras sus vasos se vaciaban para volverse a llenar. Algunos cuidaban sus maneras, tantos otros se dejaban llevar por los efectos de la bebida espirituosa. Ebrios y contenidos, todos se sumían al divertimento del sitio. Y no faltaron a la cita algunas mujeres, ávidas de algarabía pero sinuosas en el control de límites. Desperdigados entre mesa y mesa, algún que otro actor de compañía teatral, en busca del aplauso íntimo o de un regodeo estelar, demostraba los talentos oratorios y alguna otra necesidad. Alguno iba acompañado de cierta joven a la busca de promesas, otro, de más edad y requiebro, prefería susurrar experiencia a algún mozuelo atento. El sarao se completaba con algunos cortesanos escapados de palacio, conocedores de los deleites asegurados en las reuniones del pueblo.

Y se perdió en el tumulto, la taberna se había convertido en la consagración de la igualdad. Uno de sus amigos la llamó por su nuevo nombre y respondió al instante, no vaciló. Una tranquilidad especial la embargó, se sintió igual a todos, sin presiones, era Francisco Loyola. No había barreras de clase, o fortuna, y menos de condición. Y escuchó su risa por primera vez, festiva, alegre y llena de alborozo. Estaba liviana, era libre.

—A ver, vos, flojo, que me tenéis cansado.

El Castizo la increpó de la nada. Con el equilibrio complicado, el beodo se le acercó. Era evidente que buscaba jaleo.

—Vamos, a dejarlo.

—Eh, Alonso, vente para aquí.

—Os pago otro vino, que de seguro será mejor compañía.

Intentaron sacarlo de allí, pero no hubo caso. El Castizo se tambaleaba, repetía groserías y palabras injuriosas. Y le tiró una mano que le dio en el pecho.

—Flaco como una mujer flaca, qué asco sois, Loyola.

A Catalina le faltó el aire, debió detener el impulso de tocarse, de cubrir su tersa piel de fémina, imposible de mutar, de enmendar la debilidad de su cuerpo, de velar el fantasma de la verdad.

—Venir a mirar lo que es bueno, eunuco.

Alonso dio unos pasos inestables hacia donde descansaba una mujer de ostensibles rotundeces. La escrutó, ella le devolvió el favor y rio a carcajadas, invitándolo. El Castizo recobró la compostura, o eso intentó, y fue derecho con la cara al generoso escote de la señora. Una suelta de “bravos” sonorizó el lugar. Las manos de ella, curtidas por el trabajo, persiguieron el alzamiento de su contrincante, a la vista de todos. Y hubo más risas, más aliento, más groserías blasfematorias, que encendieron mucho más a los protagonistas.

Catalina salió de allí, a los tropiezos. Su cara hervía, la respiración se escuchaba a pasos de allí. Y detrás, llegó otro de los pajes, preocupado.

—Tranquilo, mi amigo. El Castizo es así, no debéis tomarlo a pecho.

La agredida se cruzó de brazos e hizo fuerza para mantenerse firme.

—Quiero volver a la casa —dijo con la vista baja. —Algo me ha caído mal.

Mintió una vez más. Había aprendido a esconder la verdad. Era experta en enmascarar.

28. Cinturón de cuero que cruzaba diagonalmente el pecho. Se usaba para sostener la espada.

CAPÍTULO III

Erauso tomó las alforjas que le había dispuesto su generosa María y las organizó sobre el lomo del animal que lo sacaría de allí. Saldría a buscar a su hija, su querida Catalina. Habían aguardado unos días, a la espera de que, tal vez, regresara a casa, pero la ilusión se había apagado. La jovencita no había vuelto, Catita se había esfumado.

—Volvéis con ella o nada. Miguel, os conmino a que traigas a mi hija de vuelta —le reprochó con una voz, hasta ese momento, desconocida. María Pérez de Galarraga y Erauso se había convertido en una mujer dura. Mucho más de lo que ya era.

El gentilhombre le juró por lo que más quería que volvería con Catalina, que confiara en su arrojo, que como él no había otro, que subsanaría cualquier mal que la embargara y muchos enunciados más. María lo abrazó, descansó unos segundos sobre su pecho y lo despidió.

Le dijo adiós con la mano y cerró la puerta detrás de ella. Miguel montó su caballo y partió rumbo a los caminos que lo sacarían de San Sebastián. Era el alba, el sol empezaba a dorar el reino y sin saber por qué, aquella luz le devolvió la esperanza. Estaba seguro de que tarde o temprano encontraría a Catalina.

No supo bien hacia dónde dirigirse, las monjas no le habían revelado demasiado, que unas pisadas por allí, que el escapulario tirado, hereje consuetudinaria, y que les había robado. Miguel desestimó el estigma criminal de la denuncia, tal vez su niña se había visto obligada a llevarse unas monedas, nadie debía acusarla sin razón, su Catita era bondadosa de toda bondad.

Cabalgó casi todo el día sin complicaciones que recordar, o viajero con quien compartir siquiera alguna palabra. Lo único que hizo fue hablar consigo mismo, largarse a las preguntas y responderse como si supiera, que pronto saldría a la luz la verdad de las falsas acusaciones, que esta hazaña peregrina de perseguir los indicios de la fuga de su hija alcanzaría un final victorioso, ¿hacia dónde debía ir?, ¿cuáles habrían sido las cuitas que había padecido su Catita para escapar del claustro? Y así continuó camino y, casi sin darse cuenta y tras hacer noche en alguna posta, arribó a Bilbao. Recorrió las calles, afiló la

vista, preguntó por aquí y por allá, pero nada. Solo desconcierto.

Miguel no tenía tiempo que perder. Se dio prisa a montar de nuevo y salió al camino que lo llevó hacia el sur. Fueron horas de soledad, sin que le aconteciera cosa alguna, hasta que, a lo lejos, avizoró un poblado. Estaba cansado y muerto de hambre. Pero debía encontrar a su hija, esa era su prioridad. Entró a Vitoria con ilusión, desmontó, dejó al animal en la caballeriza para que descansara y bebiera un poco de agua, y continuó a pie. A la puerta de una posada encontró a dos mozas entregadas a la conversación.

—Disculparme, señoras, no quisiera interrumpiros en vuestro encuentro, pero busco a mi hija, y quiera Dios que la hayáis visto.

Las jovenzuelas estaban distraídas, la voz de Miguel las desconcertó. Giraron las cabezas y lo miraron con algo de desdén. Sin embargo, había sido tan cuidadoso en sus palabras —extraño accionar en aquellos lares— que le brindaron atención.

—Si buscáis posada, señor caballero, habéis dado con el sitio indicado —rieron las muchachas.

Erauso desestimó la tentación e insistió con lo que lo había llevado hasta ahí. Con precisión, les describió a su hija, su nombre, e imploró a los cielos. Pero la respuesta de las mozas fue más terrenal, negaron conocer a nadie llamada Catalina de Erauso, no reconocieron sus señas pero insistieron con los beneficios de las camas del albergue, que tan bien velarían su sueño. El hombre saludó con el sombrero y abandonó a las mozas diligentes. No estaba para esos trotes, la estela de María lo abarcaba por entero. Comió algo por ahí, regresó a su caballo y partió nuevamente.

Continuó la marcha, decidido a llegarse hasta Valladolid. Allí se encontraba su amigo Idiáquez, él lo ayudaría. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Tal vez el hombre estuviera demasiado ocupado en cuestiones de suma importancia, no en vano ocupaba un sitio preponderante en la corte de Felipe III, pero de seguro colaboraría con su necesidad.

Miguel estaba fatigado, pero esta idea lo llenó de esperanza. Se irguió y espoleó la panza del caballo. Debía apurarse, Valladolid le abriría sus puertas con la esperanza de su hija del otro lado.

* * *

Era una noche fría de enero, apenas se había escondido el sol, oscurecía temprano en aquel invierno. Catalina ahora Loyola había salido a la puerta a tomar aire, secundada por otro paje. Tomaban un descanso —que bien merecido se lo tenían— luego del trajín del día. Apoyados sobre el muro disfrutaban del silencio y, de tanto en tanto, se largaban al diálogo, aunque mejor dicho, se extendían en

monólogos compartidos. Reflexionaban en voz baja si habían sumado suficiente dinero, algo menester de recibir, fundamental para la compra de camisas limpias y algunos ungüentos para curar las heridas, que nunca son bien sabidas las situaciones que les traería la vida.

—¿Para qué precisaríais esa medicina? Aquí estamos a salvo. ¿O pensáis iros a combate? —le preguntó el paje.

—Siempre es bueno andar precavido, amigo mío. Uno nunca sabe.

Respondió Catalina y miró al cielo titilante. Buscaba certezas, hacía rato que vivía en la residencia, no encontraba nada de qué quejarse, aunque, a veces, el hilo se tensaba. Había encontrado el lugar donde sentirse suelta y libre, se había olvidado de las faldas, sus melindres de fémina. Sin embargo, cuando su cuerpo se le hacía evidente aunque lo ocultara detrás del cartón duro debajo de la camisa, se sentía atada y presa. Estaba encadenada sin cadenas a la realidad, que era difícil de esconder. Y volvía a defenderse con el cruce obligado de pensarse como muchacho para no exponerse, para cuidarse de la persecución, para protegerse de su propia ausencia.

Los cascos de un caballo que venían desde el fondo de la calle los interrumpió, y levantaron la vista. Era poco común que transitaran a esas horas. El caballero andante se detuvo, desmontó y se les acercó. Quitó su sombrero y se anunció.

—Buenas noches, ¿está en casa el señor don Juan?

El corazón le dio un vuelco. Ese hombre era su padre. Abandonó la respiración, no pudo emitir sonido, temía que su Catalina le ganara y Loyola se le desintegrara por completo. Miró para abajo buscando el perdón. Fue tan solo ver a Erauso, que una culpa insidiosa le horadó las entrañas.

—Sí, señor —le respondió su compañero.

—Avisarle que aquí me hallo.

Don Miguel escrutó a ambos, no reconoció a Catalina. El paje, solícito, voló cual pájaro, hacia adentro. Padre e hija permanecieron a la espera. No hubo conversación vacua, Catalina oraba en silencio, clamaba que no le hiciera preguntas, porque se vería en la obligación de responder. Contó los latidos del torrente de su sangre, en silencio sumó y entendió que hacía diez meses que se había escapado del claustro, rogó que su compañero llegara para socorrerlo. Tras pocos minutos que le resultaron horas, apareció el paje.

—Dice el señor don Juan que suba.

El mozo le solicitó que lo siguiera, eso hizo Erauso y detrás fue su hija no reconocida. Caminaron en fila india, subieron las escaleras y, en el descanso, apareció Idiáquez.

—¡Señor capitán! ¡Qué alegría veros en mi casa! Demasiado tiempo de ausencias —y lo abrazó.

—Me llego hasta aquí por un gran problema, amigo mío —Miguel expresó su disgusto, le urgía confiarle, y cuanto antes, la situación que vivía su familia.

Don Juan entró a la recámara, despidió a la visita con quien estaba e invitó a Erauso. Se acomodaron en sus asientos y el dueño de casa se dispuso a escuchar.

—¿Qué os sucede, que venís con esa cara?

—Mi niña se ha ido del convento, señor.

—¿Cómo es eso posible, don Miguel? —cuestionó Idiáquez, atónito.

—No sabemos qué ha pasado, pero he salido en su búsqueda. Estamos desolados, amigo mío.

Idiáquez se incorporó y se le acercó. Le expresó que lo sentía tanto, que no le gustaba verlo así de disgustado, y que tanto quería a la joven Catalina, aunque bien se había dado a enterar que habían debido de sacarla de su monasterio para insertarla en otro porque había sido díscola con las religiosas.

—Cuánto lamento aquello, señor don Juan.

Erauso se tomó de la cabeza, dominado por un repentino desamparo. Su amigo intentó aquietarlo, pero los sentimientos lo desbordaron. La puerta de la cámara estaba entreabierta, la fugitiva, del otro lado, había escuchado todo. El pecho se le estrujó, no soportaba ver a su padre con semejante congoja. ¿Y si corría a sus brazos y se develaba? Vaciló durante unos segundos, pero la realidad se interpuso y clarificó su mente. Salió de allí como si el diablo la persiguiera. Entró a sus aposentos, tomó sus ropas, cosa de ocho doblones que había juntado, y salió de allí. Sin mirar atrás, corrió y corrió, y llegó a un mesón.

—¿Tendréis una habitación disponible? —se tragó la agitación y le preguntó a una moza comedida que atendía el despacho.

Lo mandó a esperar una hora en el salón. Debían acomodar el cuarto, eso sí, la muchacha extendió la mano para que abonara por adelantado. Francisco Loyola firmó el libro de entrada y pagó.

El salón estaba colmado, los parroquianos disfrutaban de la buena comida y bebida del mesón. Conversaban en voz demasiado alta, Catalina escuchó, como al pasar, que un arriero partía rumbo a Bilbao, a la mañana siguiente. Se acercó con deferencia y le preguntó si podía ser de la partida. Acordaron el coste, combinaron la hora y se fue a dormir. Apoyó la cabeza sobre la almohada y entendió que no tenía idea lo que haría ni adónde iría. Se dejaría llevar como una hoja marchita, rendida al aliento del viento.

* * *

Regresó a los caminos cuando dejó de llover. Erauso quería estar en su casa, necesitaba llegar a San Sebastián, y cuanto antes. Lo que se había enterado en Valladolid lo había intranquilizado. Necesitaba hablar con su esposa, era menester que María estuviera al tanto de todo.

Había recobrado bríos en la residencia de Idiáquez y en esos días, y durante las comidas, su amigo se había extendido sobre algunos asuntos. Miguel había hablado poco, su único propósito era encontrar a su hija. Don Juan, en cambio, había tenido mucho para ofrecer.

Mientras las patas de su caballo se hundían en el barro y el trayecto se hacía imposible, no dejó de pensar en lo que le había contado Idiáquez: había problemas en el reino de Navarra, también en Guipúzcoa, en los puertos vizcaínos, en el norte de España, en la frontera con Francia. Y los inconvenientes tenían cara de mujer y vestido de bruja. Las heréticas habían infectado el mundo. Se largaba la caza en un ulular permanente.

Todo había comenzado a varias leguas de allí, entre Urrugne y Vera de Bidasoa, y en San Juan de Luz, y dos años atrás. Quien había encendido la mecha había sido don Tristán de Urtubia, hijo de Juan de Mont-Réal y nieto de María de Urtubia, famosa por su temperamento. La señora, tras haber sido abandonada por su marido durante treinta años y no hacerse a la idea de tamaña ausencia, había vuelto a desposarse. Tristán había heredado la intemperancia de la abuela, convirtiéndose en un sujeto díscolo e inquieto, además de la exhibición de arrogancia que le daba la propiedad del señorío. Los roces con las autoridades de San Juan de Luz no tardaron en avivar el fuego de los reclamos. Demandó el uso del puerto y del puente sobre el río Nivelle. Todo esto es mío, había vociferado Tristán, los ediles habían mirado para el costado.

Pues llegó el día en que la paciencia se les perdió, y los jurados de la villa y el síndico municipal, envalentonados, apresaron a varios parientes de Urtubia y le reclamaron al parlamento de Burdeos que enviara una comisión para investigar el caso y poner blanco sobre negro.

¡Brujería!

¡Todas heréticas!

¡Sucias blasfemas!

El pueblo acusaba. Las mujeres siempre eran culpables. Las fuerzas del mal comprometían al villorrio en su totalidad. Pero los encargados de dar el veredicto detuvieron la persecución. De las diecisiete detenidas, cinco fueron puestas en libertad bajo fianza, las demás fueron transportadas a Burdeos. Sin embargo, dos de ellas fueron apaleadas por los hombres de Urtubia. Margarita Dehareder y Catalina de la Masse habían sido las videntes que habían acusado a las brujas.

En la iglesia y frente a Dios, habían confesado que sus verdugos les habían hecho beber una pócima mágica.

Mientras cabalgaba, Erauso volvió a sentir el mismo escalofrío que lo había sacudido cuando Idiáquez nombró a las apaleadas. El nombre de su hija. El señor don Juan no había dicho ni palabra de su Catalina, pero él había advertido un fulgor inquietante en sus ojos. El mismísimo brillo del ejecutor, del que persigue hasta la inocencia. Y su hija no era culpable de nada. Miró al cielo y juró por lo que más quería en el mundo, que era el mismo Dios Todopoderoso, que antes muerto que la culpa de su niña.

Algo había pasado en el norte de España, que la maldad había resurgido. Tal vez había permanecido en estado de vigilia pero ahora rugía despierta. La multiplicación de las desgracias era el castigo de Dios ante el pecado del hombre en cuerpo de mujer.

Se prohíbe el encuentro carnal entre solteros.

No al acto venéreo de la lujuria.

Tampoco el sexo con mujeres con bubas; (29) ni dormir ni conversar con ellas.

Herejía del converso.

Persecución a las fugadas del convento.

Apaleo a las contra natura.

Hoguera a las brujas.

Viva la Santa Inquisición.

Miguel se desesperó. ¿Y si confundían a su Catita con aquellas perversas? ¿Y si, creyéndola sacrílega, la mataban? Estaba lleno de justicieros *ad hominem*. Espoleó las ancas de su caballo pero fue inútil, el viaje se le hacía cada vez más interminable. Y llegó a su memoria el nombre del inquisidor de Burdeos, Pierre de Lancre, quien vociferaba desde su escaño:

—¡La Iglesia comete un gran crimen al no quemar a las brujas!

Pero no solo eso, había aullado que quienes defendían a las heréticas, aquellos que pensaban que la hoguera era un horror, cometían un pecado mortal. Ni brujas ni sus exégetas, todos al infierno.

El Inquisidor, tras la investigación de las prisioneras y embelesado por la práctica perversa de la ingesta de la pócima, había decretado que había que profundizar la guerra contra el mal. Lancre había convocado, en secreto, a una joven vidente de 17 años llamada Morguy, que prometía la identificación de los humanos ungidos por el demonio, gracias a la coloración de la piel.

—El *stigma diaboli*, vuestra veneradísima Excelencia. La marca del diablo —había susurrado Morguy.

—¿Qué más? ¿Qué más, señorita? Loado sea Dios —había insistido Pierre de Lancre, con ojos de lince.

—Debéis buscar los estigmas que llevan las brujas, en lugares muy secretos.

Morguy había repetido en tono distraído, mientras se había negado a señalar dónde estaba el secreto mejor guardado. Juntos, Lancre y la vidente, fueron tras las pistas de los proveedores de la vileza. Juraron ante el Todopoderoso que limpiarían la tierra del viscoso estrago.

Erauso debía llegar a casa. Cuanto antes. Su hija corría peligro. Con esa certeza apuró la marcha.

29. Sintomatología de la peste.

CAPÍTULO IV

Llegó a Bilbao luego de tres días de viaje. Con el atavío de Loyola asegurado y el hastío por el paso de las horas que se le hicieron interminables, Catalina cruzó las puertas de la villa y el alma le volvió al cuerpo.

Descendió del carro con los miembros entumecidos —las más de cuarenta leguas se le hicieron evidentes— aunque aparentó una vitalidad que no tenía. Se negó a exhibir su agotamiento, el bullicio de la villa de Bilbao la obligó a despabilarse. Estiró el jubón con las manos, se cerró los primeros botones, acomodó el cuello y se dispuso a caminar. No le dieron los ojos para admirar, lo suficiente, a la "muy noble y muy leal". (30) Las murallas y las torres medievales habían empezado a desbaratarse dándole una perspectiva más horizontal al poblado, algunas calles angostas y curvas se mantenían, pero empezaba a aparecer alguna que otra larga avenida.

Una ilusión desmedida la embargó. El ir y venir de los vecinos de Bilbao, la actividad, la mezcla de sus gentes, desde los elegantes, afables y alegres señores, a las damas deslumbrantes vestidas con rasos de Italia, encajes de plata, mantos de Sevilla, abanicos de Nápoles y pendientes de diamantes, circulaban con la frente en alto. Catalina quedó impactada con el despliegue de lujo, algo que no había visto nunca antes. Había pasado casi toda su corta vida en el claustro, estaba acostumbrada a la recolección y la austeridad. Esta práctica, incluso, era un revés manifiesto contra el Obispado, que exigía la modestia como estilo de vida.

—Aquí encontraréis cobijo.

Le dijo el arriero y siguió hacia la feria, donde discurrían sus asuntos. Su arriada vestía muy bien, aquel debería ser su lugar de pertenencia. Así calculó el hombre que la había conducido hasta allí. Catalina se perdió en las callejuelas con entusiasmo, y encontró una posada. Entró, se anunció en busca de alguna comodidad pero no recibió la bienvenida que había esperado. Que no había lugar, que desbordaba de parroquianos, que probara en otro sitio y hasta nunca. Lo mismo le sucedió en otros albergues. Nadie la quiso hospedar, lo

único que recibió fueron miradas torvas. La decepción fue grande.

Fue alejándose del vecindario y la opulencia del panorama desapareció. La panza le empezó a gruñir, el hambre hizo su anuncio. Puso las manos sobre su jubón, en busca de atajar la necesidad, cerró los ojos y tragó, fantaseando que comía un trozo de pan con queso. Se detuvo en la intersección de unas calles y miró a un lado, al otro, en busca de algún despacho de comidas. Creyó ver, a varios pasos de allí, cierto movimiento que le devolvió la ilusión. Se encomendó a la magnificencia de la vida y emprendió la marcha hacia los manjares. Sin embargo, un murmullo que devino en vocinglería que llegaba desde atrás, la obligó a demorarse, hasta que se detuvo. Una turba de muchachones avanzó hasta rodearla y, sin más, dieron comienzo a la prepotencia.

—¡Mirad al niñato!

—Tan frágil y confundido.

—¿Y esas manos tan sutiles?

—¡A nosotros no nos engañas!

—Cuál es vuestra calidad y condición…

Y se le fueron acercando, cada vez más. Con los ojos inyectados en niebla y alcohol, los infames reían y aullaban. Catalina pasó del terror al fastidio en un solo movimiento.

—¿Traes dineros? Porque si así es, será nuestro. Pureza divina…

La apuraron pero no contaron con la reacción de su víctima. Catalina había observado el terreno mientras los beodos hacían lo suyo, se agachó y, acelerada, tomó unas piedras del suelo. Se defendió a pedradas sin ver, y salió disparada. Una roca impactó en el ojo de uno de los bravucones, tumbándolo en el acto. Y se armó una gresca fenomenal. La persiguieron, le gritaron, la alcanzaron, le dieron unos cuantos golpes y la llevaron ante la ley.

—Meterlo preso por violentar a nuestro respetable vecino.

La encarcelaron sin vacilar. Era un intruso, era extranjero, cómo se atrevía a invadir su comarca. La empujaron a la celda en la que apenas pudo estirarse. Cuando cerraron la puerta y percibió que transcurrirían unas buenas horas sin dignarse a volver, se sentó sobre la piedra húmeda del piso, escondió su cara entre las manos y se puso a llorar. La niña que escondía entre sus ropas avanzó indómita. No pudo detenerla, la muchachita heroica lloró en la intimidad del encierro.

* * *

Algo olía mal al norte del reino de Navarra. Pero, ante todo, en Zagarramurdi, colindante con el país de Labort, situada de este lado de la frontera francesa. La vida había transcurrido con la serenidad y

la abulia propias de una aldea montañesa, hasta que los vientos soplaron cambiados y llegaron los rugidos desde el más allá.

Aquella mañana de 1608, las cosas se dieron vuelta en Zagarramurdi. La joven María de Ximildegui había regresado a la aldea tras cuatro años fuera. Ella y su padre habían emigrado para instalarse en Ciboure, en Francia, pero un buen día, ella decidió que ya había sido suficiente, metió sus pocas pertenencias en un atado y volvió. Consiguió trabajo como criada y se dedicó a la tarea con fruición. Hasta que se encontró con el desgraciado tiempo libre y se dispuso a contar lo que había experimentado en territorio francés.

—Me sentí solita y sola en aquel poblado costero de Labort. Nadie me hablaba, menos me consideraba, en tanto, llegó el día en que conocí a la joven Catalina, que me arrancó de la soledad.

Unas dos personas se detuvieron a escucharla y su voz, o su cadencia o vaya uno a saber, encendieron el ansia por conocer más. Ala, y qué más, contad todo, le insistieron.

—Mi querida Catalina me salvó, me escuchó, me alentó y me inició.

En qué, en qué preguntó el círculo que iba ampliándose, a cada palabra suya.

—No sé si contaros, no me juzguéis —sus mejillas se acaloraron pero continuó. —En la brujería y el ardor. Me ofrendó sus manos, su lengua, le entregué mi cuerpo y la pasión. La carne es débil, la diversión es fuerte.

Los presentes soltaron un grito, las mujeres se cubrieron la boca, escandalizadas a rabiar. Pero pidieron más. Los ojos de María brillaban como el agua.

—Fueron meses y más meses de fiesta pagana, y para ofrendarme el permiso de entrar al aquelarre, debí abjurar de Dios y de la Virgen.

Nadie dijo nada. La inquietud empezó a desparramarse por las calles de Zagarramurdi.

—He volado en escobas y bailado con el diablo. He untado mi cuerpo con pócimas, me he revolcado, desnuda, sobre la verde hierba de los prados y, por las noches, concurrido a las ceremonias secretas dominadas por el demonio. He bebido, junta a tantas otras, de esa afición.

Un terror creciente los condujo por los caminos de la parálisis y la fascinación. Hubieran huido despavoridos pero algo los detenía.

—Ah, esos locos desvaríos en aquellos crepúsculos, cerca de las fuentes sagradas y de las grutas misteriosas, adonde fuimos conducidas para el regocijo y placer de los demonios…

Los decires de la moza se desparramaron por el pueblo.

—En uno de los aquelarres estaba aquella vecina María de Jureteguía, que no se esconda, que bien vista ha sido.

Y le fueron con el cuento a la señalada, mientras descansaba en su casa. A los gritos y dominada por un enojo que la levantaba por los aires, la víctima de la delación despotricó:

—¡Que no soy bruja! ¡Que es una gran maldad el falso testimonio que vomita la francesa!

María, la delatora, insistió con lo que había dicho. Uno por uno, convenció al pueblo todo de las veleidades demoníacas de Jureteguía, hasta que la embestida se arrojó al piso y confesó que era bruja desde sus años de infancia, adiestrada por su tía María Chipía de Barrenetxea.

Zagarramurdi se convirtió en un aquelarre de gritos, acusaciones y desesperación, aunque no de movimientos sobre la escoba. Tal fue el tumulto, que aquello llegó a oídos del tribunal de la Inquisición de Logroño. No necesitaron demasiado para recordar la innumerable lista de procesos, condenas y ejecuciones contra las heréticas, a lo largo del tiempo. Un siglo atrás, el Santo Oficio había reprimido. El tribunal de Calahorra había hecho quemar a treinta y tantas mujeres. El inquisidor Avellaneda, unos años después, le había enviado la información a su condestable de Navarra, don Íñigo de Velasco, que varias niñas entre 9 y 11 años habían confabulado con brujos provocando grandes daños en las comarcas pirenaicas. ¡A la hoguera con ellas! Dicho y hecho.

—Adoradoras de Satanás, que tenéis ajuntamiento con el demonio, que salís volando por ventanas y chimeneas, que surcáis el cielo, matáis a los hombres con ungüentos ponzoñosos, asesináis a niños, envenenáis los campos, vosotras tendréis el escarmiento.

Referenció el Inquisidor mayor logroñés. Mujeres espurias que abrís las piernas sin razón, que blasfemáis sin censura, dolorosas, falaces, mentirosas, frívolas y corruptibles, de naturaleza fácil y arrojadiza a todo lo que es de su gusto, siempre prestas a dejarse llevar por sus inclinaciones, muchas veces desviadas, y determinadas a llevarlas a la acción sin ningún respeto a la moral cristiana, perversas de perversión perenne, así señalaba el Santo Oficio.

Miguel de Erauso había hecho una parada en Logroño. Por su jerarquía, tenía conocidos en los estamentos de poder. Y gracias a ello —o por desgracia, según quién fuere— se enteró del peligro que se avecinaba, de las brujas y el pecado, y de las protagonistas de tamaño crimen. La pervertida y corruptora se llamaba Catalina, y era una de las más buscadas. Como su hija. El escalofrío de la muerte lo envolvió.

* * *

Luego de un mes de prisión y la entrega de una redención propicia, la hija de Erauso, escondida debajo del jubón y los calzones, obtuvo la

libertad. Con aire en los pulmones y unos pocos cuartos que habían olvidado esquilmarle, puso pies en polvorosa y buscó nuevo destino. A las veinte leguas llegó, desbordante de entusiasmo, a Estella de Navarra. Había entendido, en los últimos meses, que si no cruzaba las puertas de sus nuevas moradas con la frente en alto y una actitud firme, el rechazo del mundo estaba asegurado. Lo suyo era a pura subsistencia y, cada día que pasaba, se convencía más. Si flaqueaba, si algún temor agazapado trepaba desde dentro, debía ser sometida a un enfrentamiento en la soledad más absoluta. Debía esconder sus dudas.

Con esa actitud se presentó en casa de don Carlos de Arellano, caballero de la Orden de Santiago. (31)

—Buenas y santas, mi nombre es Francisco de Loyola, soy vizcaíno y ofrezco mis servicios como paje, que ya los he desarrollado en casa de don Juan de Idiáquez. Como el señor ha debido mudarse a Madrid y yo quiero permanecer en mi reino, aquí me encuentro.

Aprovechó las credenciales, agregó mentirillas —que por blancas se aseguró de que no le harían mal a nadie— y esperó con ansiedad. El nombre del secretario del Rey bastó para que las puertas se le abrieran y se apuntó como paje.

Desconocía por completo quién era el dueño de casa pero a los pocos días de instalarse, y gracias al talento que había adquirido por las vueltas de su vida, de hablar poco y escuchar mucho, descifró que el señor que lo alojaba era importante. Los corrillos le develaron que don Carlos pertenecía a la casa de Arellano, creada en el siglo XI por Sancho Sánchez, señor de Arellano. Los títulos nobiliarios de los hombres de aquel apellido ilustre habían sido otorgados por los Reyes Católicos, tales como el señorío de Cameros, el condado de Aguilar de Inestrillas, además de su vinculación con la Divisa, Solar y Casa Real de la Piscina. (32) La inquietud ante tamaño linaje no la acobardó, supo que debía aprovechar la circunstancia.

De inmediato la colocaron en el servicio y demostró que estaba calificada. Jamás rezagada o displicente a la hora de servir, mucho menos mano floja. Se transformó en paje de mesa y, muchas veces, dirigía el oficio, tal su destreza y buenos modales.

Las comidas en casa de Arellano eran famosas. La mesa se colmaba de comensales, y si alguno faltaba con aviso, se armaba la de San Quintín por ocupar la silla vacía. La cocina era una delicia y las relaciones tanto mejor. Se discutía y, muchas veces, se negociaban asuntos de extrema importancia.

—Enhorabuena, Su Majestad ha decidido expulsar a los moriscos, al fin —aplaudió Arellano en la cabecera mientras le hincaba el diente a la carne asada. —Esas gentes perversas que con apariencia de religión han solicitado con apostasía secreta, alterar el sosiego de nuestra Corona Católica.

—Mal confiados en su multitud, riquezas y correspondencias con Príncipes enemigos de la grandeza de España y su religión. Les ha llegado la hora —agregó uno de los caballeros que poblaba la mesa.

—Y ahí está la respuesta de nuestro vanagloriado Felipe —Arellano se irguió al nombrar al Rey aunque sabía de memoria que este ni pinchaba ni cortaba, el hombre del filo era Lerma. —Bien hecho ante estos ingratos, a los infinitos beneficios recibidos de la clemencia de sus Católicos Reyes.

—Resistiendo con sus costumbres torcidas a tanto bien.

—Obligando al Rey a proceder con el rigor del imperio, pues la clemencia no dio fruto en sus almas, haciendo muy verdadera aquella sentencia célebre: "Que el siervo no se desea obligar con la dulzura del amor, sino con el espanto del rigor y pena".

Las carcajadas de todos resonaron en el comedor. Don Carlos hizo una seña insignificante para que volvieran a llenar los vasos de los comensales. La Erauso cubierta por Loyola servía con delicadeza pero no perdía palabra de lo que se discurría en la mesa. Mantuvo la oreja atenta con la información vertida, que muchos prelados habían conocido el peligro y sabían que dilatando el remedio, la enfermedad echaba más poderosas raíces en cuerpo tan prodigioso de gente, atenta a sacudir el imperio de las leyes de su Rey. El Papa Clemente VIII los había tenido por incorregibles, Paulo V por desahuciados, los Prelados de España pidieron, entonces, su expulsión. Y Felipe III expidió el acta que expelía a todos los cristianos nuevos, moriscos hombres y mujeres, habitantes en sus reinos de Valencia, Andalucía, Granada, Murcia, Cataluña y Aragón, quienes habitaban en los reinos de Castilla Vieja y Nueva, Extremadura y Mancha.

—¡Paje, tú! Servid.

Le ordenó Arellano con mirada de lince y Catalina respondió en el acto. Sirvió a uno, a otro y todos los demás, pero los dichos en la mesa quedaron retumbando en su cabeza. ¿Y los moros de Navarra? Tampoco habían señalado a los de su tierra. ¿El Rey dignísimo no se encargaría de los torcidos en el reino de San Sebastián? Poco recordaba de las calles de su infancia, sin embargo, no le era fácil cortar el lazo vizcaíno. Tuvo un rapto nervioso y sintió que debía defender su tierra. ¿Y si corría rumbo a la corte a ofrecérsele a Felipe mismo? Madrid no estaba cerca y le daba un poco de miedo. Tan grande, tan esplendorosa, tan extranjera pero, ante todo, desconocida.

Intentó quitarse esas ideas de la mente. ¿Para qué arriesgarse otra vez? Tenía cobijo, alimento y paga. ¿Qué más podía pedir? Hacía rato que no se sentía tan a salvo como en casa del señor don Carlos de Arellano. Podía descansar sin miedo a convertirse en víctima de algún tipo de persecución. Nadie miraba con desconfianza su cuerpo vedado. Ningún compañero posaba los ojos sobre alguna curva inextinguible.

Jamás deambulaba por el solar con el fuego de cierta mirada posada sobre sus espaldas.

Sabía que a veces se olvidaba de ejercer la impostura del jubón, aunque lo tuviera incorporado por demás. Intensificaba los gestos de varón pero no quería extralimitarse. El juego de la virilidad, para ella, era eso: un baile y poco más. Le salía bien, no existía la sensación de sospecha que había padecido en otros sitios. Pero nunca se sabía.

30. Felipe III, en 1603, le había dado a la villa de Bilbao los dictados y título de “Muy Noble y Muy Leal”.

31. Orden religiosa y militar surgida en el siglo XII en el reino de León. Debe su nombre al patrón de España, Santiago el Mayor. Su objetivo inicial era proteger a los peregrinos del Camino de Santiago y expulsar a los musulmanes y a los judíos de la península ibérica.

32. Una divisa fundada por disposición testamentaria de Ramiro Sánchez de Pamplona (siglo XII) para sus herederos nobles.

CAPÍTULO V

Ah, la desmesura, siempre lista para derramar su influjo, en aquellas noches de carnaval. En la plaza principal o en los palacetes de la comarca, cualquier cosa podía suceder; unos de fiesta a cielo abierto, los otros cerraban la puerta y hacían sus cosas en busca de la intimidad perdida.

Carlos de Arellano ofrecía un banquete en su casa. Siguiendo la costumbre de todos los años y rompiendo con la austeridad del día a día, el despilfarro era un bien permitido. Los criados habían desplegado la vajilla más lujosa y los comensales lucían sus ropas más ricas.

Era la primera celebración de esas características para la tapada. La Erauso de calzón estaba exultante. Servía, sonreía, trabajaba a destajo, pero con una entrega absoluta. No quería perderse detalle. Los vasos se vaciaban constantemente para volverlos a colmar, y el reparto de risas, por momentos, acallaba la música. Los salones eran un bullicio, se disfrutaba de la fiesta de la abundancia.

La llamaban desde un rincón y cumplía con el pedido, la reclamaban de la otra punta y corría para que no le vomitaran un desprecio. Era la más servicial. Se observaba cuando se hacía de unos segundos, les habían dado nuevas vestimentas, se sentía parte fundamental del convite.

Además de la vista, había aguzado el oído. Miraba todo, escuchaba de más. Los señores departían entre ellos pero alguno que otro, más joven y brioso, o de más años y cansado de escuchar asuntos ciertamente serios, perseguía los aromas de las señoras, tanto más cautivantes que los propios.

Me entrego a la ebriedad de los amores.

Permitidme abarcar vuestro cuerpo entero.

Contemplo vuestra discreta belleza y paso al amoroso deseo.

Soy vuestro humilde suplicante.

Murmuraba un viejo enamoradizo y danzarín, junto a unas buenas mozas. Ellas parecían conocerlo y le respondieron con una carcajada suave. Sabían que el afán del vejete estaba en la palabra y tanto

menos en el acto. El brillo de las miradas pícaras de las jóvenes lo alentó para que continuara, esto bastó para que su inspiración se insuflara.

Vosotras sois la hermosura.

Sois el ardiente fuego en la noche oscura.

La pupila de mi ojo, tan pequeña, apenas puede vislumbrar vuestra belleza.

Quisiera ser vuestro amigo y amarnos para siempre.

Reían y coqueteaban, y sometidos a esa ley, continuaron durante horas. Todo era posible en carnaval. En casa de Arellano el cortejo era medido, nadie se atrevía a cruzar los límites. Sonrisa por aquí, caída de ojos por allá, todos los presentes bailaban esa danza con el cuidado que merecían las apariencias. La fecha permitía, en las moradas hidalgas, cierta extralimitación, mas nunca debían perderse las formas. Aquella pérdida se hacía entre las cuatro paredes de la cámara, no había permiso para la ostentación. El recato era obligatorio, esa modalidad permanecía desde los tiempos regios del padre del Rey. Durante el reinado de Felipe II el velo religioso había impuesto una moral de hierro. Con su hijo, el cobertor se había aligerado, aunque algunos temieran el castigo divino. Empezaron a aflojarse las ropas, coqueteaban con los permisos.

Donde lo permitido existía, y desde hacía mucho tiempo, era en las calles. La bestia tenía libertad de acción y durante el carnaval se le rendía tributo. La fiesta popular por excelencia, todos gustaban de desatarse. El pueblo de Estella se había vuelto loco. Pero eran felices. Durante esas horas, nada importaba. Con máscara o sin ella, cruzaban la frontera de lo prohibido. Sin resguardo, hombres y mujeres exhibían sus pasiones a quien quisiera verlas.

Una hermosa muchacha, de melena suelta y camisa desabotonada por demás, ostentaba lo que hubiera debido cubrir ante la mirada locuaz de un mozo que repetía y escrutaba:

—Me requema el brillo de vuestra piel, me requema vuestra graciosa malicia.

Mientras ella maltrataba, con su mano, la morena pelambre de su seductor para adherirlo a su cuerpo. En otra parte, una pareja de mayoría de edades avanzaba y retrocedía en un contrapunto ideal.

—¿Cómo calmaré esta ola de deseo?

—Frenad la razón, mutilad el pensamiento.

—Si dejáis de alimentarme, decaerá y, en breve, perderá su fuerza.

La comida y el apetito sexual iban de la mano. ¡Ah, el desenfreno de la fiesta pagana! Nadie se privaba de avanzar. A diferencia de los detentores de hidalguías varias que cuidaban de dejarse en evidencia, el pueblo se dejaba llevar. Decía y ejecutaba, sin vacilaciones.

—No os atreváis a desairarme, pues me forzáis a sentir menos

benevolencia.

—Si queréis que os quiera, queredme vos.

El impulso violento de la carne templaba los corazones que no descansaban, y arrastraba a los protagonistas a la creencia, momentánea, del compromiso amoroso. Hablaban de amor, lo prometían y nadie lo ponía en duda. Buscaban fundirse uno en otro, penetrar y abrir la totalidad de los cuerpos. La exaltación del deseo incontrolado nacía a la velocidad del rayo y moría en una lenta disolución. Esa noche, todo estaba permitido.

Poco de este frenesí podía verse en casa de Arellano. La Erauso escondida deambulaba por las cámaras con el ojo avizor y el servicio bien dispuesto. Servía y miraba, y descubría lo que no se hacía en la superficie pero sucedía en lo profundo. Algunas señoras la observaban de incógnito, también lo hacían los señores. La veían como un mancebo exquisito, un muchachillo de rasgos inquietantes y piel tersa que recorría los pasillos, envuelto en una cadencia de misterio y silencio. Hablaba poco e invitaba a una incertidumbre preocupante. Catalina cumplía sus responsabilidades a la perfección, nadie podía encontrarle un renuncio, y eso intranquilizaba aún más.

¿Cómo seguir?, se preguntaba la tapada. La mirada de los otros la perturbaba. ¿Y si la descubrían? ¿Qué sería de ella? ¿De él?

* * *

—¡Satán es vasco y se comunica por medio de las mujeres! ¡Y todo vizcaíno forma parte de un complot satánico! ¡Todas brujas! —denunciaba, enceguecido, Pierre de Lancre.

Entre el eco de Lancre y el rumor trasladado desde Zagarramurdi, los primeros días de enero de 1609, el Tribunal del Santo Oficio en Logroño envió comisarios a la región para que relevaran la situación diabólica. Los inquisidores Alonso Becerra Holguín y Juan del Valle Alvarado peregrinaron la zona y cumplieron su misión a rajatabla: enviaron el acta colmada de información. Se ordenó la inmediata detención de cuatro brujas. Fueron encarceladas en una prisión secreta en Logroño y fueron sometidas a un feroz interrogatorio:

¿Qué diablo has elegido como protector?
¿Qué juramento le has hecho?
¿Fornicas con él?
¿Qué marcas te hace o llevas en la piel?
¿Cómo fabricas el ungüento para volar?
¿Provocas tormentas, tempestades, granizos y heladas?
¿Quiénes son tus cómplices?
¿Matas niños y mayores?
¿Tienes un sapo vestido en tu casa?

Algunas respondieron que sí, que no, que tal vez, que cuidado; a las que prefirieron callar, se les dio una vuelta en el potro y se les aplicó un hierro candente en el cuerpo. El Tribunal de Logroño envió una carta al Consejo de la Suprema Inquisición en Madrid, dio cuenta de los hechos y aguardó instrucciones. La contestación llegó luego de un mes, la Suprema solicitó una nueva pesquisa en pos de la confirmación de rigor. Logroño prefirió hacer oídos sordos y seguir adelante. Para ellos, las mujeres resumían el pecado, el mal, el infierno y el demonio.

El inquisidor Juan del Valle Alvarado partió rumbo al norte de Navarra. En primera instancia llegó al monasterio de San Salvador de Urdax, tributario de la diócesis de Bayona, donde fue recibido con todas las fanfarrias por el abad, que se mostró más que agradecido por el arribo de la justicia divina.

—¡Veneradísima Excelencia, estamos infestados de brujas! Los vecinos de bien suelen gritar ¡*sorgiñak, sorgiñak*! (33) para protegerse de ellas. Debéis hacer algo, os lo ruego.

Pero el abad prefirió hacerse a silencio por otras cuestiones que lo tenían a mal traer. Los párrocos, en su mayoría, eran franceses, lo que encendía grescas monumentales entre los feligreses y el obispo. Era imposible entender ni los gestos de esos intrusos. ¡Hablar vascuense!, gritaban.

En aquella tierra salvaje de barrancos brumosos, desde cuyas cumbres y en día claro se podía ver el mar, el inquisidor permaneció durante un tiempo. Tomó declaración, buscó, escuchó y presionó. Antes de partir, Del Valle Alvarado le recomendó que tuvieran cuidado en salvaguardar la vida de las criminales, ya que el Santo Oficio las quería frente al tribunal. Y partió rumbo a Vera de Bidasoa y Lesaca. Los párrocos de las localidades le ofrecieron su colaboración con entusiasmo. Encerraron a mujeres y niños buscando que confesaran quiénes habían entregado sus cuerpos al demonio, y si así no fuera, que delataran a las brujas.

—Traerme a los pequeños y así librarlos de los grandes daños que les hacen las brujas llevándoles al aquelarre —intentó proteger a los niños, el párroco de Vera de Bidasoa.

Mientras tanto, un nuevo integrante se había sumado a las huestes inquisitoriales. Alonso de Salazar y Frías se había incorporado al tribunal, y empezado su recorrida por valles y montañas para recabar información.

El inquisidor del Valle Alvarado abandonó los pueblos navarros, se instaló en Tolosa y de ahí se dirigió al reino de San Sebastián.

* * *

La fugitiva gozaba de un tratamiento de privilegio en casa del hidalgo caballero. A diferencia de algunos compañeros que se rebelaban o destrozaban alguna pieza de la mejor vajilla o desaparecían sin más, ella cumplía. Por eso era la elegida para servir en las reuniones más privadas. Era discreta, no desparramaba lo que escuchaba a puertas cerradas. Atendía y guardaba en la testa, la información era un tesoro invaluable para ella.

Aquella tarde, Arellano y algunos gentileshombres departían en una de las cámaras de su casa. Como era una reunión reducida, solo un paje permanecería en el recinto.

—¡Loyola, a atender a los señores!

La elegida, era de esperar. Peinó su melena, se lavó la cara y se puso una camisa limpia. Ocupó su sitio en la sala y buscó hacerse invisible, era insuperable en aquel cometido. Mientras, los reunidos se entregaron a la conversación.

—¿Os habéis enterado lo que ha sucedido?

Inquirió Arellano con entusiasmo. La península toda señalaba que la tierra del reino de Navarra había temblado. Pero nada tenía que ver con las fuerzas de la naturaleza, aunque sí con las del hombre. El valiente y esforzado caballero don Luis Faxardo había salido con doce navíos bien artillados y guarnecidos de gente, de la bahía de Cádiz. Alguno de los presentes asintió como si supiera, don Carlos no perdió ni un segundo.

—¡Es que parece que Faxardo ha llenado sus alforjas!

Que ya las tenía llenas, gritaron todos, despavoridos. Y agregaron información a la consigna vertida: que le había ganado a los ingleses y a los judíos una nave cargada de ricas mercaderías en la isla de Aumaques, que la había llevado a Orán y repartido los despojos entre la gente; cuánta generosidad de su parte, intervino un displicente y el resto lo interrumpió para continuar con el chisme, que bueno, que aquello no lo había colmado, que el hambre siempre vive en el alma de los caballeros del Rey y que había querido ponerle fuego a ocho bajeles y dos galeras que reposaban en el muelle de Argel, pero que había encontrado dificultad en la entrada y había dado vela, sin embargo se había topado con una armada de turcos que se aprestaba para salir a robar a las costas de los mares de la península.

—¡Faxardo mató a doscientos ochenta piratas!

—¡Y quedaron doscientos malheridos!

Hablaba uno encima del otro, se preguntaban y respondían sin escucharse, la excitación los embargaba, los asuntos de la muerte, el poder y la gloria los tenía a buen traer.

En tanto, el paje farsante tragaba, palabra por palabra, todo lo que allí se expresaba. Se sentía cautivado por la bravura de esos hombres de mar, su entrega, la búsqueda de renombre, la defensa de los ideales

y las ansias de supremacía. Quién pudiera, pensó la joven.

El alboroto persistió, que habían muerto quinientos moros y dejado heridos un gran número y que de los españoles unos cuarenta, que pasaban los días y llegaban, como hormigas, más naves y más turcos, y los nuestros hubieron de barrenar y subir a cubierta, para encontrar grandes riquezas.

Todos esos navíos, ganados y quemados, eran de piratas de diferentes naciones, que tenían el ejercicio de robar e impedir el paso de las navegaciones españolas. De vuelta a los mares se entregó Faxardo, rico, victorioso y próspero.

Pero llegó la hora de la retirada del convite y la recámara se hizo a silencio. Erauso quedó sola, acomodando los trastos. Retardó la actividad, la llevó adelante a mano lenta, quería aprovechar el momento para ella, para dar rienda suelta a sus pensamientos. Como seguramente nadie vendría a molestar, ya todos estarían en sus aposentos o en sus asuntos, podía ordenar la turba de su mente.

¿Y si le había llegado la hora? ¿Y si ya estaba en condiciones de partir? Las aventuras escuchadas, el arrojo de aquellos hombres del Rey, de los navegantes con camino habían acelerado su corazón. Extrañó la majestuosidad del mar, sus tempestades, el rugido de la marea, los olores, las gaviotas a la busca desde el cielo, el tañido metálico de las campanadas anunciando lo que vendría. ¿Qué era todo eso? Había perdido esa ansia, o la había olvidado. Tan solo escuchar a aquellos señores, San Sebastián llenó sus pulmones. Sus padres, sus hermanas las monjas, sus hermanos los soldados de la Corona.

Un torrente de nostalgia despertó en su humilde pecho. No pudo dejar de sentirse viva, como si el tiempo se hubiera detenido, como si nada de todo lo ocurrido hubiera sido verdad. Se detuvo frente al enorme espejo que decoraba la sala y se observó. Como por primera vez, advirtió su reflejo. Con la palma de la mano se tocó la mejilla. Apenas reparó en una pequeña herida que había sufrido al caer, aquel día de la fuga del convento. Hacía tanto tiempo y tan poco. Se acercó más al espejo para rastrearla, pero no encontró la lastimadura, solo vio el resplandor de todo lo que había vivido, de los siglos pasados, del presente y de los venideros.

Y se imaginó soldado y también santa, y monja marcial, por qué no cortesana, aunque detentora de algún mérito nobiliario, o abad y abadesa, integrante de alguna ocupación virtuosa. ¿Cómo llegar a eso, a la inmensidad o la pequeñez?

Volvió a mirarse en el espejo. Y descendió con la mirada hacia el borde de la camisa y el principio del calzón que la vestía, allí debajo, aquello cubierto por las telas pero de todos modos, desconocido. Eso que escondía para el resto y tampoco conocía para sí. ¿Qué había allí? No quería saber, temía que eso le trajera malestares, agravios,

tentaciones. Por eso había escapado, la tentación de Cristo, la fascinación del demonio. Debía ahuyentar lo que no sabía, encerrar lo que desconocía. Ella, cubierta por entero.

La instaba evitar las manos de la lascivia, el puño viril, para convertirse en santa, pura, casta y a salvo de todos los males. Libre de miradas, de peligros, de acechanzas.

El corazón se avino frenético. Debía irse de allí. Aunque no se sintiera perseguida, esta no era su morada. San Sebastián, ya llego, vuelvo al reino, regreso a casa, susurró.

33. Sorgina se traduce como bruja en euskera. Tras la caza de brujas de Zagarramurdi por la Inquisición española, se extendió el mito de que las *sorgiñak* se reunían las noches de los viernes en un *akelarre*(campo del macho cabrío).

CAPÍTULO VI

Con sus mejores ropas y la galanura a cuestas llegó a San Sebastián. Como nave a la deriva con viento favorable que arriba al puerto de su salvación, atravesó las diez leguas que la separaban de allí. Así cruzó las puertas del reino, dominada por una alegre sensación, envuelta por un soplo de amor divino.

Y recorrió las calles como una novata, bajo la convicción de sentirse en su tierra pero dominada por el asombro y la zozobra de una recién nacida. Había cumplido 18 años pero la ciudadela se le develaba por primera vez. Los 15 años que había vivido allí los había pasado, casi todos, en la celda del claustro.

Un impulso extraño la arrastró y la confrontó con los vecinos, que la miraban sin conocerla. Iba cubierta por un sombrero de ala y pluma, que disfrazaba la cara de rasgos fuertes y mirada hambrienta. Exhibía la belleza perturbadora de un mozo de gran presencia y pisada segura, vestido con galas y coquetería.

A poco de llegar, encontró albergue en casa de doña Úrsula de Zarauz, una tía lejana que por supuesto no reconoció el parentesco. Ofreció sus servicios de paje, fue tomada de inmediato. La señora arreboló sus mejillas ante la juventud del mozuelo y su predisposición al trabajo.

La morada de la tía estaba emplazada frente a la casa de sus padres. Notable coincidencia o, tal vez, una causalidad solapada para los amantes del peligro. Sin embargo, misterio divino o no, la escondida no se los topó. Salían a distintos horarios o no frecuentaban las mismas gentes, no hubo contacto entre ellos.

Pasaron las semanas, un par de meses, Catalina empezó a sentir una turbación en las entrañas. Una puntada constante la colmaba de incertidumbre. ¿Y si revelaba la verdad y regresaba, cual hija pródiga, al seno de su madre? ¿El dolor en la panza se acabaría, de una vez, si se quitaba el sombrero y se abría la camisa frente a su padre? Ese pensamiento la perseguía como el depredador a la sangre viva. Algo en su conciencia la corroía para que se diera a conocer y dejara de falsearse, para que pidiera perdón, para que hiciera penitencia, acto

tan conocido en sus años de convento. Una voz divina le susurraba al oído, aunque a veces fingiera sordera.

Y buscó solaz en la casa que la había albergado en sus primeros años. El monasterio de San Telmo se erguía con la misma solidez que ella recordaba. Entró a la capilla y se sentó en el último banco. No era fiesta de guardar, alguna que otra presencia en busca de respuestas intervenía la soledad del templo. Solo se escuchaba el cuchicheo de las plegarias en solitario, y Catalina se sintió arrullada por esa música.

Todos los domingos tomó la costumbre de asistir a misa. Quién supiera, tal vez el párroco la ayudara en aquel mal trance. Las dudas persistían, su corazón se cerraba pero, de tanto en tanto, la decisión de volver el tiempo atrás tocaba a su puerta y fantaseaba con dar el gran paso.

Aquel domingo llegó temprano y encontró un buen sitio donde acomodarse. Prefirió la segunda fila y en la punta del banco. Los feligreses fueron llegando, y con puntualidad dio comienzo la misa. El padre Alonso entró y, con paso ágil, subió al púlpito. Catalina elevó la vista, no era el sacerdote que ella había conocido en sus años conventuales. Evidentemente, su recuerdo habría pasado a mejor vida. Este era joven. Con vigor, el párroco envolvió a los feligreses con la palabra del Todopoderoso:

"Prácticas verdades son las que en los mandamientos se nos enseñan: no matar, no adulterar, no hurtar. ¿Cómo se practica esto? Dios guarde a España, que aunque está entera en la fe, en lo demás anda tan quebrada, con tanta corrupción de costumbres, ociosidad, glotonería, torpezas, robos, agravios, excesos en trajes, galas, comidas..."

Hubo un carraspeo generalizado. Catalina contuvo el aire. ¿De qué corrupciones hablaba? ¿Excesos de quién?

"Nunca el mundo ha estado peor que ahora; más codicioso, más deshonesto, más loco y altivo; nunca los señores más absolutos y aún disolutos; los caballeros más cobardes y aun sin honra; nunca los ricos más crueles, avaros; los mercaderes más tramposos; los clérigos más perdidos, los frailes más derramados; las mujeres más libres y desvergonzadas; los hijos más desobedientes; los padres más remisos; los amos más insufribles; los criados más infieles; los hombres todos más impacientes y enemigos que los toquen ni aún los amarguen con la reprensión. Y los predicadores, ¿vivimos en sana paz, estimados, queridos, regalados, ofrendados, nadie nos quiere mal, todos nos ponen sobre la cabeza? No hacemos el deber y no damos herida ni sacamos sangre…"

El padre Alonso hizo un silencio y escrutó a la congregación, con su ojo rapaz. Buscaba el pecado, perseguía a los detentores de todos los crímenes. Los presentes arrastraron la mirada por el suelo, y a la joven Erauso algo le quemó la nuca.

"Las mujeres con sus galas y adornos, danzando y bailando, han hecho

más guerra a los hombres que los ejércitos con picas, tiros y balas, o como lamentan desde Madrid al afirmar que la mujer ha afeminado a los antes aguerridos varones que olían a pólvora, y ahora, muchos a ámbar, y todos a almidón…"

El crujido de las bancas y los traseros acomodándose para volverse a desacomodar, sonorizaron la iglesia. Se vibraba la incomodidad de la feligresía. El padre Alonso miró, una a una, a todas las mujeres que empezaron a escucharlo con devoción, para luego acabar en inquietud. Los Tribunales del Santo Oficio habían encomendado mano fiera contra las mujeres, instigadoras de varios males. El norte del reino se había declarado, en los hechos más que en los papeles, en el último bastión pagano. Y ellas eran las culpables. Unas semanas atrás, los inquisidores del tribunal de Logroño habían acordado la sentencia de culpabilidad de 29 acusadas de brujería, desviaciones y crímenes de todas las tallas.

"Los puntos de la honra son, muchas veces, escándalos de las almas, y hacen incurable la enfermedad de la culpa. Las calamidades que padecen los reinos, presentes están. Los alaridos que les obligan a dar las necesidades extremas, todos lo saben, porque todos las padecen…"

Catalina posó su mano sobre la nuca, esa nuca vacía, ese lugar secreto y enamorado de la sombra, sitio modelado para ser cubierto por una larga melena o un pendiente precioso, revelador del ánima femenina pero que ella había podado para parecer otro, y apretó fuerte. Que algo le pasaba, alguien la lastimaba. Giró la cabeza y la vio. Su madre estaba sentada algunas filas más atrás. Las miradas se cruzaron. Fueron unos segundos. El pecho se le hizo un nudo, la sangre le zumbó en la cabeza. Y fue chiquita otra vez. Su madre no la reconoció.

Llegó el momento de la sagrada comunión, la congregación de la parroquia de San Telmo recibió el cuerpo de Cristo. La joven agachó la cabeza y quedó hundida en su lugar. Sintió el pecado respirándole demasiado cerca. Detrás de su madre, comulgaron tres jóvenes. Intuyó que eran sus hermanas, las profesas Mari Juan e Isabel, y la novicia Jacinta.

—Podéis ir en paz —expulsó el padre Alonso.

Cuando no quedaron rastros de su pasado, se decidió a largarse de allí. Atravesó la nave lateral y buscó la salida. Estaba muy perturbada, la sangre, al fin y al cabo, había golpeado a su puerta. A los pies de la iglesia departían unas religiosas.

—Joven, le hemos observado durante algunos domingos. ¿Os gustaría participar del coro? —la convidó la Superiora.

El corazón le dio un vuelco. Agradeció con ahínco pero desechó la invitación. Se calzó el sombrero como si hubiera sido la última vez, y se fue.

* * *

El Auto de Fe se organizó frente al Ayuntamiento de Logroño y dictó sentencia: Escarnio público para las brujas de Zagarramurdi. Cientos de personas, llegadas desde diferentes reinos, acudieron a la ciudad para disfrutar del suceso. Se haría justicia.

La solemne ceremonia dio comienzo con una procesión liderada por el pendón verde del Santo Oficio, seguida por la comitiva de ministros y cantores, y miles de familiares del Santo Tribunal formado por agentes y comisarios inquisitoriales vestidos con sus máximas galas y la infaltable cruz en el pecho. Detrás, y para cerrar filas como ejército en pie de guerra, desfilaba un séquito de frailes mercedarios, franciscanos, dominicos y trinitarios. La comitiva, al arribar a la Casa Consistorial, clavó el pendón en lo más alto del cadalso.

El enorme tablado de madera, flanqueado por tres gradas para los acusados, ya se había ocupado con las autoridades y los invitados. Los jueces se habían acomodado en los tres púlpitos.

Los 53 reos, cercados por alguaciles, dieron comienzo a la peregrinación con paso lento, mientras las antorchas humeaban y los faroles refulgían. Veintiuna de las acusadas eran condenadas leves, otras tantas, vestidas con capirotes (34) y sambenitos, (35) se habían reconciliado tras su arrepentimiento; detrás, seis relajadas —condenadas al fuego eterno —y otras cinco relajadas en efigie, fallecidas durante el sumario, habían sido víctimas de enfermedades o de las torturas. El desfile era clausurado por cuatro secretarios de la Inquisición montados a caballo y la mula que cargaba el cofre que contenía las sentencias, custodiado por los tres inquisidores Alonso Becerra Holguín, Juan Valle Alvarado y Alonso Salazar y Frías.

Las penitenciadas se colocaron en la grada más alta. Una vez que los inquisidores corroboraron las acusaciones, las sentencias fueron firmes y las ejecuciones, sumarias.

Al día siguiente, la comitiva se dirigió a “Los quemados”, una zona de extramuros de Logroño. Las once hogueras comenzaron a arder, en la margen izquierda del Ebro. El olor a carne quemada inundó la tierra.

A las pocas horas, la noticia empezó a desperdigarse por ahí. Cruzó fronteras y llegó a San Sebastián. A cada oído que llegaba, la novedad aumentaba en consistencia:

Bien quemadas, mujeres del mal.

Brujas malditas, merecido os lo teníais.

¡Azufre y fuego infernal para ellas!

¡Con el demonio dentro!

El cuchicheo se transformó en un vozarrón de venta en plaza pública. Tampoco faltó el momento en que se disputaron verdades, se

ocultaron lejanos parentescos o cercanías familiares, no fuera a ser que el manto negro del estigma recayera sobre algún vecino.

Y empezaron a mirarse de reojo. La desconfianza tiñó a los habitantes. ¿Y si había alguna invertida en la familia? Aquella moza de ojos en blanco, de seguro que era diabólica. Muchos dejaron de hacerse preguntas para dar comienzo a la prepotencia de la afirmación a quien quisiera oír, que sabían la verdad, nada más que la verdad y toda la verdad.

Y todo aquello llegó a oídos de los Erauso. Doña María y don Miguel escucharon con pavura que el Santo Oficio no había quedado conforme con el ajusticiamiento divino de las mujeres con el diablo en el cuerpo. Había más, seguro que más y debían encontrarlas. Las profanas, las desertoras, las viciosas, las degeneradas, urgente a por ellas. Y el nombre de su hija lastimó sus tímpanos. Escucharon, atónitos, que Catalina y otras fugitivas serían perseguidas hasta la muerte. Desembarazarse del hábito tenía sus consecuencias. Y letales. Dios todo lo veía y sus vicarios en la Tierra darían cuenta de la orden divina.

La vecindad empezó a observarlos con recelo. ¿Y si la tenían escondida? Espiaban por las ventanas, presionaban al servicio para que revelaran a la encubierta, los perseguían por la calle, sin un ápice de vergüenza. Los Erauso se pronunciaban a los gritos.

Todo esto desbordó el reino. Y llegó a los oídos de Catalina. Era de lo único que se hablaba en San Sebastián: de las malditas heréticas. No había tiempo que perder. Las dudas que la habían desvelado, la intención de desembarazarse de aquella identidad apócrifa, de volver a casa, de buscar aquel cobijo perdido en sus padres, se derrumbó en el acto.

No había nada más que hacer allí. Sin poner a nadie sobre aviso, empacó sus vestidos de luces, se escondió debajo de la capa y el sombrero, y huyó de allí.

La única salvación era huir de sí misma.

* * *

Se dirigió al este y caminó una legua hasta el puerto de Passage. (36) Le urgía embarcar, entregarse a la mar y largarse de la villa de San Sebastián. Demasiados fantasmas la perseguían, el sacrificio que había hecho al esconder sus atributos más valiosos se había convertido en una decisión sombría. La confianza que había adquirido desde la fuga, esa alegría interior que había florecido en un movimiento intrépido, la había perdido.

Catalina llegó al muelle con la lengua afuera. Bamboleándose sobre un oleaje suave, un navío recibía a los pasajeros prestos a partir.

Se acercó al hombre que estaba al mando y le pidió información. El capitán Miguel de Berroiz le indicó que partía rumbo a Sevilla.

—Llevadme, capitán.

—Se paga por el sitio.

—Os ofrezco cuarenta reales.

Ajustaron el precio, embarcó y partieron. A la brevedad llegaron a San Lúcar de Barrameda y de ahí se dirigió a Sevilla. *"Qué ciudad tan rica y bella, invita a vivir despacio y así admirarla, los adornos y grandeza de sus calles no sé si tendrán igual, ni tantas riquezas",* pensó Catalina, durante los dos días en los que se transformó en sevillana. El silencio era inexistente, el sol abrasaba, el poblado ejerció su seducción, pero la joven de jubón prefirió salir de allí. Algo la perseguía, cierta turbulencia se desplegaba frente a ella y resolvió que debía alejarse.

Regresó a San Lúcar. No se le hizo fácil establecer alianzas. Los lugareños acaparaban lo suyo, no estaban dispuestos a abrir sus brazos a cualquiera. Desconfiaban de cualquier recién llegado, la expulsión de los moriscos había encendido una furia generalizada contra el desconocido. A los intrusos, fuera, decían sin decir.

Hasta que se cruzó con un natural de su tierra, el capitán Miguel de Echazarreta, que estaba al mando de una escuadra de galeones, del general don Luis Fernández de Córdova, de la armada de don Luis Fajardo.

—Buenas tardes, capitán. Mi gracia es Francisco de Loyola —se presentó con firmeza.

—Pues al fin un vizcaíno entre tanto pueblo. Me reconforta a la oreja y al alma. ¿Qué buscáis por aquí?

—Me ofrezco al trabajo, capitán.

—¿Y qué sabéis hacer? —Echazarreta lo observó con detenimiento.

—Lo que sea, capitán. El mar es mi morada, me ha cobijado desde niño, no me atemoriza su tempestad. Es más, me envalentona, me da vida, revivo entre sus olas. Estoy dispuesto a cruzarlo, a zambullirme y sentir su abrazo.

—Veremos qué se puede hacer.

A los pocos días, recibió la noticia: formaría parte de la expedición a las Indias. Sentó plaza como grumete en el galeón del capitán Esteban de Eguiño. El hombre era primo hermano de su madre pero eso no le trajo problemas, tampoco privilegios. Nadie intuyó la verdad, mucho menos el tío.

El único modo de plantearle batalla a sus pensamientos era escapar bien lejos de allí. Debía guerrear reciamente contra el torbellino de su mente. Las Indias la aguardaban. Abandonaba la huida, corría hacia su liberación, ya no sería una desertora.

No tenía de quién despedirse, como el resto de los marineros. Tampoco se entregó a la diversión, los últimos días, en las tabernas

del Arenal, como gustaban de hacer todos.

El Lunes Santo embarcó, se confesó, como estipulaba la ordenanza, y partió de San Lúcar de Barrameda.

34. Cucurucho de cartón cubierto de tela que usan los penitentes.

35. Capotillo o escapulario que se ponía a los penitentes reconciliados por el tribunal eclesiástico de la Inquisición.

36. Pasajes en la actualidad. Es una bahía natural, hoy localidad y municipio situado en la parte nororiental de la comarca de San Sebastián, en la provincia de Guipúzcoa.

TERCERA PARTE

La conquista de América

CAPÍTULO I

Fueron 26 días con sus noches de navegar los mares. El galeón descendió lentamente el río Guadalquivir, celebraron una misa con bendición de Dios, alabanzas a grito pelado, rogativas a la Virgen y a los santos protectores, e izaron las velas rumbo a destino.

Más encubierta que nunca, Catalina se entregó al llamado inevitable del agua, del viaje. Solo los hombres podían viajar, aquello estaba vetado para las mujeres, sobre todo cuando la tripulación era contratada para llevar adelante una expedición de ultramar. Lo único, y sobre todo, que debía resguardar la moza era su cuerpo. Nadie debía descubrirla, ninguno debía sospechar que debajo del uniforme de grumete se escondía la piel tersa de una muchacha.

Para ella fueron semanas de puro entusiasmo. El cielo como techo y el oleaje su tierra firme, le otorgaban la seguridad del cobijo. Sin embargo, no todos pensaban como ella, quien había nacido con el mar adentro. Demasiados tripulantes daban rienda suelta a la queja.

—La fuerza del mar expande tanta violencia en nuestros estómagos y cabezas, que quedamos del color de los difuntos.

—Pues que voy a lanzar por la boca, todo lo que me ha entrado por ella.

Algunos debieron aclimatarse a la marejada y no pudieron sino mantenerse tendidos, sin ver el sol ni la luna, sin desnudarse siquiera, y con los ojos bien cerrados. La plegaria nunca faltaba, les pedían al Señor y a la Santa Trinidad que les devolviera la salud, que no querían irse al más allá. No faltó quien siseara que serían días de tortura, o un tormento continuo, o que las circunstancias no podían haber sido peores.

Catalina, en cambio, mantenía la sonrisa en la boca y se preguntaba por qué habrían embarcado si, a todas luces, así se experimentaba la peripecia marítima. El mareo ni lo conocía y se mostraba siempre dispuesta a las tareas que le encomendaban. Era pura predisposición.

—El mar es el lugar del miedo.

Murmuraban algunos, y ella les respondía con una carcajada.

—Es el elemento del peligro.

Insistían, pero Catalina les refutaba con calma.

—La tierra es para los hombres y el mar para los peces.

Y ella perdía la mirada en el espejo del agua. Su tío sin saberlo reparó en Catalina. Le pareció un grumete gracioso y siempre dispuesto para los trabajos de babor y estribor. Por sobre todas las cosas, carecía de talante huraño y, a diferencia de algunos otros, no parecía enfurruñado en sus cuestiones, el mozuelo tenía los ojos brillantes y exhibía ganas de hacer.

—¡Tabla puesta, vianda presta, quien no dijere amén que no le den de beber! Tabla en la buena hora, quien no viniere que no coma.

Cantaron los pajes anunciando la comida de la tripulación, que se sentaba donde podía, en la cubierta principal. El capitán, el piloto y el maestre comían en una mesa aparte, junto a los tripulantes de mayor categoría.

—Sentaros a mi mesa, grumete. Os merecéis una buena comida, tras el fervor que le habéis puesto a la faena.

El capitán le puso una silla a su lado y esperó a que se acomodara. Una sigilosa Catalina, buscando no despertar resquemores, se sentó y engulló dos buenas cucharadas del potaje que le pusieron frente a ella. Esteban de Eguiño se sirvió vino, bebió un trago y empezó con el cuestionario.

—¿De qué parte de Guipúzcoa sois? ¿Qué queréis de la vida? ¿Quiénes son vuestros padres?

Acomodó su traje, carraspeó y le respondió con la voz baja y sorda, acallando su timbre de mujer. Le habló de unos supuestos padres, de una supuesta tierra pero de una certera decisión: que había recibido la llamada de las Américas, que ese continente tenía mucho para darle y estaba abierto —así agazapó su debilidad femenina— a recibirlo. Eguiño quedó encantado con la frescura de su grumete y no cejó en agasajos durante todo el viaje.

Pero Catalina desconfiaba, sabía que nadie debía descubrir su verdad. En el escalofriante momento que cualquier aprendiz o marinero se encontrara con la mujer que ocultaba, si delataban que era una simuladora, su integridad física correría peligro. Sabía que podía ser condenada y lapidada. Como nunca, se empeñó en caminar sin gracia, en borrar, y para siempre, cualquier dejo de coquetería. Para no llamar la atención como hombre, se empecinó en pasar inadvertida, y para ello intentó hacerse invisible. No le resultó fácil. Cuanto más desfiguraba la verdad, cuanto más se refugiaba en sus silencios o buscaba acallar sus secretos, menos la dejaban en paz. La tripulación la inquietaba por demás. Había momentos en los que veía nacerles la perversidad. Vomitaban, sin pudor, anécdotas y palabras que hubiera preferido no escuchar. Pero era imposible escapar. La

cubierta del galeón hermanaba a todos. Y ella debía ensamblarse. Estaban sucios, hedían, se vanagloriaban en sus residuos, hablaban a los gritos, vociferaban procacidades y Catalina solo quería escuchar el canto del mar. Le imploraba a Dios ser analfabeta de la lengua violentada de los tripulantes.

Sin embargo, pudo perdonarlos aunque ellos jamás se enteraron de su ojo penitente. Los vio débiles y pudo entenderlos. Por si acaso, continuó con su disfraz.

Y una mañana, cuando apenas una pincelada luminosa rompía el horizonte, vieron tierra firme.

* * *

—¡Tierra a la vista!

Gritó el vigía desde la cofa y todos se abalanzaron a la baranda. Sin embargo, a los pocos minutos, el capitán ordenó que permanecieran en sus puestos. No se vislumbraba un desembarco tranquilo. Había moros en la costa.

A poco de arribar a la Punta de Araya, (37) entendieron que una cuadrilla enemiga de Vuestra Serenísima Excelencia estaba allí apostada con el miserable fin de esquilmarlos.

La existencia de unas importantes salinas en la región, además de excelente calidad, había atraído, en 1599, a los holandeses. España y la República de los Siete Países Bajos Unidos estaban en guerra desde añares. Los problemas habían comenzado en 1568, en tiempos de Felipe II,
el Excelentísimo Rey Católico pero, sobre todo, poco afecto a los calvinistas holandeses —por no decir furibundo opositor— quien no cejó en perseguirlos. Ni lerdo ni perezoso, encendió la mecha: además del asunto religioso, decretó el embargo económico. Los Países Bajos pelearon por su consolidación y rechazaron de cuajo la legitimidad de la exclusividad del comercio español en el Nuevo Mundo. ¿Os creéis los más poderosos de Europa?, pues no, respondieron los holandeses. Partieron a los mares y entraron al Caribe con tres premisas: explotar las salinas de Araya, y si les provocaba, las de la Isla de la Tortuga también; organizar una potente red de contrabando con los españoles en América, que les proporcionara algún beneficio en el viaje de ida; y asaltar las flotas y los puertos españoles como piratas.

Hasta el último año del siglo XVI, los holandeses se habían abastecido de sal en San Lúcar de Barrameda y en Setúbal, Portugal, pero aquello llegó a su fin cuando Felipe III prohibió, por completo, a los barcos holandeses comercializar con sal de la península ibérica.

Sin embargo, el capitán holandés Daniel de Muguerol descubrió lo que guardaba la Punta de Araya: unas salinas que eran duras como las

piedras y fácilmente resistentes al calor, separadas del mar pero con fácil acceso a través de un puerto natural y sumamente ricas en sal, gema que las lluvias disolvían y depositaban en un lago. Desembarcó del patache que lo llevó hasta allí y clavó bandera administrativa en nombre del Conde Mauricio.

El gobernador de Cumaná, don Suárez de Amaya, había mandado a construir una fortificación de madera con seis piezas de artillería para resguardar y proteger las salinas. También había establecido un puesto de guardia en el Monte Maurica, desde donde unos vigías avisaban con señales de humo y candeladas, los movimientos de las urcas intrusas. Pero poco y nada se había podido hacer. El número de barcos holandeses que arribaban a la punta era grande, y la explotación delictiva que hacían de las salinas, aún más.

El galeón comandado por el capitán Eguiño formaba parte de la flota que estaba al mando de don Luis Fajardo, que constaba de catorce galeones, cuatro pataches y una carabela. La orden fue precisa: copar los barcos que estuvieran en la salina e impedir que las urcas escaparan por el lado contrario de la Flota de Indias. (38)

—¡Apuntad, fuego!

Ordenó el capitán y la cubierta se convirtió en un tumulto. Catalina corrió a asistir a uno de los cañoneros, temiendo que los latidos de su corazón la delataran. El viaje a través del Mar de las Damas había sido demasiado tranquilo, la ausencia de vientos contrarios les había garantizado el gobierno de la embarcación.

El diestro grumete se había dedicado a limpiar las cubiertas, ordenar y reparar los aparejos, remendar las velas o darle a la bomba de achique. Pero aquella contingencia los había movilizado y debían estar a la altura de los acontecimientos, que no eran otros que defender los territorios de ultramar de Su Majestad. ¡Que viva el Rey!

Los galeones españoles coparon las ocho urcas que se encontraban cargando sal en el puerto de Ancón de Refriegas. Los holandeses ni enfrentaron ni se defendieron. Prefirieron la huida a fuerza de remos, sobre los bateles que usaban para transportar la sal, y hacer pie en tierra firme para luego esconderse en los montes cercanos. El capitán Muguerol intentó darse a la fuga pero fue abordado por dos chalanas. (39) Peleó cuanto pudo pero fue herido y se rindió.

Catalina desembarcó junto al resto de sus compañeros. Pisó suelo americano por primera vez. Una inmensa emoción la embargó pero hizo fuerza para que no la desnudara. Estaba embarrada y cansada, pero nada de eso la privó de contemplar lo que se le ofrecía. Y agradeció en silencio ese empuje invencible, aquel su instinto revoltoso, la ardiente naturaleza que la había llevado hasta allí.

Al día siguiente del desembarco, el capitán holandés fue ejecutado en la horca. Los españoles trataron con rudeza a los capitanes y sus

tripulaciones piratas. Algunos fueron ahogados, a otros les partieron las piernas. Catalina fue testigo del ataque que impartieron sus coterráneos.

Fajardo se quedó en Punta Araya. El galeón comandado por el capitán Eguiño volvió a navegar los mares.

* * *

Era noche cerrada, el Mar Caribe recibía los destellos de la luna llena y el galeón avanzaba hacia el oeste. Solo se escuchaba el oleaje tenue en altamar y el crujir de la madera. Una tensa calma instaba a que vendrían horas tranquilas, el pasaje hacía rato había comido y se había entregado al descanso.

Catalina, por primera vez, había encontrado lugar en el castillo de proa. A diferencia del capitán, el piloto y el maestre, que dormían en sus camarotes, los marineros, grumetes y pajes lo hacían en el entrepuente o la cubierta, aunque los más veloces o afortunados, en el castillo de proa. Catalina no había tenido suerte hasta aquella madrugada. Prefería dormir allí, era un sitio más pequeño, estaba aislada y, sobre todo, podía contemplar las estrellas. El cielo era su cobijo.

Y abandonó las tensiones de su cuerpo, que tan merecido lo tenía. El vaivén suave de la embarcación la arrulló, como una madre en un canto de cuna. Entrecerró los ojos y se dejó llevar hacia el sendero de la duermevela. Unas manos invisibles la arrastraron a la profundidad del sueño. Tras unos segundos o quién sabe horas, algo la devolvió a la realidad. Abrió los ojos y vio que el cielo había cambiado sus colores, estaba encapotado. El viento había comenzado a levantarse pero no era su silbido lo que la inquietó. Un gemido alteró la parsimonia nocturna. Algo no estaba bien. Durante todas esas semanas se había hecho eco de rumores que hubiera preferido no escuchar. Unos marineros mayores habían reproducido algunos actos espurios a bordo. A pesar de que era bien sabido que los capitanes de los navíos estaban obligados a prohibir cualquier amancebamiento o pecados públicos, y al hacerlo lo remediaran y castigaran, parecía que aquellas acciones no se podían refrenar. Algo había escuchado entre tarea y tarea; que uno de los pajes había sido el elegido. Y el más pequeño.

Un grito ahogado volvió a interrumpir sus pensamientos. Catalina se incorporó, asomó la cabeza por la baranda y vio, abajo en cubierta, a un marinero desnudo y en camisa forzando a uno de los pajes. Lo sostenía de las manos y amenazaba con que si daba voces o lo delataba, lo mataría. Con torpeza y fuerza, lo sometió carnalmente. Entre las sombras, pudo ver la cabecita del niño en busca de una salvación. La desesperación le ganó y Catalina bajó a los tumbos del

castillo de proa. No supo de dónde sacó el ímpetu pero arrancó al hombre del cuerpo del paje.

—Bestia asquerosa, salid de aquí.

Murmuró Catalina mientras el niño lloraba. El viento embraveció el mar y las olas comenzaron a hincharse, como si la furia de la joven Erauso hubiera advertido a las fuerzas de la naturaleza. La violencia del mar tentó a Catalina, que tomó al hombre por detrás y, aprovechando su estado de embriaguez, lo acorraló contra el borde de cubierta. Se desencadenó una horrible tempestad y el bamboleo del galeón devino en cómplice obligado de la justiciera. Catalina lo empujó apenas y el enajenado cayó por la borda. La tripulación comenzó a rodar por cubierta, ocupándose de los aparejos, las velas y el agua que se filtraba por todos lados. Nadie dio cuenta del sumergido en las aguas escarpadas. Y si se habían enterado, lo disimularon con prestancia.

—Venid conmigo, niño —Catalina rodeó al paje por el hombro y lo acompañó arriba. —Quedaros aquí que volveré cuando todo esto acabe.

Lo envolvió con unas mantas y regresó a cubierta. Al finalizar la tormenta, luego de algunas horas y varios destrozos, regresó al castillo de proa. El niño dormía, lo cobijó y montó guardia hasta que despertara. Se tragó las lágrimas como pudo, no quería derrumbarse frente a nadie, menos frente al paje. Era el más pequeño del pasaje. Una furia, mezclada con demasiada tristeza, la embargaron. Los dolores de su corta vida, casi 20 años, la dejaron en carne viva.

“Soy un estruendo, hay truenos en mi corazón. Los hombres buenos son una rareza, como las puertas en los muros de Tebas, incluso pronunciar sus nombres trae mala suerte, son demonios, de esos que le pegan a una el aliento de la muerte. Que yo no le temo a nada, ni a este viento con olor a mar, que trae alegría y riqueza…”, se perdió en un silencio buscado, que la llevó a dormitar un rato. Se convirtió en un barco fantasma prisionero de los hielos.

* * *

Al fin arribaron a Cartagena de Indias y allí permanecieron una semana. Debían reponer la carga y abastecerse de alimentos. Catalina aprovechó para solicitarle al capitán Eguiño la baja de su plaza como grumete y ofrecerle, en cambio, un servicio personal. Su tío en desconocimiento aceptó, lo prefería trabajando para él.

Cuando el navío estuvo listo, partieron nuevamente e hicieron puerto en Nombre de Dios. Aquella ciudad costera, fundada en 1510 por don Diego de Nicuesa, había sufrido infinidad de contratiempos. Había sido y hasta muy poco, el primer puerto comerciable de la Flota

de Indias. Tal era su envergadura, que se mantenía conectada con la ciudad de Panamá por medio del Camino Real, una carretera de piedra de poco más de dieciséis leguas, que también se conectaba por tierra con las rutas comerciales de la Flota de Indias con la Armada del Mar del Sur, (40) que partía del Callao.

Mas Nombre de Dios estaba emplazada demasiado cerca de una ciénaga y eso había complicado las cosas para la edificación, además de sumarle motivos de insalubridad y misterio. En 1596, el corsario inglés Francis Drake había muerto de disentería frente a su costa, tras sufrir una derrota ante la armada española.

Desembarcaron para pisar tierra firme y recorrer el puerto, aunque lo más importante era el acopio de plata, que para eso había zarpado el galeón desde San Lúcar de Barrameda. Catalina cumplió la orden de su flamante patrón y participó del intercambio, demostrando una habilidad comercial que corría por su sangre vizcaína. Fueron días de negociación y gesto estoico, nadie superaría su estampa de mercader con todas las letras.

Sin embargo, un contratiempo irreversible manchó la faena. La enfermedad empezó a cobrar demasiadas vidas. Algunos sufrieron hemorragias, diarreas y delirios que terminaron en muerte, otros pescaron la fiebre de los barcos, fulminante si las había. El espectro de la disentería, avanzado desde la ciénaga, hizo de las suyas llevándose hasta a los más fornidos. Un lamento generalizado sonorizaba el galeón. Marinero muerto, cadáver que era arrojado a las aguas cálidas del Caribe. Tal vez el mar lavara todos los males. Fuera lo que fuese, el capitán necesitaba quitarse el miasma de encima.

—Partimos esta noche, Loyola. La carga está lista, tenemos suficiente plata a bordo —anunció Eguiño, fregándose las manos. Estaba exultante, había hecho un gran negocio. Regresaba a casa con las arcas llenas.

Catalina sintió un escalofrío. Antes muerta que de vuelta en España, el reino que la había expulsado, la devoción que la había perseguido.

Comieron temprano, habían estipulado que saldrían a la medianoche.

Catalina se dirigió al camarote de Eguiño para acomodarle las cobijas. No había tiempo, debía apurarse. Sobre una silla descansaba la bolsa del capitán, con el dinero. Metió mano, tomó quinientos pesos y los guardó entre su pecho y las vendas que los ceñían. Salió de allí con la serenidad de una profesional del embuste.

A las diez de la noche, aprovechando que Eguiño dormía, Catalina se presentó ante la guardia del galeón.

—Buenas, mis amigos, el capitán me ha ordenado que bajara a tierra a concluir un negocio de máxima urgencia.

Le abrieron camino, las órdenes se cumplían. Catalina saltó y se perdió en la oscuridad de la noche. Nunca más regresó. Pasada una hora, la tripulación disparó una pieza de leva y el galeón zarpó con las velas hinchadas por el viento.

Su ideal no estaba en España, menos en el convento. América era su país, la calle era su patria, y con los pies sobre el fango, las manos en los bolsillos, el estómago un poco vacío, a veces, y la cabeza llena de sueños, se perdió. Al abandonar el monasterio juró que no volvería a trasponer la reja, detrás de la cual había dejado su divinidad sin enojos y sus santas sin penas.

Se acomodó con el capitán Juan de Ibarra, encargado de las Cajas Reales de Panamá. Pasados cuatro días, tomaron el Camino Real rumbo a Panamá. Pero el tesorero no fue demasiado generoso y Catalina se vio obligada a gastarse hasta el último cuarto saqueado de las arcas de su tío. No tuvo alternativa y se despidió para ir en busca de una mejorada comodidad.

Despabilada, encontró al mercader de Trujillo, don Juan de Urquiza. Se ofreció y le abrieron la puerta de par en par.

37. La península de Araya, situada al este de la costa caribeña de Venezuela, en el estado de Sucre.

38. O Flota del Tesoro, era la flota española destinada al Virreinato de la Nueva España durante el período de dominación hispánica del continente americano.

39. Embarcación menor, de fondo plano, que servía para transportes en aguas de poco fondo.

40. La agrupación naval creada en 1578 por la corona española para proteger el Virreinato del Perú y mantener fluidas, seguras y controladas las rutas marítimas en el Pacífico, especialmente la ruta Callao-Panamá.

CAPÍTULO II

Miguel había muerto. Descansaba en su caja forrada de bayeta, rodeado de hachas (41) encendidas, en la cámara principal de la casa. María lo acompañaba sentada a su lado y con el rosario en mano, vestida de riguroso negro, medias, guantes y mantón cubriéndole la cabeza, hasta la cintura.

Dios te salve María, llena sois de gracia.

El Señor es con vos.

Bendita sois entre todas las mujeres.

Y bendito el fruto de vuestro vientre.

Jesús.

Lideraba la viuda y todas las presentes la seguían en la plegaria. La casa de los Erauso había abierto las puertas a todo aquel que quisiera honrar al muerto, y darle su más sentido pésame a la pobre deuda que quedaba en la tierra.

Mientras María repetía las oraciones, su mente iracunda reptaba hacia otros sitios menos sagrados.

"Que nunca peor dicho que los muertos destruyen a los vivos. Mi muerto ha sido destruido por una viva, mi muerto ha muerto de pena, mi amado muerto ha abandonado la vida pues una mala viva me lo ha matado. Miguel querido, no debí instigarte a la búsqueda infinita, esa busca que no tuvo otro fin que tu muerte…", pensaba mientras le oraba a la Virgen.

Miguel de Erauso había muerto a la tarde. Su corazón se había detenido, sin aviso y preparación. María estaba sola en casa. Y hubo de mandar a llamar a la única hija que tenía fuera del convento, y a su esposo. Mariana había organizado los rituales, su madre no estaba en condiciones.

—A buscar al amortajador —le pidió Mariana a su esposo pero María puso el grito en el cielo. Nadie tocaría a su Miguel. Ella lo vestiría para hundirse bajo la tierra.

Cuando la caja de castaño forrada con las mejores telas estuvo lista, María cerró los ojos de su muerto —que la mirada traía mala suerte— le limpió hasta el último doblez de carne con una infusión de

hierbas bendecidas el día de San Juan, y luego lo vistió con el hábito de San Francisco, que iba asociado a la vida de pobreza. Que así debía presentarse todo mortal al Reino de los Cielos. Sin bienes, sus provisiones las dejaba para los vivos. Antes de colocar el cadáver en el ataúd, María solicitó que fuera envuelto con la sábana de la sepultura.

Para variar, no cumplió con las ordenanzas que obligaban a que no se diera de comer y beber en casa del difunto, a ninguna persona que concurriera a ella, tan solo a los eclesiásticos del lugar y los parientes muy cercanos.

El Ayuntamiento levantaba el dedo y acusaba a los herederos que hacían grandes gastos en banquetes y comidas, y que llamaban a demasiados sacerdotes forasteros a quienes, además de su estipendio, se les daba de comer y beber, espléndidamente. María miró para otro lado e hizo precisamente lo contrario.

Los vecinos y parientes empezaron a ocupar la casa. Fueron entrando a la cámara mortuoria, se santiguaban y echaban agua bendita con una hojita de laurel sobre el cuerpo de Erauso. María controlaba y rezaba. Y pensaba. El movimiento era constante, entraban, rezaban, salían y se dirigían a otra sala a beber anís o lo que se les ofreciera.

Así transcurrió la noche y, temprano por la mañana, llegó la Cruz al frente de los religiosos y varios monaguillos engalanados con sus sobrepellices y capa pluvial bordada, al son del responso. Hicieron su entrada solemne adonde descansaba, en paz o sin ella, Erauso.

—Permaneceré al lado de mi esposo —imprecó María, desoyendo la costumbre de que todos los presentes debían salir del recinto.

Fiscalizada por la viuda, la tarea se llevó adelante. Cuatro religiosos levantaron la caja y, en andas, la bajaron a la calle. En orden, dio comienzo a la procesión.

Detrás del cuerpo de Erauso iba la junta religiosa cantando el Miserere, mientras retumbaba el tañido fúnebre de las campanas y, detrás, los hombres de luto de bayeta y capas largas, seguidos por la procesión de mujeres, una detrás de la otra y liderada por María y su gesto pétreo de santa pagana, iban todas de negro, con mantos largos, falda arrastrada y un pequeño delantal blanco. Marchaban a paso lento y solemne hacia el monasterio de San Telmo, donde el gentilhombre haría su descanso eterno.

—Bendita sois, María, ¿qué pasó con vuestro Miguel, que cayó de sorpresa y era el más vivo de los vivos? —le dijo al oído el espectro en negro que la seguía de atrás.

—Estaba enfermo por dentro —siseó la viuda con ojos centelleantes.

—No digáis eso, señora.

—Pues digo a mi antojo, anoche fue la noche más oscura de mi

alma. Y la más negra de su vida.

Su hija apuró el paso, se puso a su lado y la rodeó con su brazo. María giró la cabeza, la ira avanzaba desde sus entrañas.

—Habéis sido muy amada por ese gran hombre, todos mis honores para él, señora.

—Ser amada sabe a nada. Yo le amo, amar es permanecer, él se queda a mi lado para siempre —una lágrima de fuego recorrió su mejilla.

Mariana le imploró que hiciera silencio. Un lamento generalizado se oía por las calles del reino. Y llegaron al monasterio, los hombres ocuparon sus lugares en la parte delantera de la iglesia. Los clérigos, en tanto, cantaban el Nocturno con gran solemnidad. María se calzó el sayo de la serora y repartió la procesión de mujeres y señaló dónde debía sentarse cada quien. Sus tres hijas profesas habían salido del claustro y ocupaban sus lugares. Las hachas, a ambos lados de la caja, ardían, las velas, en todos los altares, estaban encendidas.

El párroco sentenció la plegaria que daba inicio al entierro. Debajo de su halo negro, María se tomó de las manos y oró en silencio: *"¿Por qué habéis partido hacia tierras inhóspitas, heladas de hálito foráneo? ¿Por qué me dejáis, esposo mío? Me quedo fría, poseída por vuestra ausencia… Que me habéis abandonado, y ahora quedo sola de toda soledad. Esa hija vuestra, que ya no mía, que te ha arrebatado de mis brazos. Esa hija insolente que nos ha comido… Yo te maldigo, Catalina, mi Mikel, en ese frenesí se ha perdido de la vida. No podré ser feliz nunca más"*.

María estaba rota por dentro y blanda por fuera, como un pedazo de bofe.

* * *

Y el mar se tragó la nave, a poco de llegar al puerto de Manta. En algunos minutos, el viento bramó como aullido de muerte y el cielo se avino en capote plomizo. Se hizo de noche en horas del mediodía, no hubo ni tiempo para que la tripulación avizorara la tempestad. Como por arte de un maleficio, la fragata que albergaban a Catalina y a su amo, el señor Juan de
Urquiza, y al resto de la tripulación, se vio perseguida por unos montes
de olas y un aguacero insistente, que formaba una junta con el mar.

Una fuerza demoníaca quebró los mástiles, que cayeron rendidos sobre la cubierta y los velachos taparon lo que encontraron en el camino. Los tripulantes corrieron sin destino, temerosos de confusión y gritos. Y el agua salada, sedienta de intrusos, abrió sus fauces y, en una bocanada, deglutió todo lo que encontró a su paso.

Catalina se hundió en el fondo oscuro del mar. Abrió los ojos pero

no vio nada, intuyó la seguidilla de burbujas que escaparon de su boca, impulsadas hacia arriba. Todo era profundidad y silencio de muerte. Pateó con fuerza y logró salir a la superficie, con el último aliento de aire.

Ella conocía los secretos del mar, era el fiel reflejo de Poseidón. Nadó y nadó, y llegó a la costa de Manta. Tirados sobre la arena, Urquiza y pocos más se recuperaban como podían. El resto del pasaje flotaba, sin vida, en el Mar del Sur.

En febrero de 1534, una expedición comandada por don Pedro de Alvarado había llegado al puerto de Manta. Enfurecido porque no había encontrado los tesoros que se decía que existían en el lugar, lo había saqueado e incendiado. Treinta años después, el presidente de la Real Audiencia de Quito, Hernando de Santillán, había puesto pie y fundado la villa.

—Loyola, vamos, aprestaos que debemos salir de aquí cuanto antes —ordenó Urquiza, demasiado apurado.

Catalina temblaba de frío y cansancio. En ese instante reparó en el estado en el que se encontraba. Empapada y con las ropas ajadas, temió que la camisa se le adhiriera por demás. Se despabiló y ya en pie, se cruzó de brazos para cubrirse.

—Cuidado con las serpientes, que las hay y muy peligrosas —intervino un lugareño que había sido testigo de la escena.

Urquiza lo miró de reojo y siguió camino. Necesitaba continuar viaje, debía recuperar una mercadería en Paita. Temía que se la usurparan. Catalina cumplió sin chistar.

—No sé cómo habéis salido ilesos del pez fiero que abunda en estas aguas, que es tan enemigo del hombre, que no se detiene hasta cubrirlo y ceñirlo para matarlo —insistió el lugareño, desconfiado de los extranjeros.

Don Juan apuró el paso y caminó hacia la otra punta del muelle, un galeón del rey Felipe III lo esperaba. Negoció con el capitán, pagó lo que pedían, embarcaron y partieron rumbo a Paita.

Mientras navegaban, Urquiza se despachó con lo que les esperaba en el puerto peruano. Debían hacerse de la hacienda que aguardaba en Paita, había que descargar todo, que era mucho, que él marcharía rumbo a Saña, distante a unas sesenta leguas de Paita, para luego recibir la carga completa; en cambio, su siervo haría todo el trabajo. Y que no faltara nada, que confiaba en su honestidad, que no lo defraudara, que había depositado tanto en su grácil figura y en su temple de acero. ¿Porque era así de fuerte su criado, no? ¿Era verdad todo lo que le había confiado, no es cierto?

—Mi señor, a veces es mejor pensar en el futuro que recordar el pasado —se le atrevió Catalina, sabiendo que su amo, en lo único en que pensaba era en las arcas llenas.

—Para que nunca lo olvidéis, Francisco, y lo tengáis siempre en cuenta, que un hombre es lo que hace, no lo que dice. Escuchad bien lo que os digo.

Catalina asintió y le ofreció un gesto pétreo. Ni una hendija de negación le regaló, sin embargo, esa afirmación la llenó de dudas. Sabía que no debía discutir nada, estaba en desventaja. En ese momento, la acción era enemiga del pensamiento. Debía limitarse, ya llegaría su tiempo. No debía distraerse con superficies, en las profundidades todo se convertía en ley.

Y arribaron a Paita, tras unas semanas de aguas mansas. El cargamento estaba intacto y completo en la nao comandada por el capitán Alonso Cerrato. Urquiza ordenó los papeles, ajustó los últimos detalles y partió hacia Saña.

Catalina cumplió el mandado al detalle. Las cargas estaban numeradas y, en orden, las fue despachando. Meticulosa, se encargó de que la mercadería más urgente fuera transportada a lomo de mula por los caminos. Su amo la iría recibiendo. Con la última carga a cuestas, le llegó el turno a Catalina.

* * *

—Francisco, ¡qué bien lo habéis hecho! —la recibió don Juan, con los brazos abiertos. —Sois mi mejor adquisición, muchacho.

Catalina sonrió, hacía tiempo que nadie le expresaba cariño, y se lo agradeció. Había aprendido a respetar a su amo, tanto que no se atrevía a contradecirlo, ni siquiera en sus pensamientos.

Urquiza le pidió que lo siguiera, había tomado una determinación. Tanto había confiado en su talento, y la decisión solo le había traído ganancias, que le ofreció un trabajo de otra categoría.

—Loyola, os pongo a cargo de mi tienda de ramos generales. ¿Qué os parece?

—Gracias por confiar en mí, señor don Urquiza. Os juro que no defraudaré vuestra confianza.

Y la llevó hacia adentro para cambiarle las ropas. Debía renovar su atuendo. Le entregó dos vestidos de materiales excelsos y mejores manufacturas: uno negro para ocasiones especiales, el otro de color, que se lo calzó de inmediato. Recorrió la casaca con la mano, que por suave invitaba a la caricia.

Catalina escuchó, con suma atención, las instrucciones impartidas por Urquiza. Le enseñó los libros del comercio, le apuntó, uno por uno, los artículos y sus precios.

—Os dejo 130.000 pesos en mercadería, Francisco. Cada noche deberéis hacer cuentas y que no falte ni una moneda. Y atención, aquí dejaré por escrito las personas que podrán llevar de fiado, si así lo

gustasen. Son personas de mi absoluta seguridad.

—Así lo haré, señor —asintió Catalina.

—Eso sí, debéis asentar quién ha llevado qué y las razones —don Juan era meticuloso. —Así como tengo potestad para dar, la tengo para quitar.

Catalina se hizo a silencio y algo de envidia reptó desde sus entrañas. Su amo exhibía con prestancia todo su dominio. Hacía y sí, por gusto, deshacía, y decía cuando no gritaba, aunque también de órdenes vivía ese hombre. ¿Por qué una mujer debía ser menos que un varón? ¿Cuál era el motivo de semejante componenda? De cualquier modo, ella se había visto obligada a esconder sus atributos delicados, a expensas de las incomodidades a las que se había visto obligada.

Ahora ya no eran tiempos de arrepentimientos, su fortuna estaba echada. Lo único que encontraría serían reproches ante la independencia de su espíritu. Jamás podría asesinar sus principios religiosos, y menos sus instintos revoltosos; que en Dios creía, aunque no en el hombre. Ella era una mujer que se había atrevido a franquear el umbral de lo sagrado.

—En especial, daréis de fiado a doña Beatriz de Cárdenas, señora de mi completa satisfacción y a quien estoy obligado —agregó Urquiza, con ojos soñadores.

La otrora novicia entendió que su amo escondía algo y que nada mejor que no intervenir con cuestionamientos. Ya le habían advertido: don Juan disponía y no había lugar para la objeción.

—Os dejo dos esclavos para que os sirvan y una negra para el guisado. Y tres pesos para el gasto de cada de día. ¡Suerte!

Y partió rumbo a Trujillo.

Catalina se transformó en un tendero con todas las letras. Vendía, cobraba y dejaba todo por sentado. Quién compraba, con pelos y señales, género, varas, y el día, el mes y el año. Era el comerciante más vivaz de Saña, atendía a la clientela con una sonrisa en la cara y si se topaba con cierta indecisión, la arrasaba como viento de invierno. Era implacable. Vendía lo que no tenía.

Y todas las tardes, cuando el poblado agitaba las calles y sus habitantes gustaban del paseo para estirar las piernas o entablar relaciones, que el clima ayudaba y las ganas todavía más, la tienda recibía a su clienta principal. Doña Beatriz de Cárdenas hacía su visita periódica y siempre encontraba algo de su agrado.

Pero qué preciosura esta saya de paño.

Precisamente lo que necesitaba, estas fajas de terciopelo.

Y estos corpiños verdes, custodios de la moral.

Oh, la alegría del faldellín, (42) que busco unos nuevos.

¿Habrá algunas manguillas (43) para esta señora?

Cuándo no, algún botón de piedra preciosa, brillante como la

dueña.

Catalina se divertía con la clienta. Le ofrecía toda y demás mercadería. La señora tomaba la oferta y se retiraba con una estela de gloria a su paso. Eso sí, siempre de fiado, nunca ponía una macuquina. (44) Llegó el momento en que Catalina, en duda ante tamaña hambre de posesiones, lo puso por escrito y envió la misiva en cuestión a Trujillo, en busca de respuestas. Su amo respondió que no había de inquietarse, que todo estaba muy bien y que la señora en discusión, si reclamaba la tienda entera, que le fuese dada a mano abierta. A doña Beatriz había de darle todo.

—Qué gran despacho ha engendrado mi amigo don Juan, y qué bien ha salido la elección de su joven tendero.

Murmuró la señora Cárdenas mientras revolvía la mesa de saldos. Miraba las telas, encantaba a su público, ya fuera uno o decenas.

—Le escribiré a Trujillo para felicitarle por tan precisa selección. ¿Hoy no me recomendáis nada, joven Francisco?

—Señora, vuestro gusto es tan selecto, que no me atrevo a ofreceros el mío. Vuestra compostura y disposición son tan elegantes que no necesitan de acomodo —respondió Catalina con la boca y la frente en calma.

—Sois muy amable, Francisco.

Doña Beatriz continuó con la pesquisa y perdió la cabeza en los recovecos de su pensamiento. En cuanto llegara a su casa, se sentaría a escribirle a Urquiza. Le dedicaría unas buenas horas a la aprobación de Loyola. Le parecía sublime, era la abreviatura del mundo, intempestivo e ideal.

41. Muchas mechas gruesas juntas cubiertas de cera blanca que se encendían en los funerales.

42. Una enagua de cintura.

43. Especie de guante largo sin cobertura de mano y hasta la muñeca, con puños de encaje.

44. Moneda peruana. En 1565, Felipe II dictó la Real Cédula que ordenaba la creación de la Casa de la Moneda en Lima, la Ciudad de los Reyes.

CAPÍTULO III

Catalina suspiró con la satisfacción de la tarea cumplida. Era domingo, se sintió henchida de serenidad, pero sobre todo, orgullosa de repetir al dedillo la palabra del Señor. *"Dios bendijo el séptimo día y lo consagró, porque en él cesó de hacer la obra que había creado",* pensó y el gesto de su cara la delató. Tenía vía libre, podía salir a pasear sin culpas, debía consagrarse al ocio y así lo haría.

Aprovechó la puesta que se ofrecía en el corral de comedias, (45) se vistió con sus mejores galas y marchó hacia allí. Prevenida pero sobre todo exultante, llegó temprano y se procuró un buen asiento en el patio. Los sitios de privilegio ya estaban ocupados, el público aguardaba el comienzo de la comedia de Ruiz de Alarcón y Mendoza, "Las paredes oyen".

La silbatina y el zapateo de polvareda tupida apuraron a los actores a que salieran a escena. Y el tumulto se hizo a silencio cuando aparecieron los comediantes sobre el escenario.

—Tiéneme desesperado, Beltrán, la desigualdad, si no de mi calidad, de mis partes y mi estado. La hermosura de doña Ana, el cuerpo airoso y gentil, bella emulación de abril, dulce envidia de Diana, mira tú, ¿cómo podrán dar esperanza al deseo de un hombre, tan pobre y feo, y de mal talle, Beltrán? —declamó el intérprete de don Juan.

Los ojos de Catalina desbordaron de brillo. Se tomó las manos y una alegría inusitada pintó su cara. En un instante se perdió entre las palabras y los actores. Los espectadores parecían en trance, seguían la comedia al pie de la letra. Pero con el tranco y la prestancia de un emperador y su séquito, un fulano de nombre Reyes sentó a un acompañante delante de Catalina, pero tan cerca, que se convirtió en un muro que le impidió la vista.

—¿Podéis correros un poco? Es que no veo —les reclamó en un hilo de voz.

—¿Y tú quién demonios eres? —increpó Reyes en tono desabrido.

—Soy público, como todos los presentes —se defendió Catalina.

—Os diría que fuera de aquí, que si no lo hacéis esa cara vuestra

será cortada.

Los prepotentes expusieron sus filos, Catalina recordó que solo llevaba consigo una pequeña daga y que no estaba a la altura de las circunstancias. Reyes y sus adláteres encendieron el estado de malestar. El alguacil merodeaba por ahí, era el encargado de que se cumplieran las normas. Se acercó a la gresca y, con cara de enemigo acérrimo, los increpó:

—A ver, que aquí estoy yo para vigilar que no haya ruidos, ni alborotos, ni escándalos.

Se guardó el resto de las consideraciones aunque del mismo modo controló que los hombres y las mujeres estuvieran apartados, así en los asientos como en las entradas y salidas, para que no hicieran cosas deshonestas y para que no consintieran entrar en los baños a persona alguna fuera de los actores.

En un movimiento, Catalina se incorporó y, entre bufidos de indignación, se retiró del patio. Algunos amigos que andaban por allí, la siguieron para calmarla, no fuera a ser que se levantara en improperios y la cosa pasara a mayores.

Como todas las mañanas, Catalina abrió la tienda y se dispuso a vender como bien sabía. Los clientes pedían, ella ofrecía y sin demasiado regateo se hacía la venta. Sin embargo, antes del mediodía la huella de la truculencia dio su aviso. Reyes pasó por la puerta a paso demorado. Y, por si acaso, volvió a pasar. Catalina lo vio, sintió fuego en las entrañas.

—Regresad por la tarde, señora. Debo reponer mercadería.

Apuró Catalina y cuando se encontró sola, tomó un cuchillo y cerró el despacho. Caminó hasta dar con un barbero.

—Amoladlo, por favor, y picadle el filo. Que sea una sierra —le ordenó.

Cuando el trabajo estuvo hecho, Catalina miró con ansias su flamante arma. La espada echaba destellos. Se la ciñó en la cintura y la acarició como una madre a su recién nacido. Como un depredador que huele a su presa, encontró a Reyes que paseaba horondo junto a una compañía, delante de la iglesia de Saña.

Con sigilo se le acercó por detrás.

—¡Ah, señor Reyes! —le gritó.

—¿Y ahora qué queréis? —preguntó con displicencia.

—Esta es la cara que se corta —le dio de refilón en la mejilla y el tajo se pintó de sangre. En un segundo, el atacado se llevó la mano a la herida.

Quien lo acompañaba, desenvainó la espada y se abalanzó sobre Catalina. Veloz como vuelo de pájaro, la joven se puso en guardia y atacó. Los filos se encontraron en un combate feroz, pero Catalina le entró de lleno por el lado izquierdo y el reo cayó redondo. Las

palpitaciones de su corazón la arrastraron hasta la iglesia, en busca de cobijo. Sin embargo, no era allí donde su ardiente naturaleza estaría a salvo. Nunca faltan los amantes de la delación y en un periquete fueron a vomitar la batahola callejera.

—¿Dónde está el autor del crimen? No os escondáis, forajido —a los gritos y revoleando los brazos, hizo su entrada el corregidor don Mendo de Quiñones, inscripto en el hábito de Alcántara.

Sentada en uno de los bancos estaba Catalina, con la mirada perdida y un telón de bruma cubría sus ojos. El corregidor la tomó de la casaca y la arrastró fuera de la capilla y, como un saco de papas, la llevó a la cárcel.

—¡A echarle grillos, y metedlo en un cepo! Que es un criminal de tamaño peligro.

Ordenó Quiñones y hubo que cumplir. Encarcelada y engrillada, Catalina se hundió en la desesperanza más absoluta. Toda esa libertad que había creído encontrar en el nuevo continente, le había sido arrebatada; aquel mundo interior, esa independencia interna y externa, aquella vida nueva tan alejada de los dogmas de España, se esfumaron como por arte de magia. Pero la decepción pasó a mejor vida y la presa retomó la confianza en sí misma. Desharía los lazos que el destino burlón le habían puesto en el camino. Aprovechó a uno de los guardias que le daba el agua para beber y le pidió que le fuera con el cuento del incidente funesto a su amo.

Catalina precisaba ayuda, alguien que la socorriera de este error malhadado. No estaba dispuesta a doblegarse bajo los latigazos que la vida intentaba darle. En su alma llevaba escondido el sueño de un futuro terrenal, de una inocencia absoluta. Había decidido ir por el mundo en busca de la dicha, y no iba a permitirle, como si quisiera mofarse de ella, que se la usurparan.

—¡Eh, truhán inmundo! A quedarse aquí adentro hasta la muerte.

Le gritaron detrás afuera.

* * *

—Me estáis embaucando, no puede ser cierto —declaró el señor Urquiza al enterarse de la nueva. Estaba asombrado, no podía creer que su empleado hubiera cometido semejante tropelía. Francisco Loyola era incapaz de amedrentar a nadie, era un joven responsable y de gran corazón.

Por lo menos así pensaba su patrón. Sin embargo, el emisario no estaba dispuesto a abandonar Trujillo sin respuestas. Instó a Urquiza a que montara su caballo y le diera a galope tendido rumbo a la cárcel de Saña.

Cabalgaron las 32 leguas distantes y don Juan se presentó ante el

corregidor. Hubo despliegue de pedidos, rechazos, reclamos y más repliegues, promesas y reveses, hasta que el hombre fue al punto, cumplió unas diligencias —que por pecuniarias fueron mágicas— y los dobleces se alisaron.

—Os otorgaré este favor de favores, que no quiero que peque de favoritismo, buen señor. A quitarle los grillos y que respire en libertad —ordenó el más poderoso.

Catalina salió del cepo y fue restituida a la iglesia, donde se llevó adelante el pleito, que duró la friolera de tres meses. El procedimiento se le hizo largo pero no desafió los tiempos de la Ley. El Obispo tenía la última palabra, y la primera y todas, y lo mejor que podía pasarle a Catalina era convertirse al mutismo. Sus palabras podían transformarse en dagas envenenadas, ella se conocía bien. Pues bienvenida al silencio, se habría dicho.

Con una sonrisa discreta, Catalina se avino a las disquisiciones de su señor, del elemento eclesiástico y del hombre del gobierno. Por más rodeada de gentes que estuviera, se entregó a sus pensamientos sabiéndose sola en el mundo, como si se le hubiera estado destinado la creación de uno nuevo, un mundo propio. *"Yo soy yo, y todo se lo debo a mi esfuerzo",* pensó, donada a la espera.

Al fin la dejaron salir. En España y en América, el poder eclesiástico tenía inmunidad, podían hacer y deshacer a su antojo, blandiendo la cruz como espada bendita de Dios.

A Catalina le hubiera sido más fácil si se quitaba el sombrero, bajaba sus calzones y desembuchaba su origen. Si hubiera confesado el hábito que había hecho a la monja, aunque velando la prueba del delito, los pecados habrían sido olvidados en el acto y hubiera salido por la puerta grande, y aquí no ha pasado nada. Pero la boca se le hizo a un lado y calló.

—Tengo una gran idea, mozo. Así salvaréis el pellejo —le confió el señor Urquiza, que ya le había decretado su destino. —Será verdaderamente conveniente para escapar del conflicto de una vez, que os desposéis con doña Beatriz de Cárdenas.

Catalina abrió los ojos como platos.

—La sobrina de nuestra buena señora es la esposa del tal Reyes, vuestra víctima del tajo. Que yo ya hice el arreglo, que así calmaremos las aguas y todos felices.

Como nunca, Catalina se vio inmersa en un embuste de proporciones. La doña Cárdenas era el amorío de su amo pero en las sombras. Apareando a su amante con su empleado, don Juan tenía el arrebato carnal y el servicio laboral asegurados. Nada mejor para Urquiza, no había más. Sin embargo, la Erauso aceleró sus nervios. ¿Cómo evitaría esa confusión?

—Amo, ¿os parece adecuado? —preguntó con inocencia.

—¡Qué son esas preguntas! Tendréis casa y comida, y libertad de cepo. ¿Hay algo mejor?

Don Juan alzó los brazos y la carota se le enrojeció, transformada en manzana madura. ¿Cómo podía ser que este joven fuera tan lento? Bufó con impaciencia. Catalina se vio obligada a seguirle la corriente. No le quedó más que asentir y visitar a la señora.

Era noche cerrada, Catalina salió de la iglesia y marchó hacia la casa de la dama de Urquiza.

—Buenas noches, Loyola —le dio la bienvenida. Doña Beatriz abrió la puerta de par en par y le ofreció un vaso de vino.

—Muchas gracias, señora, pero aún no tengo sed —le respondió.

Entraron a la sala y a poco, le trajo un plato de comida caliente. La señora quería conquistar al mozo. Catalina no tuvo alternativa y tragó unas cucharadas del potaje, bajo el escrutinio de doña Beatriz.

—Cuánta hambre, joven Francisco. Pero déjame ver, estás demasiado delgado —y le recorrió los brazos con sus manos ávidas.

Catalina sintió un escalofrío desde el bajo de la espina hasta la nuca. Y empezó una justa de avances y fintas entre las dos, que bien habría precisado una buena música para marcarles el ritmo.

Doña Beatriz le solicitó que pasaran a la antecámara. Catalina acató. Creyó que había perdido el habla, las palabras no salían de su boca aunque tampoco se le ocurría qué decir. La señora la sentó a su lado y le recorrió el cuerpo con sus caricias.

—Disculpas, señora, pero debo partir, que ya es tarde —Catalina se incorporó de un salto.

—Pero qué decís, jovencito. No podéis volver a la iglesia de noche, está penado por la ley —apuró doña Beatriz, con la voz agitada.

Catalina no le hizo caso y partió. Pero al día siguiente, la cosa fue de claro a oscuro en segundos. La oferta de la bebida y la comida duró un instante, la señora la llevó directamente a la recámara y cerró la puerta con dos vueltas de llave.

—Aquí os quedáis, a dormir conmigo esta noche, aunque en esta nos lleve el diablo.

Y la apretó contra su cuerpo, le hurgó el cuello níveo con su boca. Catalina creyó que se le avecinaba un síncope. ¿Y si la reconocía? Pero qué era esa pregunta, descubriría en el acto cuál era la verdad, develaría su individualidad valiosa, su feroz búsqueda de una vida, la defensa inflexible de su derecho a ser quien quería ser sin darle explicaciones a nadie. Contenta con su escondrijo que no quería que fuera descubierto, se había encomendado a elevarse por encima del pecado. Catalina se sentía mucho más pura que la prédica del mundo.

Las piernas de la señora de Cárdenas hurgaron demasiado entre las suyas. Catalina alargó sus manos y la separó.

—Debo irme, señora.

En dos pasos llegó a la puerta, la destrabó y salió. Corrió por la fría noche de Saña y se sintió a salvo, sobrecogida por una corriente helada. Nada ni nadie le harían perder su libertad.

A la mañana siguiente, habló con su amo.

—Señor mío, de aquel casamiento no quiero ni hablar. Por nada del mundo lo llevaremos adelante.

—¿Pero qué dices? Tengo para ti montañas de oro, no puedes decirme que no. Además, ¿no has visto la hermosura de la dama? ¿No quieres tantear lo que esconde allí debajo?

Los colores asomaron en las mejillas de Catalina. Si tan solo él hubiera sabido lo que ella guardaba en sus calzones.

—No me mires con esos ojos, mozo loco, que es la única manera de salir de aquel entuerto, que solo tú has provocado.

—Yo no me caso, señor Urquiza —le porfió y se cruzó de brazos.

Urquiza entendió que no era un simple coqueteo, que el mozo estaba bien lejos de dejarse llevar por la ambición.

—Dios mío que eres obcecado, Loyola. Pero aquí no puedes quedarte, que tu vida correría peligro. Te envío a Trujillo, con la misma tienda y comodidades. Seguirás trabajando para mí, no te liberarás tan fácil.

Catalina hizo una mueca de satisfacción. Eso era lo que él creía.

* * *

El obispado sufragáneo de Lima la recibió con fanfarrias. Trujillo le abrió sus puertas y Catalina se acomodó como si fuera su hija pródiga. Ocupó el despacho de su amo y desplegó sus artes de comerciante como la mejor. Bien temprano a la mañana, abría la venta con el mismo entusiasmo de sus tiempos en Saña, comenzaba el día como todos los días, como si fuera el primero del resto de su vida. Su fuerte e inquebrantable voluntad era la que la había salvado, la mantenía en estado de conservación, como la mano de su ángel de la guarda, que la cuidaba de noche y de día.

Se había acostumbrado a vivir sola, aunque existían esas noches en las que padecía la soledad. Era libre y autosuficiente, pero cuando avanzaba la primera estrella y el silencio la rodeaba en su austera pero cálida casa, ansiaba compartir siquiera una conversación con alguien.

¿Su corazón estaba lo suficientemente vivo como para latir por un amor? ¿Estaba en condiciones de ilusionarse ante un afecto? ¿Y el cuerpo? Miró hacia abajo, latía, arrastró su mano a través de su piel vibrante. Sí, estaba viva. Pero el temor de entregarse a la pasión y salir con las ilusiones heridas y el corazón roto, le aseguraron que no estaba errada.

Mejor no enceguecerse, no turbar el cerebro.

Pasados unos meses, un día al romper el alba, Catalina ya había entrado en labores con un libranza que le había enviado Urquiza, para poner algunas cuentas en orden. Que faltan unos pesitos por allí, y sobran otros por allá, y a ponerle un precio adecuado a esta mercadería, a sacar aquella otra cosa de la venta, y Catalina sumó hasta llegar a los 24.000 pesos, y el enviado de Saña los metió en la bolsa para partir de inmediato.

—¡Señorito Loyola, don señorito! —la puerta se abrió y entró el negrito de sonrisa refulgente, pero en esa oportunidad parecía que había visto al mismo demonio y le había dejado los ojos como cuencos.

—Pero mi amigo, que no gano para sustos y aterraréis al emisario de mi amo. ¿Qué pasa? —preguntó Catalina y soltó los brazos de un golpe.

—Que he visto a unos hombres demasiado cerca de la puerta, señorito Francisco.

—Vendrán a la compra, que si persistís con esas fauces saldrán espantados y perderé de hacerme rico.

Catalina le dedicó una mueca al libranza y dio unos pasos hacia delante, empujada por bufidos de hartazgo.

—¡Que no, señorito, que van guarecidos de sendos broqueles, (46) o eso parecían!

Una extraña inquietud perforó los huesos de la joven. La petulancia primera devino en peligro inminente. Le pidió al cobrador que se retirara, sin antes recibir la carta de pago.

—Negro, ve y tráeme a Zeraín, que no es bueno que estemos solos en esta tarea.

Salió como saeta y regresó con la ayuda solicitada. Tan solo franquear la puerta, Francisco Zeraín asintió con gesto de preocupación.

—Así es, Loyola, son tres hombres, ese Reyes, el ladero que tumbasteis en Saña, y otro más que no reconozco.

Catalina le encargó al negro que cerrara la tienda, tanteó el cinto para controlar que la daga estuviera en su sitio y salieron a la calle. Como una tromba, Reyes y sus secuaces se les abalanzaron. Resistieron cuerpo a cuerpo, entre jadeos y fuerza, hasta que los hados quisieron —o la furia de Catalina —que la punta de su daga entrara completa, quién supiera por dónde, en la carne del amigo de Reyes. Malherido y mucho más, cayó. La batalla se emparejó, fueron dos contra dos, pintados en sangre y ansias por continuar con el combate.

Entre silbidos y gritos, anunció su arribo el corregidor don Ordoño de Aguirre, junto a dos ministros. De inmediato le echaron mano. Zeraín, con la resistencia que le quedaba, metió pies en polvorosa, traicionando a su compañero de gresca, y se esfumó. El corregidor

levantó a Catalina del piso y se ocupó de ella. Los ministros, en tanto, de los otros dos. Como fila de procesión se dirigieron hacia la cárcel de Trujillo.

—¿Quién sois, joven? ¿De dónde venís? ¿A qué se debe esta batahola? —cuestionó Ordoño de Aguirre.

Catalina, con la cabeza gacha y el cuerpo dolorido, informó al corregidor con los datos acuñados en su lengua: que se llamaba Francisco de Loyola, que trabajaba para el señor don Juan de Urquiza, y que había llegado hacía tiempo desde el reino de San Sebastián, donde había nacido.

—Ah, pero sois vizcaíno, dichosos los ojos —le dijo el corregidor, en evidente alianza coterránea, y continuó en vascuence, en un hilo de voz. —Cuando pasemos por la puerta de la iglesia mayor, os soltaré la pretina y quedaréis libre. Corred hacia la casa de Dios, hermano.

Entre los vizcaínos se entendían, el lazo de sangre, cercano o distante, completo o por goteo, los unía en un pacto inmortal. Dicho y hecho, Catalina dejó de asirse al corregidor y, como estampida, entró a la iglesia y se encerró de un portazo. Del otro lado, un Ordoño impostado y los ministros echaban bravatas.

Un párroco y unas religiosas, asustados con el tumulto, fueron a ver qué sucedía. A poco de la entrada, vieron la figura de un muchacho ungido en ropas sangrientas.

—¿Qué ha pasado aquí? —gritó el cura, escrutando a la oveja descarriada.

Una vez más, Catalina mintió. Con lágrimas en los ojos, explicó que no era un vagabundo fugitivo, que no era un perdido, que había sido víctima, ni más ni menos, de unos asaltantes que se habían hecho de las arcas de su amo, y que debían ponerlo sobre aviso, loado fuera el Señor.

Enviaron a un correo hasta Saña, Urquiza llegó a la brevedad y Catalina le explicó, a solas, todo lo acontecido.

—No os preocupéis, Francisco, que yo me encargaré de este asunto. Pero no podéis quedaros en Trujillo, habéis cometido un homicidio.

Catalina refrescó su memoria en silencio, no era el primer cadáver en su haber. Pero no hacía falta agregar palabras al borbotón de Urquiza.

—Hacia Lima os iréis.

La joven le entregó las cuentas claras, recibió dos buenos vestidos —fundamentales para ostentar en la cabeza del opulento reino del Perú—, 2600 pesos y una carta de recomendación, y partió.

45. Teatro público instalado al descubierto en los patios y corrales interiores que separaban los edificios de los vecinos, en los siglos XVI y XVII, en las principales ciudades españolas y en la América hispana.

46. Escudos pequeños , de hierro o de acero, y más comúnmente de madera, cubiertos de cuero y con los cantos guarnecidos de hierro. En el centro tenían una cazoleta del mismo metal, hueca, para que la mano pudiera empuñar la manija, colocada por dentro. Era útil para desviar el golpe de una espada.

CAPÍTULO IV

El viaje fue largo, le resultaron interminables esas ochenta leguas de camino a la ciudad. Pero al cruzar las puertas de Lima, Catalina no pudo evitar un chillido de entusiasmo. La ciudad era rica, así lo exhibía y no encontraba placeres en esconder el pedestal que ocupaba dentro del continente, y entre las colonias que poseía Su Majestad Felipe III.

El reino del Perú estaba compuesto por 102 ciudades de españoles, 28 obispados y arzobispados, 136 corregidores, y las Audiencias Reales de Valladolid, Granada, Charcas, Quito, Chile y La Paz, y el Virrey era el caballero que gobernaba todo el Perú y demás grandiosidades.

Hacia finales del siglo anterior, una seguidilla de barcos con bandera española había desembarcado en el Callao para continuar en la ruta hacia la Ciudad de los Reyes, ya que desde allí se organizaba la compraventa, e irradiaban el brillo del oro y la plata. Mercaderes y vivillos con ganas de aprender —o acumular, daba lo mismo—, cruzaban océanos para hacerse la América. Las expediciones con guiño regio —aunque también de las que el Rey vendaba sus ojos— se hacían a la mar con destino previsto.

Es que la plata del Perú no solo provocaba avidez en españoles, también la lejana China había puesto ojos y enviados en aquellas costas, generando un mercado de dimensiones monumentales.

Sin embargo, esos intereses habían levantado el avispero de piratas y navíos europeos, aunque de banderas no hispanas. Holanda, sin ir más lejos, había enviado cuatro naves corsarias con pretensiones de cruzar el estrecho de Magallanes, al grito de: “Y de ahí al Perú, costas de Nueva España, para pasar a China donde hay buenas presas”. El acecho de los piratas europeos iba detrás de la plata de Potosí, que era acomodada en barcos hacia México y China.

Pero no solo de mercaderes vivía el hombre en América. La Santísima Iglesia Católica había establecido uno de los poderes —si no el mayor— más importantes en el continente. En Lima, el arzobispo ocupaba el trono eclesiástico de la catedral, a semejanza de la de

Sevilla aunque no tan grande, y debajo de él reinaban cinco dignidades, diez canónigos, seis raciones enteras y seis medias, cuatro curas, siete parroquias, once conventos de frailes y monjas, ocho hospitales, una ermita, y la sede del Santo Oficio, además de la que estaba emplazada en Cartagena.

Toda la alegría que Catalina albergó en su cuerpo al entrar a las puertas de Lima devino en zozobra para su alma al enterarse de los cimientos bien establecidos de la Inquisición. ¿Y si la espada de la Iglesia la había perseguido hasta allí? ¿Habrían enviado a sus hombres más pertinentes en pos de encontrarla, detenerla y hacer justicia ígnea ante su alma herética? ¿La olían? ¿Emanaba, acaso, hedores del diablo? ¿Refulgía en su frente el signo prohibido?

—¡Eh, vos! ¿Qué buscáis en estas tierras?

Le gritaron desde el umbral de una fonda. Catalina creyó desfallecer en ese preciso instante. La habían descubierto, el hado funesto daría cuenta de su embuste. Intentó algo de compostura, suavizó el gesto y blandió la papeleta de recomendación como salvoconducto supremo.

Fue entonces que encontró a su salvador, a don Diego de Solarte, prior y cónsul mayor de los mercaderes de Lima, al que su amo Juan de Urquiza la había remitido.

—Bienvenido a mi albergue limeño, Loyola. Las ofertas de mi amigo son siempre bien recibidas —le dijo Solarte, con sumo agrado y afabilidad.

—Soy nuevo en esta tierra de Lima, señor, mas no para los mandados. Me gusta el trabajo y lo hago con aguerrida predisposición —expresó Catalina con su mejor cara.

—Así leo en la recomendación. Pues entonces os ofrezco haceros cargo de una tienda en la calle Mercaderes, a seiscientos pesos al año como paga. ¿Qué tal?

Catalina accedió en el acto. Además tendría alojamiento en los fondos del despacho, y una criada diaria para los menesteres domésticos. Qué mejor, no podía pedir más, tendría trabajo, abrigo y comida. Por un momento, olvidó el *superstitio* (47) que la había asaltado al principio, y se entregó a la novedosa aventura.

Empezaba una nueva etapa en su vida, un peldaño más hacia el encuentro de su fuero interno. Sabía que transitaba por el buen camino, que la convicción por defender su razón férrea sobre el resto del mundo y amparada por un inmenso egoísmo, el alma fría y una adoración propia transformada en fuego sagrado, era su salvación.

* * *

Fueron meses de pura entrega, Catalina se integró a la sociedad

limeña sin contratiempos y Solarte le abrió las puertas de su casa y de sus relaciones. Una tarde, la convocó a su residencia, tenía un asunto que proponerle.

—Loyola, me placería haceros una oferta, si os parece.

—Pero ni pedir permiso hace falta, señor don Diego —respondió Catalina en la cámara privada de su flamante amo.

—Hemos conformado una hermandad de vizcaínos, guipuzcoanos y alaveses residentes en esta ciudad, y como compartís sangre, bien merecéis un sitio.

Solarte, Juan de Urrutia y cuatro coterráneos más habían acudido ante un notario para gestionar la compra de una capilla —la de la Encarnación de la Virgen y la Asunción del Señor— y una cripta para enterramiento en la iglesia de San Francisco de la ciudad, para que fuera la sede de la hermandad prestos a fundar. Los "caballeros hijosdalgo de la nación vascongada" de la Ciudad de los Reyes constituían el núcleo más fuerte de los comerciantes de la ciudad. Habían reunido la suma de 10.000 pesos para reconstruir la capilla y la cripta y, a las semanas, se había formalizado el contrato de adquisición.

Solarte, como buen señor de torrente vizcaíno, quiso tenderle una mano a su nueva adquisición humana.

—¿Y, Loyola? ¿Habéis perdido el habla?

Catalina se retorció en la silla. Tenía que responder pero los cuestionamientos retumbaban en su mente. ¿Y si descubrían que de vizcaíno no tenía nada, que le faltaban algunas cosas? Porque vizcaína sí, pero no podía darse a conocer, y tanto menos en una iglesia.

—Es que tengo retortijones, don Diego.

—¿No estaréis enfermo, no? Os necesito sano y vivo, que no aguantamos enfermos por aquí, mucho menos muertos. No hay sitio para los débiles, que para eso están las niñas.

La joven Erauso tragó pero la garganta se le había cerrado, como si unas manos de monstruo mantuvieran apretado su cuello. Tuvo miedo pero respondió en el acto para evacuar cualquier duda, y acentuó el gesto estoico que había aprendido esos últimos años.

Y Solarte lo convidó a que se quedara a comer. Debían celebrar su iniciación en la hermandad. Catalina no se opuso y pasó a la sala, donde estaban la esposa de don Diego y sus hermanas, dos doncellas bonitas y vivaces. Fueron las introducciones pertinentes y el grupo más joven de la mesa se avino en amistad inmediata. Erauso y las señoritas se convirtieron en inseparables desde el primer instante.

Leonor y Felipa, esas sus gracias, le habían solicitado a su cuñado la presencia constante del joven dependiente para que oficiara de chaperón, siempre y cuando no se superpusiera con sus diligencias laborales. Don Diego no pudo oponerse, eran las queridísimas

hermanas de su amada esposa, que cosa que reclamaba, cosa que le era otorgada.

Catalina, siempre a cubierto, comenzó una bonita amistad con las hermanas.

* * *

Las encumbradas esferas del Santo Oficio en Lima discurrían a puertas cerradas, aunque no demasiado. Un sinfín de párvulos, criados, ministros y secretarios hacían sus entradas cuando eran requeridos, ya fuera para hacer oídos a los secretos, o apuntar los dictados rimbombantes.

Las voces de los inquisidores Francisco Verdugo y Andrés Juan Gaitán reverberaban en el recinto, multiplicándose como los panes y los peces, aunque estuvieran sentados frente a frente y a una distancia tolerable. Preguntaba uno, el otro daba su sentencia para luego, y tras unos segundos de reflexión con mirada a la trascendencia del cielo, proponer una nueva cuestión y la consabida espera del estertor de palabras teñidas de verdades del otro lado.

Los jerarcas de la Inquisición del Perú emitían la Verdad.

Habían desembarcado en la Ciudad de los Reyes hacía unos años y compartían la custodia religiosa y política del territorio junto al nuevo Tribunal con sede en la ciudad de Cartagena de Indias, (48) que debía protegerlos de la penetración, sobre todo, de portugueses sospechados de judaísmo.

Pero en Lima se cocían otras habas. Para administrar el control no les hacía falta un ejército. Las armas de intervención las llevaba adelante una nutrida comitiva de burócratas afincados en la ciudad. Algunos ministros recibían su paga, aunque también había de los otros. Los asalariados debían ser hombres de la Iglesia. Pero con eso no bastaba. Tenían que ser graduados en leyes, debían actuar como jueces. Verdugo y Gaitán eran los hombres perfectos. Debajo de ellos estaba el fiscal —el elegido para indagar y delimitar las acusaciones—, los secretarios, el alguacil mayor, el administrador de los bienes del Tribunal, el nuncio y varios más.

Quienes no recibían una moneda pero estaban bien dispuestos a colaborar con la causa santa, eran comisarios, notarios, familiares y personas honestas, consultores y calificadores. Los inquisidores mantenían una firme red de colaboradores, sumaban cerca de sesenta.

—Llegan noticias de la península, Andrés.

—¿Novedades o reclamos, Verdugo? Ya que no es lo mismo.

Gaitán miró hacia la silla del escribiente, el único en la sala en ese momento, que le daba a la pluma con el ahínco propio de la sangre joven. Apuntaba todo lo que se barajaba en el recinto. No se perdía ni

las intenciones, esa era su tarea. El silencio prolongado lo conminó a levantar la vista, el Inquisidor ordenó con la mano que detuviera los apuntes. Pestañeó con premura y abandonó todo.

—Que debiéramos ajustar las clavijas, Gaitán. Que hacemos poco desde América, que en España esperan más de nosotros, que en tiempos del II de los Felipes ajusticiábamos sin demora y que el hijo de aquel rey precisa más cumplimientos.

Durante los años del siglo anterior, en Lima se habían ocupado de perseguir y censurar libros prohibidos. Pero parecía que aquello ya no resultaba suficiente. La reprobación de lecturas heréticas no satisfacía las necesidades del Santo Oficio español. Había que ir detrás de los impuros y, sobre todo, de las impuras. Las sucias de espíritu, las dominadas por el deseo y las pasiones.

—Pues perseguiremos a todo aquel que enfrente la ley divina, entonces. No nos temblará el dedo para señalar pecadores, Francisco.

—Loado sea el Señor, Andrés. Es buen momento para traer a la luz el tratado de los dominicos de fines del siglo XV —expresó Verdugo.
—Ya sé, ya sé, no me miréis así que bien entiendo que puede sonaros a viejo, pero nunca debemos olvidar la magnificencia del *Malleus Maleficarum*. (49)

El escribiente pasó de abrir los ojos a despegar la mandíbula. Y escuchó en silencio la seguidilla de sentencias de las escrituras dominicas:

> *Toda maldad es pequeña, comparada a la maldad de una mujer.*
> *Las mujeres son defectuosas en todos los poderes del alma y el cuerpo.*
> *Una mujer malvada es más carnal que un hombre.*
> *Miente cuando habla.*
> *Es reacia a que la gobiernen.*

—Joven, podéis retiraros. A escribir lo que haga falta en otras recámaras —y el escribiente fue despachado al instante.

Verdugo se removió en su asiento y masculló como si no tuviera testigos. Le desagradaba que le llegaran pedidos desde España. O reclamos, o lo que fuera. Bien sabían en esa bendita ciudad lo que debían hacer, no necesitaban órdenes desde tan lejos. Pero debía hacerse a silencio, o ver de mover la cintura para no recibir los golpes.

—¿Qué solicitan, Francisco? —le preguntó Gaitán, intranquilo, ya que lo que veía enfrente le causaba resquemor.

—Exigen que no cerremos los ojos, que andemos en estado de alerta en los puertos, en las calles y en las iglesias. Que se han fugado un sinfín de pecadores de órdago y otro tanto de heréticas desde el norte de España. Que temen que se hayan embarcado hacia América en busca de un encubrimiento que en el otro continente no hubieron de encontrar.

Gaitán asintió parsimonioso, aunque le pareció algo excedido el mensaje. Ya habían quemado lo pertinente en Europa, dudaba del ansia fugitiva a extramuros de las perniciosas. Era imposible que atravesaran los mares. Que ya tenían demasiado con el crimen pecaminoso en Lima.

—Pondré en autos a nuestros comisarios, entonces —respondió Gaitán en un suspiro.

—Muy bien, Andrés. Esas mujeres son una amenaza y lo sabemos. Su existencia, sus prácticas malignas, nos urge su exterminio.

A partir de la instalación del Tribunal en América, los religiosos se habían dedicado a evangelizar a la población indiana, que era propensa a la influencia diabólica. En ese tiempo, los políticos y la Iglesia se habían puesto de acuerdo. Pero con el advenimiento del nuevo siglo y el paso de los años, las campañas habían tomado caminos diferentes. El que comandaba el barco del poder político, el Virrey Juan de Mendoza y Luna se ocupaba de otros asuntos. Los problemas de los señores de sotana, cruz y misal le interesaban muy poco.

El Marqués de Montesclaros, el Virrey Mendoza y Luna, había partido de España, en 1603, rumbo a América con su esposa y más de ochenta criados a bordo. El primer destino había sido el Virreinato de Nueva España, pero su estilo había generado suspicacias y un sinfín de denuncias de corrupción. A los cuatro años, encontraron la solución: la mudanza al Perú con un renovado nombramiento de Virrey. El marqués entró solemnemente a la Ciudad de los Reyes, con su mujer y la multiplicación de servidumbre. Lima se había engalanado para recibirlo, en una de las puertas de la ciudad habían instalado un arco triunfal. No era para menos.

—Debemos encargarnos solos de la tarea. El Virrey tiene otros desvelos.

Mendoza y Luna había respaldado la campaña iniciada por el sacerdote jesuita, el padre Ávila, nominada “extirpación de la idolatría”, tras descubrirse una arraigada pervivencia de cultos prehispánicos dentro de la diócesis de Lima.

Verdugo se incorporó y detrás lo hizo Gaitán. El conciliábulo había acabado. En camino a la puerta siguieron concertando.

—A abrir el juego pues, que nuestros más dilectos comisarios pongan vigor en el asunto.

—Avisarle a nuestros mejores hombres.

—Que no se olviden de Solarte, que comanda la fraternidad vizcaína y estará al tanto de los emigrados de por allí.

* * *

Leonor y Felipa habían convidado a su amigo a almorzar a la casa, un sábado al mediodía. Catalina había cerrado la tienda y salido a la carrera para no llegar tarde. Con Solarte al mando de la mesa, habían comido hasta decir basta y se les había permitido, a los jóvenes de la bacanal, beber una copita de jerez para digerir los platos que habían deglutido.

—Os pedimos la bendición, hermana, para retirarnos al patio —dijo Felipa y se levantó de su silla.

Los adultos dieron el sí y la juventud salió del comedor fingiendo aplomo. Al perderse de la vista de don Diego y su esposa, corretearon rumbo al patio. Las hermanas rieron, traviesas, e invitaron con el gesto a que Catalina, camuflada en calzón y masculinidad, las persiguiera en un retozo de pátina inocente. Ahogaban las risas, no querían llamar la atención, se acorralaban y emprendían fugas cortas para luego encontrar atajos y volver a empezar. Jugaban con ganas y, en aquella oportunidad, sumaban la alegría distendida que les había aportado la bebida espirituosa.

En seguida, se notó en los ojos de Leonor, que algo chispeaba dentro suyo. Y de repente, una audacia inusitada la tomó por asalto.

—Queridos, vayamos a la sala de estrado, que ya me siento cansada. ¿No lo estáis vosotros? —tomó sus manos y los arrastró hacia adentro.

El estrado siempre estaba listo para recibir visitas, aunque Catalina había sido invitada allí pocas veces. El sitio olía delicioso, los cuencos de agua perfumada refrescaban el ambiente y, apenas entraron, sus sentidos se embriagaron.

—¿Gustáis chocolate caliente? Voy a ordenar a la cocina —dijo Felipa y corrió al servicio.

Leonor y Catalina, con todo el peso de sus cuerpos, se arrojaron sobre el sillón de dos cuerpos de brocado carmesí, que descansaba debajo del estrado. Allí estaba dispuesta una vistosa camilla que hacía juego, con almohadones en rico terciopelo verde, con borlas y guarniciones de plata, que hermoseaban aún más las habitaciones de las señoras de la casa. La tarima, elevada y tapizada, estaba cercada por muchas sillas y taburetes pequeños, bufetillos y demás mobiliario. El estrado, en tanto, invitaba al descanso, con sus paredes engalanadas con tapices y colgaduras de brocateles y damascos.

—Salgamos a pasear, mañana. ¿Qué te parece, Francisco? Nos darán permiso, ya verás.

Catalina asintió. Iba a replicar algo pero la entrada de Felipa, el criado, la bandeja, el chocolate y unos dulces interrumpieron cualquier intento. Las hermanas sirvieron, dispensaron al servicio y acapararon la atención de su visita.

—Qué bonito sería hallar a un hombre que gustara de ser

encontrado, ¿no es, así querida Felipa? —disparó Leonor, con las mejillas empalidecidas.

—Yo gustaría de toparme con un oficial, de lindo plumaje y parada firme —agregó Felipa.

—Y por nada un estudiante que posa su atención en los libros, que no me haría apaño. ¡Miraros a nosotras, y a perpetuidad!

—Haríais bien en andar despacio, con un poquitín de paciencia y veréis cómo cazaréis a vuestro oficial —las interrumpió Catalina, con un relucir excesivo en sus ojos.

—Menuda arrogancia la vuestra, Francisco. Preferiría que acordaras con nuestra esperanza. Creí que manteníamos un respeto mutuo. ¿O acaso habíais mentido al confesarnos que habíais llegado aquí ocupando el cargo de alférez?

Leonor se cruzó de brazos y exhibió un leve malestar.

—Os lo ruego, no dudéis de mi palabra que es, sobre todo, inequívoca. Jamás os mentiré. Las estimo más que a nadie, señoritas.

—Venid conmigo, Francisco —y Leonor subió al estrado ordenando a que la siguiera.

Se recostó sobre la camilla, apoyándose en el respaldo de brocado. Alisó su falda y las enaguas, y dejó a la vista su grácil calzado. Arrojó unos almohadones y llamó a su amigo para que se sentara en el piso, a su lado. Catalina acató y se acomodó entre los pies y las rodillas, aún cubiertas, de Leonor. Felipa, ahogó una risa y cubrió su boca con la mano. Leonor comenzó a peinar con su mano, dedicada, la melena del postrado.

—Qué aire encantador el de hoy, ¿lo sentís? —murmuró la muchacha, y mantuvo el vaivén suave de sus uñas contra la testa que reposaba en su regazo.

—Así es, Leonor —respondió, cambió levemente de posición y posó su mano sobre las piernas de la joven.

Y así comenzó un baile de risas, avances y retrocesos, intensidades y temores, promesas y caricias. En segundos, el cuerpo de Leonor se olvidó de fronteras, pero su mente la condujo a la negación de toda su existencia femenina. Con la vista nublada por los sentidos, percibió la belleza masculina de su *partenaire*, el talante viril que ejercía la conquista, aunque este dudara que pudiera alcanzar la victoria. Catalina se dejó llevar, olvidó quién era, dónde estaba y con quién. Se vio en un terreno desconocido, munida de armas nuevas y la potestad para lograr que una joven se ruborizara, que bajara los ojos y se perdiera.

—Te suplico, tengo una recomendación que hacerte… —y Leonor jaló con fuerza los pelos de su pareja de juego.

Catalina quitó las manos de las piernas de Leonor y se las llevó a la cabeza. Se quejó de dolor.

—Vete al Potosí, busca dinero, tráelo y nos casamos —imploró, desconociendo el alcance de su vigor.

Pero todo se derrumbó en un instante. Solarte había sido testigo de aquellos actos espurios. Don Diego había caminado los corredores de la casa, perseguido por una idea oscura: algo ominoso había asaltado su hogar. Dicho y hecho, al asomar su cuerpo a la reja que separaba el estrado de otros sectores de la casa, había visto lo que hubiera preferido no ver. Jamás de los jamases, aquello era una pesadilla, la hermana menor de su amada esposa y el servil tendero.

—¡Loyola, fuera de mi casa! ¡Esto es inconcebible! ¡Seductor de damas inocentes!

Catalina fue despedida en el acto. Salió de allí cabizbaja, imposibilitada de dar explicaciones y con la desesperación de verse en la calle. ¿Y ahora cómo seguiría? Había arriesgado demasiado. No había sido consciente de la índole del engaño, de las consecuencias que aquello podía traerle.

Pero nada lograba vencerla, pisó el fondo del pozo y salió disparada hacia arriba. A los días, tomó contacto con seis compañías prestas a embarcar rumbo a Chile. Se presentó a una y sentó plaza como soldado. Le ofrecieron doscientos ochenta pesos de sueldo y los ojos retomaron aquel brillo aventurero.

Solarte, enterado de la moción, le propuso que devolviera todo, que rechazara la oferta y regresara a su casa. Catalina dijo que no, mantuvo con fiereza el lugar que había obtenido.

Partió de Lima en la compañía del capitán Gonzalo Rodríguez, bajo el mando del maestre de campo don Diego Bravo de Sarabia junto a 1600 hombres, rumbo a la ciudad de Concepción. Tras nueve meses, el alma le regresó al cuerpo.

47. En latín, el concepto de “temor de Dios”.

48. Hoy Colombia.

49. Tratado sobre brujería escrito por los frailes dominicos Heinrich Kramer y Jacob Sprenger, publicado en Estrasburgo en 1487. Esta obra se usó en el período de la histeria por la caza de brujas, que alcanzó su máxima expresión desde mediados del siglo XVI hasta mediados del siglo XVII.

CAPÍTULO V

Luego de veinte días, llegaron al puerto de la Concepción. Apiñados en la baranda, los soldados aguardaron el visto bueno para desembarcar. Querían pisar tierra firme. La orden demoró en llegar, a pesar de que en Chile, lo que brillaba por su ausencia era la gente. Había que poblar la región, debían demostrar que, aquello que ostentaba de ciudad noble y leal, era cierto.

Catalina respiró los aires nuevos con entusiasmo. Una alegría desmedida colmó su espíritu. Y llegó, al fin, la orden de desembarco del gobernador don Alonso de Ribera en manos de su secretario, y la tripulación, en pleno, descendió del barco.

—Buenos días a todos, soy el secretario del Gobernador, el alférez don Miguel de Erauso, y estoy aquí para tomar nombre e informes de cada uno.

Catalina no dio crédito a lo que había escuchado. Miró de lleno al hombre que les había dado la bienvenida y entendió que era su hermano. No lo reconoció, hacía años que había partido de San Sebastián, siquiera recordaba su edad de entonces pero era pequeña, aquellos habían sido los tiempos del claustro. Había escuchado noticias de él pero su memoria fallaba. Como una cascada, las emociones perforaron su panza y el pasado se le hizo presente.

Su hermano fue pasando de uno en uno, preguntando nombre y patria, hasta que se le paró enfrente.

—Soy Francisco de Loyola, oriundo del reino de San Sebastián —Catalina mintió a medias.

Miguel soltó la pluma y se fundió en un abrazo apretado con su hermana, que estaba escondida debajo de un espléndido coleto (50) de ante guarnecido.

—¡Pero esto es increíble! Soy de allí, soldado, contadme todo acerca de mi padre y mi madre, Miguel y María, de mis hermanas las grandes, y mi hermanita Catalina, que ya debe haber profesado de monja, que de seguro les conocéis —preguntó Erauso, ansioso.

La joven hizo lo que pudo sin darse a conocer, y calmó la curiosidad de su hermano.

—Cuando acabe con esto, os convido a comer a mi casa, Loyola.

Y hacia allí fue Catalina, quien, aunque hubiera preferido negarse, la acción habría sido imposible. Se sentaron a la mesa y comió bien, como hacía días que no lo hacía.

—Cuéntame más, ¿por qué embarcaste hacia aquí?

—Porque lo único que quiero es servirle al Rey, nuestra Majestad Excelentísima, Felipe III.

—Bravo, Francisco. ¿Y adónde será tu destino?

—Tengo entendido que debo viajar hasta Paicabí. (51) En pocos días partimos hacia allí.

—Aquel no es un sitio bueno para los soldados. Conozco bien este reino, mi amigo, déjame a mí. Hablaré con el Gobernador y le pediré que te mude de plaza —señaló Erauso y masticó el último bocado. —Vamos, que te vienes conmigo para hacerle la petición.

Caminaron algunas calles hasta el Palacio de Gobierno y entraron. Catalina no pudo disimular su asombro, la diferencia entre ese poblado y la Ciudad de los Reyes era sorprendente.

Alonso de Ribera comía, estaba sentado a la mesa en la más silenciosa soledad, ocupándose en sus pensamientos. Erauso entró a la recámara, Catalina permaneció en la antesala.

—Excelencia, pido disculpas por importunaros en la comida, pero vengo con una urgencia.

El Gobernador levantó la vista de su plato y miró a su secretario.

—Menos preámbulo, Erauso —soltó los cubiertos y se apoyó en el respaldo de la silla.

—Estamos con un desembarco abundante, Vuestra Merced, pero con destino hacia otra comarca. Me atrevo a pediros que me permitáis mudar a mi compañía, a un mancebito que viene de mi tierra; que no he visto a otro de San Sebastián desde que salí. Está aquí afuera, aguardando.

Miguel miró fijo al mandatario, Alonso de Ribera se lo devolvió con creces y suspiró.

—A ver, pues que entre.

Erauso fue a la busca de su mancebo y lo hizo entrar. El Gobernador lo miró de arriba abajo pero desestimó la mudanza. Dijo que no y volvió a atender su plato colmado de delicias. Los hermanos salieron de allí, con la cola entre las patas. Sin embargo, tras unas horas, Alonso de Ribera mandó a llamar a Miguel y le dijo que hiciera lo que le había pedido. Que alojara a su mancebito en su casa y lo integrara a su compañía.

Erauso tiró su sombrero al aire. Abrazó a su hermana con felicidad. Catalina sintió una puntada en las entrañas. Hasta ese momento, había subsistido suponiendo que pasaba de su familia, que había roto los lazos de sangre y que bien alejada estaba; que su arrogante

independencia frente al resto era el motivo de su vida. Suponía que no quedaban vestigios de tales sentimientos. Cuán equivocada estaba.

* * *

Fueron tiempos apacibles. Pero nada es por siempre y el diablo encontró el resquicio para meter la cola. Los hermanos Erauso vivían juntos en total armonía, desconociendo, uno de ellos, la verdad oculta. Durante casi tres años comieron a la misma mesa, descansaron cada cual en sus habitaciones y salieron a recorrer las calles. Pero llegó esa tarde en que Miguel le solicitó que lo acompañara a casa de doña Margarita, una amiga que era algo más que eso.

Las visitas se repitieron varias veces. Margarita recibía a los caballeros con gran entusiasmo, les ofrecía comida y bebida, y una grata conversación. Miguel hablaba bastante, Catalina escuchaba con atención y la dueña de casa recorría todas las sensaciones. Hasta que las últimas veces, Margarita, con una calidad extrema, torció la vista hacia otros lares. Los dichos de Miguel habían dejado de interesarle, en cambio la presencia de su joven acompañante empezó a horadarle la curiosidad.

La última tarde que habían estado en casa de Margarita, al despedirse, las cosas cambiaron de carril. Como conocía al dedillo la personalidad de su pretendiente, extendió la mano para que se la besara y Miguel cumplió, presto. Llegó el turno de Catalina y cuando esta se le acercó, rápida como un suspiro, Margarita le introdujo una misiva en el bolsillo del coleto.

—Miguel, querido, me atrevo a pedirles que no se presenten esta semana, debo viajar. En cuanto regrese, os lo haré saber.

Y Margarita se despidió. Al día siguiente, Catalina se hizo presente en su casa. En la nota había solicitado, en cambio, su urgida presencia.

—Gracias por venir, Francisco. Espero que Miguel no se haya enterado de esto. Será un secreto entre nosotros, ¿de acuerdo?

—Claro que sí, Margarita.

—Es que habláis tan poco que me gustaría conoceros un poco más. Miguel habla demasiado, no os deja el lugar —señaló la dama, dominada por un rubor delicado.

—Pero qué podría decir yo; Erauso ha vivido tanto y yo tan poco…

—Conozco todo lo que va a decir, incluso. Ya no me asombra, es más, me da tedio, pobre Miguel. En cambio, tú… —dijo Margarita, como el fulgor de un relámpago.

Catalina lanzó una carcajada, la joven le pareció graciosa. Y se animó y empezó a contarle, con aderezos de su imaginación, las peripecias vividas, tiempo atrás. Margarita abría los ojos,

desbordantes de ansiedad.

Pasaron las horas y no se dieron cuenta. La capacidad de resistencia del ánimo de ambas estaba intacta.

—Debería irme ya, Margarita. He pasado una tarde sublime.

Y Catalina se levantó, extendió sus manos y le dedicó una sonrisa graciosa. Margarita se emocionó, se tensaron súbitamente sus nervios y trató de decir algo, pero no pudo.

—¿Dije algo que no debía? —preguntó Catalina y frunció el ceño.

—De ninguna manera, amigo mío —respondió la joven a media voz, intentando reprimir la apasionada impresión que se había llevado del soldado.

Catalina buscó la mano pequeña de su amiga para besarla pero, arrebatada, Margarita tomó la delantera, posó, apenas, sus brazos sobre los hombros de su visita y le besó la mejilla.

—Hasta mañana. Francisco. Preciso consultaros muchas cuestiones.

Y así repitieron los encuentros, algunas veces más. Eran tardes bonitas, de seriedad y chanzas, de risas y confianza.

—Me siento tan tranquila a tu lado, Francisco. No temo cuando me miras, como así me sucede con otros. Hay serenidad en tus ojos cuando reposan sobre mí, y eso me transmites, a diferencia de la inyección de sangre que derraman otros.

—Qué extraño lo que dices, Margarita. No deberías inquietarte ante nadie.

—A veces debo cerrar mis ojos para no mirar. Sin embargo, esas fuerzas oscuras de otros traspasan mis párpados. No veo, pero lo siento en todo mi cuerpo, son estertores de la noche. En cambio, vos sois la luz del día.

Catalina se convirtió en su confidente y se ocupó, con toda diligencia, de mantener ese lugar. Buscaba sosegarla, en cambio, crecía el estado de exaltación de su amiga. Temía, por momentos, que Margarita le confesara su amor, aquello sería demasiado arriesgado.

Pero lo oculto, tarde o temprano, se devela. Miguel alcanzó a enterarse del secreto y enloqueció de furia.

—¡Te prohíbo que vuelvas a casa de Margarita! ¡Nunca más!

Le dijo con fiereza en la mirada. Catalina asintió y juró no volverlo a hacer. Sin embargo, confió demasiado y una tarde, sintiéndose a resguardo, se dirigió a lo de su amiga prohibida.

Conversaron distendidas, la confiada preguntaba, buscaba respuestas de la vida, ansiaba encontrarle sentido a sus dudas, y la embustera intentaba, asertiva, todo tipo de sentencias que serenaran a su interlocutora. Cuando las velas no alcanzaron y se hizo la hora, Catalina abrió la puerta para retirarse. Caminó unos pocos pasos y un cintarazo le hizo perder el pie. Miguel había desconfiado. La había acechado y perseguido en busca del delito.

Catalina aulló de dolor y uno de los golpes la hirió en una mano. No le quedó opción y debió defenderse. Los hermanos se trenzaron en una gresca colosal. El ruido fue tal que empezó a aglomerarse la gente, hasta que llegó el capitán Francisco de Aillón y metió un poco de paz. Catalina apuró el paso y escapó de allí. Temía que la prendieran por tumultuosa. Entró a la primera iglesia que halló, en busca de soledad.

Un portazo la asustó. El Gobernador, puesto sobre aviso, entró como tromba, dispuesto a todo.

—¡Apresad al infame!

Gritó a la nada y se le fue encima. Miguel entró por detrás, a los tumbos, sudado y con varios magullones, y logró detenerlo.

—Dejadlo, Excelencia, no ha sido para tanto.

—Muerto o preso. Que no lo quiero por aquí, Erauso.

—Pues entonces que vaya al destino que tenía.

—¡Desterrarlo a Paicabí!

Con lo puesto y sin remedio, Catalina fue desterrada.

* * *

Fue alférez durante cinco años. Los primeros tres fueron en Paicabí, con las armas en mano y preparada para matar. Aquel tiempo de algarabía cuando desembarcó desde España, de días sin contratiempos y necesidades cubiertas, se desbarató en cuanto puso pie en el campo de batalla.

Los indios avanzaban sin reparo, los súbditos de Felipe III respondían sin vacilaciones. En tierra chilena era a matar o morir. Fue mermando la tropa española hasta que hizo su aparición el Gobernador don Alonso de Ribera, junto a todas las compañías de Chile.

—¡Venceremos a estos sucios! No debe quedar uno en pie, soldados. A cumplir con nuestro deber —gritó el Gobernador y aunó fuerzas.

Cerca de 5000 hombres en pie de guerra se trasladaron a los llanos de Valdivia, entre ellos estaba Catalina. Habían armado un campamento raso, carente de comodidades y casi a cielo abierto.

De noche, Catalina dormía con los calzones puestos, jamás se los quitaba, ni siquiera para asearse. Y cuando se le avecinaba el sangrado, escapaba al monte hasta que pasaba. Incluso se iba unos días antes para evitar que le vieran el pecho más lleno. Se sentía una perra en celo, con los machos detrás oliendo su sangre de hembra. Eso no le impedía llevar adelante unos cuantos rituales. Cada tres noches se azotaba para sostener su devoción, también mantenía las carnes ceñidas con un cilicio, (52) y cuando se encontraba sola, rezaba el

oficio de Nuestra Señora.

Durante esos años, los indios asolaron al ejército español que, enhiesto, les dio batalla. Varias veces los destrozaron, pero la última fue desesperante para España. Hubo una infinidad de bajas rasas y de capitanes. Envalentonados, los indígenas arrancaron una bandera y se la llevaron a galope tendido. Viendo lo que pasaba, Catalina y dos soldados montaron sus caballos y corrieron detrás. La persecución fue feroz, uno de ellos recibió una estocada y cayó muerto. Catalina y su compañero continuaron la hazaña. Una lanza alcanzó al soldado, no tuvo suerte.

La joven recibió un mal golpe en una pierna e impulsada por un aullido de dolor, alcanzó al cacique que llevaba la bandera, lo atravesó con una pica y recuperó lo que era suyo. Apretó los ijares de su caballo y salió de la zona de peligro atropellando lo que encontraba en el camino, matando e hiriendo a una infinidad de indios con su espada ancha. Cabalgó y cabalgó, hasta que cayó del caballo muy malherida. Tres flechas habían atravesado su cuerpo y una lanza enemiga le había perforado el hombro izquierdo. Corrieron algunos a socorrerla, entre ellos, su hermano.

—¡Francisco, abre los ojos, mírame! —le gritó Miguel de Erauso y la tomó entre sus brazos. Todo lo que había sucedido en el pasado, quedó en la nada. Aquellos celos se diluyeron entre sus dedos.

Catalina recobró la conciencia y lo vio. La desesperación de su hermano le regaló consuelo y, como si tuvieran vida propia, sus ojos se llenaron de lágrimas.

La llevaron en andas hasta una tienda, la tendieron sobre un catre y le curaron las heridas. Fueron nueve meses de atención y cuidados. Cuando recuperó sus fuerzas, la muchacha fue nombrada alférez de la compañía de Alonso Moreno, gracias a su hermano, que le entregó la bandera recuperada al Gobernador, y luego fue enarbolada por el capitán Gonzalo Rodríguez.

Fue elegida para el combate y participó de la batalla de Purén. Catalina fue herida una infinidad de veces, también intervino en demasiadas reyertas con los propios. Era pendenciera, tal vez para encubrir su realidad. Había que parecer entre tantos hombres, poco interesaba ser. Debía demostrar, por demás, que era un soldado valiente y siempre dispuesto para la batalla, y primero para las corredurías y peleas. Fue un actor principal en estos actos varoniles.

Pero un día debió quedar a cargo de su compañía. Su capitán había muerto en combate. Fueron seis meses de escaramuzas permanentes con el enemigo. Catalina ocupó el sitio con honores. En uno de los encuentros, se topó con el jefe de los indios, don Francisco Quispiguancha. El hombre, ya cristianizado, era rico y poderoso, y había hostigado a la tropa española en demasiadas oportunidades.

El enfrentamiento fue salvaje, Catalina logró derribarlo y el capitán indio pidió clemencia.

—¡A colgarlo! —exclamó la capitana y la orden se cumplió.

El Gobernador, al enterarse, le quitó la compañía. Le informó que hubiera querido ver con vida al enemigo y le entregó la jefatura al capitán Guillén de Casanova. Será la próxima, en otra ocasión, la primera que llegue, le ofertó don Alonso de Ribera.

Y cada quien se retiró a su presidio, Catalina pasó al Nacimiento, (53) que del sustantivo tenía poco. Estaba más cercano a un páramo, asolado por espectros.

Estuvo pocos días allí, vivía perseguida por sus pensamientos. Una tarde, una muesca negra pintada en el horizonte comenzó a hacerse grano hasta que se transformó en el maestre de campo don Álvaro Núñez de Pineda, que traía noticias del Gobernador. Debían regresar al valle de Purén. Catalina reunió sus armas y, junto a otros oficiales y capitanes, emprendió la marcha. Fueron seis meses de azote, quemas y aniquilamientos.

Una noche, Catalina sintió que ya era suficiente, que tanto derramamiento de sangre la había vaciado, que tanto coqueteo con la muerte no la llevaría a buen puerto, que había corrido demasiados riesgos, que tentaba a Dios y al diablo, y sintió miedo. Por primera vez, el temor hizo su aparición estelar.

A la luz de una vela endeble, le escribió a su hermano. Le encomendó, como amigo, que la sacara de ahí, que la retirara de la guerra, que le solicitara a Alonso de Ribera que le otorgara una licencia y la borrara de la plaza.

El Gobernador le permitió regresar a la Concepción, le dispensó un lugar en la compañía de don Francisco Navarrete.

* * *

Como si una tempestad le hubiera ido por detrás, para Catalina la segunda vuelta en Concepción no fue un lecho de rosas. Una tarde y luego de cumplir con sus responsabilidades, junto a un amigo alférez concurrió a una casa de juego. Se sentaron a la mesa y tras algunas manos y varias diferencias, empezó el altercado.

—¡Mentiroso!

—¡Fullero!

—¡Cornudo!

Le gritaron los contendientes. Catalina, desconociendo la templanza, desenvainó su espada y la entró en el pecho del más desencajado. El resto de los presentes cargó sobre ella, restringiendo sus movimientos. Fue tal el tumulto, que la batahola llegó a la calle y de ahí se dispersó a los hombres de ley. En un periquete hizo su

entrada el auditor general Francisco de Párraga.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Y quién sois vos, asesino? —preguntó el auditor, zamarreando a la jugadora.

—¡Solo declararé frente al Gobernador! —respondió Catalina, con los ojos inyectados en sangre.

En el griterío, y los vecinos que entraban y salían, llegó Miguel de Erauso a la casa de juego, se acercó a su hermana y le susurró en vascuence que intentara salvar su vida. Párraga la tomó por el cuello de la ropilla (54) y la arrancó de la silla.

—Soltarme ahora mismo —siseó Catalina, con la daga en la mano.

El auditor no hizo caso y la zamarreó. La joven le tiró un golpe y le atravesó los carrillos. El hombre continuó con la sacudida, ella volvió a tirarle la daga y recién la soltó. Catalina sacó su espada y una turba se le vino encima. Se arrastró hacia la puerta, salió como pudo y marchó hacia la iglesia. A las horas, se enteró de que habían muerto el alférez y el auditor.

Apareció el Gobernador en estado de ofuscación, cercó San Francisco con soldados y así la mantuvo por seis meses. Ordenó que se difundiera un bando en el que prometía un premio a quien la apresara, y prohibió que ningún puerto le diera embarcación.

El tiempo, que todo lo cura o lo desvanece, hizo que las tensiones se aflojaran, se quitara un guardia, luego otro y al fin todos, y fueran llegando amigos a darle visitas. Y un día cualquiera abrió la puerta de la iglesia y salió para ir y venir como si fuera su casa.

Una tarde se le presentó su amigo, el alférez don Juan de Silva, para darle referencias acerca de un asunto de vida o muerte.

—Amigo mío, vengo a pediros ayuda.

—Decirme qué pasa, Silva. Os socorreré, si puedo.

—He tenido unas palabras ríspidas, por decir, con don Francisco de Rojas, del hábito de Santiago, y lo he desafiado para esta noche a las once.

—Bien —intervino Catalina y endureció el cuerpo.

—Cada uno debe llevar un acompañante y yo he pensado en vos, Loyola. Sois el único que siento propicio para el asunto.

Catalina frunció el ceño. ¿Y si todo era una treta? ¿Si aquello era una emboscada para prenderla?

—Si no os parece, que no sea. Me iré solo, que a otro no he de fiar mi lado —dijo el alférez, decepcionado.

—¿En qué reparáis? Deja, Silva, voy con vos.

Catalina se hincó frente al altar, murmuró una oración y salió de la iglesia junto a su amigo. Marcharon hacia la casa del alférez, comieron algo frugal, y cuando escucharon las diez campanadas, tomaron las espadas, se calzaron sus capas y salieron hacia el sitio señalado.

Era noche cerrada. La luna y las estrellas se habían fugado y la oscuridad inquietaba hasta al más mentado.

—Juan, que ni las manos me veo, no quiero que nos desconozcamos. Atémonos un lenzuelo claro al brazo —sugirió Catalina.

Un crujido anunció la llegada de los duelistas.

—¡Don Juan de Silva! —exclamó la voz de Rojas.

—¡Aquí estoy!

Los contrincantes metieron mano a sus espadas y embistieron. Los acompañantes aguardaban, de pie, en un costado. Tronaron los sablazos hasta que una punta entró al cuerpo de Silva. Catalina se arrimó a su amigo, otro tanto hizo el acompañante de Rojas. Se trenzaron también con sus armas. Al rato, don Juan y don Francisco cayeron. Catalina y su contrario persistieron con el reto, hasta que le entró a su opositor por el bajo, con su filo. Le atravesó el coleto, dándole en la tetilla izquierda, directo al corazón. Y se desmoronó.

—Ah, traidor, que me habéis muerto —jadeó su oponente.

—¡Quién sois! —preguntó Catalina, en la oscuridad de la noche.

—El capitán Miguel de Erauso.

Catalina tembló, las piernas le flaquearon. No pudo respirar, vio el terror frente a sus ojos. A los gritos pidió ayuda, un silencio inquebrantable dominaba el lugar. Corrió hacia San Francisco, tiró la puerta abajo y contó lo sucedido. Hecha un trapo, se abandonó sobre el último banco.

Dos religiosos se llegaron hasta la escena del crimen. Los duelistas estaban muertos, a Miguel lo llevaron, a las corridas, a casa del Gobernador. Llegaron, y al instante, un médico y un cirujano. Hicieron lo que pudieron.

Llegaron los judiciales a tomarle declaración al homicida.

—Necesito un vaso de vino —reclamó Erauso, en los últimos estertores de vida.

—De ninguna manera, no conviene —rechazó el doctor Robledo.

—Más cruel andáis vos conmigo que el alférez —dijo y a poco dejó de respirar.

Como tromba, el Gobernador se dirigió al convento y lo hizo cercar. Intentó entrar, junto a sus guardias, para aprehender al malhechor, los frailes resistieron.

Miguel de Erauso fue enterrado en ese monasterio. Catalina presenció el ritual desde el coro, en un silencio mortal. Un dolor inconmensurable la arrasó.

50. Casaca o chaleco de cuero, abierta por delante y con faldones, que cubría el cuerpo desde el cuello hasta la cintura.

51. Pueblo de indios situado en la costa, a la boca del río Tucapel.

52. Cadena o cinturón metálico dotado de puntas que se ata firmemente al muslo o a la axila. Las heridas provocadas no dan lugar a sangrado pero dejan marcas visibles.

53. El pueblo y Fortaleza del Nacimiento, situado al final del río Biobio, había sido quemado y destruido por los araucanos en 1601. Habían quedado algunas barracas para la tropa, defendidas de un foso con estacada.

54. Vestidura corta con mangas, que se usaba sobre el jubón.

CAPÍTULO VI

Gracias a Dios encontró un alma samaritana que la socorrió. Don Juan Recio de León, viendo el estado en el que se encontraba, le ofreció un caballo y armas, y a salir en estampida. Una vez más, Catalina se dio a la fuga.

No supo hacia dónde se dirigía, un convencimiento ulterior la animaba a que debía salir de allí, escapar, cuanto antes, de todos. Incluso de ella misma.

Empezó a cabalgar hacia el norte, por la costa del mar. Miraba hacia adelante, el camino parecía interminable. Fueron días y más días, que perdió la cuenta, del mismo sonido de los cascos de su fiel caballo contra la tierra, su respiración, el palpitar de su corazón y el regurgitar de sus entrañas, que clamaban por comida y agua. Alguna provisión había metido en su alforja, pero prefería relegarlas. Prefirió pasar hambre que darse un atracón y quedar sin alimento. Cuando la desazón la aplastaba, perdía la vista en el mar, inspiraba su aire y recobraba la esperanza.

Una mañana se topó con dos soldados de mala entraña y decidieron continuar la marcha juntos. Antes muertos que prendidos por la ley, los tres iban bien provistos con sus armas de fuego y filo, y amparados bajo el halo de Dios.

Catalina parecía en trance. Hablaba poco y nada con sus compañeros de camino, se ocupaba, en vez, de conversar hacia adentro, de escuchar las voces que le hablaban a ella y solo a ella, de ir en busca de la buena providencia del Señor Misericordioso y de donarse al juramento divino.

Se toparon con las murallas naturales de los Andes y comenzaron a escalarlas. Fueron más de treinta leguas camino arriba y en fila india, cuidando de no deslizarse por las manchas de nieve, que empezaba a cubrirlas por completo.

Cruzaron la cordillera sin encontrar un mendrugo de pan. Cuando se topaban con algún charquito de agua, se arrojaban de su monta para beberla, como animal en el desierto. Se alimentaron con alguna raíz —si es que aparecía— o yerbezuela dispersa, aunque brillaban

por su ausencia.

El escape por la cordillera le recordó aquel del claustro de San Sebastián. Aquella fuga la había hecho en la más completa soledad; esta era con compañía, sin embargo seguía sola.

El hambre la comió por dentro. Pasaron los días y el camino se transformó en un páramo de toda aridez.

—No puedo más —murmuró Catalina.

—Yo tampoco —agregó el soldado.

—Y yo menos —concluyó el otro.

Desmontó Catalina y obligó a sus cómplices a que hicieran lo mismo. Casi sin fuerzas, se deslizaron hacia el suelo. Ella desenvainó su daga y los escrutó, impertérrita. Se dirigió hacia uno de los caballos. Le hundió el filo en el cuello. Detrás la copiaron los soldados. Mataron al animal para hacerlo tasajos y comerlos. Pero todo era desgracia, era puro hueso y pellejo.

Bufó Catalina, decepcionada y hambrienta.

—Continuemos la marcha.

Ordenó y siguieron camino. Poco a poco, hicieron lo mismo con los otros dos caballos y continuaron a pie, apenas manteniéndose erguidos. Siguieron, como espectros bamboleantes, y llegaron a una tierra fría. Tiritando, insistieron hacia adelante.

Catalina estaba helada. Persistió como si la arrastrara el delirio. Sin darse cuenta, la oración que se multiplicaba en su cabeza, la vomitó al viento.

Padre mío, perdóname los pecados.
Dios misericordioso, ten piedad de mi furia.
Señor, enséñame el camino para regresar a tu casa.
Ten paciencia y ciñe mi carne.
Padre benevolente, cierra la puerta de mis tempestades.
Dios bendito, ábreme el cielo contigo.
Señor, no quise pecar.
Pecadora, pecadora, pecadora.

Y se clavó las uñas en sus antebrazos, que de tan blancos, refulgía el azul de las venas. Los soldados la miraron de reojo e intentaron detenerla. Cada vez entendían menos.

A lo lejos, pudieron ver a dos hombres arrimados a una peña. Catalina y sus compañeros sintieron que el alma les volvía al cuerpo. Apuraron el tranco y se dieron a los gritos, mientras los saludaban con la mano.

—¡Salve! ¿Qué hacéis allí?

Gritaron mientras avanzaban hacia ellos. No obtuvieron respuesta. Llegaron y se acercaron con ansiedad. Tenían la boca abierta, como si se encontraran a las carcajadas. Estaban helados, muertos. Catalina ahogó un grito. El terror se coló en el aire.

Como pudieron, siguieron adelante. A la tercera noche, se arrimaron a una piedra a descansar. Uno de los forajidos no aguantó más y pereció. Catalina y compañía continuaron camino.

Al día siguiente, cerca de las cuatro de la tarde, el soldado, entre lágrimas, se dejó caer, las piernas no le respondieron. También murió. Catalina buscó, desesperada, y en su faltriquera, encontró ocho pesos y los tomó. Controló que su arcabuz estuviera cargado, el pedazo de tasajo que le quedaba, y continuó la marcha, cansada, afligida.

Cuando la angustia la venció, se arrimó al único árbol que encontró y se largó a llorar. Las lágrimas lavaban sus mejillas, ardían en su carne. Acongojada, rezó el rosario y se encomendó a la Virgen Santísima y a San José, padres de Nuestro Señor Jesucristo. Y sin darse cuenta, se entregó al descanso.

Al despertar creyó haber recobrado algo de sus fuerzas. Continuó la marcha y caminó hacia adelante, hasta que el frío empezó a abandonar el aire y creyó que había dejado el reino de Chile, para entrar en el de Tucumán. Había árboles, la temperatura era más cálida. Oh, este paisaje me devuelve la fe y la esperanza, aquí hallaré algo de paz, pensó Catalina.

A la mañana siguiente, rendida de hambre y cansancio, vio venir a dos hombres a caballo. Acarició su arcabuz, presta a usarlo si hiciera falta.

—¿Adónde va, tan apartado?

Preguntaron los hombres.

—Me encuentro perdido, no sé dónde estoy. Me hallo rendido y muerto de hambre y sin fuerzas para seguir —les dijo.

Se apiadaron de su estado y le ofrecieron lo que tenían para comer. La montaron en uno de los caballos y cabalgaron hasta la casa de su patrona. Llegaron a eso de las cinco de la tarde, el sol empezaba a convertirse en una bola de fuego.

La señora, hija de español e india, convertida en una viuda bien acomodada, la recibió con generosidad. Catalina le contó su peripecia y la mujer se condolió.

—Le ofrezco una cama. Por favor, debe descansar un poco.

Catalina no se pudo negar. También comió lo que le ofreció y, a la mañana siguiente, bastante recuperada, volvió a comer. La viuda, al ver el estado en el que se encontraba, la vistió con prendas nuevas y ricas. Siguió atendiéndola y, tras una semana, la sentó frente a frente.

—Vengo a hacerle una oferta, si me lo permite. Me gustaría que se quedase para gobernar mi casa —invitó la viuda.

Catalina intuyó que como había poco español disponible, le había echado el ojo para una de sus hijas. Pero siguió con la diplomacia y los buenos modales.

—Le agradezco, señora, su merced ante tamaño descarrío, le

ofrezco cuanto esté a mi alcance —respondió.

Al día siguiente, la viuda sumó peticiones. Le solicitó que tendría a bien que se casase con su hija. Catalina tragó y simuló que reflexionaba antes de responder. La joven en donación le parecía demasiado oscura y más fea que el diablo, pero a seguir con las apariencias, que de eso sabía bien.

—Yo no merezco tanto, señora. Aunque me entrego a sus pies para que disponga de mí —sentenció Catalina contando las horas.

Le sirvió a la viuda lo mejor que pudo, y esta le entregó las mejores galas, además de su casa y su hacienda.

Luego de dos meses, el asunto apuró su desenlace: se trasladaron al Tucumán para efectuar la boda. Catalina dilataba el asunto a fuerza de pretextos. Así estuvo dos meses más. Pero no pudo con la demora y una noche, con el amparo de la oscuridad, tomó una mula y partió. Y si las vio, no las recordó más.

Durante aquellos meses tucumanos, Catalina también había hecho buenas migas con el secretario del obispo, quien la había invitado a la casa en varias oportunidades, y quien, además, le había presentado al canónigo de la iglesia, don Antonio Cervantes. También había sido convidada a comer y recibido halagos e inclinaciones de dudosa moralidad. Cada vez que la esperaba a la mesa, le extendía un regalo. Catalina agradecía y se entregaba a Dios para que el develamiento o el cachetazo no llegaran jamás.

Entre las ofertas, le había declarado que tenía una sobrina, una mocita de su edad, de muy relevantes prendas y gran dote, y que le parecía perfecta para convertirla en su esposa. La probable prometida le había enviado un traje de terciopelo excelso, doce camisas, seis pares de calzones de ruán, unos cuellos de Holanda, una docena de lenzuelos y doscientos pesos en una fuente. Le había advertido que aquello no era la dote, solo regalos y promesas cumplidas.

Catalina había recibido todo, agradecido con enorme estimación y ensayado una respuesta que hiciera sonreír a la regalona. Lo logró al instante.

Pero la bendita mula la había rescatado de las donaciones amatorias. Y disparó.

* * *

La vagabunda salió a los caminos sin destino previsto, urgida por desaparecer, sin renunciar a sí misma. Estaba claro que despertaba inquietudes de diversas layas en cuanta persona ponía ojo en su persona. Se sentía halagada, y por qué no, pero no estaba dispuesta a abrir sus sentimientos. Había notado lo que provocaba, sin embargo, antes pétrea que disuelta en las mieles del amor. Nada como el

salvoconducto de un alma fría y adoradora de sí misma. Y marchó a lomo de mula.

Atendió a su intuición y se dirigió al Potosí. Tras unas leguas, se cruzó con un soldado y siguieron camino, juntos. Catalina se alegró, la compañía la distraía de los malos pensamientos. Sin embargo, la parsimonia duró poco y en unos baños cercanos, la cosa se complicó. Como por arte de magia, aparecieron tres hombres armados de escopeta y montera, reclamándoles sus bienes.

—Darnos todo.

—Que no tenemos nada.

Aviesos, tantearon sus armas.

Catalina y su aliado se apearon y les hicieron frente. Comenzó la balacera, el trío tenía mala puntería y cayeron dos. El restante, en vez, metió pies en polvorosa y se hizo humo. Como si se hubieran quitado una mosca de encima, los compañeros de peripecia regresaron a sus montas y siguieron.

Luego de tres meses de viaje, llegaron al Potosí. Cada cual hizo su camino y Catalina supo elegir a quién acercarse. Se presentó ante el Regidor del Ayuntamiento de la ciudad de La Plata, provincia de las Charcas, don Juan López de Arguijo, y le ofreció sus servicios. Se acomodó como mayordomo con un salario de 900 pesos al año, además de 12.000 carneros de carga y ochenta indios. Juntos partieron a las Charcas, pero el panorama legal no los ayudó. Algunos interesados interceptaron el negocio y hubo despliegue de embargos, encierros en prisión y demás reyertas.

Catalina largó todo y metió velocidad rumbo a Potosí.

A poco de su regreso, se armó una gresca de proporciones. Se produjo el alzamiento comandando por Alonso Ibáñez. Más de cien conjurados se habían organizado contra el corregidor don Rafael Ortiz, integrante del hábito de San Juan. Catalina integraba las huestes del corregidor.

Una noche, mientras Ortiz y sus hombres patrullaban la calle de Santo Domingo, unas sombras irrumpieron la custodia.

—¡Quién vive! —gritó el corregidor.

Se hizo un silencio de tumba. Ortiz volvió a preguntar, a viva voz, y llegó la respuesta.

—¡La libertad!

Se atrevieron algunos.

—¡Viva el Rey! —increpó Ortiz y varios lo siguieron, Catalina entre ellos.

Avanzaron hacia los alzados, a las cuchilladas y balazos, y se armó el tumulto. Prendieron a 36 hombres, entre ellos a Ibáñez, y confesaron que habían querido alzarse con la ciudad. El corregidor, atento a las posibles tensiones, organizó tres compañías de gente

vizcaína y de las montañas, para proteger a la ciudad. Pasadas dos semanas, los levantiscos fueron a la horca. El Potosí respiró en calma.

La fortuna acompañó a Catalina y nuevamente fue nombrada alférez. Sirvió durante dos años. El gobernador Pedro de Legui —oriundo de Bilbao y férreo impulsor del exterminio de infieles de ambos lados de la cordillera— le ordenó que juntara hombres para dirigirse a Los Chunchos (55) y el Dorado, (56) a quinientas leguas del Potosí. El Dorado despertaba sueños de riqueza y opulencia. En los tiempos del emperador Carlos V, a mediados del siglo XVI, algunos españoles fugitivos de las partidas de Pizarro y de Almagro habían encontrado abundantes lavaderos de oro, haciéndose ricos. En uno de esos lavaderos, se había hallado la pepita más grande que hubiera dado la naturaleza. De inmediato, había sido enviada a España y, tras pesarla, había llegado a cuatro arrobas y libras. La floreciente villa se había convertido en la Arcadia de cuanto aventurero anduviera suelto, hasta que quedó reducida a la nada.

El maestre de campo, Bartolomé de Alba, apuró la partida y, a los veinte días, salieron del Potosí. Llegaron a Arzaga, un pueblo dominado por indios de dominios pacíficos. Recurrieron a unos guías para el camino —eran tierras desconocidas para los hispanos—, sin embargo se perdieron.

Tierra adentro descubrieron unos llanos colmados de almendros, olivares y frutas. Catalina creyó que estaba de regreso en España, aquello le recordó a su reino, a su familia, a la infancia.

Pero también aparecieron poblados con indios bien dispuestos para el combate. Se fueron a las armas, hubo varios muertos. Al culminar la contienda, ya todos tranquilos pero fatigados y con la guardia baja, el maestre de campo recibió un flechazo que le entró por el ojo. Un chiquillo de apenas doce años, encaramado a un árbol, había disparado la flecha letal. De Alba murió a los tres días, el jovencito fue hecho añicos por los subalternos del maestre.

Dominados por una furia asesina, volvieron al puesto de indios. Hicieron lo suyo, corrieron ríos de sangre. Y continuaron hacia el Dorado, matando a quien se interpusiera en su camino. El Gobernador ordenó que arrasaran con cuanto encontraran. Finalizada la campaña, cada uno se fue por su lado y Catalina se dirigió a Santiago, (57) y de allí a la provincia de las Charcas, con algunos reales tintineantes en el bolso.

Llegó a la ciudad de la Plata y se acomodó en casa del capitán vizcaíno, y rico minero, Francisco Aganúmen, pero la tranquilidad es de corta duración y, en este caso, fue nula.

A los pocos días, debió desacomodarse ante un cambio de palabras de Aganúmen con otro coterráneo. Sin embargo, Catalina, previsora y con mucha sociabilidad para ofrecer, había hecho amistad con un

mozo que estaba al servicio de la señora viuda, doña Catarina de Chaves, quien le ofreció cobijo.

El Jueves Santo, el pueblo se preparó para la procesión. Las señoras de negro y los caballeros con la recolección obligada, dieron comienzo a la peregrinación. Doña Catarina, haciéndole honores a su categoría de viuda, caminó con la mirada y la honra en alto. Llegó a la iglesia y, Dios no lo permita, tuvo un encontronazo con doña Francisca de Marmolejo, esposa de don Pedro de Andrade, el supremo sobrino del conde de Lemos.

—Este sitio es mío.

—De ninguna manera, aquí me siento yo.

—¡Quién os habéis creído que sois, vejez del averno!

—¡Soy la condesa….!

Y antes de terminar con las ínfulas, doña Francisca arremetió a su contrincante con uno de sus chapines. (58) Encendió la mecha y los gritos se convirtieron en aullidos, convocando a un agolpamiento de fieles en la nave, a los lados y donde se les hiciera un lugar. Doña Catarina fue socorrida por su criado y Catalina, quienes la llevaron a la casa. La otra señora permaneció en el atrio, rodeada por los suyos, sin atreverse a salir. Entrada la noche, su marido se arrimó, acompañado por el corregidor, don Rafael Ortiz de Sotomayor, caballero de Malta, dos alcaldes ordinarios y ministros de hachas encendidas, y la sacaron de allí. El ruido de unas cuchilladas cerca, hicieron que la plana mayor del gobierno saliera corriendo, abandonando a la señora y su marido. En un tris, un indio pasó a las corridas y tiró un golpe de navaja a la cara de doña Francisca, para luego salir disparado. La cortó de lado a lado, dejándole una herida sangrante. Y de nuevo el concierto de “ayes” y pavura.

A unas cuadras de ahí, la puerta de la casa de doña Catarina fue embestida a los golpes. Abrieron, era el indio.

—Ya está hecho, su merced —anunció.

A los tres días, el corregidor se presentó en casa de la viuda y la encontró sentada en el estrado, a la espera.

—Señora, estáis bajo juramento. ¿Sabéis quién cortó la cara de doña Francisca Marmolejo?

—Sí.

—¿Quién ha sido?

—Una navaja y esta mano —y se la mostró.

Salió el corregidor pero dejó una guardia apostada.

Se ordenó una investigación y llegaron a la tapera del indio. Lo amenazaron con el potro y, despavorido, confesó que había visto salir a Catalina de la casa, con pelos de indio, vestida como indio y con una navaja entregada por un tal Ciguren, barbero vizcaíno, que había sido testigo de todo.

Prendieron a Catalina, también al barbero, y los encarcelaron, cada quien en una celda. Transcurrieron algunos días y, una noche, llegó un alcalde de la Real Audiencia, que había tomado la causa. Le dio de tormentos al barbero y este confesó hasta el nombre de sus ancestros. Y le llegó el turno a Catalina.

—Niego rotundamente saber nada del caso —confesó con solemnidad.

—¡A desnudar al reo y ponerlo en el potro!

Ordenó el alcalde y Catalina creyó que desfallecía. Se le acercaron los oficiales para prenderla. Y entró, en ese segundo, un procurador.

—Es vizcaíno, Excelencia. No hay lugar para darle tormentos, por razón de privilegios —concluyó el hombre en voz baja.

El alcalde no hizo caso e insistió. Daban vueltas, Catalina se mantenía firme. Debía posponer, costara lo que costase, su desnudez.

Entró un oficial con un papel y lo entregó. El alcalde lo abrió, era una esquela de doña Catarina, también traía unos realejos, que mejor escondidos que a la luz del día. Se incorporó, miró a su detenido durante un rato y dijo:

—Quitad a este mozo de aquí, inmediatamente.

La sacaron y la llevaron a la celda, y el alcalde regresó a la tranquilidad de su hogar. El pleito continuó su curso hasta que la Real Audiencia le concedió la libertad.

55. Poblado bárbaro en ese entonces, de la provincia de Tarma en el Perú, situado en el seno que forman los ríos Apurimac y Paucartambo.

56. El río de San Juan del Oro, en la provincia de Caravaya, en el Perú.

57. Pueblo de la provincia de Chucuitos.

58. Calzado de las damas para ocasiones especiales. Con chapa en las suelas y bastante altura.

CAPÍTULO VII

Catalina fue de traslado en traslado, cambiando de dueño e identidad cuando le hacía falta —el Loyola, a veces, le pesaba y se nombraba con un renovado Alonso Díaz Ramírez de Guzmán— acumulando pagas y llenando la bolsa, pero entregándose al juego y perdiéndola toda.

Trabajaba como un varón, las monedas le quemaban a la mano. Ese era uno de los motivos por el que debía mudar la máscara. Se había corrido la voz, de pueblo en pueblo, que un mozo de buen vestir y decir, trampeaba a la baraja dominado por un trance.

Luego de una venta fenomenal de trigos y los bolsillos con dinero, un domingo, en vez de guardarse al descanso, irrumpió en casa del sobrino del obispo, don Antonio Calderón, y se sentó a la mesa de juego junto al provisor, un arcediano y un mercader de Sevilla. No conocía a nadie pero le importó poco. Con la mano ya avanzada, el ánimo empezó a picarse.

—Envido (59) —dijo el mercader.

—¿Qué envidáis? —preguntó Catalina con ojo avieso.

—Envido —insistió el hombre, con el calor de su tierra en los ojos.

Catalina se fue para adelante y le repitió la pregunta.

—Envido un cuerno —dijo el sevillano y golpeó la mesa con un doblón.

—Quiero y reviro (60) el otro que le queda —Catalina redobló la apuesta.

El sevillano arrojó la baraja y desenvainó la daga. Lo mismo hizo Catalina y se fueron a las armas. Los jugadores intervinieron, los separaron y el mercader se retiró, dominado por una furia de todos los infiernos. La mano se acabó y hubieron de partir de la casa de juego. A poco de andar y al doblar la esquina, Catalina se topó con el sevillano, que había esperado ese momento con suma paciencia. Desenvainó con prestancia y se le acercó, replicó Catalina y se embistieron en un estruendo de aceros. El filo de la espada de la joven entró en la carne de su oponente y este se desplomó. La muchacha también recibió lo suyo y, como reguero de pólvora, corrió la noticia y

llegó la justicia para prender a los reos. Despabilada, Catalina logró escapar.

Una noche, en casa de su amigo Juan Torrizo de Zaragoza, en el poblado de Pomabamba y luego de comer, los presentes batieron sus panzas y armaron un juego. Catalina se sentó junto al portugués, Fernando de Acosta, caballero de apuestas fuertes. El hombre paró una mano a catorce pesos, Catalina le respondió con dieciséis.

—¡Válgame la encarnación del diablo! —gritó Acosta y se dio una bofetada en la frente.

—Hasta ahora, ¿qué habéis perdido para desatinaros? —preguntó Catalina.

—He perdido los cuernos de mi padre —respondió, y la tomó de la barbilla con fuerza.

Catalina le arrojó los naipes a la cara y sacó su espada de la vaina, y él la suya. Los presentes lograron detener la gresca y compusieron los ánimos. El portugués pagó lo que debía y salió, al parecer, con la serenidad de un anciano, a cuestas.

Pasaron tres noches, y a la cuarta y cerca de las once, cuando el cielo se había puesto negro renegrido y Catalina regresaba a su casa, divisó a un hombre en una esquina. Con precaución, abombó su capa y desenvainó, altanera y escondida, y prosiguió con su camino. Al acercarse, la sombra se le fue encima.

—¡Pícaro cornudo! —tronó la voz conocida del portugués.

Golpearon las espadas hasta que Catalina lo ensartó y su adversario se desplomó, sin vida.

La sobreviviente miró a un lado, al otro, cubrió su cabeza con el capote y regresó a casa de Zaragoza, acallando su boca.

Temprano por la mañana, llegó el corregidor don Pedro de Meneses, la arrancó de la cama y fue arrojada a la cárcel. De vuelta el sainete del escribano, la declaración y la negativa rotunda de Catalina. Le ofrecieron la santa confesión, la joven dijo nones, no preciso.

Entregaron una acusación a las más altas esferas, se presentaron testigos vaya uno a saber de dónde, y la fanfarria anunció la sentencia de muerte del reo asesino, fullero y criminal.

Catalina elevó los brazos al cielo rogando clemencia y apeló.

Redoblaron los tambores, se ordenó la ejecución. Un manto oscuro cubrió a la muchacha. Desanimada, sintió que se acercaba el final y le urgió hacerse a silencio para buscar respuestas al sino de su vida. Llegó la hora religiosa y entró un fraile a la celda, en busca de la redención del encierro.

—Confesaros, hijo mío.

—Nada tengo para confesar.

—No te resistas, ven a mí.

Catalina se cruzó de brazos y lo semblanteó. Detrás entraron más

frailes, quienes buscaron la palabra del pecado. La joven, en tanto, respondió como una hereje. La vistieron con un hábito de tafetán y la sacaron de allí, montada a caballo y rumbo al juicio final.

—Sacar a este ser diabólico de aquí, que si quiere irse al infierno, que eso a mí no me toque —sentenció Meneses y dio un portazo.

La llevaron por las calles, a la vista de todos. Llegaron a la plaza, la horca aguardaba su turno. Los frailes, a los gritos y a los empujones, la obligaron a subir los cuatro escalones del final. La prepararon, le echaron el volatín (61) una vez, y otra más. Todo parecía aseverar que el verdugo padecía de inseguridades de oficio.

—Borracho, pónmelo bien o quítamelo, que estos padres bastan y sobran.

Se animó Catalina y, como caído del cielo, entró, a las corridas, una posta que llegaba desde la ciudad de La Plata y despachada por el secretario, y enviada por el presidente don Diego de Portugal, a instancias de don Martín de Mendiola, vizcaíno, enterado del pleito de su coterráneo. Todo indicaba que los testigos falsos habían caído en manos de la justicia por algunos delitos cometidos, y habían sido condenados a la horca. Al declarar, habían desestimado los dichos contra Catalina.

Le quitaron el volatín, la descendieron de la tarima mortuoria y la reportaron a La Plata. La tuvieron allí 24 días, y luego la soltaron.

En la ciudad de La Paz, solo encontró descalabros. Una tarde, parada a la puerta del corregidor, se dispuso a mantener una charla con el criado, pero el hado diabólico intervino y la paz se transformó en un aquelarre. El hombre le dio con el sombrero en la cara y en un santiamén, Catalina hizo bailar a su daga y lo derribó con el vacío en el ojo. Respondieron varios en defensa de su amigo y la hirieron fiero. Fue a la cárcel, le curaron las heridas pero el corregidor la condenó a muerte. Nuevamente apeló, nuevamente enviaron la orden de ejecución.

Catalina se confesó durante dos días. Vio el final cerca, aunque eso no la obligó a decirle la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad a su confesor. Atendió a misa en su celda y le ofrecieron el cuerpo de Cristo. Tomó la hostia consagrada en la palma de la mano y se la metió en la boca.

—Iglesia me llamo, iglesia me llamo —repitió Catalina.

Se armó un alboroto monumental y los hombres de Dios repitieron a viva voz:

—¡Hereje! ¡Hereje!

Entró el sacerdote y ordenó que no se le acercara nadie. Acabó la misa a solas con la pecadora y, en eso, entró el Obispo dominico don fray Domingo de Valderrama junto al Gobernador, y se arrimaron varios clérigos al recinto. Encendieron las velas, trajeron el palio, allí

la ascendieron y la llevaron en procesión hasta el sagrario. Todos se arrodillaron, un sacerdote tomó la mano de Catalina y la introdujo en el sagrario. Se la quitaron de ahí, se la rasparon, la lavaron varias veces, y la enjuagaron.

Poco más de un mes la tuvieron cercada en esa iglesia, al cabo de la cual, un santo clérigo, por orden del obispo, le abrió las puertas, le dio mula y dineros, y la azuzó para que partiera.

* * *

—Necesito que me saldes unas cuentas en Cochabamba. (62) Me deben unos cuantos pesos, vete a cobrarlos y me los traes de inmediato —le dijo su amo, don Juan López de Arguijo, mientras apuntaba los números en el libro.

Catalina asintió y, sin más, montó su mula y salió a los caminos. Fueron semanas y semanas de tranco animal y sorteo de dificultades, pero la costumbre suaviza la intemperancia y la contemplación en solitario ayudó a la muchacha a poner a trabajar sus pensamientos.

El ruido de la baraja y las armas ensordecía cualquier posibilidad, y Catalina se había dejado seducir por el tormento del abismo. Había encontrado, por medio de esas prácticas, el escape perfecto de la esclavitud de la pasión, emoción a la que sucumbían las mujeres. Ella no estaba dispuesta a perderse en esos brazos, se había arrojado a la misión sagrada de sobreponerse de sus caídas. Acomodó sus ancas en el lomo de la mula y siguió, con su semblante atravesado por una calma majestuosa.

Llegó a la casa de don Pedro de Chavarría, el dueño de la deuda, y este la recibió con beneplácito. Le entregó los mil pesos que debía con sumo agrado y la hospedó en su casa durante dos días. Conoció a la esposa del señor, natural de Navarra, doña María Dávalos, con quien compartió mesa a la hora de las comidas, y poco más. La señora, de modos sumisos, le había contado que era hija del capitán Juan Dávalos, que Dios lo tuviera en la gloria, y de doña María de Ulloa, entregada al servicio religioso y fundadora de un convento en La Plata, donde pasaba los días que le quedaban.

—Os agradezco el hospedaje, debo seguir mi camino —se despidió Catalina, tras un descanso reparador.

—No hay de qué, enviadle mis saludos a vuestro amo —respondió Chavarría, presto a continuar con los negocios.

—Si no pido por demás, visitad a mi querida madre en el convento y llevadle mis abrazos —intervino doña María, y Catalina asintió.

Empacó sus cosas, acomodó la mula y partió. Antes de dirigirse a los caminos, hizo migas con unos conocidos y, al cabo de la tarde, se decidió a emprender la retirada. Volvió a pasar por la casa de

Chavarría y vio un gentío en el zaguán. Desde adentro llegaban voces destempladas. Catalina apretó los frenos de su mula y se detuvo a ver qué pasaba. La señora Dávalos se asomó por la ventana y le chistó.

—Vuestra merced, llevadme con vos, que mi marido quiere matarme —le dijo, agitada y se arrojó a la calle.

En eso, aparecieron dos frailes y corrieron hacia Catalina.

—Llevadla, que la encontró su marido con un caballero Calderón, sobrino del obispo, y parece que lo ha ultimado. Y ahora la quiere matar a la señora —los frailes sumaron adrenalina al asunto, subieron a María a las ancas de la mula y a Catalina no le quedó alternativa que salir a los rebencazos.

No se detuvieron hasta las 12 de la noche, que fueron sorprendidas por el avance del río. En el camino, se habían topado con un criado del esposo, que venía desde La Plata, que los había reconocido, a pesar de que Catalina había intentado cubrirse con la capa. Era necesario seguir camino.

Las aguas eran anchas, demasiado grandes para vadear. Catalina se preocupó: dos y a lomo de burro, parecía imposible.

—Adelante, pasar, que no hay otro remedio. Y que Dios nos ampare —dijo la señora y desmontaron ambas.

Catalina se dirigió al río y entró. Procuró descubrir un vado, algún camino de fondo firme y poca profundidad. Intuyó el oasis y volvió a montar junto a la afligida dama y se adentraron.

Señor Todopoderoso, ten piedad de nosotros.
Dios y la Virgen, ayúdanos a sobrevivir.
Santa María, madre nuestra, la gloria sea con vos.

Repitió Catalina, entregada al designio del Magnánimo. Todo pareció confirmar que la ayuda divina descendió del cielo, y llegaron sanas y salvas a la otra orilla. La señora Dávalos lloraba de alegría, Catalina respiraba con alivio. Estaban vivas. Marcharon tierra adentro y llegaron a una taberna. Catalina despertó al mesonero, quien abrió los ojos como cuencos al ver dos sombras a la madrugada, pero les prestó colaboración. Les ofreció huevos, pan y fruta, un lugar para que descansara la mula, y les prendió un fuego para secar las ropas y sentarse unas horas.

—¿Es verdad lo que dicen? —le preguntó, al fin, Catalina.

—Viles mentirosos, que yo no he hecho nada.

—¿Y por qué os persiguen?

—Porque creen los embusten que les dicen.

—¿Quién miente?

Preguntó Catalina, queriendo entender lo que había pasado. María agachó la cabeza y no dijo más. No quiso abrirle su corazón a un extraño. El crepitar del fuego la transportó a los brazos de su amado

amante. Sin querer, su pecho se agitó y recordó los arrebatos de pasión que le había hecho vivir Calderón. Había creído que no le gustaba el vértigo hasta que la vida le puso a ese hombre enfrente. Había descubierto un estado que, a su juicio, solo había valido para muchachas de otras jerarquías, más bajas que la suya. Pero ahí la había tenido, entregada a las fauces de la exaltación. Y sacudió la cabeza para ver si quitaba esos pensamientos que la inquietaban por demás, del medio.

—¿Os pasa algo? —le preguntó Catalina.

—¿Qué se hace con un alma intrépida? —María suspiró, entregada. —¿Hay solución?

—Me temo que lo único posible es un compromiso puro y simple, señora. A ver, pero sigamos con la marcha, que nos persigue la muerte.

Y volvieron a salir. Al romper el alba llegaron a La Plata. Cuando el cuerpo se vino flojo y sintieron que estaban a salvo, María se apretó con una fuerza inusitada a la espalda de Catalina y le dijo al oído.

—¡Ay, señor! Mi marido…

Catalina se dio vuelta y lo vio, que se acercaba con gesto cansado, montado a su caballo. ¿Cómo podía ser posible que estuviera allí, saliendo ellas, con tanto tiempo, de Cochabamba?

A treinta pasos de su presa, Chavarría disparó su escopeta. No dio en el blanco y volvió a gatillar. Las balas pasaron demasiado cerca, escucharon el silbido con pavor. Catalina apretó la panza de su mula y bajaron por un despeñadero. Lo perdieron. Corrieron como cuatro leguas y cruzaron las puertas de la ciudad de La Plata.

—Apúrese, señor —imploró María.

Catalina estaba agotada. Siguió las instrucciones y llegó al convento de San Agustín. Tiró la puerta abajo y apareció una monja con cara de susto.

—Le traigo esta hija pródiga a su madre.

Y le entregó a María Dávalos.

Caminó hasta su mula y allí la esperaba Pedro de Chavarría, con la espada en la mano. El esposo ultrajado se tiró encima de una Catalina cansada y torpe. De alguna manera, la muchacha sintió compasión por el hombre engañado pero desenvainó en defensa. Fueron entrando a la iglesia con la contienda y Chavarría le atravesó dos puntas en los pechos. Catalina no lo había herido. Con el dolor en el cuerpo, lo fue acorralando hacia el altar, él le tiró un sablazo a la cabeza y ella, con la daga en la otra mano, se defendió, entrándole un palmo por las costillas.

Fue llegando gente a la iglesia y aquello se convirtió en un circo romano. Y acudió la justicia a poner orden y a intentar sacarlos de la casa de Dios. Dos frailes de la iglesia de San Francisco, situada frente

al lugar de los hechos, socorrieron a Catalina y, en andas, la guarecieron allí, ayudados por el alguacil mayor don Pedro Beltrán, cuñado de Juan López de Arguijo, su amo benefactor.

Fueron cinco meses de asistencia en San Francisco, recogida por la caridad de esos padres.

Chavarría también estuvo curando sus heridas y clamó por la devolución de su esposa. Doña María se negó —a riesgo de vida— pero él insistió, por medio de diligencias y autos. Entraron en escena el arzobispo, el presidente y otros señores con peso de ley, y decidieron que ambos se entregaran a la vida religiosa: ella donde estaba, él donde se le antojara.

Catalina tuvo que esperar las decisiones tomadas por el gobierno de La Plata. Arguijo metió mano y ayudó como bien sabía. Le informó al arzobispo don Alonso de Peralta y a los poderosos, que su empleado había obrado sin malicia y socorrido a una mujer en apuros, que huía de la muerte.

Salió de la reclusión y ajustó sus cuentas. Visitó varias veces a la monja María Dávalos y a su madre. Le agradecieron eternamente. Y pasó a ser el motivo de veneración de las señoras del pueblo.

59. Envidar: apostar dinero en juegos de naipes para ganar el dinero del contrario.

60. Revirar: envidar nuevamente sobre lo que el contrincante ha envidado.

61. El cordel delgado que se usaba para ahorcar.

62. Una vez producida la conquista del Imperio Incaico por parte de España, el virrey del Perú, don Francisco Álvarez de Toledo, ordenó la fundación de la Villa Real de Oropesa, al pie del cerro San Sebastián, en agosto de 1571. Uno de los primeros en establecerse en el valle, había sido García Ruiz de Orellana, en 1542, comprándoles la mayor parte de las tierras a los líderes indios, a 130 pesos.

CAPÍTULO VIII

Catalina arribó a Lima tras un confuso episodio en el Cuzco. La habían culpado de un asesinato que no había cometido, pero tras cinco meses de discusión, marche preso y develamientos, salió libre y con otros rumbos.

Eran los tiempos del Virrey del Perú, Francisco de Borja y Aragón, que además de ocuparse de los asuntos de gobierno, gustaba, y con ahínco, de sentarse a escribir. El virrey era poeta.

Sin embargo, cuando llegó Catalina a Lima, Borja y Aragón no tuvo espacio para dedicarse a las letras. Estaba en pie de guerra, la ciudad se había levantado en armas contra Holanda. O mejor dicho, contra barcos piratas de bandera holandesa. Erauso se apuntó a las huestes hispanas y se entregó, en cuerpo y alma, a la defensa de las costas.

Embarcó en uno de los cinco bajeles en el puerto del Callao y los cañones empezaron a tronar. Durante unas horas, a la escuadra española le fue bien. Sin embargo, un cañón apuntó a la *Almiranta*, la nave donde combatía Catalina, y la echó a pique. Solo tres hombres pudieron escapar de la muerte: un soldado, un franciscano descalzo y ella. Se mantuvieron a flote y fueron rescatados por un navío enemigo. Las burlas y el desprecio que recibieron, fue atroz.

Fueron 26 días a bordo y Catalina temió lo peor. Llegados a destino, los tres prisioneros fueron arrojados a la costa de Paita. Pasados unos días, un buen samaritano se compadeció del estado en el que se encontraban, les ofreció ropas limpias y secas, y los encaminó a Lima, a cien leguas de allí.

Catalina se las ingenió, durante siete meses, lo mejor que pudo. Algún trabajo por allí, otro por allá, hasta que pudo comprarse un caballo, que le salió bueno y barato. Su intención era regresar al Cuzco.

Con el equipaje a cuestas y preparada para salir, pasó por la plaza y la interceptó el alguacil.

—Pide por vos el señor alcalde —le dijo, y le pidió que lo siguiera.

Catalina se presentó ante don Juan de Espinosa, caballero de la orden de Santiago, quien estaba acompañado por dos soldados.

—Este es, señor, que este caballo es de nuestra propiedad y nos ha faltado. Os daremos toda la información que preciséis —denunciaron los uniformados, señalando al animal.

Los ministros rodearon a Catalina, que no entendía qué pasaba.

—¿Qué haremos con todo esto? —preguntó el alcalde con el ceño fruncido.

Catalina estaba cada vez más confundida. No sabía qué decir, su cabeza parecía dormida, las ocurrencias se le habían muerto. Pero de repente tuvo una idea, se quitó la capa y la puso sobre la cabeza del caballo.

—Señor, suplico a vuestra merced que estos caballeros digan, ¿cuál de los ojos le falta a este caballo? ¿El derecho o el izquierdo? Que tal vez pueda ser otro y se equivoquen los señores —preguntó Catalina, intrigante.

—Dice bien, digan vosotros al mismo tiempo, ¿de cuál ojo es tuerto ese caballo? —reclamó el alcalde.

Los soldados quedaron perplejos. Uno apuró que era el izquierdo, el otro, el derecho pero se acomodó al izquierdo.

—Mala razón habéis dado vosotros —Espinosa chistó con la lengua.

—¡Del izquierdo, del izquierdo decimos ambos!

—Vuestra merced, aquí no hay prueba porque uno dice una cosa y el otro dice otra —sentenció Catalina y se cruzó de brazos.

—No decimos sino una misma cosa, que es tuerto del ojo izquierdo y eso iba yo a decir, y me equivoqué sin querer, mas luego me enmendé, y digo que del izquierdo.

El alcalde se incorporó dando por terminado el asunto.

—¿Qué me manda vuestra merced? —le preguntó Catalina.

—Que si no hay más pruebas, os vayáis, con Dios, a vuestro viaje.

La muchacha tiró de la capa y dejó la cabeza del animal al descubierto.

—Pues vea vuestra merced, cómo ni uno ni otro están en el caso, que mi caballo no es tuerto sino sano.

Espinosa se acercó y constató lo que decía.

—Montad e idos con Dios.

Se retiró Catalina con una sonrisa en los labios. Los embusteros fueron prendidos. El Cuzco la esperaba.

* * *

La ciudad le abrió sus puertas y encontró hospedaje en casa del tesorero Lope de Alcedo. Los primeros días transcurrieron con serenidad pero las fauces de las apuestas se abrieron de par en par, y la llamaron a participar. Catalina se vistió con sus mejores atuendos y

llegó a la casa de un amigo, que abría el juego.

Pasaron unas horas, solo se escuchaba el ir y venir de los naipes. Se escrutaban unos a otros y, en un momento, un hombre moreno y velludo, alto como nadie y provocador de espantos, se sentó al lado de Catalina. Le decían el Cid. La muchacha prosiguió su juego y ganó la mano. El líder de la partida repartió la ganancia y le entregó el dinero a Catalina. Cuando ella lo tomó, el Cid le quitó unos reales y se fue. Regresaron al juego y el Cid volvió a entrar, y se le paró detrás. Catalina, con la otra mano, previno su daga. Volvió a ganar, el Cid intentó el manotazo otra vez. Pero en un solo movimiento, Catalina le clavó la mano a la mesa con su daga. Se levantó, desenvainó la espada, desenvainaron los presentes, hicieron su entrada unos secuaces del Cid y la hirieron, sin más.

Catalina pudo escapar y salió a la calle. Atrás de ella fue el Cid. Ella le tiró una estocada pero iba cubierto por su cota de malla. (63) En tropel llegaron los amigos del Cid y acorralaron a Catalina.

Gracias a los hados, dos vizcaínos, convocados por el estrépito y la lucha desigual, se pusieron del lado de Erauso. Fueron tres contra cinco, en un baile de espadas. Llegando a la puerta de la iglesia, el Cid la apuñaló por la espalda, por el lado izquierdo, y otro de los oponentes le entró por el costado izquierdo, haciéndola caer y perdiendo mucha sangre.

Con el aliento de la muerte demasiado cerca, Catalina se incorporó, sedienta de venganza, y trastabilló hacia el Cid.

—Pero, ¿todavía vives? —y le tiró una estocada. La tambaleante la frenó con su daga y le tiró otra, con tanta fortuna, que la introdujo por la boca del estómago del gigante.

El Cid cayó, implorando confesión. Catalina sucumbió también. El tumulto convocó a algunos frailes y siguió llegando la gente. La muchacha, vestida de sangre, intentó asirse de los hábitos de los religiosos. El corregidor, don Pedro de Córdoba, presente y atento a los sucesos, intervino.

—¿Qué hay que hacer sino confesarlo?

El Cid expiró. Los frailes llevaron a Catalina, a casa del tesorero. La acostaron y nadie se atrevió a curarla hasta que se confesara, por miedo a que muriese. Llegó el padre fray Luis Ferrer de Valencia y le tomó la confesión.

Y pudieron comenzar las curaciones. La sometieron a tamaño dolor, que perdió la conciencia. Fueron catorce horas y el padre Ferrer no se apartó de su lado. Cuando despertó, Catalina creyó que había vuelto a nacer. Algo había cambiado dentro de sí. Tuvo miedo como nunca había tenido, un temor nuevo la tomó por asalto. ¿La habrían descubierto? ¿Quiénes habían sido los ejecutores de su curación? ¿Se habrían visto instigados por una curiosidad espuria y desnudado sus

partes más ocultas? ¿Enterados, la incriminarían, o se harían a silencio permitiéndole seguir con el juego hasta que ellos decidieran denunciarla?

Transcurridos unos días y con la esperanza recobrada, la pasaron a la celda del padre fray Martín de Aróstegui, de la iglesia de San Francisco. Allí se quedó durante cuatro meses, lo que le llevó la recuperación.

Recuperada y con la certeza de que el Cuzco no tenía nada para ella, que lo que le ofrecía era harto peligroso y que, a veces, la tentaba más que el demonio, además del flamante riesgo que corría, quién sabe, tal vez la habían descubierto, decidió que tenía que irse. Debía salir de allí más temprano que tarde.

El capitán Gaspar de Carranza le dio mil pesos, el tesorero que la había alojado, tres mulas y unas armas, don Francisco de Arzaga, tres esclavos y, junto a dos amigos vizcaínos, partió hacia Guamanga. (64)

Tal vez esa cantidad de bienes no eran lo que Catalina necesitaba. Cerraba los ojos y se veía despojada de todo. Pero no tenía tiempo para perder. Si se detenía unas horas más, la desesperación y la convicción de que su vida era irreparable ganaban la partida.

* * *

Llegar a Guamanga no fue una fácil tarea. Frente al puente de Apurimac (65) la esperaba la justicia y algunos amigos del Cid muerto.

—Mande preso.

Volvieron a decirle.

Y cuando intentaron echarle mano, se armó una contienda feroz. Unos contra otros y ya no se sabía quién era partidario de quién. Caía uno de un lado, otro del contrario, hasta que Catalina derribó al ministro de un pistoletazo. Al escuchar el tiro, todos salieron disparados.

Siguió adelante y llegó a Andahuailas, donde se encontró con el corregidor quien, afable y desprendido, le ofreció casa y comida. Catalina no confió. Rechazó el convite y continuó la marcha.

Llegó a la ciudad de Guancavélica y se detuvo en una posada, donde permaneció unos días. Una tarde, se dirigió a una plazoleta e hizo migas con el doctor Solórzano, alcalde de corte de Lima. Tras unas palabras, el alguacil arrimó el cuerpo y se presentó bajo el nombre de Pedro Xuárez. Intercambiaron gracias y se despidieron. El alguacil reparó en Catalina. Sacó un papel del bolsillo, lo desplegó y volvió a mirarla. Xuárez y su adlátere avanzaron hacia ella.

¿La habían descubierto? ¿Por qué la seguían? Catalina avanzó fingiendo descuido y al pasar por delante del alguacil, este le quitó el

sombrero de la cabeza para verla mejor. El negro que acompañaba a Xuárez la tomó de la capa, por detrás, pero ella se la soltó y el manto negro se deslizó hacia el piso. A un tiempo, sacó la espada y una pistola, y los embistió a ambos. Derribó al alguacil de un tiro, y le disparó al negro, quien también cayó.

Un indio desconcentrado caminaba por ahí, trayendo un caballo de la rienda. Catalina le pegó un grito, se lo quitó y lo montó de un salto.

Cuando llegó al río de Balsas desmontó en la orilla, para que el caballo descansara un rato. A poco vio que avanzaban tres hombres a caballo, con el agua a la cintura.

—¿Adónde vais, señores? —les preguntó.

—A prenderos a vos —respondió uno.

Catalina sacó sus dos pistolas y las exhibió.

—Prenderme vivo, no podrá ser. Primero me han de matar y luego prenderme —y se acercó al agua.

—Señor, nos han mandado y no pudimos excusarnos de venir. Pero con vos, no queremos más que serviros —dijo otro, parado en el medio del río.

Catalina, conforme con lo que acababa de escuchar, les puso tres doblones sobre una piedra, montó su animal y cabalgó hacia Guamanga.

63. Armadura de malla que cubre el torso y, a veces, parte de los brazos y muslos.

64. La Villa de San Juan de la Frontera de Guamanga fue fundada por el gobernador Francisco de Pizarro el 29 de enero de 1539.

65. Un caudaloso río del Perú, que se une al Marañón y atraviesa el camino real que va desde el Cuzco a Lima, que tiene un puente colgado de cuerdas que toma su nombre, por donde pasan las personas y caballerías cargadas.

CUARTA PARTE

La hora del desvelo

CAPÍTULO I

La ciudad de Guamanga le abrió sus puertas. Catalina cabalgó las calles con alivio, sintió que allí estaba a salvo. El viaje había sido eterno, su cabeza no había parado de gritarle, no la había dejado en paz.

Heriotzak hartzen nau. (66)
Heriotzak jarraitzen dit. (67)
Heriotza gertu dago. (68)
Hildakoak. (69)

Repetían sus entrañas en vascuence. Sus orígenes —tan lejanos pero ahora tan cerca— la asolaban, su tierra la perseguía. Quiso deshacerse de su caballo, encontró un interesado y se lo vendió por doscientos pesos.

Ya no le haría falta el animal, había visto, en un sueño que, de ahí en más se convertía en una peregrina. Andaría los caminos sin ayuda, con nada, quién sabe, con poco.

Intuyó que había encontrado su lugar en el mundo. Guamanga la abrazaba, al fin un lugar le era amable. Y como en ningún otro sitio, sus tres conventos —de franciscos, mercenarios y dominicos— y el de monjas, le resultaron familiares. De alguna manera, aquellos edificios y quienes los habitaban le parecieron confiables. El cuerpo ya no le dolía, no padecía el frío, no la aplastaba el calor, la *heriotzak* no le respiraba cerca, se vio vivísima.

Pero la tentación nunca duerme, el canto de las sirenas siempre convoca pero Catalina no creyó necesario atarse al mástil y, con la inmortalidad a flor de piel, entró a una casa de juegos.

Erauso deambuló durante unos minutos, como hace el buitre cuando otea la carroña. Buscaba sangre, olfateaba ansia, necesitaba esa palpitación que nada ni nadie le prestaba. Y se sentó a la mesa en busca de su dulce. Pero el hado maldito quiso que, con la pompa y circunstancia que le correspondía, el corregidor de Guamanga, don Baltasar de Quiñones, hiciera su entrada a la sala fullera.

El poderoso le echó el ojo.

—¿Quién sois? —le preguntó, desconociéndola.

—Alonso Díaz Ramírez de Guzmán —se presentó esa vez.

—¿Y de dónde? —insistió con el cuestionario.

—Vizcaíno soy.

—¿Pero de dónde venís ahora?

—Del Cuzco.

El corregidor suspendió las preguntas y le mantuvo una mirada escrutadora. No precisó más, los pedidos de captura estaban a la orden del día, los correos con la información llegaban desde todos los puntos del territorio.

—Pues entonces marchad preso —sentenció Quiñones y buscó a sus aliados.

—De buena gana —apuró Catalina, desenvainó la espada y marchó hacia la puerta.

El corregidor dio unos "¡Que viva el Rey!" a toda voz, y sus adláteres franquearon la salida. Catalina se las vio negras, sacó una pistola de tres bocas, la revoleó por los aires y los hombres se abrieron de par en par, dejándola escapar.

Corrió la forajida a buscar resguardo en casa de un amigo y Quiñones se apuró a embargarle las pocas cosillas que guardaba en la posada que la había alojado.

El buen samaritano que le había dado cobijo a Catalina era vizcaíno, y como entre coterráneos se entendían, mientras el pedido de captura no se hiciese público, hizo oídos sordos, ojos ciegos y boca muda.

Una noche, con una renovada confianza, Catalina asumió que podía salir a la calle y no correr ningún peligro. Pero el manto de la desgracia insistió en asolarla y al doblar en una esquina, se encontró con dos alguaciles que la detuvieron.

—¿Qué gente? —inquirieron, con ojo sagaz.

—Amigos —les ofreció Erauso.

—¿Y el nombre?

—El diablo —dijo, sin haber debido decir.

De un brinco avanzaron hacia la diabólica, que sacó la espada en el acto, y se armó un enjambre de platas.

—¡Favor a la justicia! —gritaron los alguaciles y empezó a llegar la gente.

La batahola se llevaba adelante cerca de la morada del obispo, quien había recibido invitados. Uno de ellos era don Baltasar de Quiñones, quien al dar cuenta del griterío, salió a la calle. Y avanzó hacia el cuerpo del delito, detrás de él fueron algunos ministros.

Catalina se vio acorralada, rajó un disparo y derribó a uno.

El corregidor ordenó, a los gritos, que la mataran de inmediato. Se armó una balacera. Y apareció el obispo, fray Agustín de Carvajal, con cuatro hachas, (70) y caminó entre el tumulto, escoltado por su

secretario, Juan Bautista de Arteaga.

—Señor alférez, dadme las armas —le reclamó con la mano extendida.

—Señor, aquí hay demasiados contrarios —rogó Catalina.

—Dármelas, que seguro estáis conmigo, y os doy mi palabra de sacaros a salvo, aunque me cueste cuanto soy.

—Señor ilustrísimo, cuando entre a la iglesia, besaré los pies de Vuestra Santidad ilustrísima.

En eso, cuatro esclavos del corregidor se le tiraron encima y la apretaron con fiereza, sin el mínimo respeto a la presencia del hombre de Dios. Catalina se defendió y derribó a uno. El secretario del obispo, con espada y broquel, entró desencajado con la exigencia de unas excelsas costumbres, que cómo se atrevían a andar a los tiros frente al ilustrísimo, y la violencia se aplacó.

—Venid conmigo —el obispo la tomó del brazo, le quitó las armas y la llevó consigo, hasta su casa.

Pidió que le curaran las heridas, la mandó a comer a la cocina y luego la llevó a una alcoba para que pasara la noche. Cerró la puerta con llave y desapareció.

En la sala aguardaba el corregidor, que estaba listo para tener una larga conversación que sellara el futuro del alférez delincuente.

* * *

A las 10 de la mañana, sacaron a Catalina de la alcoba y la llevaron por los corredores hasta la sala, donde la esperaba el obispo. Vestía calzón y ropilla, y un ferruelo (71) de cordellate (72) pardo, sombrero blanco guarnecido de trencilla de oro y el cairel, valona de puntas, jubón de raso blanco trencillado, coleto de ante guarnecido, espada y daga dorada.

Sentado en la cátedra, (73) el obispo le hizo un gesto con la mano y la llamó para que se le acercara, y despidió a sus secretarios y ministros. Había ordenado que le colocaran una silla a su lado.

—Venid, mozo, sentaos que tenemos que conversar.

Catalina avanzó con paso pesado y llena de inquietudes, y se acomodó en la silla.

—Dime quién eres, cuéntame de dónde vienes.

—Mi gracia es Alonso Ruiz Díaz de Guzmán, y soy del reino de San Sebastián —enderezó su espina y el garguero, buscando la convicción de la impostura.

—¿Hijo de quiénes?

—De un hidalgo caballero y una señora valiente, como todos los hombres y mujeres de mi tierra —afirmó Catalina con evasivas.

—Bravo, hijo mío, está muy bien estimar a los padres. Eso

engrandece a su descendencia.

Catalina esbozó una mueca que pretendió ser una sonrisa. La voz de su alma le habló en susurros, le costó respirar y no entendió por qué.

—¿Y cómo llegaste hasta aquí? ¿Qué situaciones te trajeron hasta este lugar del mundo?

—Mi padre me enseñó a usar las armas desde pequeño, me enseñó a defenderme y así con sus hijos varones. Las niñas fueron al convento.

—Enhorabuena haber tenido a un hombre de bien como padre, hijo mío. Y haber abrazado sus enseñanzas. Pero, ¿sabes que a las armas las carga el diablo? Estoy convencido que eso te habrá dicho Ruiz Díaz de Guzmán grande, ¿no es cierto?

Catalina tragó con dificultad al recordar a don Miguel de Erauso. Lo había borrado de sus pensamientos los últimos tiempos, se había olvidado de que tenía un padre. En ese momento y con 29 años, se sintió de 4 y recordó sus paseos en andas de su padre, su alegría, su inocencia.

Como pudo, le contó de la nave que la había traído a América, su alistamiento bajo las órdenes de Su Majestad el Rey, la defensa de España y un sinfín de honores que supo adornar con magnificencia.

—¿Y os ha servido de algo arriesgarte de esa manera? ¿Cómo os ha beneficiado, hijo mío, acercarte al espanto de la muerte? Pues una cosa es morir, haber hecho una debida penitencia por los malos actos y encontrarse en el portal divino de la gloria de Dios. Esa es la vida que debemos vivir en la Tierra.

Catalina asintió y escuchó con atención los consejos del obispo.

—¿Para qué coquetear con la muerte y ejercerla como si fueras Dios? El Misericordioso es uno solo, él nos da la vida y nos conduce hacia el final. No debes andar como si fueras el Señor. Ni regio ni divino, Alonso.

Fray Agustín se tomó de las manos y las apoyó sobre su regazo. Sus ojos eran pura benevolencia y Catalina se ablandó.

—Acércate a Dios, que siempre serás bien recibido. Deshazte de los pecados, regresa a su seno y respirarás con alivio. El Señor te perdona, Alonso.

Catalina se hincó a su lado, el pecho le temblaba. Tuvo repulsión de la máscara que había usado para esconderse. Pudo sobreponerse y escuchar los gemidos de la niña del pasado, los sentimientos y concepciones que creía olvidados.

—Señor, todo esto que he referido a Vuestra Santidad ilustrísima, no es así. La verdad es otra.

Confesó Catalina en un estado de completa vulnerabilidad, y le contó quién era: le dio su nombre y que era una novicia que había

escapado del monasterio a los 15 años, que había abandonado su vida vizcaína, que se había desnudado, cortado el pelo y vestido de varón para emprender un viaje; que había abolido su condición para vivir en la mentira, que había herido, maleado y asesinado para llegar adonde estaba ahora, a los pies de su Santidad, arrodillada ante Dios Misericordioso.

El padre Carvajal había escuchado con atención, sin interrumpir ni pestañear. Cuando la muchacha terminó su confesión, el obispo no atinó a decir nada. Sus ojos se llenaron de lágrimas, lloró sin consuelo. Luego la envió a descansar.

Tocó una campanilla e hizo llamar a un capellán anciano. Buscaron a Catalina y la llevaron a su oratorio, donde la acomodaron en un trasportín donde se acostó y durmió. A las cuatro de la tarde, el obispo la volvió a convocar.

—Catalina, sería importante que le agradezcas a Dios por la merced que ha tenido contigo, por iluminarte y ver que estabas perdida en un camino que te llevaba a las penas eternas. Debes hacer una propicia confesión, que, aunque ya me las has ofrendado, te será fácil repetirla. Esto ayudará a Dios para que veamos lo que se debe hacer.

Le dijo el padre Carvajal y la despachó.

A la mañana siguiente, Catalina acudió a la misa ofrecida por el obispo y al concluir con el "podéis ir en paz", se la llevó consigo. Mientras desayunaban, el fraile expresó que jamás había visto ni oído historia semejante.

—En fin, ¿esto es así? —remató.

—Sí, señor —contestó Catalina.

—No te espantes que me inquiete la credulidad y su rareza.

—Señor, es así y si queréis salir de la duda, Vuestra Santidad ilustrísima, y mediante la confirmación de matronas, llana estoy.

—Me contento de oírlo.

Por la tarde, entraron dos matronas a constatar las afirmaciones de Catalina de Erauso. Le quitaron las ropas y la vieron mujer. La tendieron sobre la mesa y le abrieron las piernas. Persiguieron la afirmación de su pureza.

Se presentaron frente al obispo y declararon, bajo juramento, haberla visto y reconocido cuanto era menester y haberla hallado virgen intacta, como el día de su nacimiento. El padre asintió, despidió a las matronas y mandó a llamar a Catalina, quien entró con paso delicado. La abrazó, conmovido, con el capellán como testigo.

—Hija, ahora creo, sin duda, todo lo que me dijiste. Y creeré, en adelante, todo lo que me digas. Yo te venero como una de las personas notables de este mundo, y prometo asistirte en cuanto pueda, y cuidar de tu conveniencia y servicio de Dios.

Catalina ahogó la emoción y se dirigió a una alcoba decente, donde se dispuso a preparar su confesión.

Pasados seis días, el obispo acordó con enviarla al convento de monjas de Santa Clara de Guamanga. Le puso el hábito y salieron juntos de la casa. Caminaron hasta el monasterio con solemnidad, pero con la cara sonriente de beatitud. Fue larga la marcha, el pueblo en su totalidad los siguió en procesión.

El convento los esperaba con sus velas encendidas. La abadesa y las religiosas ancianas le abrieron las puertas. Catalina besó la mano de la superiora y se fundieron en un abrazo. Lo mismo hizo con cada monja.

—Os exhorto, hermana Catalina, a que seáis una buena cristiana y darle gracias a nuestro Señor, y frecuentar los sacramentos —oró el obispo con alegría. —Me ofrezco a venir a ello y me entrego largamente a todo cuanto os sea menester.

66. “Que la muerte me lleva”, en euskera.

67. “La muerte me persigue”, en euskera.

68. “La muerte está cerca”, en euskera.

69. “Muerta”, en euskera.

70. Vela de cera, grande y gruesa, con cuatro pabilos.

71. Prenda de vestir en forma de capa corta con cuello y sin capucha, usada en España durante los siglos XVI y XVII.

72. Tela burda de lana tejida artesanalmente.

73. Sillón en el que se sienta el obispo en los oficios litúrgicos.

CAPÍTULO II

Sor Catalina lloró, en soledad, la muerte de su benefactor. Lo mismo hizo el pueblo de Guamanga. Ya nada sería lo mismo sin su Ilustrísimo Fray Agustín de Carvajal.

Pasadas unas semanas, el arzobispo de Lima, don Bartolomé Lobo Guerrero la mandó a llamar. La monja debía presentarse en la Ciudad de los Reyes. Se había corrido la voz, el continente sabía de ella.

Sus compañeras de claustro la despidieron con lágrimas en los ojos y la dejaron ir. Catalina viajó en una litera, acompañada de seis clérigos, cuatro religiosos y seis hombres de espada. Toda esa pasión que la había acompañado durante los años de pretender ser quien no era, se había desvanecido. El temperamento de fuego y la ambición insaciable estaban dormidos. Solo le quedaba la voluntad de hierro.

Entraron a Lima en la oscuridad de la noche. Sin embargo, la aguardaba una turba, ansiosa por conocer a la monja alférez. Los pobladores la siguieron, respirándole cerca, y la ayudaron a apearse a la entrada de la casa del arzobispo.

—Bienvenida, sor Catalina —la saludó Su Ilustrísimo, y le extendió su mano para recibir el beso.

Allí se hospedó y a la mañana siguiente la llevaron a Palacio, a reunirse con el Virrey don Francisco de Borja, conde de Mayalde y príncipe de Esquilache. Intercambiaron saludos, Catalina habló poco, el Virrey miró mucho, azorado ante el aura religiosa. Ofreció un almuerzo en su honor, que se alargó hasta entrada la tarde. Nuevamente fue presa de preguntas, averiguaciones, sentencias y curiosidad extrema por parte de ministros, secretarios y demás acompañantes. Catalina había recobrado una templanza que creía perdida y enterrada, y dedicó sonrisas leves y palabras etéreas como el viento. En su fuero interno, reía a las carcajadas, admirada por lo que había aprendido.

A la noche regresó a casa del arzobispo, donde le ofrecieron una comida como para un regimiento, y un cuarto con grandes comodidades.

A la mañana siguiente, con el primer piar de los pajarillos,

golpearon a su puerta. Eran el arzobispo y su séquito.

—Sor Catalina, os propongo que veáis y elijáis el convento propicio para vos —le ofreció Lobo Guerrero, con las manos en gesto de plegaria.

—Os agradezco, ilustrísimo, y pido licencia para verlos todos.

Le fue concedida e hizo una recorrida por los monasterios de Lima. Entró a todos, quedándose cuatro o cinco días en cada uno, para evaluar lo que tenían para ofrecerle, y eligió el de la Santísima Trinidad, de las comendadoras de San Bernardo, integrado por cien religiosas de velo negro, cincuenta de velo blanco, diez novicias, diez donadas y dieciséis criadas.

Pasó dos años y cinco meses en ese convento. Revivió los tiempos de San Sebastián, la costumbre de los velos, sus terrores nocturnos pero también las complicidades con sus amigas. Sin embargo, algo le dijo, bien adentro, que ya estaba bien, que era suficiente, que era tiempo de volver.

No supo bien por qué, pero una fuerza superior la instaba a regresar a España. Algo la arrastraba a su mar, a su bahía, a su reino.

Solicitó el retiro. De todos modos, Catalina no era una monja profesa y le prometieron que podía salir del convento cuando le viniera en gana. Se despidió de sus compañeras, la emoción las embargó igual que el día de su llegada y partió rumbo a Guamanga. Le instaba despedirse de las religiosas de Santa Clara, que tanto amor le habían dispensado.

Fueron ocho días de camaradería, regalos y atenciones. Hubo lágrimas de pena en la despedida y promesas de reencuentros, a sabiendas de que no se cumplirían. Siguió viaje a Santa Fe de Bogotá, en el Nuevo Reino de Granada. Allí se presentó ante el obispo don Julián de Cortázar, que la tentó para que se quedara en esa tierra, en un convento de su orden. El mundo de los hombres de Dios en la Tierra la amaba.

—No tengo orden ni religión, Vuestra Santidad Ilustrísima. Trato de regresarme a mi patria, donde haré lo que me parezca conveniente para mi salvación —le confió Catalina, con arrebol en sus mejillas.

El arzobispo de Santa Fe de Bogotá aceptó sus dichos, le ofreció un buen regalo y la despidió.

Partió Catalina con la ilusión más encendida que nunca. Debía dirigirse al norte, debía llegar al puerto, le urgía ver el mar, oler la sal en el aire, respirar otra vez en el camino de salida. Zaragoza, (74) por el río de la Magdalena arriba, la aguardaba.

* * *

Algo le hacía daño a María Pérez de Galarraga y Erauso. El dolor era

su mejor compañía hacía tiempo ya, pero las últimas semanas le conversaba diferente. Había armado un vínculo de adhesión irascible, de amor repugnante con el dolor. Algo le dolía bien adentro pero no había sabido develar el órgano dolido. Un mes le había atacado el pecho, otro una pierna, el siguiente le había doblado la panza, y así habían pasado los años después de la muerte de su amado Miguel.

Su muerte en vida había seguido, afianzándola en ese estado. Cuando el dolor se diluía, vociferaba para que regresara. Volvía y ansiaba echarlo. Así había transitado esos tiempos, enojada y triste, en una danza macabra de la que no quería, o sabía deshacerse.

Los últimos días, doña María no había podido levantarse de la cama. Un temblor persistente le impedía la autonomía que la había caracterizado toda la vida. Mariana, la hija laica, la cuidaba a sol y sombra.

—Hija, quiero que llames al notario y al cura. Quiero dictar mi última voluntad —le ordenó.

—Madre mía, no digáis eso, por favor. Que derrocháis vida, mirad lo guapa que estáis —Mariana ahogó la congoja y le acomodó la melena gris desordenada sobre su cara y las almohadas.

Doña María, enjuta como estaba, la punzó con la mirada. Lo que Pérez de Galarraga pedía, se cumplía sin vacilar.

A las horas llegaron el presbítero Francisco de Tausida, el notario Pedro Castañeda y su auxiliar Francisco de Sarasti. La señora exigió que su hija quedara afuera de la alcoba, necesitaba organizar su muerte.

—Antes que nada, profeso mi fe ante Dios y su emisario en la tierra, caballeros. Sigamos adelante, apuntad, señor Castañeda. Ordeno que, a mi deceso, se me entierre en la iglesia de Santa María, a la que le dejaré dos reales, lo mismo que a San Telmo, emplazamiento tan caro a mi amado esposo, a Santa Ana, y también dejo esa suma para la redención de cautivos.

El notario apuntaba con velocidad, fiscalizado por el auxiliar. El presbítero asentía con gravedad.

—Hay unas deudas que quiero saldar, señores. Adeudamos 50 ducados de censo principal en réditos del último año a San Telmo. Que se pague. A la viuda de Sánchez Arriola, 42 ducados y un real, aunque tiene en prenda una jarra de plata con una porcelana, también de plata sobredorada, y una cama de red con sus aderezos. Atención con María de Balencegui, que le paguen pero que devuelva.

Los testigos dieron el sí con ahínco.

—A Cristóbal de Egusquiza se le deben 12 ducados y un real, aunque tiene en prenda una colcha de seda, dos fruteros de red y dos paños labrados a mano; 100 reales a Mari Juan de Arana, que tiene en prenda una porcelana de plata sobredorada; a María de Lazón, la

viuda del Alcalde, 33 ducados y 3 reales, pero tiene en prenda una jarra de plata grande y una cama de seda con aderezos, una colcha blanca y una almohada de seda verde. Y no me miren con esos ojos, que la memoria no me falla —protesto la sufriente con su voz chillona.

Volvieron a cabecear, el presbítero y los letrados.

—Y ahora lo que todos estabais esperando —María los miró con ojos desesperados y continuó. —Tres ducados al año a mis hijas Mari Juan y Jacinta, bien sabéis que mi Isabel ha fallecido hace cinco años; y al morir una de las dos, los seis ducados para la sobreviviente. Reconozco como hijos míos y de mi esposo, a los cuatro ausentes Miguel, Domingo, Francisco y Martín, y a Mariana, quien está en mi poder, a quien ordeno mejorar el 3º y el 5º.

—Falta una hija, doña María —observó el notario y no hablaba de las que habían pasado a mejor vida.

—No sé de qué habláis.

—De la niña Catalina —insistió con la perseverancia del ingenuo.

—No se pronuncia ese nombre en esta casa. Ala, apurad que estoy cansada. Firmo y dejadme en paz.

Era 20 de abril de 1622. Al poco tiempo, doña María abandonó el mundo terrenal. La vida que había sido una muerte en vida a la muerte de Erauso y de su hija Catalina, propinada por la ira vindicatoria de su madre, se despedía en silencio.

* * *

Catalina se dobló en dos. Una puntada, en el medio de su vientre, la volteó al suelo. Había recalado en Zaragoza con la alegría de sentirse cada vez más cerca del punto de regreso, pero la situación no era tal.

Pagó por un cuarto modesto en una posada de igual categoría porque había pensado permanecer allí unas pocas horas, pero el destino le jugó una mala pasada. Se recostó en la litera porque no podía mantenerse en pie. Ardía de temperatura, ni agua podía beber, del revuelto que padecía en el estómago. Devolvía hasta la saliva.

El posadero, preocupado ante la posibilidad de tener una hospedada propaladora de alguna peste al resto de los pasajeros, llamó al médico del pueblo para que la revisara.

—¿Qué tiene, señorita? —el doctor se mantuvo de pie, el cuarto era un revuelto de despojos, cuencos y desorden.

—Me estoy muriendo —respondió Catalina, caliente como el sol de verano.

—Aquí la vamos a salvar, ya verá.

Le preguntó qué había comido, le respondió que lo de siempre, si había tomado el frío, que no y no, si un bicho la había mordido, que

no sabía pero que de seguro no, ¿y qué eran esas marcas?, señaló con asombro.

—Heridas de otras guerras.

Dijo, como pudo, Catalina. Los ojos se le cerraban, tenía tanto sueño. El médico dejó de hacer preguntas, le recetó vaya uno a saber qué y la instó a convalecer. La enferma se durmió. Así estuvo unos días, entre la duermevela y el espanto. El galeno volvió, obligado por el mesonero que no quería el mal en su casa, y le dijo que ya estaba en condiciones de partir.

Sin poder tenerse en pie, Catalina volvió a buscar el modo de salir de allí. Esta vez por el río, se dirigió al norte y tras varias semanas difíciles, llegó a Tenerife, villa de la provincia y gobierno de Santa María, en la orilla oriental del río grande de la Magdalena.

En unos días, recobró la salud y, al sentirse mejor, pudo salir a recorrer las calles —con su casaca y calzón— y buscar la manera de volver a la patria. En una de las rondas, encontró a algunos soldados prestos a partir. Integraban la armada del general Tomás de Larraspuru. Presentó su moción y fue aceptada.

Embarcó en la *Capitana* y fue recibida con mucho agrado por el resto del pasaje. Levaron anclas y partieron rumbo a España, era el año 1624.

Larraspuru la sentó a su lado en la mesa. La agasajaba y le pedía que le confiara sus aventuras por derredor. Catalina disfrutaba de la buena comida y las charlas gratas. El viaje parecía transitar aguas calmas, hasta que pasadas doscientas leguas del canal de Bahama, (75) se armó una gresca de proporciones.

Uno de los tripulantes, con cierta predisposición a la copa vaciada, había intentado gracias no correspondidas hacia Catalina. Risotadas, chanzas procaces y manos veloces en las ropas de varón pero cuerpo de mujer, terminaron en el ofuscamiento de la muchacha y una respuesta defensiva. Harta de entender, Catalina había tomado un cuchillejo de la mesa y se lo había pasado por la cara del prepotente, provocando un tumulto. El general se había visto en la obligación de sacarla de allí y pensar una alternativa. Decidió enviarla a la *Almiranta*, donde Catalina tenía paisanos.

Hubo cambio de nave pero Catalina frunció el gesto. No le gustó para nada.

—Os pido, mi capitán, si es posible el paso al patache *San Telmo* — conociendo los movimientos marítimos, la muchacha arriesgó.

El cambio, bajo el mando del capitán Andrés de Orón, venía por Aviso (76) y eso le parecía demasiado atractivo. Larraspuru aceptó y fue directo al *San Telmo*.

Como si su estrella se hubiera apagado, el viaje se complicó en demasía. El traslado de nave no le trajo quietud. El *San Telmo* hacía

agua, estuvieron en peligro de hundirse en varias oportunidades. Catalina tuvo que trabajar durante el resto del viaje. Llegar a España fue una odisea.

74. Es un municipio de Colombia en el departamento de Antioquia.

75. Un estrecho en la región del Caribe, entre Cuba y las Bahamas. A principios del siglo XVI, Alonso Valiente fue uno de los descubridores del antiguo canal.

76. Los Avisos, en la carrera de Indias, eran las embarcaciones ligeras destinadas a llevar o traer pliegos del real servicio, y los tenían las flotas que venían de América para despacharlos al gobierno desde cierta altura, antes de llegar a las costas de Europa, a efecto de avisar su próxima recalada, por si gustaba mandar a su encuentro fuerzas navales que las protegieran.

CAPÍTULO III

El 1º de noviembre de 1624, atracaron en el puerto de Cádiz. Catalina desembarcó, junto al resto de la tripulación, con la urgencia por pisar tierra firme. Pero ella tenía más ansiedad que cualquiera. A poco de llegar, una sensación de intranquilidad la poseyó. Hacía tantos años que no pisaba suelo español, que no comía su comida, no bebía de su agua, no respiraba esa vida ancestral, que tenía miedo de intentarlo y no cumplir con las expectativas que había juntado. Sin embargo, fue hundir la bota en la arena y sentir que allí y solo ahí podría salir a flote. Catalina creyó que al fin había vuelto a casa, aunque aún faltaran algunas peripecias.

El puerto desbordaba de soldados del rey, prestos a embarcar o desembarcar, según fuera la instancia del viaje. Algunos habían llegado desde destinos exóticos, otros saldrían a conocerlos.

Catalina, como era de prever, hizo amistad con algunos hombres de mar y, entre ellos, el señor don Fadrique de Toledo, general de la armada. Al instante, la muchacha quiso conocer las proezas del almirante Toledo, Marqués de Villanueva de Valdueza, por el mundo. Le contó que había sido nombrado capitán general de la armada del océano, que tres años atrás había conseguido una gran victoria en el cabo de San Vicente sobre la escuadra holandesa, a pesar de que esta era muy superior a la suya.

Erauso aplaudió con fruición. Las contiendas marítimas erizaban su piel. Había nacido para la pelea a bordo. Toledo continuó con la guerra sostenida que le había ganado a los holandeses en el Canal de la Mancha, y otra contra una escuadra morisca, en el estrecho de Gibraltar. Hasta allí en Cádiz, se habían llegado, para recargar víveres y ánimos, y seguirían rumbo al Brasil, otras conquistas los aguardaban.

—Os felicito, general Toledo, cuánto orgullo para este, nuestro reino, tener en sus filas a un hombre de vuestra hidalguía y valor —le expresó Catalina.

—Quiero deciros, señora alférez, que tengo a otros dos Erauso en mi servicio. ¿Tal vez sean familia? —dudó el almirante, pero quiso

poner en autos a la muchacha.

Fueron hasta la posada que albergaba a unos oficiales y mandó a llamar a los presuntos familiares de Catalina.

—Aquí están, ellos son Domingo y Francisco de Erauso.

Catalina creyó que el corazón la delataba. Eran sus hermanos, sus queridos hermanos de los juegos de la infancia, de la protección ante los monstruos, de las risas pero también del dolor y el abandono.

—Soy yo, hermanos míos.

Les dijo, con lágrimas en los ojos y los brazos caídos. No pudo moverse. Los Erauso la escrutaron, desconociendo el cuerpo pero no la mirada, ese gesto y la sonrisa miedosa, que tan familiar les resultaba. Se acercaron y la abrazaron; se fundieron en un abrazo, que reconocía lo irreconocible. Toledo se retiró y dejó que los Erauso se reconciliaran con el paso ingrato del tiempo.

—Pero ¿dónde has estado, Catalina?

—¿Qué ha sido de ti?

—¿Cómo te encuentras?

Preguntaron, casi al unísono. Ella intentó dar alguna explicación que los satisficiera pero las palabras la rehuían. Que el convento, que la fuga, que el disfraz, las muertes y la libertad tan anhelada, apuró en un borbotón amontonado. Ellos asintieron siempre, la escucharon queriendo entender.

—¿Y nuestros padres? —preguntó Catalina, con la voz temblorosa.

Domingo y Francisco se miraron, ellos habían recibido las noticias.

—Nuestro padre ha muerto hace años ya, Catalina.

La Erauso nubló la vista y corrió hacia la memoria compartida con su padre. Cuando regresó, insistió con su madre.

—Ella también murió. Hace dos años.

—Qué tristeza, hermanos queridos. Seguiré camino por España, iré a San Sebastián.

Les informó a sus hermanos. Ellos le dijeron que embarcaban con el capitán Toledo, que tal vez sería mejor que no regresara a casa. Domingo y Francisco sabían que su madre no le había dejado nada, ni siquiera un recuerdo. Que la había matado sin estarlo.

Se despidieron con un abrazo apretado, la joven Erauso había tomado una decisión, nadie la haría cambiar de parecer .

* * *

Catalina llegó a Sevilla, se acomodó en una posada de mala muerte pero a los pocos días debió salirse de allí y esconderse en cuanto lugar le fuera propicio. Se había corrido la voz de su presencia en el poblado.

La noticia de que la monja fugitiva vestida en hábito de hombre,

de mujer encubierta con oficio de alférez y afán de aventura, y con un sinfín de hazañas a cuestas, había viajado de boca en boca, y los curiosos se transformaron en hordas preparadas para perseguir y, quien sabe, avanzar sobre la perseguida. Catalina se había hecho célebre.

Durante quince días, anduvo escondida cuanto pudo, pero no estaba dispuesta a vivir de eso modo, de pozo en pozo, sin ver la luz. Acabáramos, y partió hacia Madrid, en busca de notificaciones y garantías que dieran cuenta de la verdadera historia de su vida. Allí estuvo, agazapada cuanto pudo. Pero el poder se acaba cuando los medios son exiguos.

Una mañana, en la que se había escabullido al bosque donde todavía colgaba una espesa niebla de los árboles, creyó que estaría a resguardo. Lo que no sabía era que se había montado una operación silenciosa para seguirla, para rastrearla a sol y a sombra. Ninguna neblina lograría esconderla de los ojos sagaces de algunos hombres. Le gritaron que se detuviera, que no intentara nada. Conocían la destreza, casi de proporciones mágicas, de aquella mujer en hábito viril.

La llamaron por su nombre, ella respondió con un Antonio de Erauso.

Marche preso, había sentenciado un vicario, y tuvo que volver a la cárcel, esta vez, la primera en España.

Corrían los tiempos de Felipe IV, a quien le habían colocado la corona sobre la testa en marzo de 1621, a la muerte de su padre, el III. Pero por la juventud o la inocencia, o por la prepotencia del entorno, el flamante Felipe se vio en la obligación de nombrar como su valido de turno a don Gaspar de Guzmán, el conde-duque de Olivares, quien, en un periquete fue el que tomaba las decisiones y dio órdenes por doquier.

El Rey estaba para otras cosas. Aunque la cruz y el palio lo desvelaban, la fiesta era lo suyo. El afán de sobrepasar los límites de la rutina diaria —soporífera para el monarca— de una existencia subsumida bajo los hábitos repetitivos y carentes de espíritu, lo tomaban por completo. Para los asuntos de Estado estaba Olivares, que había ocupado su sitio con una sola aspiración: que este Felipe fuera el rey más grande del mundo. Sin ser menos piadoso que su padre, debía volver a la tradición de los Católicos.

El conde-duque se propuso adiestrar a Felipe. Pero su Majestad era perezosa, prefería los placeres que las obligaciones. Quienes visitaban su recámara y conocían con hondura las veleidades del rey, cuchicheaban que, por naturaleza, estaba dotado de todas las gracias corporales y del espíritu, pero le faltaba confianza en sí mismo, que delegaba demasiado. Y el elegido era Olivares.

Y fue este, don Gaspar de Guzmán y Pimentel, conde-duque de Olivares, el artífice de la excarcelación de Catalina. Él se sabía el hombre más ambicioso del mundo, nunca dejaba de hacer maquinaciones y pasaba noches en vela intentando mejorar a España, aunque sobre todo, su fortuna.

La corona de España debía recuperar su reputación, debía lograr la unidad de los reinos peninsulares y, para ello, necesitaban dinero y aportes financieros que permitiesen sufragar los esfuerzos bélicos para recuperar el prestigio. Para ello, había empezado a reclamar que todos los estados, reinos y señoríos de la Monarquía Española contribuyeran en hombres y en dinero a su defensa.

Se había enterado, por mentas, de la reclusión de aquel alférez vestida de hombre, de gran valor y puntería. Pues que le quitaran los grillos y ofreciera sus servicios al Rey.

Abrieron las puertas de la celda y Catalina apuró la salida sin buscar explicaciones. Con la libertad le bastaba y sobraba.

En su derrotero, fue en busca de caballeros generosos que tuvieran ansia por ayudarle. Precisaba recalar en Roma, debía pedir una audiencia con el Sumo Pontífice, le era urgente. Pero además quería una reunión con el Rey de España. Quería el reconocimiento oficial de sus méritos, de seguro la premiaría por su valor. Escuchando recomendaciones y consejos, la introdujeron a Sebastián de Illumbe, que le serviría de depositario de certificaciones y documentos que validaran sus palabras y para ser entregados, en caso, al Consejo de Indias.

Durante los veinte días que estuvo en Madrid, Catalina fue en búsqueda de algunos soldados que atestiguaran su presencia en los distintos puntos de América. Abrió puertas, se encerró con unos, otros y más, hasta que dio con unos colegas: don Luis de Céspedes Geria, el capitán de Infantería don Francisco Pérez de Navarrete, y don Juan Cortés Monroy. Su ahora hombre de confianza debía reunirse con ellos. Catalina debía partir.

Supo que el Conde de Javier partiría rumbo a Pamplona. Le ofreció sus servicios y emprendieron el viaje. Su impulso vital estaba intacto. Quería la redención del Papa, necesitaba la quietud de su alma. Con el corazón en calma, Catalina asumió que iba por el camino certero. Había abandonado la impaciencia. Sus ojos, que sabían mirar el infinito, vieron el misterio y la revelación de lo que vendría. Se encontró serena.

* * *

En Pamplona, Catalina abandonó al conde y se buscó morada encontrándola en casa del padre Juan Sanez de Cillero, un buen

samaritano de la villa. Le confió que quería partir a Roma, era el año santo del gran jubileo y le urgía encontrarse con el Santo Padre, ya que tenía negocios que debía subsanar y le importaban en grado extremo.

Era mediados de enero de 1625. A fines de mes, quería caminar los caminos rumbo a Italia. No podía perder tiempo.

—Os acompañaré, Catalina —se ofreció el sacerdote.

—Mi nombre es Antonio de Erauso —le porfió la muchacha.

El párroco agachó la cabeza, no quería discutir.

—Será un viaje largo, padre. ¿Estáis dispuesto a hacerlo?

—Sí, señor.

—Por tierra y como peregrinos.

—El camino de Dios está lleno de obstáculos.

En la sala, se encontraba un muchacho de 28 años, Pedro del Río, natural de Marcilla y criado del cura.

—No iré hacia el este, padre. Debo dirigirme al norte primero. Tengo una urgencia que atender.

Catalina quería recalar en San Sebastián y continuar la marcha. Estaba a unas leguas, quería visitar la tumba de sus padres, ver a sus hermanas, abrazar el reino que la había visto nacer, dejarse querer por sus paisanos.

Catalina, el padre Juan y su criado salieron al camino. Ella vestida con traje de peregrino, él con su hábito de monje.

Luego de trajinar algunos días, llegaron a las puertas de la villa.

—Os ruego que permanezcáis aquí —reclamó Catalina y los detuvo con un ademán. —Necesito hacer mis cosas, acabo y regreso por vos, y continuamos viaje.

Y cruzó la frontera con palpitaciones. Su corazón se apuraba, las tripas se le retorcían en una mezcla de ansia y pavura. Volvía a ser niña sin serlo.

Hizo unos pasos y llegó a la calle principal. Era un enjambre de vecinos que iban y venían con sus canastos, la comida o lo que fuere, arrastrado por sus faenas y voces fuertes. La muchacha tomó el aire y se reconoció en el salitre marítimo. Y siguió hasta la salida al mar. Marchó con paso aplomado y la cabeza en alto, y los ojos brillantes por la emoción y el viento que soplaba de la bahía de Vizcaya.

A diferencia de lo que había sucedido en su destino previo, aquí nadie la miraba. No había curiosos detrás de ella, ni preguntas ávidas por conocer su historia. No la veían, incluso sabiendo bien quién era.

Sabían que era esa vizcaína traidora que había abandonado a la Iglesia para degenerarse en hábito de hombre y matar gente, y robar dinero en mesas de juego y golpear hasta dejar sin vida y avergonzar a su familia.

Catalina reconoció a algunos paisanos, se acercó a saludarlos, pero

le dieron vuelta la cara y continuaron con lo suyo. Caminó hasta el monasterio de San Telmo, las piernas empezaron a pesarle. Un malestar la había asaltado. Se acercó a la iglesia, que mantenía sus puertas abiertas, y entró. Las pocas feligresas que se habían entregado al rezo matinal para agradecer o pedir, giraron las cabezas y, al ver la presencia de Catalina, fruncieron la nariz y se incorporaron en el acto. Como sombras, escaparon de allí. Catalina intentó detenerlas, no fue posible.

—Quisiera hablar con mis hermanas, padre —le solicitó al párroco que acomodaba los sirios del altar.

—No hay familia vuestra en esta casa.

Respondió el sacerdote y se esfumó. Catalina parecía catatónica. Se hincó en el último estaño y buscó señales divinas. Nadie la quería, le despreciaban, incluso, la palabra.

Se dirigió a la casa de los Erauso. La prepotencia de su andar la llevaron rápido. Golpeó a la puerta. Nada. Otra vez. Al rato, el estruendo de una celosía al cerrarse, le indicó que no era bien recibida en la morada de sus padres.

Alicaída, salió de allí y, a poco, se encontró con doña Agustina de Lissardi, conocida de su familia de tiempos del abuelo Erauso, caminaba con su andar tambaleante.

—Señora, busco a mis hermanas, quiero recuperar la sangre, ayudadme, por favor. Soy Catalina de Erauso —entendió que era preferible darle su nombre.

—Catalina está muerta. Y hace años ya.

La señora Lissardi le dirigió una mirada gris y pegó la vuelta. La joven perdió el pie. Cerró los ojos, no había previsto todo aquello. Recobró algo de ánimo y volvió sobre sus pasos, hasta la entrada de la villa.

—¿Qué ha pasado, Erauso? ¿Habéis visto al diablo? —le preguntó el padre Juan, que se había sentado sobre una piedra junto a su criado, a esperar al peregrino.

—Pero, padre, aquí estoy, apuremos el paso hasta Roma, allí encontraré el perdón que busco —susurró Catalina.

* * *

Los peregrinos tomaron el camino que los haría atravesar Francia, para luego llegar a Italia. En San Juan de Pie de Port, en la Baja Navarra, el padre Juan se despidió y dejó a su criado para que acompañara a Catalina. Debía regresar a su casa en Pamplona. Del Río iría en compañía y servicio de Erauso.

La pareja continuó la marcha —Catalina a caballo, Del Río a pie— y, en la entrada de León, de Francia, se encontraron con tres

caminantes; uno era vecino de Pamplona, Juan Pérez de Biquendi, a quien Del Río reconoció.

—Qué casualidad, don Pérez —le dijo.

—Vamos, junto a mi amigo Juan de Echeverría, oriundo de Bilbao, y Miguel, catalán, a Roma, a ganarnos el jubileo del Año Santo —les confió, vestido en hábito de peregrino, en romería.

—Sumarse a nosotros, señores, que haremos todos lo mismo —invitó Catalina y siguieron.

Fueron semanas y semanas de peregrinaje hasta que, cerca del Piamonte, a una legua de la raya del reino de Francia, saliendo de la ciudad de Pui y en un campo raso, vieron que avanzaba una caballería de guarnición francesa. A voz en cuello, los galos detuvieron a los peregrinos.

—¡Espías de España!

Desmontaron y, a punta de fusil, acorralaron a Catalina y a sus compañeros de los caminos.

Francia y España estaban en guerra y eran días tumultuosos en territorio hostil. Hacía varios años, había comenzado el conflicto entre estados partidarios de la reforma y la contrarreforma en Bohemia. En Francia, Richelieu había comenzado su ascenso político y había logrado sofocar una rebelión en La Rochelle, apoyada por la nobleza calvinista del Languedoc. Y a poco, se había encendido el pleito de la Valtelina, situado en la Italia septentrional, región poblada por católicos en su mayoría, aunque los protestantes habían ganado en poder, que enfrentaba, violentamente, a España y Francia. Las peregrinaciones a Roma, en ese momento, eran, en principio, un acto por demás temerario.

Los prendieron y los llevaron al destacamento. Les quitaron todo lo que llevaban consigo. Los dejaron en camisa para constatar que no escondieran nada. A Catalina le arrancaron la ropa, el dinero y los papeles que traía consigo. Sufrió grillos, cadenas y bofetones en la cara hasta derrumbarla, durante varios días. La acusaron de ser espía de Felipe IV. Se burlaron de ella, la estigmatizaron a carcajada limpia.

Fueron víctimas de golpes y vejaciones de todo tipo. A Del Río le gritaron que era judío, perro, marrano y luterano. Le dieron con un tizón en la garganta diciéndole que lo iban a abrazar como a un traidor bellaco.

—¡Que viva el Rey de España! —gritó Catalina y le dieron vuelta la cara de un sopapo.

Ella y su criado fueron los últimos que soltaron. Habían pasado dos semanas de ultraje. Los soltaron, pero a condición de que volvieran sobre sus pasos. No podían seguir en Francia, era territorio enemigo. Si querían permanecer allí, sería a costa de guadaña.

Con mucho trabajo, pobres, a pie y mendigando, Catalina y Del Río

salieron a los caminos nuevamente. Llegaron a Toulose en un estado calamitoso. Ella se presentó ante Antonio de Aura, Conde de Agramonte, Virrey de Pau, Gobernador de Bayona, a quien le había entregado unas cartas de España a la ida, quien, al verla tan desesperada, la mandó a vestir, y le entregó un caballo y cien escudos para continuar viaje.

Muda, Catalina volvió al camino. Le era imposible abandonar el ansia de desafío. Sabía que los peligros la perseguían, que las dificultades eran propias de la vida. Sin embargo, nada la detendría. Debía encontrar la salvación que le podrían regalar los poderosos.

CAPÍTULO IV

—Os aguarda Su Majestad.

Un anciano de librea la condujo a paso lentísimo hacia la antecámara real. Felipe IV la recibiría, al fin, en el palacio de Madrid. Catalina, adornada con sus mejores vestidos, entró con la cabeza descubierta.

El Rey, con su valido cerca, le señaló que se sentara. Tenía los ojos encapotados, había pasado una mala noche. Pero hizo un esfuerzo y le dedicó una mirada que la autorizaba a hablar.

—Buenos días, Su Excelentísima Majestad, vengo aquí a presentarme y a traer mi solicitud. Fui doña Catalina de Erauso, nacida vizcaína, monja, y soy el alférez Antonio de Erauso, que he luchado en América defendiendo vuestro nombre y poderío, y me he visto en la obligación de vestir de varón para subsistir, pelear y defenderme, y en mi nombre lo he hecho en el vuestro —sentenció Catalina, magnánima y calma.

El rey la miró de arriba abajo y giró la testa regia, en busca de alianza con el conde-duque de Olivares. Suspiró y la animó a que siguiera, que culminara con el petitorio, que el tiempo corría y su paciencia
se dormía.

—Me atrevo a pediros, si la real mano de Vuestra Majestad así me lo concediese, os suplico que me premiéis por mis servicios y así sustentarme, y pueda recogerme en las provincias del Perú en pensión sobre encomienda de indios —insufló los dichos finales y le extendió un memorial con una buena cantidad de documentos y certificaciones que había reunido, en los últimos meses, don Sebastián de Illumbe.

—En cuanto a si me mandaran a que ande en hábito de mujer, os remito a Vuestra Majestad para que mandéis lo que fuere más servido, ya que no tengo intención de mudar lo que traigo ahora.

—Olivares os despachará —respondió el Rey, semejante a una estatua animada.

Catalina y el conde salieron de los aposentos, Olivares le informó que debía remitirle el pedido al Consejo de Indias. Sin más, giró en

redondo y regresó al encuentro con el Rey.

En junio de 1625, el Alcalde de Guerra de Navarra dio orden de que se recibiera la información y declaraciones que habían recopilado los emisarios de Catalina de Erauso, en Madrid. Reunidas ante el notario Erdozain, el Alcalde las autorizó con su firma, para presentarlas donde hiciera falta. Los primeros días de septiembre, el escribano en corte don Baltasar Salgado las firmó.

Los hombres del Consejo de Indias recibieron a Catalina y su papelerío, y la favorecieron, tras consulta con Su Majestad, con 800 escudos de renta de por vida. Gracias y hasta la vista, pero el memorial no fue despachado hasta febrero del año siguiente. Y se permitieron aconsejarle que volviera al hábito de mujer.

El 12 de julio de 1626, doña Catalina obtuvo Real Cédula, por la que Felipe IV ordenaba a los Presidentes y Jueces de la Casa de Contratación de Sevilla, que dejasen "pasar a la Nueva España, al alférez doña Catalina de Erauso, que vino de las provincias del Perú, sin pedirle información alguna".

Partió Catalina, rumbo a Barcelona junto a unos amigos. Llegaron a Lérida, hicieron posta y descanso, y regresaron a los caminos por la tarde. Iba el grupo bien contento y entregado al olvido del azote de los peligros, cuando del costado derecho aparecieron, de repente, nueve hombres con sus escopetas y en alerta, cercándolos y obligándolos a apearse. Cumplieron la orden sabiendo que si la desacataban, perdían la vida.

Desmontaron, les quitaron las armas, los caballos y las ropas. Catalina iba con sus papeles. Imploró que se los dejaran. Fueron generosos, así lo hicieron.

Prosiguieron camino, a pie, desnudos y avergonzados. Entraron a Barcelona por la noche. Catalina se sentía apesadumbrada, no sabía qué hacer. Parecía doblegada por un cansancio infinito. Por primera vez se sintió vulnerable.

Como pudo, fue de casa en casa advirtiendo lo que le había pasado, pidiendo ayuda, vestidos para cubrir su desnudez y algo de comer para no morir de inanición. Entrada la madrugada e imposibilitada de tocar una puerta más, se arrimó a un portal, en busca de un refugio para descansar, y encontró a unos miserables tendidos sobre el piso, que farfullaron que su Majestad el Rey andaba por ahí, y el Marqués de Montes Claros estaba a su servicio. Catalina había conocido a Monte Claros en Lima, donde había cumplido cargos de Virrey.

A la mañana siguiente se presentó ante el buen caballero y le contó el desgraciado suceso del que había sido víctima. El Marqués sintió piedad por la doncella, la mandó a vestir y le consiguió una nueva reunión con el Rey, que la escuchó con atención.

—¿Pues cómo os dejasteis robar? —cuestionó Felipe IV.

—Señor, no pude más.

—¿Cuántos eran?

—Señor, nueve con escopetas, preparados para matar, que nos tomaron por asalto al pasar una breña.

Felipe IV se incorporó y salió de la antecámara. Detrás salió Catalina y a poco, encontró un despacho por el que el Rey le otorgaba cuatro raciones de alférez reformado y 30 ducados de ayuda de costa.

Catalina se despidió de Montes Claros y embarcó en la galera *San Martín*, que partía para Génova.

* * *

La galera atracó en la Serenísima República de Génova y allí permaneció durante quince días. Pero la majestuosa ciudad portuaria estaba algo convulsionada. Tradicionalmente aliada de España, había sido ocupada por las tropas francesas, al mando del Duque de Saboya. Sin embargo, la flota española comandada por el general Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, había acudido para relevar la ciudad e impedir el engrandecimiento del príncipe.

Una mañana, le encomendaron que se presentara a la casa del veedor general, don Pedro de Chavarría, del hábito de Santiago y hacia la morada se fue. Sin embargo, Catalina gustaba de salir al alba y, a tempranas horas, la ciudad no abría.

Catalina se entregó al paseo sin sentido y deambuló por ahí, para hacer algo de tiempo. Miraba por doquier, sus ojos se encandilaban ante tamaña belleza arquitectónica. Encontró una peña a la puerta de la morada del príncipe de Doria y se sentó para disfrutar del paisaje. Al rato, a su lado se sentó un caballero bien vestido, soldado galante y de frondosa cabellera. Le dijo unas palabras, Catalina notó que el hombre era italiano, y dieron comienzo a una conversación.

—Usted es español.

—Así es.

—Según eso, será soberbio usted, que los españoles lo son. Y arrogantes, aunque no de tantas manos como blasonan.

—Yo a todos los veo muy hombres para todo cuanto se ofrece —Catalina le clavó la mirada.

—Yo los veo a todos que son una *merda*.

Catalina se levantó de un salto y lo increpó:

—No hable usted de ese modo, que el más triste español es mejor que el mejor italiano.

—¿Sustentará lo que dice? —preguntó el italiano, de pie.

—Claro que lo haré.

—Pues entonces que sea.

—Que sea.

Y salió Catalina tras unas arcas de agua emplazadas allí cerca, y el italiano la siguió. Desenvainaron y empezaron a tirar sus espadas, y en eso, apareció otro hombre de la nada y se puso al lado del italiano. Ambos tiraron sus puntas contra Catalina, ella apuró los pasos contra el recién llegado y lo fue retirando de la contienda.

En eso, apareció un cojo con bríos y se acomodó a la vera del italiano, quien de seguro era su amigo, y empezaron a avanzar contra Catalina. Llegó otro desconocido y se le puso al lado. Siguió llegando gente a la escaramuza, y entonces se confundió todo y quiso la fortuna que Catalina pudiera meter pies en polvorosa y salir de ahí. Corrió hacia la galera y allí permaneció, sin saber nada más de los italianos pendencieros y galantes.

Había recibido una herida leve en la mano y le dedicó tiempo a su recuperación. En esas horas, descansó el cuerpo pero no la mente. ¿Qué le sucedía? ¿Reconocía aquel nuevo cansancio que la perseguía? ¿Es que ya estaba en años de sentirse anciana? Pero qué pensamientos abyectos la asolaban, si tan solo tenía 33 años. La edad de Cristo en la cruz de su muerte. ¿Algo empezaba a morir en ella?

Catalina se había cansado de ciertas cosas.

* * *

Y al fin arribó a Roma, en junio de 1626, con el único propósito de conciliarse con Urbano VIII, el Santísimo Padre de la Iglesia. Había llegado con un nombre, debía encontrarse con la persona que facilitaría la solicitud. El padre Rodrigo de Aganduru Moriz, agustino descalzo y español, era su salvoconducto.

Ese mismo día se encontraron. Catalina le confió su necesidad. Le urgía la unción del Papa, que la redimiera de todos los pecados y que la dejara ir en paz. El agustino le prometió que su deseo sería cumplido, que debían aguardar a que le otorgaran la audiencia. El Santísimo estaba ocupado.

Maffeo Barberini había ascendido en la jerarquía eclesiástica como sucedía en esos tiempos: a pura operación política y empujón familiar. Gracias a la influencia de su tío, quien había puesto dineritos a cambio de varios cargos, había sido nombrado nuncio en Francia, en 1604, por el papa Clemente VIII. Con la frente joven en alto, fue nombrado, a los pocos años, cardenal y arzobispo de Spoleto por Pablo V.

Barberini regresó a Italia y llegaría a ser prefecto de la Signatura de Justicia. Tras la muerte, en 1621, del Papa que había depositado toda su confianza en él, su sucesor, Gregorio XV apenas pudo ejercer su trono durante dos años porque la muerte lo encontró distraído, por lo que hubo de realizarse un nuevo cónclave. Cuando los manejos

secretos entre los intereses de España y Francia terminaron, Barberini salió vestido de blanco y bautizado como Urbano VIII. Atento a que nadie le horadara poder, nombró a su hermano Carlo como capitán general de los ejércitos de la Iglesia, su sobrino Francesco, de apenas 26 años, se convirtió en cardenal y gobernador de Tívoli, su hermano Antonio también recibió el capelo cardenalicio, y otros sobrinos queridos recibieron honores por algo digno de honrarse. Que todo quedaba en familia.

Urbano VIII gustaba de sentirse magnánimo y no perdió el tiempo en aumentar las posesiones del territorio eclesiástico. Sin poder evitarlo, fue atravesado por la Guerra de los Treinta Años y tomó partido. Su Santidad eligió ser contrario a los intereses de la monarquía española y apoyarse en la Francia del cardenal Richelieu, quien no dudó en mirar con buenos ojos a los protestantes y suecos, frente a los austríacos y españoles.

El padre Rodrigo le contó que al día siguiente visitaría a un caballero italiano, Pietro Della Valle, viajero pertinaz y erudito en varias disciplinas, que había peregrinado a Tierra Santa y quería compartir la experiencia, y además sería un gran contacto para apurar las cosas con el Papa. Le propuso si gustaba acompañarlo y hacia allí se dirigieron. El romano los recibió en su casa exudando algarabía.

—Me place presentaros, amigo mío, al alférez Catalina de Erauso, que busca audiencia con el Santo Padre —la introdujo el sacerdote.

—El placer es mío, mi amigo querido, alférez, y aunque he escuchado de vuestras hazañas en el Oriente, me placería conoceros de vuestra boca. Hasta allí ha llegado vuestra fama.

Dijo Pietro y los conminó a que se sentaran en sus sillones tapizados en riquísimos damascos. La figura de Catalina recorría el mundo.

—Gracias, Della Valle, ¿podréis ayudarme a que me encuentre con el Santísimo? —le preguntó Catalina y apoyó sus posaderas donde le indicaron.

—Claro que sí, pude besar su pie hace unas semanas, todo gracias al Cardenal Magalotti. Y el 20 de abril me nombró su Camarero de Honor.

Una semana después del nombramiento, Urbano VIII en persona, había informado en la Congregación de Propaganda Fide sobre los proyectos misioneros de Della Valle.

—Pero cuéntame de vos, Catalina.

—De niña me crié en un convento en Vizcaya, pero siendo novicia, me arrepentí de vivir esa vida y las ganas me llevaron a poseer una vida de hombre.

Y narró el sinfín de peripecias vividas en España y en América. Pietro detuvo la mirada en la doncella. Catalina era de gran estatura y

corpulenta, y escondía bien las curvas de mujer.

—Pero el cuerpo delata la verdad. ¿Cómo habéis hecho para parecer una niña? —y le señaló la camisa blanca.

—Usé un remedio que me secó el pecho y me lo dejó casi plano —y paso su mano por encima. —Un emplasto que me dio un italiano, al usarlo me produjo grandes dolores pero después se pasó, y no me estropeó las carnes. Me hizo buen efecto.

—Ya lo veo.

Y la miraron detenidamente. Catalina se acomodó la melena negra detrás de las orejas, con gesto de mujer.

—¿Sabe, Pietro, que los soldados, al ver mi barba rala, me decían el eunuco? —y Catalina se rio a carcajadas.

Rieron los tres y continuaron con la charla. Cuando se hizo la hora, Della Valle repitió la invitación para que volvieran a su casa al día siguiente. Daría una fiesta y quería presentarla a diversas damas y demás caballeros. Y si se atrevía, posar para el artista Francesco Crescencio, su amigo dilecto, quien se sentiría más que honrado de retratarla. Catalina aceptó encantada.

CAPÍTULO V

Tras el encuentro con el Papa su temporada romana transcurrió de fiesta en fiesta, y de paseos bucólicos y hedonismo, en su máxima expresión. Conoció nobles, trotamundos y religiosos. La doncella enmascarada ahora sin máscara, ansiaba escuchar los relatos de todos pero siempre era convocada para ser ella la dueña de la palabra.

Las puertas de Roma se le abrieron de par en par. Fue un mes y medio de convites, reuniones con príncipes prometedores del oro y el moro, obispos y cardenales que le suplicaban que le diera rienda suelta a la lengua y les relatara sus aventuras en aquel otro continente, y señores regalones que ofrecían lo que ella gustase reclamar.

Un viernes, unos distinguidos caballeros la convocaron para que los acompañara al Senado Romano. Catalina subió las escalinatas, rodeada de escoltas, y siguió a sus mentores hasta la sala donde la aguardaban. La asentaron en un libro, nombrándola Ciudadano Romano.

El 29 de junio, el Día de San Pedro, de 1626, la hicieron entrar a la Capilla de San Pedro —inaugurada y consagrada por Urbano VIII— y la acomodaron en el primer asiento junto a los cardenales, para que presenciara la ceremonia que se acostumbraba a ofrecer en aquella fecha. Al finalizar el rito, la mayoría de los presentes la lisonjeó. Una junta de cardenales le mostró su agrado, incluso pidieron tocarla, siempre con recato, y ella sonrió.

Por la tarde, hallándose en una rueda de las más altas esferas vaticanas, uno de los elegidos, el cardenal Magalón, pidió la palabra y expuso con gusto:

—Qué maravilla, es que no tenéis otra falta que ser español —y una sonrisa con exhibición de dientes se congeló en su cara.

—A mí me parece, señor, siempre debajo de la corrección de Vuestra Señoría Ilustrísima, que no tengo otra cosa buena.

Catalina pegó la vuelta y se retiró con una cadencia suave y algo sensual, irreversible a pesar de ella.

Continuaron los festejos, siguió sentándose a las mejores mesas, comiendo manjares que nunca había probado, dejándose llevar por el

mareo de una vida de lujos. Quién sabía y debía aprovechar, todo esto se acabaría de un momento a otro.

Se creyó todo lo que le decían, la adularon y se le endulzaron los oídos, los hombres, intentando descubrir cómo había logrado todo lo que había vivido; las mujeres porque la veían atrevida e inquietante.

Rio como la primera vez, su corazón latió fuerte durante casi dos meses. Se apoltronó con aire marcial para que la retrataran, se sintió bonita y deseada como jamás le había sucedido. Esta vez, todos sabían quién era. Ella era la verdad revelada. Bebió los mejores licores y se embriagó como nunca, despertando, al día siguiente, sin saber dónde se encontraba tendida.

Pero los últimos días, un malestar empezó a carcomerle las entrañas. Algo no andaba bien dentro suyo. La alegría empezó a diluirse, dejó de sonreír y si lo hacía, aseguraba que estaba disfrazada. Le costó mucho impostar una felicidad que no sentía.

Roma había sido suficiente, quiso huir de ahí.

* * *

Y embarcó en el muelle de Ripa, navegaron el *Tevere* para desembarcar en las majestuosas aguas marítimas rumbo a Nápoles.

Había extrañado el mar, como se extraña a un amor furtivo. El mar era su tierra natal y la infancia, ambas algo olvidadas, pero fue navegarlo y revivir todo aquello. Porque el pasado en el agua era la posesión de aquello que había amado, aquellos días felices que había vivido y elegía rememorar. Para algunos, el mar solo convocaba a peligros, para ella, en cambio, era su tabla de salvación.

No cruzaba los mares para ir a la busca de amores expectantes; encontraba sosiego en el oleaje, toda ansia que cubría su alma, era acariciada por el vaivén del mar. Nunca abandonó cubierta, apoyada en la baranda noche y día, se internó en los desteñidos jardines de sus sueños. Y, sin buscarlo, le apareció la figura desarticulada de su madre. Ojalá estuviera orgullosa de mí, pensó Catalina, pero lo pensó imposible. ¿Acaso la reconocería en esos vestidos, joven y saludable, y apenas envuelta en el bamboleo marítimo? ¿Confiaría en los relatos de fuerza, y de su valor y de su libertad? Pero de nada servía hacerse esas preguntas. Su madre estaba muerta.

Dejadme llorar ahora, le susurró a nadie y se permitió el descargo. Las lágrimas cayeron como arroyo constante y perdió el temor probable de secarse por dentro. Y se sintió mejor. Posó sus ojos en el horizonte y, acercándose cada vez más, apareció la orilla que la vería desembarcar.

Mi mar sagrado, que me llevará, Dios lo quiera, a estas playas serenas, soñó con los ojos abiertos y al fin arribaron al *ponte de mare.*

(77) Desembarcaron, y Catalina pasmó la mirada en *Santa María dei Carmine Maggiore*, la iglesia emplazada en el frente marítimo, fundada por los frailes Carmelitas a fines del siglo XIII, luego de verse obligados a abandonar Tierra Santa, a raíz de las Cruzadas.

Atravesó el umbral y entró. La iglesia estaba en silencio, no había murmullos de oraciones. Sin querer interrumpir el sonido de la nada, caminó etérea hasta el crucifijo milagroso. Allí se detuvo un momento, quiso pedir algo, aunque ya todo le había sido concedido.

Y eligió perderse en los barrios marineros, allí pasó sus días, las tardes, las noches. Se dejaba ver por las calles de *San Giovanni a mare*, (78) y su iglesia que, de tanto en tanto, se convertía en el centro de acontecimientos religiosos rayanos en lo profano. Catalina gustaba de mezclarse en esos rituales, le recordaban los cuentos que había escuchado de niña, de las fiestas paganas vascas.

Mostraba su fascinación al deambular por la puerta Capuana —construida en el siglo XV por el rey Fernando I de Nápoles—, a la que le quitó la función defensiva original para donarle su propio afán por la aventura, recorrió la puerta y la plaza de Castelnuovo. Con esos paseos, Catalina selló un pacto con su mar venerado.

Un día, paseándose por el muelle, Catalina reparó en un grupo ruidoso, que reía y hablaba con voz frenética. Eran dos damiselas y dos mozos que llamaban la atención de todo quien pasara por ahí. Las muchachas reían a carcajadas y miraban, desafiantes, a Catalina. Cuando tenían un segundo, interactuaban con los mozalbetes embelesados, para volverle a clavar sus ojos. Catalina se había acostumbrado a ser el fruto de la observación constante. Concurría a una casa, la miraban, caminaba por la calle, los ojos del mundo la perforaban, y así por siempre.

Como si la conocieran de siempre, las jóvenes insistieron en mirarla. Catalina respondió y las observó de vuelta.

—Señora Catalina, ¿dónde está el camino? —preguntó una, con gesto socarrón.

—Señoras putas, a darles a ustedes cien pescozadas, (79) y cien cuchilladas a quien quiera defenderlas —respondió Catalina, dedicándoles una leve sonrisa.

El grupo se hizo a silencio. Ellas, moradas como una remolacha, escaparon de ahí. Muda, Catalina se convirtió en una dulce sombra.

Pasaron las semanas, se sintió como embriagada de su propia historia. Empezó a sentirse asqueada de la voluptuosidad italiana. Esos meses en Roma y Nápoles habían colmado su capacidad de resistencia. La belleza era extrema, la erudición de sus ciudadanos era inabarcable y el poder de los príncipes y de los hombres de Dios la atemorizó. No había conocido el miedo, en Italia, en cambio, el pavor fue en aumento.

¿A qué le temía? ¿Quién la perseguía? ¿Un hombre, una mujer? ¿O era ella su peor verdugo? Las voces lastimaban sus oídos, se sentía escrutada por ojos que despreciaba.

Asumió que Europa ya no le podía dar respuestas. Había conseguido lo que había ido a buscar. En Madrid, la solicitud de reconocimiento del Rey, en Roma, la autorización y la redención del Santo Padre. Ya nada tenía por hacer en Europa. Regresaría a América, lo había decidido.

Sin embargo, debía resolver unos últimos asuntos en España. Necesitaba cerrar la casa, costara lo que costase.

77. “Puente del mar”, en italiano.

78. La zona portuaria en la actualidad.

79. Golpe ritual que daba el caballero armado con la mano abierta en el cuello del caballero novel.

CAPÍTULO VI

Catalina desembarcó en Sevilla con una misión: obtener el permiso de traslado a América. Pero no se iría, sin antes despedirse de su hermana y arreglar las cuentas. Le escribió una larga carta a Mariana, pidiéndole permiso para verla. Le confesó que se iba para no volver, que deseaba legalizar su éxodo y no molestar a nadie. Que la entendiera, que la hubieran matado si la descubrían mujer, que aquella había sido su única alternativa. Quería poco, un último abrazo, si era benevolente para dárselo. Firmó Catalina de Erauso y sintió un alivio enorme. Solo restaba aguardar la respuesta.

También reclamó a la Casa de Contratación de Sevilla que la dejasen pasar a Nueva España. Había solicitado, antes, al Perú como destino. Sin embargo, cambió de parecer. Pretendía nuevos aires, otras gentes. Estaba dispuesta a cambiar muchas cosas en su vida. Se había cansado de las personas iracundas, ahora prefería a las tristes.

Mientras tanto, también pidió que la concesión de la pensión en Perú que le había otorgado Felipe IV, se la mudara a la provincia de Guatemala o a la Nueva España, acrecentándole otros trescientos pesos más en indios vacos. Aguardó a que se hiciera justicia.

Ejercitó la templanza, esta vez sin incomodidad, y llegó el día en el que recibió la respuesta de su hermana. La esperaba en casa.

Consiguió una plaza en una nave y hacia allí se dirigió. Con lo justo, se presentó en el hogar de sus padres. Allí la recibieron Mariana y su esposo, don Juan de Besga Arellano.

El reencuentro fue gélido como un témpano. Catalina no sabía cómo acercarse a su hermana, Mariana tampoco. Fueron rápido a lo que querían. Firmaron el documento que rezaba:

> *"En la noble y leal villa de San Sebastián, a veintiséis días del mes de septiembre de 1629, por testimonio de mi escribano y testigos, compareció presente el alférez doña Catalina de Erauso, vecino de esta villa, y confesó haber recibido a su parte y poder realmente y con efecto de Juan de Besga Arellano y Mariana de Erauso, su legítima mujer, su cuñado y hermana, vecinos de esta villa, mil reales en dinero al contado y otra letra de mil y cien reales para que los cobre en Madrid de Pedro del Hoyo Maeda, vecino de ella, y más un poder en causa propia, que le otorga*

Vicente Cigarroa, vecino de la villa de Fuenterravia, para que en Sevilla los cobre de Juanes de Mendiola y Bernardo de Bonilla, mercaderes vecinos de ella, que le deben en virtud de escritura de obligación por ellos otorgada, y en estas cantidades le dan y pagan porque hacen renunciación de las legítimas paterna y materna que le tocan al dicho alférez como a uno de los hijos de Miguel de Erauso y de doña María Pérez de Galarraga, sus padres difuntos, vecinos que fueron de esta villa, en los bienes y herencia que de ellos quedaron, y está presto de hacer con que el dicho Arellano haya de obligar en esta escritura de que le será aceptada y pagada la letra de los dichos mil y cien reales."

Catalina se acercó para despedirse de su hermana. Los pasos fueron cortos, vacilaba, las ganas avanzaban, el cuerpo no.

—¿Te vas hermana? —le preguntó Mariana.

—Sí, ya nada me queda por hacer aquí —le respondió y la rodeó con sus brazos.

Permanecieron juntas por un tiempo, hasta que Mariana se separó un poco y volvió a preguntar:

—¿Y a qué te vas?

—A vivir mi vida.

—¿Y no pudo ser acá?

—Parece que no, Mariana.

—Me siento triste, Catalina.

—La tristeza llena los vacíos.

Y se fue para no volver jamás. Catalina embarcó rumbo a Sevilla.

* * *

Fueron tiempos de innumerables traspiés en Sevilla. La Casa de Contratación demoraba la confirmación de la cédula del Rey y Catalina no estaba en condiciones de partir. Y por si esto fuera poco, necesitaba cobrar los ducados de la familia y la renta aprobada por la Corona.

Tampoco conseguía embarcación que la llevara a su destino. Parecía que los hados la enfrentaban, que la fortuna le daba vuelta la cara.

Sin embargo, el 11 de julio de 1630, la Real Cédula fue registrada y Catalina solicitó una nueva licencia de embarque para la flota que habría de partir ese año. Suplicó que le dieran su despacho, pidió que se hiciera justicia.

El Consejo había deliberado que, aunque el andar en hábito de varón era cosa prohibida, pero con él había servido tantos años y con tanto valor en guerra tan porfiada y continua, y el haber recibido heridas, resultaba pertinente hacerla merced con qué sustentarse y recogerse.

Al fin podía llevar a cabo su objetivo, desembarcar en el último

puerto de su odisea. A diferencia de Hércules, no regresaba a casa, se dirigía a un sitio desconocido que la apaciguaría aún más; se dirigía a una tierra que prometía, que le ofrecía esperanzas.

Embarcó en Cádiz, fueron semanas y semanas a bordo de la Flota de Indias, hasta que atracaron en Veracruz, el principal puerto del Virreinato. Y como era de esperar, al poner pie en la orilla, Catalina quedó desorientada ante semejante bullicio. La ciudad portuaria concentraba a multitud de navegantes, estibadores, marinos, mercaderes y empleados de la Administración.

El comercio se concentraba allí y las riquezas de Nueva España atraían, principalmente a la corona de España, y por un atajo prohibido, a los piratas y comerciantes holandeses, siempre listos para el contrabando, en detrimento de las ganancias de Veracruz.

Avispada, Catalina supo acomodarse para subsistir, hasta que se consiguió una recua de mulas y algún que otro animalejo, para entrar en el mercadeo menor. Proporcionaba el animal por unas monedas, en arriendas cortas.

Los primeros tiempos fueron de caminar en silencio. Tampoco le hizo falta más. Con el tranco largo y apacible, y su fila de mulas que la llevaba de un lado a otro, transcurría la ceremonia secreta, de charla consigo misma y con la voz apagada. Aunque la canícula la abrasara y los ojos se le cerraran por el sopor del sueño, el trote corto de sus mulas la arrastraba hacia adelante.

En una de las vueltas a la ciudad, mientras aguardaba algún nuevo negocio por cerrar, un mercader se le acercó, conociendo de su disposición, y le pidió la palabra.

—Vengo a por un contrato con vos, y buena paga —le ofreció el comerciante.

—Una mula por tres reales, el resto a conversar —respondió Catalina.

—No vengo por los animales, quiero que le hagáis entrega de esta carta al Alcalde Mayor de Jalapa del Valle —y blandió la correspondencia lacrada.

—¿Solo eso?

—Mediante la misma, solicitamos que nos envíe a su hija, merecida a entrar de religiosa en nuestro convento.

—¿Nada se me oculta?

—Precisamente, doña Erauso, no habrá problemas en que vos la traigáis para aquí, porque aunque vistáis de varón, bien conocemos la verdad.

Partió Catalina hacia Jalapa del Valle, con carta, mulas y ahínco. Fueron leguas y leguas de silencio, que fueron la bendición del cielo, tan acostumbrada que tenía la cabeza a los ruidos y a las voces.

Al llegar, se encomendó al Alcalde y le entregó la misiva. El

hombre leyó con pausa, enterándose por el papel que la peregrina era una mujer, que muy bien podía entregarle a su hija, que ya habían conformado que haría su ingreso al monasterio, que no correría peligro de vejación con la hembra de las mulas.

El Alcalde levantó la vista y miró lo que tenía enfrente, quien con pelos y señales parecía demostrar que era muy hombre. Se retiró para adentro y abandonó a Catalina en la sala. Fue directo a la alcoba de sus hijas y les pidió que ordenasen un baño e invitaran a la persona que acababa de llegar.

Dieron el sí las niñas y llenaron la tinaja con agua. Convocaron a la peregrina, que se quitó el calzón, la camisa y las botas, y se quedó como Dios la había traído al mundo. El Alcalde, que se había escondido detrás de algún parapeto en pos de no ser visto pero pudiendo verla de cuerpillo gentil, calmó su desvarío y confirmó lo que no se daba.

Al día siguiente, el Alcalde le entregó a la hija de próximo velo religioso, y salieron ambas a lomo de mula. Era largo el camino de vuelta, Catalina estaba impresionada por la hermosura de la dama.

Llegaron a un paraje que llamaban el Chilas y se dispusieron a atravesarlo por la calle principal. El Alcalde Mayor de esa jurisdicción avanzaba desde el frente, secundado por su criado.

—¿Adónde lleva a la dama? —le preguntó a la peregrina.

—A México —respondió Catalina, con voz débil.

—¿Es su mujer? —insistió, perturbado.

—Ni es posible serlo —intervino la dama.

—Eso pregunto, señora hermosa, quítese vuestra merced la mascarilla, que importa al servicio de Su Majestad.

—Ni Su Majestad tendrá noticia de nuestro viaje, ni a su real servicio hace al caso quitarse o no quitarse la mascarilla, que no ha de conseguir menos que pasando por dos balas que tiene este arcabuz —respondió Catalina, bastante enfadada.

—¡Viremos ahora mismo! —le ordenó el Alcalde a su criado, dando a entender que regresarían con auxilio.

Catalina y la dama apuraron la marcha y en cuatro horas escaparon hacia otra jurisdicción. Siguieron por los caminos buscando su destino.

La señora se sintió a salvo y aflojó la lengua, era una gran conversadora. Su guía, en cambio, se dedicó a escucharla y asentir, de tanto en tanto. Ya no quería hablar, le parecía que no tenía sentido ponerse a contar cosas a las que ya no les encontraba ninguna explicación. Sus palabras se habían vaciado. Se habían secado como agua en el desierto.

* * *

La pareja llegó a Jalapa del Valle y fueron recibidos con algarabía por los familiares de la dama, orgullosos de que la niña se consagrara a la vida religiosa y les regalara, con eso, una unción divina.

Escoltada por los parientes, la señora caminó hasta el convento con paso solemne, cual si vieran a la novia rumbo al altar. Sin embargo, un tumulto detuvo la marcha y era un hidalgo el que, al posar sus ojos sobre la beldad presta a franquear el umbral sacro, pegó un alarido y reclamó su mano.

—¡La quiero por esposa! —pidió el caballero.

Catalina merodeaba por ahí y, al escuchar el pedido, se plantó al suelo y lanzó su oferta:

—Os dotaré si entráis a la casa de Dios, además de la dote, pondré 3000 pesos de renta y os daré la mitad de lo que cobro en la Real Caja. Y entraré con vos en el convento, señora.

La disputada abrió los ojos y la boca en un estupor que parecía de nunca acabar. Sin embargo, sabía bien lo que quería. Le dijo que sí a la propuesta del hidalgo y se desposaron, sin contratiempos a la vista.

La única desgracia fueron los celos enfermizos de Catalina, que terminaron por postrarla en una cama, atacada por un mal desconocido.

Había reconocido su cuerpo por primera vez, había dejado de ser una dulce sombra para convertirse en un terreno vivo. Algo le quemaba por dentro, el deseo de fundirse en la carne de aquella bella dama la embriagaba. Sumida en un delirio novedoso, clamaba por ella en las noches, en los días, a toda hora. Quería tocarla, descubrirla pero, sobre todo, encontrarse a sí misma.

La sangre se le vino urgente y voluptuosa, latía en una espesura llena de hambre imposible de contener. Insaciable, enferma, arrasada por un furor que nacía en el bajo vientre, difícil de controlar, así se sintió Catalina, como una perra en celo o, también, el macho que persigue a su próximo apareo. Se compadeció de sí misma, del milagro de la debilidad, de la timidez con la que enfrentaba lo que le sucedía. Estaba viva, escuchaba los latidos de su cuerpo. Al fin entendió la sensualidad que la cubría y extendió su mano como una pordiosera, una pordiosera de amor.

Pasó el tiempo y creyó haber curado sus heridas. El fuego de los celos devino en envidia, pero no pudo sanar las ganas que tenía de ver a la flamante esposa. Su corazón latió locamente ante la idea de un posible rapto, o una fuga, o lo que fuere.

Y llegó el día en que no pudo detener el frenesí y tocó a la puerta de la casa de la pareja. Fue bien recibida por los esposos, que no guardaban rencor alguno por la escena escandalosa del pasado.

Catalina continuó con las visitas hasta que una noche, empujada por la moral y las buenas costumbres, la desposada le murmuró a su

esposo que clausurara la entrada de la convidada. Sus amigas observaban con mirada taimada la presencia de una tercera parte en el hogar conyugal, y lo habían hecho correr. Movidas por los celos o por un ataque ético, que no se pudo saber, pero el acicate llegó a buen puerto.

Catalina estuvo a poco de caer en un trance de locura. No quiso creer que la rechazaran de eso modo. Le resultaba incomprensible no volverla a ver. Pero apeló a su coraje, tomó la pluma y escribió:

> *"Cuando las personas de mi calidad entran en una casa, con su nobleza tiene asegurada la fidelidad del buen trato, y no habiendo el mío excedido los límites que piden sus partes de vuestra merced, es deslumbramiento impedirme entrar en su casa, demás que me han certificado que si por su calle paso, me ha de dar la muerte, y así, yo, aunque mujer, pareciéndole imposible a mi valor, para que vea mis bizarrías, y consiga lo que blasona, le aguardo sola detrás de San Diego, desde la una hasta las seis.*
>
> *Doña Catalina de Erauso"*

Leyó el desposado y respondió:

> *"Poco debiera a las muchas obligaciones que a mi calidad profesa si viéndome tan desigualmente desafiado, me dejara llevar por el enojo que, siendo un hombre, podría, pero siéndolo de una mujer, no es bien tan de conocido arriesgar la reputación adquirida; y así, sirviéndose vuestra merced de dejar eso para los hombres, puede ejercitarse en encomendarse a Dios, que la guarde muchos años."*

Rayos y centellas salieron de los ojos de Catalina, viéndose burlada en sus sentimientos. Sin embargo, algunas almas caritativas pusieron su empeño para recomponer la relación, que tantas alegrías habían traído al pueblo, y lograron el acercamiento.

Pasado un mes, Catalina repasaba las calles en quietud, cuando un trajín la llamó a acercarse. Allí estaba su renovado amigo, con espada y broquel, en un enfrentamiento contra tres, a los que ponía a cuidado. Se le acercó Catalina, y con su espada y daga desnuda se le puso al lado.

—Señor hidalgo, los dos a los que salieren —le propuso y acometió a los tres adversarios con tanto arrojo, que los dejó de una pieza.

—Señora alférez, blanda la mano, qué importa —respondió el hidalgo.

Se acercaron varios más y trajeron paz. El hidalgo suspiró con tranquilidad y cuando estuvo a punto de agradecerle, Catalina envainó su espada y le dijo:

—Señor hidalgo, como antes.

CAPÍTULO VII

La rebautizada Catalina en Antonio, se encontraba, en 1639, en la isla fortificada de San Juan de Ulua, (80) aguardando el arribo de un galeón, que sabía, traía buena carga. Se había sentado cerca del muelle, oteaba el oleaje, aprovechaba su rugido calmante.

Llegó la nave al atardecer y comenzó el desembarco. Las voces, los gritos, el trajín portuario no desconcentraron a Catalina, no oía nada. La atención, que debía haberla puesto en el cargamento y las posibilidades de mercadeo, la había perdido en el mar.

—¡Erauso! —le gritó una voz.

Con lentitud, movió la cabeza hacia el llamado. Creyó reconocer a quien le gritaba. El cuerpo de un hombre teñido de rojo por el crepúsculo sangriento del cielo se le acercó.

—Qué casualidad veros en Veracruz, ¿me recordáis, Catalina? —la saludó con una sonrisa.

Lo miró con atención y sí, era el capitán Juan Pérez de Aguirre, conocido de su reino, aquel que había abandonado. Asintió con levedad.

—¿Y qué hacéis aquí y a estas horas?

—Vivo por aquí y por allá, aguardo la mercadería —respondió Catalina, escueta.

—Interesante el trabajo del comercio. Imagino que tendréis unas buenas ganancias —Pérez de Aguirre levantó la ceja.

—No estoy aquí para ganar dinero. Estoy en este lugar para vivir.

El capitán frenó una carcajada, prefirió no decir lo que pensaba. Seguía siendo aquella moza de San Sebastián, detuvo su mirada en Catalina, “esta y sus rarezas”, pensó, y sintió que no le iría bien.

—¿Y vuelves para casa?

—Jamás.

Guardaron silencio por un rato. Se olía el aire de mar. Sin más, Catalina se incorporó y salió de allí. El capitán le dijo adiós en voz alta, y prometió saludos a la familia en San Sebastián. Catalina no se dio vuelta, siguió hacia adelante.

Algunos incidentes últimos acapararon sus pensamientos. El Santo

Oficio de Nueva España había condenado a expulsión, pero sobre todo a ejecución a los comerciantes más relevantes de Veracruz. Se los acusaba de colaboracionistas con el Imperio Portugués en contra de España, también de judaísmo. Se había tejido una red clandestina de judíos. Iban a por ellos. Más de doscientas personas asentadas en el Virreinato de la Nueva España serían cuestionadas bajo la sospecha de practicar "la Ley muerta de Moisés". Eso señalaban los comisarios de la Inquisición.

Tomás Treviño de Sobremonte, reconocido comerciante y fervoroso católico, profesaba, en la intimidad de su hogar, la antigua Ley de Moisés, inculcando sus ritos a su descendencia y a algunos miembros de su comunidad. Unos años atrás, había enfrentado el primer proceso liberado por el Santo Oficio. Se había salvado gracias a sus influencias y a la promesa de renunciar a sus antiguas creencias. Le ordenaron a portar un sambenito durante un año, asistir a misa los domingos y recitar con devoción el Padre Nuestro y el Ave María.

Pero le siguieron echando el ojo, las delaciones estaban a la orden del día.

La caza de herejes la perseguía. Ya nada tenía para ocultar, si la cuestionaban, tenía las respuestas, pero el torrente persecutorio flameaba en el aire.

Catalina miró a su derredor y se dio cuenta de lo mucho que amaba todo cuanto la rodeaba, lo mucho que todo aquello le pertenecía.

Ese despertar silencioso en esta nueva tierra, con esa felicidad secreta y una dulce melancolía, eran su destino y no lo que había deseado el resto del mundo, en su afán persistente.

* * *

A los pocos años, Catalina se organizó con lo justo que cubriera sus necesidades. Eso era suficiente para ella. Se había agenciado unos cuantos negros que la ayudaran en el traslado de ropas y vestidos, por los caminos de México. Era la muletera de Veracruz, la llamaban la Antonio de Erauso.

Recorría los senderos más difíciles, también los caminos reales. Sus criados la veían, temprano por las mañanas, hincarse y rezar las plegarias propias de las monjas profesas. Ayunaba en las cuaresmas, los adviento s y las vigilias. Los lunes, los miércoles y los viernes hacía tres disciplinas, y todos los días oía la misa. Los negros miraban y aceptaban que la patrona con nombre de hombre hiciera todas aquellas cosas que ellos preferían evitar. A veces, les reclamaba que la acompañaran en sus rituales, que les haría bien, que lavaría sus pecados y entrarían con gracia al porvenir. Pero no insistía demasiado,

sus negros eran leales y querendones. Con eso bastaba.

En el año 1645, el galeón del general don Pedro de Ursúa atracó en el puerto de Veracruz. A bordo iba don Nicolás de Rentería, caballero laico que con los años se entregaría a la orden capuchina.

Cruzaron miradas y saludos, varias veces, por las calles de la ciudad. A Rentería le llamaba la atención aquel hombre bien puesto, de quien le develaron, luego su verdadera identidad, a quien los vecinos de allí querían tantísimo y repetían que era una señora de un gran corazón y enorme destreza en lo suyo. Le fascinaba su andar lento en ropas discretas de varón, adornadas por una espada y daga con guarniciones de plata.

—¿Cómo le va, Erauso? —saludaba Rentería.

—Bien, ¿y usted?

Y así cada vez hasta que, un día, se atrevió y le solicitó que lo llevara a él y un baúl de pertenencias hasta la ciudad de México. Combinaron la paga y, Catalina y su recua de mulas y negros lo invitaron a partir.

Fueron días, los primeros, de una peregrinación silenciosa. A los guías les importaba poco, estaban acostumbrados a la procesión queda a través de la aridez del desierto, siempre cubiertos por los mil cielos. Pero Rentería empezó a inquietarse, se preguntó si formaba parte de una caravana de muertos. Quiso probar que estaba equivocado y no esperó más.

—Está siempre muy triste, Erauso.

Catalina no dijo nada.

—¿En qué piensa cuando se pone así de triste? —porfió el viajero.

—En el camino que no me ha enseñado mi madre pero busco y busco.

Rentería sintió una puntada en la panza y se removió en el lomo de la mula. Catalina le dirigió una mirada lánguida y volvió al camino.

—¿Y la extraña?

—A veces la tengo a mi lado y me habla, otras, me grita, “¡Ay, vida, no me mereces!”.

—¿Vive?

—Parece que ha muerto.

Y Catalina cerró los ojos y le urgió la imagen indeterminada de gracia y bondad de su madre que, unas veces le tendía una mano protectora y, otras esperaba, ansiosa, recibir la protección de alguien. Pero el recuerdo del ambiente asfixiante del monasterio donde había crecido, la sepultó en una desesperanza total.

—¿No tiene miedo?

Pensó un buen rato antes de responder. Miró sin prestar atención a nada y hurgó en sus sentimientos.

—Miedo tuve antes y no lo supe.

Ahora se sentía en paz.

—¿Y a la ley del hombre?

—Ahí no hay ley, señor.

—¿Y quién la rige a usted?

—Me ha regido Dios Nuestro Señor, también Su Majestad el Rey Felipe IV, pero sigo siendo una paria.

—Eso atemorizaría a cualquiera, Erauso.

—He sobrevivido. Y no me vanaglorio de eso. Hice lo que tuve a mi alcance. Fue mucho en una oportunidad, ahora es nada.

—A veces vacilo, Erauso. Me admiro de vuestras convicciones.

—Lo único importante, señor, es la integridad.

Y no quiso hablar más, se había cansado. Faltaban muchas jornadas hasta llegar a destino. Las respuestas que le había dado al viajero, empezaban a tambalear, volvían a ser preguntas. Y la duda regresaba, como el viento ardiente del norte.

Poco a poco se convirtió en silencio. Escuchaba con atención lo que tenían para decirle, las opiniones en contra, los reveses, y pensaba que, en verdad, no estaba en condiciones de contradecir a nadie.

Poco a poco, Catalina empezó a entender que todos los estertores de entusiasmo vividos no eran más que fragmentos de un diálogo solitario. La desilusión fue más grande.

* * *

A mediados de 1650, regresaban Catalina y su recua cargada, a la ciudad de Veracruz. Hacía días que marchaban sin descanso, debían apurarse, los esperaban en el destino y ya era tarde.

—Tiéndase un rato, ama.

Imploró su negro querido, pero ella se negó.

—A seguir, que falta poco.

Respondía con un temblor en la voz. Hacía días que la doña Antonio andaba con unos temblores extraños. Sus esclavos lo habían percibido pero era imposible decirle nada. No escuchaba, era terca como la recua de mulas. Al único que atendía era a su negro querido.

Toc, toc, toc, golpeaban las patas retaconas de las mulas sobre las grietas de la tierra sedienta. Catalina secaba las perlas de sudor de su frente y apretaba la casaca contra su pecho. Estaba aterida de frío.

—Hace frío, negro querido. Dame una cobija.

Los esclavos se miraron entre ellos. El calor era agobiante. Como un eco, volvieron a escuchar el pedido de Catalina, que frenó a su animal y se deslizó hacia el piso.

Una bandada de cuervos surcó los cielos. Sus chillidos detuvieron el tiempo. Catalina yacía sobre la tierra con los ojos despavoridos. Su espalda empezó a arquearse en un ir y venir de espasmos. Sus esclavos

corrieron a ayudarla.

—¿Qué le pasa?

—Ama, no me asuste.

—Tiene el diablo adentro.

—Calla, marrano.

Gritaban todos y no hacían nada. Menos uno, su negro querido, que se hincó a su lado y la tomó de la mano.

—Doña Erauso, no nos deje, quédese con nosotros —y con la otra mano le serenó el pecho.

Catalina sintió que se iba, y creyó que calmaba el terror más profundo de su esclavo más fiel, y que le repetía "ya pasó, ya pasa, ahora ya ha pasado", y que le imploraba que lloraran juntos, que esa era la única y preciada forma de llorar, que así lo hacían los hombres y esa mujer que ella había sido, que comulgaran sus tristezas, que así era la vida, para tener una muerte.

¿Porque qué era estar muerta? Si ella había matado a tantos y ahora la mataban a ella. Creyó confesarle que estaba viva para preguntarle cómo era la vida, y se vio en un vagabundeo a través de unas calles vacías, de casas abandonadas y en un recorrido sin sentido. Sonaron los ladridos de unos perros y un remolino de murmullos. Solo ella los oyó.

El corazón de Catalina de Erauso dejó de latir. Estaba muerta. Muerta en los caminos muertos que la llevaban a ningún lado.

Los esclavos lloraron sin consuelo durante horas y horas y más horas. La noche negra se avino a la luz enceguecedora del día y el negro querido acicaló el cadáver como si fuera un cuerpo caliente. Peinó a su patrona durante un buen rato, transformó esos ojos aterrados en unos plácidos de sueño, le cerró la mueca desesperada de la boca y la miró. Pidió ayuda y, entre todos, la acomodaron atravesada sobre el lomo de su mula. Antes de continuar la marcha cantaron un rezo a sus dioses, para entregarles el alma en paz de la patrona.

Salieron a los caminos con su muerta. Llegaron a Orizaba, a algunas leguas de allí. Entraron dominados por el llanto, el pueblo entero los recibió. Conocían a la querida muletera de Veracruz, a la doña Catalina o Antonio de Erauso, a quien mejor le placiera, que ella sabía bien.

Prepararon las exequias de la señora y dieron aviso a los pueblos linderos y más allá. La honraron con un entierro suntuoso, lo más granado de Orizaba la despidió.

El obispo de Puebla, don Juan de Palafox, hizo poner, en su sepulcro, un epitafio honorífico. Incluso intentó repatriar sus huesos a su basílica.

Con el correr de los siglos, los restos de la monja alférez

desaparecieron de la tumba que los alojaba. Tras un sinfín de traslados, terremotos y misterios, nunca más se supo de ellos. Nadie conoce su paradero.

El espíritu de doña Catalina de Erauso persiste en su peregrinar errante.

80. Situada frente al puerto de Veracruz. La construcción de fortificaciones fue planeada por los españoles en el contexto de la conquista y colonización de América, y de los ataques piratas y corsarios de la época.

AGRADECIMIENTOS

A mi editor Mariano Valerio, que me lee antes de que escriba, que me alienta hacia los abismos sabiendo que son mi tierra firme. A seguir peregrinando juntos, a pura desmesura.

A Gastón Etchegaray, Adriana Fernández y Mercedes Güiraldes, por los permisos, la confianza y el entusiasmo compartidos.

A Gachi Browarnik, por su lectura, por alimentar mi ansia desatada de conocimiento, por desasnarme en la historia vasca y sus laberintos, cultura tan amada por nuestro querido Diego Arguindeguy. *Agur, maitea!*

A la memoria de mi madre, la auténtica guerrera de infinitas batallas.

Grupo Planeta

¡Seguinos!